



FLACSO
MÉXICO

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales – Sede Académica de México
Doctorado de Investigación en Ciencias Sociales con mención en Sociología
XII Promoción – 2018-2021

Vivir, sentir la vida urbana. Emocionalidad y corporeidad en interacciones y prácticas espaciales de mujeres de barrios populares marplatenses (Argentina)

Tesis para optar por el grado de Doctora de Investigación en Ciencias Sociales con mención en Sociología

Presenta:

Gimena Bertoni

Directoras/es:

Dr. Santiago Carassale Real (Flacso México)

Dra. Paula Soto Villagrán (UAM Iztapalapa)

Lectoras/es:

Dr. Gabriel Kessler (UNLP/UNSAM)

Dra. Olga Sabido Ramos (UAM Azcapotzalco)

Seminario de tesis: Sociología e Historia Cultural
Línea de investigación: Discurso e identidades en América Latina y el Caribe

Ciudad de México, agosto de 2023

Esta investigación fue realizada gracias a una Beca Nacional otorgada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México

Resumen

La presente tesis aborda las experiencias de mujeres urbanas en cuanto a qué y cómo sienten, cómo viven y qué hacen en la ciudad. Desde una perspectiva interaccionista, se analizan las prácticas espaciales y de movilidad, y las interacciones no solidarias y solidarias de mujeres de barrios populares urbanos de la ciudad de Mar del Plata, Argentina. A través de entrevistas semiestructuradas, se estudian las narrativas emocionales y corporales como recursos de sentido y mediación para la acción en la vida cotidiana. Se propone como argumento que las interacciones que prevalecen y vivencian estas mujeres en el espacio público y privado son de tipo solidarias. Pero que, los encuentros cara a cara no solidarios y hostiles, aun cuando son menos frecuentes, tienen un impacto en la vida cotidiana y un arrastre emocional negativo mucho mayor en las cadenas de interacción que aquellas que siguen las expectativas de la cooperación y el orden de la interacción.

Palabras clave: violencias – inseguridad – seguridad – sensorialidad – movilidad – espacio – barrios populares – Mar del Plata – interaccionismo.

Abstract

This thesis analyzes the experiences of urban women in what and how they feel, how they live and what they do in the city. From an interactionist perspective, we study spatial and mobility practices, and the non-solidarity and solidarity interactions of women from Mar del Plata's slums in Argentina. Through semi-structured interviews, emotional and bodily narratives are studied as resources of meaning and mediation for action in everyday life. Argument proposed is that the interactions that prevail and are experienced by these women in the public and private space are of solidarity type. However, non- solidarity and hostile face to face encounters, even when they are less frequent, have a much greater impact on daily life and a much greater negative emotional drag on the interaction ritual chains than those that follow the expectations of cooperation and order of interaction.

Keywords: violence – safety – unsafety – sensoriality – mobility – space – slums – Mar del Plata – interactionism

A mis xadres, por acompañarme siempre

A mi abueli, que se acaba de ir

Agradecimientos

A Paula Soto Villagrán por su enorme confianza y generosidad conmigo. La conocí personalmente y por primera vez durante 2019 en una clase de la UAM Azcapotzalco. Luego me aceptó en su curso de la UAM Iztapalapa como alumna externa y no bien pude, le pedí ser mi directora. A fines de 2019, ya estaba formalmente acompañándome en este camino, conociéndome poquísimo. Le agradezco enormemente cada plática regresando a Coyoacán, cada café, cada llamada y cada devolución que me regaló. A Santiago Carassale Real, por aceptar dirigirme con Paula. Por ayudarme cada vez que necesité desenredar problemas y dificultades que fui generando. Por su gran e indispensable apoyo dentro de la Facultad. Gracias, ambxs, por acompañarme en este proceso que resultó muy complicado, pero hubiera sido peor sin su ayuda.

A Olga Sabido Ramos que tampoco me conocía y me contestó generosamente un correo electrónico. Luego me invitó a su clase, la de Paula, y más tarde aceptó ser parte de este sínodo. Gracias por tu calidez, tu tiempo y excelente predisposición; por tus críticas tan minuciosas que a la vez echaban luz en el camino. A Gabriel Kessler, que él sí me conoce hace rato cuando tomé sus clases en la UNLP. No solo aceptó volver a estar en un tribunal mío, sino que lo hizo aun cuando anteriormente le habían hecho una descortesía. Muchas gracias, Gabriel, que desde la maestría me señalaste la importancia de indagar en las emociones, de orientarme en las producciones argentinas, de obligarme a ver lo distintivo de esta ciudad.

A lxs cuatro, me disculpo y les agradezco enormemente haber decidido participar de este proceso hasta el final. A pesar de la pandemia y a pesar de mis problemas. Todas las falencias de esta investigación son mías, pero sin dudas, serían muchas más sin sus lecturas críticas y agudas. Aprendo mucho de cada unx de ustedes.

A Nelson Arteaga Botello y a Liliana Martínez Pérez, quienes coordinan con Santiago el Seminario *Historia y Sociología Cultural* de la Facultad. Han sido muchos años de aprendizaje con ustedes y en su espacio. Cada pregunta incómoda

y cada cuestionamiento incisivo a los prejuicios, que no podían ser hipótesis, fue encaminando esta investigación. Gracias por sostener un territorio de teoría sociológica en la Facultad.

A Mariana Palumbo, que me ayudó a trabajar las emociones desde donde ya venía parada y me dio las primeras lecturas para arrancar este camino. También por su cobijo y amistad, que comenzó en México; por alentarme a no capitular. A Federico Lorenc Valcarce por recibirme en Mar del Plata más de una vez, por el aval institucional para realizar mi trabajo de campo, por leer mis manuscritos. Igualmente, le agradezco invitarme a participar de los Proyectos de Investigación que dirige sobre inseguridad y políticas públicas de seguridad en la Universidad Nacional de Mar del Plata. También a todxs lxs miembrxs de su Grupo, por el recibimiento virtual y el trabajo conjunto en el marco del PISAC.

A Nora Rabotnikof, por ser una gran consejera en reiteradas ocasiones, por su calidez, por darme su confianza y un hermoso lugar en Copilco. A Martín Retamozo, Ángela Oyhandy Cioffi y Aníbal Viguera. No solo me dieron las primeras herramientas y conocimientos para aprender a investigar: sin ellxs ni su aliento, nunca hubiera llegado a la Flacso. Gracias por la sugerencia de venir a vivir aventuras y años felices a México. No importa cuánto pase sin tomar un seminario con ustedes, siempre serán mis grandes profesorxs y siempre les estaré agradecida.

Agradezco enormemente a las bibliotecarias Patricia, Guadalupe y Belén de la René Zavaleta. Me ayudaron tantísimo cada uno de los nueve años que transité la Flacso en diversas circunstancias y, cada vez, encontraron el camino para conseguir los textos que necesitaba. A Laura, Rosaura, Aurora y Mónica de Servicios Escolares por trabajar para que fluya más fácil la vida como estudiante. Gracias.

A la generación XII del Doctorado, por el apoyo mutuo y las horas de estudio compartidas. Fue todo muy todo, y cada quien vivió e hizo lo que pudo con la pandemia y el confinamiento durante el trabajo de campo. Muchas gracias, Juan Camilo Portela y Astrid Suárez Álvarez, por el aliento y la contención que me dieron una y otra vez. En especial, también, agradezco a Alba Campos Buendía, Alejandro

Vázquez Arana, Arturo López Perdomo, Héctor Gutiérrez Magaña, Iván Valdés Munguía, Moisés Romero Olvera y Yololxóchitl Corona Ruelas, por las risas y el acompañamiento. Gracias a ellxs, tuve la suerte de compartir con Francisco Paco Benítez y Victoria Palazuelos Campos, con quienes también viví muchas reuniones, debates y memes. Gracias a todxs por la amistad y los abrazos. A Alejandro, Camilo, Andrea y Joy, estaré siempre muy agradecida a sus reiteradas y agudas lecturas; creo que logramos crecer juntxs durante el Seminario.

Pero mi familia mexicana comenzó a construirse allá por 2014 en la Flacso. Daniel Mata Lugo, Luis A. Peniche Moreno, Emilio del Carmen, Diego I. Matus, Horacio Ortiz Ríos y Leduán Pérez, saben muy bien que si duré tantos años en Ciudad de México, fue por tanto amor y compañía de ustedes. También agradezco la amistad y el apoyo de Delfina Schenone Sienna, Lídice Curbelo, Cristóbal Dell Unti, Mauro Tilloy, Juan Martín Gastiazoro, Juliana Arens y Agustina Rossi que dejaron antes la CDMX, pero que fueron fundamentales para vivir allí las distintas épocas. Y mis otros dos queridos argenmex, Sergio Zimmerman y Mariano Casco Peebles: gracias por la rosca, las chicanas y las pláticas interminables valiosísimas en los asados. A Pauline, por su amor y hospitalidad francoargenmex, ella estuvo cada vez que necesité la confianza de vínculo de antaño y un respiro del agobio defeño. Se los he dicho más de una vez: todxs ustedes son lo más lindo de México.

A Esteban Ingrassia, con quien hice mi primer recorrido por el barrio Las Heras y me presentó a algunxs vecinxs, allá por febrero de 2020. Cuando no sabíamos lo que se venía y minimizábamos los acontecimientos de Oriente. A Sebastián Wesemberg de Vientos de Libertad del Movimiento de Trabajadores Excluidxs de Mar del Plata, a Melina Antonucci y a Juan Martín Gastiazoro, por ayudarme a establecer vínculos en los barrios en las variadas crisis que tuvo el trabajo de campo.

A mi mamá y a mi papá, por darme siempre amor, apoyo y la libertad de elegir. Gracias por acompañarme una y otra vez. A Guille y a Gon, por andar al lado mío, por compartir su vida conmigo y por recibirme en sus casas para estar más cerca y más juntxs. Son mi sostén incondicional. A mi abueli, que se fue hace poco y no le pude contar que logré avanzar con esta tesis. Y a Maitane, por la alegría de

vivir la vida. Gracias a cada unx de ustedes, soy quien soy. A mis amigxs de La Plata y a lxs de Mar del Plata, de toda mi vida, por la hermosa capacidad de sostener la cercanía, el vínculo y el amor como si compartiéramos todos los días y los kilómetros no variaran.

Por último y más importante: agradezco a todas las mujeres con quienes pasé un buen tiempo en los barrios marplatenses. Aceptar recibirme, en momentos de Distanciamiento Social y aun sin vacunas, tiene un valor inconmensurable. Todxs estábamos un poco rarxs y norteadxs, no sabíamos muy bien para dónde iba la vida, con tanta incertidumbre. Ellas fueron súper amables al sentarse conmigo y convidarme sus historias. Gracias por compartirme detalles de su vida cotidiana, de sus experiencias, de sus sentires... de sus goces y sus dolores. Ellas son el núcleo de esta tesis, y sin su predisposición, ninguna idea ni investigación hubiera tenido lugar. Porque el *embodiment* trae con ustedes todo su sentido y toda su materialidad.

Agradezco enormemente a todxs y cada unx de ellxs. En verdad. Estos fueron años muy difíciles y, sin su apoyo, no lo hubiera logrado.



Tabla de contenido

Resumen.....	i
Abstract.....	ii
Agradecimientos.....	iv
INTRODUCCIÓN.....	1
1. Hacia el problema de investigación.....	3
2. Los <i>giros</i> : antecedentes teóricos de la investigación.....	8
3. Sobre el contenido y la organización de la tesis.....	15
CAPÍTULO I. ESTUDIAR LA VIDA URBANA A PARTIR DE LAS EMOCIONES Y LA CORPOREIDAD: PROPUESTA TEÓRICA.....	18
1.1 Emociones.....	18
1.2 Emociones e inseguridad en la constitución del yo contemporáneo.....	20
1.3 Emociones, acción e interacción.....	24
1.4 Emociones, inseguridad subjetiva y objetiva.....	27
1.5 Emociones, cuerpos y espacio público: un abordaje interaccional.....	29
1.5.1 Espacio, movilidad y género.....	32
CAPÍTULO II. DISEÑO DE INVESTIGACIÓN Y CONTEXTO DE ESTUDIO.....	37
2.1 Contingencia sanitaria global. Reelaboraciones y condiciones de trabajo.....	37
2.2 Consideraciones metodológicas, técnicas de recolección y selección de casos.....	42
2.3 Situación la investigación.....	48
2.3.1 La ciudad de Mar del Plata.....	48
2.3.2 Los barrios.....	56
2.3.3 Las sujetas de estudio.....	62
CAPÍTULO III. UN ANÁLISIS DEL MUNDO DE LAS PRÁCTICAS EN LA VIDA COTIDIANA.....	64
3.1 El día a día: la organización de los cuidados y de las actividades cotidianas.....	65
3.1.1 Las mañanas.....	65
3.1.2 Las tardes.....	72
3.1.3 Las noches.....	77
3.2 La vida cotidiana en la pandemia de COVID-19.....	81
3.2.1 Copresencia, sensibilidades y alteridad durante el Aislamiento Social Preventivo Obligatorio.....	91



CAPÍTULO IV. ESCENARIOS DE LAS PRÁCTICAS Y LAS INTERACCIONES ..	97
4.1 Escenarios móviles y de la movilidad: significados alrededor del viaje	98
4.1.1 El cuerpo en el transporte colectivo	108
4.2 Escenarios fijos: disfrutar la ciudad	114
4.2.1 La costa y el mar	116
4.2.2 El centro de la ciudad	121
4.2.3 En casa y sola	122
CAPÍTULO V. GAMAS EMOCIONALES DE LAS INTERACCIONES NO SOLIDARIAS EN LA VIDA URBANA	126
5.1 Breve aproximación estadística a las violencias	129
5.2 Violencia en las calles. Efectos y gamas emocionales de las inseguridades ciudadanas	132
5.2.1 Soy miedosa	133
5.2.2 Yo voy tranquila	141
5.3 Violencia en las casas. Gammas emocionales y cadenas de rituales de interacción	146
5.3.1 La primera agresión	149
5.3.2 Expiación y deferencia	152
5.3.3 De la persistencia a la ruptura	155
VI. CONSIDERACIONES FINALES	165
6.1 Hallazgos, reflexiones y rutas de investigación	165
6.2 Futuras líneas de trabajo	171
VII. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	174
VIII. ANEXOS	192
Anexo I. Guion de entrevista cara a cara	192
Anexo II. Guion de entrevista epistolar	198
Anexo III. Guion de observación	199
Anexo IV. Las sujetas interlocutoras	201
Anexo V. Ilustraciones	204
Anexo VI. Gráficos	208

Índice de ilustraciones

Ilustración 1. Ubicación geográfica de los barrios donde se realizó el trabajo de campo	57
Ilustración 2. Mural–intervención en un refugio de colectivos del barrio Las Dalias, año 2020.	103

Ilustración 3. Mural–intervención en un refugio de colectivos del barrio Las Dalias con motivo del 8M, año 2021 104

Ilustración 4. Escenarios públicos y habituales que frecuentan las mujeres 116

Ilustración 5. Índice de Calidad de Vida en Mar del Plata (2010) y ubicación de los Comités Barriales de Emergencia (2020–2021)..... 204

Ilustración 6. Cartel de difusión del mural–intervención en un refugio de colectivos del barrio Las Dalias, año 2021 205

Ilustración 7. Cartel de difusión del mural–intervención en un refugio de colectivos del barrio Las Dalias, año 2021 (2). 206

Ilustración 8. Espacialidad de victimizaciones por inseguridad ciudadana y violencia de género a través de diagrama de Sankey..... 207

Índice de tablas

Tabla 1. Cuadro resumen de perfil de las entrevistadas por edad y zona de residencia en Mar del Plata 62

Tabla 2. Observación en el espacio público barrial 199

Tabla 3. Breve perfil sociodemográfico de las mujeres entrevistadas 201

Índice de gráficos

Gráfico 1. Uso del tiempo dedicado al trabajo no remunerado. Distribución por sexo para la Provincia de Buenos Aires (2013). 208

Gráfico 2. Distribución por sexo y edad de las/os denunciantes por motivos de violencia intrafamiliar, atendidas/os en las Comisarías de la Mujer y Familia, y Oficina de Atención a la Víctimas del Municipio de General Pueyrredon durante junio de 2023. 209

Gráfico 3. Evolución anual de las denuncias recibidas por violencia familiar en sedes de Comisarías de la Mujer y Familia, y Oficina de Atención a la Víctimas del Municipio de General Pueyrredon (enero 2021 – junio 2023). 210



Gráfico 4. Llamadas recibidas en la Línea 144 según la relación con la persona que agrede para la Provincia de Buenos Aires (2020–2021)	211
Gráfico 5. Robos y hurtos en el Municipio de General Pueyrredon (2019-2023)	212
Gráfico 6. Llamadas recibidas en la Línea 144 según tipos de violencia para la Provincia de Buenos Aires (2020–2021).	213

INTRODUCCIÓN

El objetivo general de la presente tesis es investigación analizar de qué manera las emociones y la corporeidad de mujeres de barrios populares marplatenses (Argentina) moldean las interacciones y las prácticas espaciales de su vida cotidiana. El enfoque teórico y metodológico escogido y considerado apropiado para abordar el objeto de investigación es el interaccionismo simbólico, del cual se recuperarán los aportes de autores de diversas disciplinas tales como la sociología, la antropología y la geografía.

El argumento principal que se desarrollará aquí es que las interacciones que prevalecen y vivencian las mujeres de barrios populares marplatenses en el espacio público y privado son de tipo solidarias. Las interacciones no solidarias y hostiles, aun cuando son menos frecuentes, tienen un impacto en la vida cotidiana y un arrastre emocional negativo mucho mayor en las cadenas de interacción que aquellas que siguen las expectativas de la cooperación y el orden de la interacción. Atravesar y salir de estas situaciones tiene costos cognitivos, emocionales y performáticos de largo alcance y se manifiestan como una experiencia no placentera del espacio urbano, en donde la especificidad de esa experiencia para las mujeres está anclada en el cuerpo y cristalizada en la potencial amenaza a la violencia sexual¹. Lejos de generar inmovilismo, las emociones y las significaciones del

¹ Se retoma aquí a la violencia sexual a partir de la definición de la Organización Mundial de la Salud. Esta entiende dicho tipo de violencia “como todo acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual, los comentarios o insinuaciones sexuales no deseados, o las acciones para comercializar o utilizar de cualquier otro modo la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de la relación de esta con la víctima, en cualquier ámbito, incluidos el hogar y el lugar de trabajo” (OPS & OMS, 2010, p. 11). Más ampliamente y en términos de la legislación local, la Ley argentina de Protección Integral a las Mujeres modificada en diciembre de 2019 define a la violencia contra las mujeres como “toda conducta, por acción u omisión, basada en razones de género, que, de manera directa o indirecta, tanto en el ámbito público como en el ámbito privado, basada en una relación desigual de poder, afecte su vida, libertad, dignidad, integridad física, psicológica, sexual, económica o patrimonial, participación política, como así también su seguridad personal. Quedan comprendidas las perpetradas desde el Estado o por sus agentes” (Poder Legislativo de la Nación Argentina, 2019). Lo novedoso en esta modificación a la *Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales* de 2009 (Poder Legislativo de la Nación Argentina, 2009), es la incorporación de la violencia política y de la violencia en el espacio público conocida como “acoso callejero”.

espacio vivido suponen un ejercicio agéntico permanente y situacional a través de las prácticas espaciales. Las emociones y las prácticas pueden definirse y redefinirse mutuamente.

Los objetivos específicos para dilucidar el objetivo general de la investigación y comprobar la hipótesis propuesta son:

- i. Examinar, a través del estudio de las prácticas espaciales y de movilidad, cómo las emociones y sensibilidades atraviesan el cuerpo en su habitar y transitar los escenarios de la vida cotidiana.
- ii. Comprender a las prácticas espaciales en su estabilidad y dinamicidad, a través de las rutinas espaciales y la creatividad de las mujeres y sus prácticas
- iii. Estudiar los escenarios móviles y fijos que forman parte de la cotidianidad de las mujeres mediante las emocionalidades y corporalidades
- iv. Analizar de qué manera las interacciones no solidarias y violentas son experimentadas por las mujeres en los espacios públicos y privados a partir de las emotividades *in situ* y las gamas emocionales que generan

Como se dijo, a los fines de lograr los objetivos propuestos y ahondar en la explicación del argumento principal, propongo una perspectiva teórica interaccionista simbólica para abordar las emociones, la corporeidad, las prácticas espaciales y de movilidad que se enmarcan en la variedad de encuentros cara a cara que implican a las mujeres entrevistadas pertenecientes a barrios populares de la ciudad de Mar del Plata, Argentina. Estos encuentros tienen lugar en múltiples escenarios, tanto públicos como privados, tanto abiertos como cerrados.

1. Hacia el problema de investigación

En Argentina a partir de los años ochenta con el retorno de la democracia, la demanda por la seguridad ciudadana² tomó cada vez más importancia en amplios sectores de la sociedad, superando por momentos las demandas por el desempleo y las condiciones socioeconómicas que se dirigen hacia la esfera político estatal³. Desde hace poco más de una década la preocupación por la inseguridad se ha instalado en el espacio y debate público, comenzando a ser considerada como un problema social de carácter prioritario por la ciudadanía y la clase política (Bertoni, 2016; Focás & Rincón, 2018; Kessler, 2011; Kessler & Bruno, 2018; Otamendi, 2016; Rodríguez Alzueta, 2014).

Según la Encuesta Nacional de Victimización (ENV) relevada en 2017, la inseguridad como problema en el país es “muy grave” o “bastante grave” para el 85% de la población mayor de 18 años (INDEC, 2018). Argentina, aunque también Uruguay y Chile⁴, se vuelve un caso aparentemente paradójico pues posee menores niveles de criminalidad que otros países latinoamericanos, y una mayor centralidad de la inseguridad subjetiva en la agenda pública. Además, uno y otro tipo de inseguridad tienen consecuencias políticas, económicas y sociales tales como políticas públicas exclusivamente orientadas a la punición y no a la prevención, la consolidación de un sector de la actividad económica que provee seguridad privada –que se ha vuelto una bolsa de trabajo para extrabajadores

² Se entiende a la seguridad ciudadana como el “(...) conjunto de acciones públicas (normativas, intervenciones, desarrollos institucionales) orientadas a producir y garantizar determinadas condiciones de convivencia, a la persecución de delitos, la reducción de formas de violencia y la protección de los bienes y la integridad física de los ciudadanos (...) preservar a todos los ciudadanos, garantizando el ejercicio de sus derechos y de su libertad” (Rodríguez Alzueta, 2011, pp. 47-48).

³ Tomando únicamente los datos de la Encuesta de Satisfacción Política y Opinión Pública (ESPOP, 2022), de mayo de 2018 a marzo de 2022, los dos principales problemas reconocidos fueron la inflación y la inseguridad. Para fines de 2018, los asuntos vinculados a lo delictivo alcanzaron un pico de más de un 70%; luego, durante el confinamiento más estricto de 2020 por la pandemia de COVID-19, inflación e inseguridad se asimilaron en alrededor de 30%. El primer semestre de 2022, reporta un 50% para inflación y un 38% para inseguridad.

⁴ Con datos un poco más antiguos, pues se ocupa de realizar un robusto análisis comparativo a nivel Latinoamérica, Otamendi muestra que para el año 2014, Argentina reporta más del 42% de sentimiento de inseguridad en el lugar o barrio de residencia; los/as encuestados/as en Chile declaran en más del 36% y en Uruguay, más del 41% (Otamendi, 2016).

desafectados de las fuerzas de seguridad del Estado—, la mayor inversión en objetos y artefactos que provean seguridad en los espacios públicos y privados, las prácticas de evitación, la circulación de discursos autoritarios que a menudo vulneran los derechos de las personas, entre muchas otras (Arteaga Botello, 2018; Dammert & Malone, 2003; Gaitán Rossi & Shen, 2018; Kessler, 2011; Lorenc Valcarce, 2014; Malaguti Batista, 2016; Otamendi, 2008, 2016; Rodríguez Alzueta, 2014; Silva & Beato Filho, 2013; Sozzo, 2008; Suárez de Garay & Arteaga Botello, 2016; Vilalta, 2016, 2020).

Es esta construcción social, política y mediática de la seguridad y la relevancia otorgada en cada uno de estos espacios y el creciente consenso hacia políticas públicas penales netamente punitivas lo que invita a seguir analizando esta problemática desde otra perspectiva: la de la vinculación de las emociones y los cuerpos con las prácticas espaciales y las interacciones, lo cual se considera complementario a lo ya estudiado (Bertoni, 2016).

En este marco, el interés en centrar el análisis en mujeres de sectores populares se debe principalmente a dos cuestiones: en primer lugar, estudios recientes han mostrado a través de análisis cuantitativos y cualitativos que son los sectores más desfavorecidos de la sociedad argentina quienes sufren en mayor grado tanto la victimización real como la inseguridad subjetiva, dado que experimentan de manera más extrema la inconsistencia institucional, la desigualdad y la fragmentación y vulnerabilidad social (Corral, 2010; Kessler, 2011; Míguez & Isla, 2010).

En segundo lugar Kessler (2011), Dammert (2007b) y Otamendi (2016), en consonancia con estudios sobre otros países (Hale, 1996; Larsson, 2009; Pain, 2000; Plassa & Silva da Cunha, 2016), dan cuenta de que al interior de los sectores populares argentinos las mujeres son quienes experimentan en mayores niveles el sentimiento de inseguridad, y no así las victimizaciones en términos agregados. Ello reafirma el consenso acerca de la relativa autonomía del sentimiento de inseguridad con respecto a las tasas delictivas, constituyéndolo como un problema separado y separable del delito; pues lo que existe entre uno y otro son las mediaciones, en

tanto trabajo agéntico y elaboración, que operan en las tres temporalidades. Asimismo, no se encuentran estudios profundos sobre mujeres ni sobre sectores populares como el aquí propuesto, por lo que esta investigación se propone aportar a la vacancia empírica y teórica local.

En este sentido, la justificación de realizar el estudio en mujeres se debe a que el sentimiento de inseguridad o inseguridad subjetiva en las mujeres además de ser significativamente alto, es diferenciable del temor en los varones. Variadas investigaciones cuantitativas muestran que el temor a las agresiones sexuales y al acoso callejero son aquellas variables que, agregadas en las encuestas de victimización y percepción, trastocan y disparan los niveles del miedo femenino (Bergman & Kessler, 2008; Dammert, 2007a; Ortiz Ríos, 2016; Plassa & Silva da Cunha, 2016; Silva & Beato Filho, 2013; Varela, 2009)⁵. Adicionalmente, tal como mostraron Sutton y Farral (2005) al analizar dichas encuestas en Escocia, los varones reportan menos niveles de miedo y temor por el hecho de que perciben que expresarse y mostrarse de tal forma no es socialmente deseable ni aceptable por su condición de género.

Para el caso argentino, la ENV de 2017 reporta que, comparativamente, las mujeres consideran que es “muy grave” el problema de la inseguridad casi cinco puntos porcentuales por encima de los varones (43,9% y 39,1% respectivamente); y que un 3% más de los hombres cree que el problema es “poco o nada grave” en relación a la opinión relevada de las mujeres (13% y 16%, respectivamente) (INDEC, 2018). Es por ello que la triada emociones–corporeidad–espacio urbano en mujeres son las dimensiones privilegiadas que se proponen en el presente estudio, pues en términos analíticos su exploración permitirá obtener una comprensión más cabal sobre la definición de la seguridad e inseguridad a partir de las experiencias. Sobre este punto es importante señalar que aunque sobre ciertos tipos de delitos –como aquéllos que son perpetrados con violencia física– son

⁵ Para un análisis de los hallazgos y tópicos de estudio sobre el miedo y sentimiento de inseguridad en América Latina, ver (Dammert & Salazar, 2017; Kessler & Otamendi, 2021).

menos victimizadas, otros son subdeclarados⁶ por las mujeres. Ello se debe tanto a falencias de las encuestas de victimización para captar la problemática como al hecho de que variadas hostilidades de las que son víctimas no son tipificadas como delito.

En lo que respecta a la decisión de abordar el tema de investigación desde la sociología de las emociones, por una parte, se observa que los estudios feministas, de género o sobre mujeres se han centrado más ampliamente en el análisis de las llamadas emociones positivas tales como el amor⁷. Por otra parte, el esfuerzo por encontrar explicaciones en dos niveles analíticos distintos como propongo –emociones y prácticas– constituirá otro aporte a los estudios sociológicos ya que, tal como sostiene Thoits (1989), la mayor parte de las investigaciones explícita o implícitamente dan por sentado que los sentimientos motivan comportamientos posteriores, pero pocas especifican cuáles emociones para cuáles comportamientos.

Asimismo, resulta muy importante sumar al análisis de las prácticas espaciales la dimensión profunda y encadenada de la emocionalidad y la corporeidad, dados los resultados de pesquisas previas sobre los sesgos de género. Variadas investigaciones cuantitativas muestran que el temor a las agresiones sexuales y al acoso callejero son aquellas que, agregadas en las encuestas de victimización y percepción, trastocan y disparan los niveles del miedo femenino

⁶ Vale decir que, aunque es más agudo en el caso de las mujeres y el tipo de delitos y agresiones a las que se hace referencia, el fenómeno del sub-registro y sub-declaración es más generalizado. Fleitas, Lodola y Flom (2014) dan cuenta de ello a través de una robusta evidencia empírica para toda América Latina, que muestra también una importante variabilidad entre países. Incluso con estas problemáticas a la vista, Latinoamérica es una de las zonas más violentas del mundo –la más aquejada si se toma en cuenta que posee la mayor tasa regional de homicidios dolosos promediando un 25% (UNODC, 2019).

⁷ A diferencia de la sociología, las geógrafas feministas y la geografía humana en general, han trabajado en profundidad la producción de emociones de desagrado en función de los lugares, utilizando categorías tales como la “topofobia” y “agorafobia” y sus consecuencias. Ambas son entendidas en clave de disonancias e incomodidades en y con el espacio, y no como como trastornos psicológicos, es decir, los análisis son realizados en su dimensión y producción social. Por citar solo algunos de los que serán retomados en esta investigación, ver: Bankey (2004), Bondi y Rose (2003), Davidson, Bondi, y Smith (2007), Koskela (1999), Lindón (2006), Metha y Bondi, (2010), Thien (2005), Valentine (1989).

(Dammert, 2007a; K. F. Ferraro, 1995, 1996; Lane, 2013; Özascilar, 2013; Warr, 1985).

Los trabajos de Warr (1985) y Ferraro (1995, 1996) son elocuentes. Warr evidenció, a través del análisis de dichas encuestas, que para las mujeres menores de 35 años el miedo a la violación y los abusos sexuales por parte de desconocidos alcanza a más de dos tercios de ellas; ubicándose así en la parte superior de su escala del miedo y este miedo específico tiene un efecto: la tesis de la sombra. Esta tesis implica que el miedo a las agresiones sexuales tiene un efecto amplificador sobre el miedo a otros tipos de delitos y oscurece las especificidades sobre la percepción de inseguridades de las mujeres (Bertoni, 2022).

Diez años después, Ferraro (1995) confirmó y amplió los hallazgos de Warr (1985): cuando la variable “miedo a la violación” es controlada en el modelo estadístico, el temor de mujeres y varones se acerca, neutralizando así las diferencias en los valores reportados según el género. El efecto de este control es muy claro si se consideran, por ejemplo, solo los delitos de asesinato y agresión - que también implican un contacto cara a cara, la vulneración del propio cuerpo y del espacio personal (Goffman, 1979). Incluso, el miedo de los varones se aproxima a los mayores niveles de victimización que reportan, reflejando y equilibrando las dimensiones objetivas y subjetivas de la inseguridad, pues dichas lesiones son las que principalmente victimizan a la población masculina (Bertoni, 2022).

Pero el estudio de la dimensión profunda y encadenada de la emocionalidad y la corporeidad, como aquí propongo, se vuelve aún más relevante a la luz de los hallazgos de dos investigaciones realizadas en Latinoamérica. Los estudios recientes sobre la inseguridad subjetiva realizados en Argentina por Kessler (Bergman & Kessler, 2008; Kessler, 2011) y en México por Gaitán Rossi y Shen (2018), agregan nuevos datos a la tesis de la sombra. Los autores, controlando también las variables que abordaban potenciales ataques sexuales, han encontrado que la brecha entre géneros es baja si lo que se compara son las prácticas securitarias y la percepción del riesgo a ser victimizado; y no así si lo que se observa es su enunciación, es decir, la expresión emocional (Kessler & Otamendi, 2021).

2. Los *giros*: antecedentes teóricos de la investigación

Las emociones como objeto de estudio y reflexión se han abordado desde casi todas las humanidades y ciencias sociales: siendo la filosofía, la psicología y la historia las primeras en hacerlo. En la década de 1970, en la sociología, la geografía y la antropología comienzan a producirse trabajos con mayor profundidad que darán lugar a la existencia específica de un subcampo propio de estudios. En el marco de los estudios sociológicos vinculados a las emociones y sentimientos se pueden encontrar, *grosso modo*, dos líneas de trabajo.

La primera, como se dijo, inicia en la década de 1970, denominada sociología de las emociones y se desarrolla principalmente con los trabajos de Hoschschild, Scheff y Kemper ubicándose, en ese orden, en un *continuum* que va de la micro sociología a la centralidad de los condicionantes estructurales en la producción emotiva. Asimismo y siguiendo a Bericat (2000) la primera autora desarrolla una “sociología con emociones” al estudiar tópicos consolidados en la disciplina –como el trabajo, la familia, entre otros–poniendo el foco en la dimensión afectiva. Scheff, el segundo, trabaja desde la “emoción en la sociología” argumentando que todo vínculo social está regido y se alimenta de los procesos emotivos de vergüenza y orgullo; y Kemper, el tercero, procura construir una “sociología de la emoción” estudiando en sí mismas las emociones a partir del aparato conceptual y teórico de esta ciencia social.

La segunda línea de trabajo es aquella que atañe a las investigaciones del *affect*, traducido al español como afección, las cuales retoman la dimensión social pero la ponen en otro lado: en la idea de cuerpo y su vínculo con el entorno. Este concepto se entiende como la posibilidad de afectar y sentirse afectado, es decir, la existencia de disposiciones fisiológicas que anteceden los significados sociales –y por ello no puede ser traducido como afecto o afectividad. Aquí es el trabajo de David R. Heise (1979) quien inaugura esta perspectiva desde la sociología de la

emoción pero que no tendrá un fuerte impulso en su desarrollo hasta la década de 1990, cuando es retomado por investigadoras con perspectiva de género con el ánimo de potenciar el análisis de problemas relevantes para el feminismo. Asimismo (...) es posible hacer una subdivisión a partir de la forma en que se define este concepto. Una vertiente, preconizada por el psicólogo Silvan Tomkins y continuada por Eve Kosofsky Sedgwick, habla del *affect* como algo que puede ser delimitado y nombrado, además de que se le pueden atribuir valencias positivas y negativas. La otra, de herencia deleuziana y en principio desarrollada por Brian Massumi, ve el *affect* como algo que escapa al lenguaje y que sin embargo tiene efectos en el propio cuerpo y en la relación con el otro (es algo que afecta). En contraste, para estos autores, las emociones serían aquello que se puede definir culturalmente. Otra característica de esta última vertiente es que recurre a una visión relacional del afecto... (Cedillo Hernández, Sabido Ramos, & García Andrade, 2016, p. 22).

Según Lutz, cuatro obstáculos se han tenido que sortear –y se sortean– para el estudio sociológico o antropológico de las emociones. Por un lado, la amplia presunción de que las emociones son irracionales o un sinsentido y que en ellas no cabe lugar para las significaciones. En segundo lugar sostiene que la visión de las emociones desde una óptica pasional, las vincula con la sacralidad y trae consigo lo inefable o indecible de lo sacro. En tercer lugar, la concepción de la emoción como algo enteramente privado y a menudo también primitivo es otro de los motivos que halla para la explicación del que tengan un lugar relegado en el pensamiento científico social. Por último y retomando a Hochschild (1975), Lutz nota que otra de las dificultades proviene del prisma predominantemente racional de la cultura occidental, obturando la problematización de las emociones donde prima pensarlas como irrelevantes o como un impedimento para la acción.

En cuanto a los estudios sobre el cuerpo y la corporeidad, siguiendo la periodización de Le Breton, durante el siglo XIX es el primer momento en que se

incorpora el tópico a los estudios sociales, donde se reflexiona sobre el cuerpo de forma implícita o indirecta tomando tres concepciones distintas: una que observa el carácter social de la corporeidad moldeado en función de la relación capital–trabajo en su versión moderna; otra biologicista que asume la corporeidad como efecto de la propia condición social; y una última que, ajena a la sociología y representada por Freud, es la que le dará el puntapié con su ruptura epistemológica ya que permitió pensar la corporeidad en tanto materia modelada por las relaciones sociales y por las inflexiones de la historia personal del sujeto (Le Breton, 2002).

Específicamente en estudios sociológicos, el primero en poner el cuerpo en el centro de análisis es Simmel a inicios del siglo XX, con sus estudios relacionales sobre el rostro y la mirada. Es a partir de este periodo de investigaciones que podemos empezar a hallar datos científicos importantes sobre los usos sociales del cuerpo. En estos trabajos el cuerpo es tanto una dimensión constitutiva en el análisis de la sociedad como un producto relacional, y donde la “proximidad sensible” conjuga sentidos, emociones y cuerpos (Simmel, 2018). El quiebre que realiza Simmel en los modos de estudiar lo urbano, permitiéndole la posibilidad de reflexionar sobre estas dimensiones, se basa en cambiar el foco hacia las relaciones sociales de las y los urbanitas, corriéndose de los análisis previos centrados en los aspectos estructurales que daban forma a la ciudad: lo arquitectónico, lo político, lo económico (Bettin, 1982).

El segundo aporte que retoma Le Breton (2002) es el de Robert Hertz, quien da cuenta cómo lo fisiológico está subordinado a social. Basándose en estudios sobre el uso de la mano derecha y de la izquierda, muestra una suerte de ortopedia sobre los cuerpos, al sostener que el uso más extendido de la mano derecha es consecuencia de las representaciones negativas asociadas a la izquierda. Y en este sentido, la oposición no es solo física, sino también moral y simbólica.

Una tercera contribución durante el temprano siglo XX es la de Marcel Mauss. Mauss teoriza a partir de las notas de campo de Hertz y Durkheim, realizando robustas contribuciones a los estudios sobre el cuerpo y su vinculación simbólica y emocional; aseverando, entre otras cuestiones, que los movimientos del cuerpo no

son enteramente físicos sino aspectos socialmente aprendidos y que las técnicas que lo moldean tienen una dimensión cognitiva, corporal y afectiva (Mauss, 1979a).

Luego, algunos estudiosos de la Escuela de Chicago, del interaccionismo simbólico, y *El Proceso de Civilización* de Elias (2016) continuaron con aportes paulatinos hasta la obra de Efron (1972 [1941]), que “constituyó un momento cumbre en las investigaciones sobre los movimientos del cuerpo en las interacciones” (Le Breton, 2002, p. 22). Además, a mediados del siglo XX es cuando los sociólogos se acercan a los estudios etnológicos que habían problematizado los modos y usos del cuerpo en otras sociedades –tales como las expresiones faciales y otros gestos durante juegos tradicionales y situaciones rituales.

Hacia mediados del siglo XX los aportes del interaccionismo simbólico son también relevantes en este plano, ya que la representación del cuerpo en la vida diaria es fundamental para la actuación del yo (Turner, 1989). Esto significa que el instrumento del cuerpo socialmente interpretado es el medio que hace posible la actuación del yo en la situación –y también el blanco de ésta. En buena medida, la paulatina evolución del interés que va tomando el cuerpo como eje problemático en la sociología supone una ruptura y confrontación con la tradición cartesiana de asumir en la producción del conocimiento el binomio cuerpo–mente.

Siguiendo a Turner (1989) aunque el contraste yo/sociedad se convirtió en el centro principal de la teoría interaccionista, también es cierto que la generalidad de los proponentes del interaccionismo alega que el yo se hace realidad por medio de la actuación. Con matices, claro está, podría resumirse este acercamiento de la sociología hacia la corporeidad supone entenderlo como una apariencia externa de producciones, interpretaciones y representaciones, y como un medio interno de estructuras y determinaciones fisiológicas.

En cuanto las emociones y el cuerpo⁸, desde una mirada sociológica el tópico se trae a discusión a la par de los estudios sobre el cuerpo, pues el consenso acerca de su carácter social abre la puerta a pensarlo también en su dimensión “*sintiente* y

⁸ Específicamente, para el fuerte desenvolvimiento de la temática durante los años noventa en Latinoamérica, ver Sabido Ramos (2011).

sensible” (Sabido Ramos, 2011, p. 38). En gran medida, dichos estudios buscaron sus antecedentes reflexivos haciendo una relectura crítica de teóricos sociales y filósofos clásicos para sacar a la superficie lo implícito de sus investigaciones y traerlos de forma renovada. La corporeidad es, desde esta mirada, un espacio de producción y recepción de lo sensible, donde los sentidos y emociones se manifiestan y cargan de sentido como producto de las interacciones cara a cara.

Así, problematizar al cuerpo como un espacio de intervención de alteridad, al que se le asignan significados y a la vez es generador de sentido, invita a concebirlo como un producto relacional, espacial, en permanente cambio y abierto a la contingencia de la situación: el carácter *sintiente* del cuerpo se modifica en el tipo de relaciones espacializadas que se establecen con los *otros* a partir de enlaces afectivos (Sabido Ramos, 2011, 2020). Consecuentemente, esto supone no solo analizar las distintas emociones que los *otros* traen a colación en las interacciones sino también cómo a partir de ello se construye esa otredad -y en contraparte, la nostridad. El cuerpo es siempre un espacio de exposición para las y los urbanitas (Simmel, 2018), pero las mujeres son más frecuentemente sujetos de interacciones hostiles y no delictivas.

Por otro lado, acerca de las emociones y/en el espacio público los principales aportes que se han encontrado para este trabajo son desde la sociología urbana y la antropología y geografías de las emociones. En las tres subdisciplinas se condensan dos cuestiones en torno al abordaje de la problemática: la primera es la de la constitución de las emociones, sentimientos y afectos como objetos legítimos de investigación tanto en una como en otra ciencia; en segundo lugar, la problematización del espacio en tanto perpetua constitución sociorelacional y no mero escenario estático y homogéneo donde se despliegan acciones y prácticas. Uno y otro son llamados, respectivamente, el giro afectivo o emocional y el giro espacial en las ciencias sociales. De esta forma, emociones y espacio se abordan como constructos sociales cargados de sentido.

El giro de la movilidad ha sido otro punto de inflexión reciente para el análisis de la vida urbana. Siguiendo a Jirón, las investigaciones en ciencias sociales han

sido principalmente a-móviles, pues han ignorado los movimientos que las personas hacen en su día a día para llegar a sus trabajos y lugares de estudio, para realizar tareas vinculadas a los trabajos de cuidado y para también llegar a los lugares donde desarrollarán actividades de ocio y placer” (Jirón, 2007, p. 179).

Si bien es cierto que este reciente paradigma es propuesto por un sociólogo, el impacto que ha tenido en la sociología ha sido bastante menor que otras disciplinas tales como la geografía o el urbanismo (Sheller, 2014). Asimismo y en el subcampo de estudios de la sociología urbana, tanto Simmel como Burgess y Park de la Escuela de Chicago han trabajado el tópico de la movilidad tal como es planteada por Urry –y no en términos de la estratificación y los movimientos de la estructura social referidos al cambio u orden social– y a ellos se recupera como antecedentes directos para problematizar actualmente las movilidades en la ciudad (Sheller, 2014). Por otra parte, la propuesta del paradigma de la movilidad se asume desde sus inicios como transdisciplinar y relacional pues el punto de partida implica que los espacios, sujetos, artefactos, significados, cuerpos y emociones se co-constituyen (Clarsen, 2014; Sheller, 2014).

Tal como señala Clarsen (2014), los estudios feministas y con enfoque de género acerca de la movilidad continúan siendo escasos pero están aumentando sostenidamente. Lo paradójico, aun cuando Urry (2000) reconoce los antecedentes de los estudios feministas para su propuesta y el consiguiente *mobility turn*, es que los desarrollos de unas y otro comparten los presupuestos teóricos y apuestas políticas tales como la necesidad de incorporar las sensibilidades y las corporeidades y sus movimientos a las investigaciones espaciales –por citar uno de ellos. Esta tesis también pretende aportar conocimientos empíricos a este cruce temático transdisciplinario.

Finalmente, si hablamos de movilidades con enfoque de género y estudios feministas, de espacios públicos y domésticos, y de ser con otros/as, es necesario reponer algunos antecedentes sobre los cuidados. La pandemia, las movilidades e inmovilidades y que las sujetas de este estudio sea mujeres lo requieren cuanto el *Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio* (ASPO) los puso en el centro. La

segunda ola feminista echó luz en la década de 1960 acerca de cómo las tareas del ámbito doméstico son cruciales para el funcionamiento del sistema económico y la reproducción y bienestar social, pues lo que se realiza en el exterior tiene sentido a partir de las actividades, responsabilidades y las personas que habitan y gestionan el espacio doméstico (Batthyány, 2021; del Valle Murga, 1997).

Esa visibilización y politización de las tareas y los roles domésticos, y la desnaturalización de los dominios privado y público no supuso la construcción de los cuidados como objeto de estudio y conocimiento sino hasta hace dos décadas. Ya muy avanzado el siglo XX, prevaleció la perspectiva marxista de la geografía humana de Lefebvre y las actividades vinculadas a los cuidados fueron analizadas, centralmente, en el ámbito de las relaciones sociales de reproducción. Aun cuando se reconocen las implicancias que tiene la organización de la familia en la división del trabajo -y viceversa- ya desde Marx y Engels, los cuidados siguieron ubicados exclusivamente en el espacio doméstico.

Inicialmente, los estudios feministas abordaron el trabajo doméstico -cocinar, lavar y planchar ropa, trapear, cuidar niños, plantas, animales, y entre otras - a partir de las herramientas analíticas del marxismo para luego incorporar también los trabajos de cuidados -atención a personas dependientes. La discusión teórica y política de estos temas supone una revisión y reconceptualización de la actividad económica, de la producción social y los intercambios mercantiles, la división sexual del trabajo, entre otras (Batthyány, 2004; Esquivel, Faur, & Jelin, 2012). Esto es así porque

“Son las relaciones de género el articulador central de la organización social del trabajo doméstico y de cuidados, a la vez que el modelo tradicional de división sexual del trabajo contribuye a feminizar la principal unidad laboral doméstica –el hogar familiar– y a masculinizar el espacio y el trabajo extradoméstico, y, al mismo tiempo, reproducir los valores asociados

típicamente a cada género” (Gómez Rojas, Borro, Jasín, & Riveiro, 2022, p. 160).

Para el caso argentino, conocemos algunos datos económicos que permiten diagnósticos a partir de entender a los cuidados como parte de los *trabajos* no remunerado. Su impacto en el Producto Bruto Interno en 2020 a efectos de la pandemia hizo que se incremente en casi seis puntos para representar un 21,8% del PIB (D’Alessandro, O’Donnell, Prieto, Tundis, & Zanino, 2020). Los cuidados y el trabajo no remunerado se constituyeron en la principal actividad económica del país y una de las pocas que creció, mientras la gran mayoría de los sectores se contrajo dadas las medidas de aislamiento.

Un dato disponible y más actualizado, es la ENUT 2021 (INDEC, 2022). Esta, reporta que, en promedio y diariamente, las mujeres en el país trabajan seis horas y media al contabilizar tres tipos de trabajos no remunerados: los domésticos en la casa propia, los de cuidado en la casa propia, y los comunitarios, voluntarios o domésticos en otros hogares. Además, las mujeres no ocupadas y con bajo o medio nivel educativo como las entrevistadas para esta tesis, trabajan sin remuneración casi dos horas más diarias que las ocupadas e instruidas. En cualquier caso y en comparación con los hombres de su mismo segmento educativo o condición laboral, las mujeres trabajan entre dos y cuatro horas más que ellos de forma no remunerada.

3. Sobre el contenido y la organización de la tesis

A continuación, se presenta un *Capítulo I* en el cual se desarrolla la perspectiva teórica construida para el análisis del objeto de investigación propuesto. Se profundiza en el entendimiento y conceptualización de cada una de las dimensiones de esta tesis –interacciones, prácticas, emociones, cuerpos, movilidades y cuidados- para explicitar la propuesta analítica de esta investigación. *El Capítulo II,*

presenta la estrategia metodológica, ubica la presente investigación en el contexto de contingencia sanitaria global por la COVID-19 y señala las decisiones que hubo que tomar. En un segundo momento, se sitúan y trabajan los escenarios y las sujetas de investigación. La propuesta no implica ver o medir las emociones ni las sensorialidades, sino analizar la significación que se le da a las ellas a partir de los relatos y argumentos de las entrevistadas, mediante el uso del vocabulario afectivo al referirse tanto a las prácticas espaciales como a las interacciones.

El *Capítulo III* está destinado al estudio del orden en la vida social y las rutinas. Allí se analizan las prácticas espaciales que despliegan las mujeres en su día a día, las rutinas vinculadas a los cuidados, a lo laboral y al ocio. Se analizan las emociones *en* las prácticas espaciales, es decir, de las emociones como mediación. La corporeidad aparece en este nivel disposicional como productora de sentido. La presentación de estas prácticas espaciales se realiza en relación a la vida cotidiana antes y durante el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio en Argentina (ASPO) (marzo–octubre 2020).

El *Capítulo IV* versa, en un primer momento, sobre el análisis de los escenarios móviles y de movilidad a través de interacciones cara a cara y las emocionalidades en movimiento, de sensorialidades y sentidos alrededor del cuerpo en su dinamicidad. En la segunda sección, estudia los escenarios fijos referidos a lugares del espacio público y privado que son ocupados por las mujeres y sus familias, reponiendo el goce y disfrute en espacios comunitarios y de encuentro con otros/as. En el *Capítulo V* se trabaja sobre vínculos inseguros, es decir, sobre las gamas emocionales en las interacciones caracterizadas por ser no solidarias. A partir del reconocimiento de cadenas intermitentes de rituales de interacción, se analizará cómo los niveles de energía emocional se acumulan gradualmente en ellas. Se dividen analíticamente violencias vinculadas a la inseguridad ciudadana y aquellas por razones de género, las implicancias que tienen en la corporeidad y la espacialidad en las que tienen lugar. Se indaga sobre el miedo como emoción relevante en la estructuración de los encuentros cara a cara no solidarios de las mujeres, pero se asume que no es sentido en forma aislada.

Luego se presentan algunas reflexiones finales y posibles líneas de investigación que ha abierto esta tesis. Finalmente, en los *Anexos*, se encuentran los guiones de entrevista y observación, tablas, gráficos e ilustraciones. Todos ellos, sintetizan o bien iluminan aseveraciones, y se ubican fuera del cuerpo del texto para no obstruir la lectura.

CAPÍTULO I. ESTUDIAR LA VIDA URBANA A PARTIR DE LAS EMOCIONES Y LA CORPOREIDAD: PROPUESTA TEÓRICA

1.1 Emociones

En primer lugar se propone entender a las emociones no como acción *per se* sino como la energía interna que impulsa un acto. Así y desde Illouz, la emoción puede definirse “como el aspecto ‘cargado de energía’ de la acción, en el que se entiende que implica al mismo tiempo cognición, afecto, evaluación, motivación y el cuerpo (...) Lo que hace que la emoción tenga esa ‘energía’ es el hecho de que siempre concierne al yo y a la relación del yo con otros situados” (Illouz, 2007, p. 15). De lo anterior se desprende que las emociones serán abordadas desde una perspectiva sociológica⁹ e interaccionista simbólica espacializada. Siguiendo a Ahmed (2017), Hochschild (1979, 1983a) y Thoits (1989), aun cuando reconozca su expresividad biológica e individual, el énfasis se hará en su dimensión relacional, entendiéndolas como procesos sociales y no solo como estados orgánicos o psicológicos.

Afirmar la socialidad de las emociones no implica negar sus dimensiones psicológicas y biológicas. González sostiene que existe un *nudo conciliador*, haciendo alusión a

(...) entender las emociones por referencia a la acción que las suscita y a la que ellas mismas tienden a suscitar es un buen modo de situar los aspectos naturales de la emoción en el contexto cognitivo–práctico en el que mejor

⁹ Existe una discusión semántica en los estudios anglosajones de las emociones sobre *feelings*, *sentiments*, *affects*, *moods*, *emotions*, entre otras, que no ignoro. A menudo los autores hispanoparlantes se posicionan o dejan de lado dicho debate porque en español, aunque esos conceptos no sean necesariamente equivalentes, no tienen la carga argumentada para el inglés referida a sus intensidades, duración, expresiones psicológicas o físicas, etc. véase (Crespo, 1986). En cambio autoras de habla inglesa como Lutz, Hochschild e Illouz, consideran conveniente utilizar las categorías de manera indistinta (Hochschild, 2009; Illouz, 2007; Lutz, 1986).

pueden comprenderse. Pero, en todo caso, dicha comprensión reclama poner en primer término los fines de nuestras acciones y el contexto significativo que se abre en función de ellos” (2003, p. 12).

En el mismo sentido y siguiendo a Hochschild “el modelo interaccional presupone la biología, pero añade más elementos de influencia social: los factores sociales no entran antes o después, sino interactivamente *durante* la experiencia de una emoción” (Hochschild, 1983b, p. 211)¹⁰. En el subcampo de la sociología de las emociones, la anterior aseveración supone, por lo menos, otros dos posicionamientos. En primer lugar, y a diferencia de las posturas positivistas, no existe un único patrón definido ahistórico que opere bajo la lógica de estímulo–respuesta; y en segundo lugar, en contraposición al constructivismo duro o radical (Thoits, 1989), se asume la existencia de emociones primarias, psicológicamente fundadas¹¹.

Estas últimas no serán el principal foco de la investigación pues el interés está en analizar e interpretar fenómenos sociales. Asimismo, una tercera implicancia es que aquí, y por lo anterior, se dará por superada la controversia acerca de la irracionalidad o no racionalidad de las emociones ya que éstas no serán consideradas como puramente reactivas, impulsivas o instintivas. De esta manera, más que un par dicotómico, entre razón y emoción lo que existe es un *continuum*.

Las emociones tienen lugar a partir de la comprensión de las distintas interacciones que se experimentan, imaginan o recuerdan. En este sentido, las situaciones cara a cara de las que forman parte los sujetos brindan ciertos modelos de emociones, delimitando las posibilidades para la subjetividad y guiando los actos en los que se reconocen los sentimientos. Estos patrones, al ser aprendidos en y a

¹⁰ Traducción propia.

¹¹ Según la psicología, las emociones primarias son aquellas genéticamente heredadas y por ello, biológicamente fundadas, que además pueden emerger sin la necesaria vinculación con otros. Estas son la alegría, tristeza, ira, aversión–rechazo–repugnancia, miedo y sorpresa.

través de las cadenas de comportamiento¹² (Collins, 2004, 2019), tienen variabilidad espacio temporal por estructurarse situacional y permanentemente. Dichas cadenas son intermitentes, definiéndose en función de la repetición o no, de las interacciones. En su reiteración, la energía emocional, sus contenidos –positivos o negativos– y su intensidad, se sedimenta de manera paulatina y a través del espacio–tiempo. Ello permite, por un lado, abordar las tonalidades de las emociones. Y por otro, indagar las emociones como un objeto de análisis móvil. Siguiendo a Collins (1981) y Emirbayer (2009) las emociones no residen en “entidades” que han sido colocadas en individuos, como “personalidades” o “actitudes”, sino más bien se hallan y emergen en las formas situacionales de actuar en encuentros conversacionales.

1.2 Emociones e inseguridad en la constitución del yo contemporáneo

El sentimiento de vulnerabilidad sobre el propio cuerpo o psique y el mantenimiento de la vida están permanentemente puestos en riesgo: la inseguridad se concibe como símbolo de muerte y la seguridad como símbolo de la vida en las sociedades occidentales, y ello es una construcción específicamente moderna (Augé, 2014; Becker, 1973; Delumeau, 2012; Giddens, 1997; Heller, 2004; Marina, 2009; Bjerg, 2019). Para Gayol y Kessler (2011, p. 52) pensar la muerte como situada del otro lado de la frontera imaginada de la vida social, es una de las posibles explicaciones a que la muerte en Occidente como tópico de interés de las ciencias sociales haya sido relativamente marginal hasta avanzado el siglo XX. Extrapolar este argumento permite pensar acerca de las numerosas dificultades para el desenvolvimiento del yo, pero también las creatividades para vivir y sobreponerse a ello, pues en la inseguridad habita la posibilidad concreta de la muerte.

La necesidad de seguridad y la producción de sentido alrededor de ello es fundamental por lo que desarrollamos una “actitud natural” en donde se dan por

¹² *Strings of behavior* (Collins, 2019).

supuestos ciertos parámetros de la vida cotidiana, sobre los que existe una aceptación tácita de los otros y del yo. Esta actitud configura una “conciencia práctica” que pone en suspenso, a través de la ejecución de prácticas rutinarias, el posible caos y desorganización de los horizontes de expectativas que pudieran amenazar las actividades del día a día (Giddens, 1997, pp. 53-59).

Dicha actitud y conciencia práctica posibilitan cierta estabilidad del entorno que, en tanto constituyen una puesta entre paréntesis, configuran la “seguridad ontológica” con dos dimensiones: una cognitiva –la coherencia de la vida cotidiana– y una emocional –particularmente la confianza y esperanza relacionada con la organización interpersonal del espacio y tiempo, la “confianza básica” (Giddens, 2006; Simmel, 2018).

Así, certeza y confianza en que el mundo natural y social son tal como parecen ser, son claves para el ordenamiento de la vida social contemporánea, aun cuando dichos parámetros no estén fundamentados pero sí sustentados: “*ser ontológicamente seguro* es poseer, en el nivel del inconsciente y de la conciencia práctica, respuestas a cuestiones existenciales fundamentales que se plantea de alguna manera toda vida humana”¹³ (Giddens, 1997, p. 66).

La clave de la seguridad ontológica es el *continuum* que va del sentimiento de “ser” al sentimiento de “no ser”, y se construye a través de un “marco formado” proveniente de la disciplina que suscita la rutina. El mantenimiento de la vida está inherentemente sometido a riesgos pero es a través de la confianza básica que se procura robustecer el sentimiento de invulnerabilidad como actitud generalizada de esperanza. Esta confianza y certezas endebles funcionan como una *vacunación emocional*¹⁴, volviendo a la *coraza protectora* como el apoyo emocional más importante frente a las amenazas o peligros presentes y futuros, en la acción y la interacción, para afrontar también “cualquier circunstancia debilitadora” (Giddens, 1997, p. 56). Esto vale tanto para la dimensión cognitiva como para la corporeidad.

¹³ El resaltado es mío.

¹⁴ Resaltado en el original.

La presunción de la inestabilidad de los parámetros de organización de las actividades cotidianas en tanto sentimiento abrumador está presente, según Delumeau (2012), desde las sociedades iniciales conformadas por los *homo sapiens* –pues son los primeros seres conocidos con capacidades de intelección y por tanto también de emoción y su entendimiento. Tal es así que el miedo a lo desconocido se vincula hacia todo lo que precede y sigue la breve existencia de las personas, por lo que el miedo es inherente a la experiencia humana, pero en perpetuo cambio por su carácter intrínsecamente relacional. De esta forma se entenderá al miedo individual en tanto proceso interno que tiene una duración limitada y que se refiere a un objeto determinado, como una “emoción–choque, frecuentemente precedida de sorpresa, provocada por la toma de conciencia de un peligro presente y agobiante que, según creemos, amenaza nuestra conservación” (Delumeau, 2012, pp. 28-29).

Como toda emoción, en su dimensión somática o corpórea, puede provocar efectos diferenciados dependiendo de los individuos y las circunstancias, e incluso reacciones e intensidades alternas en una misma persona. Es decir que es en simultáneo una manifestación exterior y una experiencia interior que libera una energía poco habitual por todo el organismo. Pero aun en sus numerosas variantes, el miedo siempre activa la agencia de los sujetos. Complementariamente, el temor se entiende como el hecho de tener o sentir miedo, que a la vez provoca una sensación de angustia que no puede ser controlada. Es decir el miedo contribuye a explicar el temor, pero no al revés (Kessler, 2011).

Frente a este porvenir atravesado por la incertidumbre, la confianza básica constituye un dispositivo protector contra los potenciales riesgos y peligros de las circunstancias de acción e interacción; o sea, el yo se asienta en una “coraza protectora” que utiliza como medio que permite salir adelante en los asuntos de la vida cotidiana (Giddens, 1997). En este mismo sentido, la rutina se vuelve fundamental para la autonomía y desarrollo del individuo contemporáneo para “seguir adelante”, presuponiendo y no anulando la creatividad de la persona ya que es entendida como “la capacidad de actuar o pensar de forma innovadora en

relación a los modos de actividad preestablecidos [y se halla] íntimamente ligada a la confianza básica” (Giddens, 1997, p. 58).

Comprender la rutina en tanto experiencia posibilita, siguiendo a Koselleck (1993), entender que allí se fusionan elementos racionales y no racionales de comportamiento. Pues además, se condensan la propia experiencia, la de otros y la transmisión de valores y saberes vía generaciones o instituciones; siendo por ello definida como un “pasado presente”. Esto no significa que los actores contemporáneos sean meramente receptivos. Según Koselleck la expectativa está ligada a personas y es a su vez impersonal, pero se efectúa en el hoy. Es futuro hecho presente, apuntando al todavía–no, a lo no experimentado, a lo que solo se puede descubrir. Deseos, voluntades, inquietudes, análisis racionales, visiones receptivas o curiosidades, todas ellas forman parte constitutiva de la expectativa. Por lo anterior, no hay expectativa sin experiencia, ni experiencia sin expectativas. Y allí donde las expectativas no coinciden con las experiencias pasadas o presentes, encuentra lugar y relevancia la confianza básica.

Para Hochschild, la mayor parte de la ciencia social se ha basado en dos “imágenes del yo” que provocó dejar a las emociones conscientes en “una tierra de nadie que se extiende entre ambos enfoques” (Hochschild, 2009, p. 114). Según la autora, la primera imagen es la del *yo consciente*, cognitivo o racional, elaborada por Goffman. Esta consiste en un yo que calcula lo que muestra, cómo se presenta en la interacción y monta su fachada; y de manera consciente elabora tantos sus motivos y deseos como sus fines. Hochschild no critica la existencia de esas posibilidades en el yo, sino el hecho de que Goffman solo haga énfasis en esta capacidad, lo cual trae como consecuencia una utilidad parcial para el análisis; pues al sobredimensionarla, oculta que se calcula mucho menos y que más a menudo se piensa y siente en las formas socialmente esperadas.

La segunda imagen del yo recuperada es la del *yo emocional inconsciente* de Freud y más ampliamente, del psicoanálisis. Desde esta perspectiva, los protagonistas son los impulsos, los instintos y las necesidades que terminan por “empujar” las capacidades del sentir al guiar motivaciones inconscientes. Tanto los

motivos como las acciones causadas, terminan por relegar la reflexividad de los actores, donde el acceso a los significados queda mediado a la necesidad de contar con expertos para des–cubrirlos. Y además, cuando no excluidos, el contexto social y su anclaje espacio–temporal quedan minimizados.

La propuesta de Hochschild es, entonces, complementar y complejizar estas dos imágenes predominantes a través de una tercera con el concepto del yo *sintiente* o *sensible*, el cual amplifica la imaginación sociológica al abrir más posibilidades en el estudio de la realidad social a través de lo emocional (d’Oliveira Martins, 2016; Hochschild, 2009). El yo *sintiente* es aquel yo que tiene la capacidad de sentir y la conciencia de ello. Es decir que es consciente de los sentimientos y también de las reglas que los direccionan, habilitan o constriñen en los encuentros cara a cara. Además, “los sentimientos adquieren su significado y carácter total sólo en relación con un tiempo y un lugar del mundo específico” (Hochschild, 2009, p. 121).

De lo dicho se desprende que esta imagen posibilita analizar la dimensión creativa y agéntica, y también la dimensión social del sentir. La espacio temporalidad y la conciencia referidas por la autora, permiten al sujeto observar sus propios estados emocionales presentes que emergen y contrastarlos con otros de experiencias previas. De la misma manera, las etiquetas y formas de nombrar los sentimientos, para sí y para los otros, permiten explorar lo que se siente y lo que se esperaba sentir.

1.3 Emociones, acción e interacción

La apertura a la contingencia genera ciertas ambivalencias en lo que respecta a las experiencias de la vida cotidiana. El “ajuste” recíproco de las acciones en la interacción supone la existencia de una cooperación y negociación entre las personas que se encuentran a través de acuerdos tácitos por medio de los cuales se construye un sentido de realidad compartido. Siguiendo este planteamiento, se

sostiene que existe una correspondencia entre las emociones, actitudes, impresiones y las prácticas de las mujeres con respecto a los papeles representados por aquellos con quienes se encuentran en las calles (Goffman, 1970, 1971).

Esta idea permite pensar, a la vez, que cada ocasión social posee un *ethos* distintivo. Es decir, que existe cierta estructura emocional que debe ser creada y sostenida correctamente y en donde los interactuantes están obligados y quedan atrapados en la ocasión, más allá de sus sentimientos personales (Goffman, 1963). Aun cuando dicho *ethos* y ajuste recíproco procuren la evitación de disonancias alrededor de lo emotivo y los comportamientos, se presupone que para las mujeres. Esto último podrá ser problematizado también desde la idea que cuanto mayor es la posibilidad de exposición a los riesgos y a lo que “está en juego”, es cuando encontramos mayor acción por parte de las personas interactuantes (Goffman, 1970).

Si con Goffman se logra analizar lo proyectado hacia los otros actores, la “fachada”, con Arlie R. Hochschild (1979, 1983a, 2008) se procurará ahondar en el trabajo interno de las emociones, es decir, en la “gestión emocional”¹⁵ y las diversas formas que éste puede tomar con el objetivo de transformar o manipular las propias emociones que, en nuestro caso, trae aparejadas la experimentación de las situaciones urbanas. Así, retomando la propuesta teórico–metodológica interaccionista de las emociones de la autora, un punto central es la crítica a la mirada de las emociones como generadas internamente y luego externalizadas. Por

¹⁵ Se optó por retomar la traducción de Lilia Mosconi (Hochschild, 2009) y de Madalena d’Oliveira Martins (d’Oliveira Martins, 2018). Con dicha traducción me refiero al *emotion work* (Hochschild, 1979) y no al *emotional labor* (Hochschild, 1983b). Uno y otro, son parte de las emociones, pues no existen estas en un estado “puro”: la emoción en tanto tal es una emoción manejada, elaborada, y esos trabajos emocionales forman parte de la emoción misma. Pero el *emotional labor* supone la valorización, es decir, la mercantilización de las emociones personales de las y los trabajadores en el ámbito laboral. Según la autora, lo problemático no radica en que los y las asalariadas pongan en juego sus emociones. Sino que, con base en su trabajo empírico, Hochschild encuentra que es la emocionalidad la que genera el plusvalor, la que marca la diferencia en la transacción del servicio brindado entre, por ejemplo, una aerolínea y otra. Hay, así, un plusvalor *en* y *de* las emociones. La expresión de las emociones de quienes trabajan están reguladas, y dicha normatividad tiene como objetivo el logro de metas organizacionales o corporativas. Trabajadoras/es que desempeñan tareas de cuidado y médicas, son otros de los ejemplos más vívidos acerca de la gestión y manifestación de emociones deseables.

el contrario, éstas emergen en los encuentros cara a cara, lo cual permite colocar la mirada en el proceso mismo de la interacción –atendiendo a conversaciones e intercambios entre los actores– a fin de percibir cómo en esas negociaciones microsociales se van moldeando, modificando, configurando y reconfigurando las emociones.

Como se dijo, lo anterior complementará la perspectiva dramática de autopresentación goffmaniana y su visión principalmente estratégica de los actores. El intento o esfuerzo de cambiar en grado, intensidad, duración o calidad un sentimiento privado a través de diversas técnicas es entendido como un hábito y permanente aprendizaje que varía dependiendo del tiempo, la locación, la edad y la clase. De esta forma, se entiende que el “trabajo emocional” se hace a la vez consigo mismo pero, al constituirse en el marco de las interacciones, no es sólo auto-reflexividad. En términos de Bericat (2000), en Hochschild, las emociones están tanto orientadas a la acción como a la cognición.

Tal es así que el “trabajo emocional” sobre las propias emociones está condicionado por las “reglas o normas de sentimientos”¹⁶, que construyen expectativas emocionales compartidas mediante la comprensión y evaluación de las interacciones sociales e indican lo social y situacionalmente esperado en términos de intensidad, dirección y duración de las emociones. En consecuencia, existen tipos de sentir adecuados y deseables en las interacciones por lo que una manifestación inapropiada o desviada será leída por los otros en tanto disonancia (Hess, 2015; Hochschild, 1979). Estas “reglas” cobran una relevancia central cuando la consistencia entre la evaluación de la situación y el marco de convenciones y sentimientos se rompe de algún modo, es decir, cuando los sentimientos propios no son “legítimos” para una situación particular. Ello se realiza en pos de adecuarlo a una interacción específica, dadas las expectativas emocionales compartidas que se dan mediante la comprensión y evaluación de dicha situación (Hochschild, 1979, 2008; Thoits, 1989).

¹⁶ *Feeling rules* (Hochschild, 1979).

De este modo las emociones son un elemento de predisposición que orientan o motivan la acción: nos movilizan, nos acercan o distancian, nos cambian el foco de atención, etc. (Collins, 2004, 2019; Didi-Huberman, 2016; Marina, 2009; Sabido Ramos, 2007). De la misma manera que se aprenden formas legítimas o adecuadas de sentir, se rutinizan prácticas entendidas como rituales de la vida cotidiana que posibilitan seguir adelante y proyectar una dimensión de futuro (Giddens, 1997). Sentir y actuar pueden ser pensadas como capacidades adquiridas a partir de la experiencia individual acumulada mediante las cadenas de comportamiento, pero también de la experiencia colectiva. Una y otra contribuyen a encontrar y crear, aunque seguramente no siempre con éxito, distintas soluciones a las situaciones conflictivas con las que se miden diariamente en los territorios que habitan o transitan (Rodríguez Alzueta, 2011).

1.4 Emociones, inseguridad subjetiva y objetiva

Con el objetivo de ampliar las potencialidades analíticas, se retomará el concepto de “sentimiento de inseguridad” de Kessler (2008, 2011) y no la tradición anglosajona de *fear of crime*. Acorde a lo propuesto por el autor esta idea permite ir más allá del miedo, el temor y el crimen, pues se entiende como un complejo entramado y sedimentado de representaciones, discursos, emociones y acciones que operan en relación a lo peligroso en tanto construcción de sentido. Una perspectiva centrada en las posibilidades agénticas y la multidimensionalidad de lo seguro e inseguro, permitirá ver cómo gestionan las mujeres su seguridad ontológica de forma relacional aun siendo sujeto de emocionalidades negativas. Se dará énfasis a las emociones y las acciones, ya que el discurso acerca del delito fue ampliamente estudiado en Argentina y las representaciones sociales han sido analizadas en un trabajo anterior (Bermúdez & Previtali, 2014; Bertoni, 2016; Calzado, 2015; Czytajlo, 2020; Focás & Rincón, 2018; Galar, 2017; Kessler, 2011; Míguez & Isla, 2010; Otamendi, 2008; Varela, 2009).

Asimismo, la amplitud de esta noción dará lugar a analizar lo considerado como amenazante, inseguro o delictivo en los propios términos de las entrevistadas (Sabido Ramos, 2020)], pues cada uno de ellos refiere a construcciones sociales acerca de objetos, sujetos, situaciones e interacciones así definidas por imputaciones de sentido. Siguiendo a Mead, Joas (1985) sostiene que los valores no son presuposiciones objetivas independientes de la existencia humana, pero tampoco mero producto de las evaluaciones subjetivas: más bien, son el resultado de la interacción entre sujeto y objeto. Son subproductos del compromiso mutuo de los actores en circunstancias ambiguas y desafiantes, surgidas al experimentar desacuerdos en los fundamentos de los compromisos normativos y las expectativas; por lo que “las situaciones problemáticas de esta clase se resuelven únicamente cuando los actores reconstruyen los contextos relacionales en los que están insertos y en el proceso, transforman sus propios valores y se transforman a ellos mismos” (Emirbayer, 2009, pp. 315-316).

En este sentido la inseguridad no será planteada como objeto –ni jurídico ni sociológico– evidente, proponiendo la complejidad del fenómeno y no circunscribirlo, *a priori*, a lo tipificado como crimen o delito. Se analizará cómo se conforman y asocian lugares a gamas emocionales negativas, pero también se estudiarán experiencias placenteras y emociones positivas. Unas y otras están constituidas por vivencias previas, se hallan vinculadas a construcciones de sentido alrededor de ciertos espacios e incluso varían según la compañía, la hora del día o la estación del año.

Unas y otras, serán analizadas a lo largo de los capítulos a partir de las prácticas espaciales y de las interacciones solidarias y no solidarias. Retomar esta perspectiva permitirá también dilucidar cómo aparecen en las entrevistadas determinadas emociones y temas, cómo se problematizan, cuándo se vuelven problemáticos y significativos, cómo se imputan significados, cuándo y cómo se hacen presentes, cómo se abordan.

1.5 Emociones, cuerpos y espacio público: un abordaje interaccional

Siguiendo a Collins (2004) y Massey (2001) el espacio es un escenario que produce el actor llenándolo de emociones y sentidos. Es decir que, si el espacio relacional, se produce en las interrelaciones e interacciones, y por ello se puede sostener que no existe espacio por fuera de lo social. En el marco de los encuentros cara a cara, la preparación de la situación supone también una preparación del espacio. Y allí, los participantes encontrarán constricciones espaciales, pero no porque el espacio simplemente las imponga sino porque los actores lo dotan sentido.

De esta forma, el espacio en sí mismo no genera relaciones sociales, sino que solo tiene sentido a partir de que los actores se lo otorgan: cómo los sujetos significan e interactúan en el espacio, cómo lo usan y cómo han usado. Lo anterior también supone que existe una lectura del pasado sobre el espacio, signada por cómo le atribuyen a un espacio determinado ciertas propiedades. Estas producciones y atribuciones de emociones y significados subjetivos a una localización y las prácticas socioespaciales allí desplegadas delimitan un lugar o la simultaneidad del espacio, y por ello los espacios se superponen y entrecruzan, siendo sus límites variados y móviles (Massey, 2001; McDowell, 2000).

Por lo anterior, se retomará aquí la categoría de prácticas espaciales desarrollada por las geografías de la vida cotidiana. Desde una perspectiva fenomenológica, emociones, motivos, sentidos, corporeidad y prácticas son disociables solo analíticamente, pues se condicionan y retroalimentan mutuamente en distintas temporalidades. En esta investigación serán entendidas como las acciones propias de los y las sujetas que realizan día a día y que se despliegan en un contexto espacio temporal particular. Son tanto creativas como reproductivas de lo social, es decir, que la reiteración de las prácticas espaciales supone una dimensión agéntica, relacional y sistémica.

A través de ellas, los sujetos producen entornos y escenarios, y se transforman a sí mismos en el inacabado proceso de construcción del yo (Boy & Paiva, 2015; Giddens, 1997; Ley, 1983; Lindón, 2006; Sabsay, 2011; Seamon, 1979). Las prácticas espaciales pueden ser calificadas a partir de sus motivos, de los lugares

que se habita –públicos, privados, abiertos, cerrados–, los puntos de origen y destino de los lugares del desplazamiento, del tipo de movilidad y los medios de transporte, si se viaja en compañía o soledad, entre otras.

Complementariamente, el cuerpo situado excede sus atributos anatómico–fisiológicos: es a la vez un producto de la sociedad y un portador de ella, por lo que para Simmel la lectura sociológica de la corporeidad se erige como una dimensión constitutiva del análisis social. Por lo anterior, la corporeidad como concepto implica asumir al cuerpo como una entidad cambiante, flexible y fluida (López Sánchez & Llamas Martínez Garza, 2008). De esta manera, lo relevante del aporte simmeliano es la posibilidad de observar al cuerpo en las acciones recíprocas y las relaciones sociales, pues es en el marco de ellas en que el cuerpo se constituye y asienta (Le Breton, 2002; Sabido Ramos, 2007; Simmel, 2018). Esto es así “porque el cuerpo ocupa un lugar en el espacio, y éste, al igual que el cuerpo adquiere significado no por su sustrato físico sino por las relaciones sociales que le dan sentido” (Sabido Ramos, 2007, p. 220).

En el marco del estudio del espacio urbano, las categorías de “proximidad”, “distanciamiento”¹⁷ o “actitud de reserva” de Simmel traen a colación tres elementos clave en esta investigación teniendo implicancias y transformaciones en el ámbito de la sensibilidad moderna. La actitud de reserva es definida como un “distanciamiento psicológico [sin el cual] resultaría insoportable la promiscuidad y la mezcolanza variada de la circulación de las grandes ciudades” (Simmel, 1977, p. 602).

La indiferencia y la apatía constituirían ejemplos de emociones extremas de esta actitud, pero no por ello son un sentir atípico o extraordinario sino que a menudo

¹⁷ Alternativamente, una propuesta culturalista del uso del espacio personal, es la teoría proxémica tematizada y desarrollada por el antropólogo Edward Hall (2003). Allí, el autor distingue cuatro tipos de distancia teniendo como punto 0 de referencia al propio cuerpo, y los usos y percepciones que se hacen del espacio físico a través de la corporeidad. La proxémica de Hall asume que los comportamientos individuales están culturalmente estructurados, por lo cual los usos y percepciones son no del todo conscientes. La tipología construida por el autor, tiene base en un trabajo empírico realizado en la década de 1960 en Estados Unidos de América. Los cuatro tipos señalados son: la distancia íntima (de 15 a 45 cm), la distancia personal (de 45 cm a 1.2 m), la distancia social (1.2 a 3.5 m) y la distancia pública (3.5 a 9 m).

resultan fundamentales para evitar el enfrentamiento por cualquier contacto indeseado (Sabido Ramos, 2007); “sin esta aversión resulta inimaginable la vida de la gran ciudad, que nos pone diariamente en contacto con mucha gente” (Simmel, 2018, p. 270). Por ejemplo, el uso y manejo del “código de la calle” que supone la apropiación de ciertas reglas informales, posturas corporales y comportamientos organizados en el marco de una interacción social, contribuye al mantenimiento de las relaciones interpersonales en el espacio público de los barrios de sectores populares (Anderson, 1999). Lo planteado por Anderson (1999) sitúa en un contexto espacial específico, el de los barrios populares y sus actores, el concepto de segregación de auditorios de Goffman.

La experiencia de caminar por la ciudad es, antes de que nada, una relación afectiva y una experiencia corporal. Pues la

“trama sensorial le aporta al paseo por las calles una tonalidad agradable o desagradable según las circunstancias. La experiencia del caminar urbano despierta el cuerpo en su totalidad, es una puesta en escena del sentido y de los sentidos. La ciudad no está fuera del hombre, sino en él, impregnando su mirada, su oído y todos los demás sentidos. El hombre se la apropia y actúa según los significados que le da a la ciudad (...) Alrededor de cada urbanita se dibuja una miríada de caminos vinculados a su experiencia cotidiana de la ciudad:” (Le Breton, 2015, pp. 81-82).

Asimismo y siguiendo a Seamon (1979), en términos de rutinas corporales espacializadas, se puede hablar de ciertas “coreografías espaciales”. Apoyándose en la metáfora del ballet, este autor describe las secuencias de acciones pre-conscientes para realizar una tarea específica, en donde dicha secuencia está compuesta de pequeños movimientos corporales como si fuera una coreografía.

Estas expectativas de sentir, vivir y actuar con el cuerpo situado en el espacio público, que orientan las posibilidades de hacer allí, moldean y se generan en las interacciones y el vínculo con los otros delimitando cercanías y lejanías, en donde la dirección que toman los cuerpos hacia algunos sujetos y no otros, afecta la manera en que los cuerpos habitan espacios y los espacios habitan los cuerpos. Como se dijo, ello supone una visión relacional y constructivista tanto del cuerpo como del espacio y no exclusivamente anatómica o materialista. Emociones–cuerpo–espacio se condicionan y significan mutuamente en las interacciones cara a cara situadas (Collins, 2004; Giddens, 1997; Le Breton, 2002; Sabido Ramos, 2007; Simmel, 1986; Soto Villagrán, 2013), en donde los cuerpos y las emociones adoptan formas que están condicionadas por normas y roles esperados en la acción recíproca (Acale Sánchez, 2017; Ahmed, 2017; Madriz, 2001; Reguillo, 2008; Soto Villagrán, 2012).

1.5.1 Espacio, movilidad y género

Siguiendo a Lindón (2006), pensar el espacio desde o con un sujeto activo, se contrapone a los desarrollos que reinaron en la geografía hasta avanzado el siglo XX. Ello fue, a la vez, una necesidad disciplinar y la habilitación de todo un novedoso campo de estudios enriquecedor. En este marco, la incorporación de los sujetos, las subjetividades, sus experiencias y los movimientos cotidianos de las personas tomaron relevancia al dimensionarse como clave para estudiar las experiencias espaciales de la vida cotidiana. La inclusión de estas dimensiones da lugar a la llama geografía humana o humanista. *A posteriori* y paulatinamente, también se irá nutriendo de aportes conceptuales acerca de lo emocional, lo sensorial y lo corporal.

Tal como señalara Simmel (1977) hace más de un siglo, la movilidad es un rasgo de la modernidad y por ello, una de las claves para el análisis de la vida urbana. Sin embargo, y como se dijo en el capítulo anterior, las investigaciones socio antropológicas de la movilidad no tuvieron un lugar relevante –ni como dimensión analítica, ni como subcampo de estudios– sino hasta fines del siglo XX.

Más específicamente y siguiendo a Hine (2015), la antropología centró sus avances en las posibilidades etnográficas multilocales o multisituadas inauguradas por Marcus (1995) y tomando como marco y premisa las consecuencias locales de los procesos de globalización. En cambio, la sociología avanzó sobre problematizar la noción de movilidad y la movilidad misma del objeto/sujeto de estudio en contraposición a la fijeza de éste en un solo espacio o lugar; y también en buscar nuevas técnicas metodológicas para aprehenderlo.

Esta tesis se inscribe en el entendimiento de la movilidad como un fenómeno socio espacial, y en el valor heurístico de las prácticas para análisis del espacio a partir de las interacciones urbanas. En y desde las prácticas espaciales de la movilidad e inmovilidad se pueden aprehender experiencias, saberes, emociones y encuentros cara a cara; pero también las interacciones entre personas y objetos, como el vínculo o sustento que puede otorgar la infraestructura urbana. De esta manera, la movilidad se refiere a las múltiples formas en que las personas se relacionan con el cambio de lugar y a las experiencias que implica; a las apropiaciones, interacciones y significados que generan las movilidades (Jirón, 2007).

Siguiendo a Büscher y Urry, el paradigma de la movilidad, en términos analíticos, permite una tipificación de movilidades interdependientes para el estudio y comprensión espacio-temporal del movimiento de personas, cosas e ideas: el *viaje corporal* de las personas; el *movimiento físico* de los objetos; el *viaje imaginativo* efectuado mediante conversaciones e imágenes para anticipar acciones en lugares distantes; el *viaje virtual* a través de redes de comunicaciones mediadas, que a menudo trascienden distancias geográficas, temporales y sociales; y el *viaje comunicativo* al estar las personas conectadas en interacciones cara a cara y a través de comunicaciones mediadas por dispositivos (2009, pp. 101-102)¹⁸.

Así, “la movilidad es tanto una experiencia sensorial como un efecto práctico de llevar una cosa a otro lugar”¹⁹ (Hine, 2015, p. 63). De igual forma, el

¹⁸ Resaltado en el original. Traducción propia.

¹⁹ Traducción propia.

desplazamiento se distingue de la movilidad pues éste no refiere a las prácticas sino a los flujos de movimientos. En general y a través de una visión cartesiana del espacio, cuantificable y medible, el énfasis es el estudio de los movimientos en tanto origen–destino. Ejemplo de ello son los trabajos sobre los flujos migratorios o los referidos al hogar–trabajo donde se pierde la dimensión de la vida cotidiana quedando así la experiencia subsumida a las dinámicas locales, regionales o globales (Lindón, 2006; Soto Villagrán, 2020a).

1.5.1.1 El género y los cuidados en movimiento

Al retomar estudios empíricos sobre la movilidad y ser estudiada desde una perspectiva de género, emerge otro concepto: el de la movilidad del cuidado. Pero para hablar de él es preciso, primero, definir cómo se entenderá a los cuidados. Acorde a la perspectiva que se retoma en la presente investigación, los cuidados se definen desde una perspectiva relacional y cara a cara.

Los cuidados refieren y designan acciones e interacciones orientadas a alcanzar los requerimientos a partir de las cuales niños, niñas y personas dependientes para el desarrollo y el bienestar de su vida cotidiana. Implican cuidados materiales, en tanto son un trabajo, a la vez que representan cuidados económicos por tener costos y también cuidados psicológicos porque suponen inversiones emocionales y afectivas (Batthyány, 2021; Esquivel et al., 2012; Hochschild, 2009; Jelin, 2020). Los cuidados se espacializan, por su escenario material o por la forma vincular de su desarrollo, en entornos familiares o extrafamiliares. En su generalidad, en el primer caso se despliegan sin honorarios y, en el segundo, se remuneran.

Los que aquí se trabajarán están enmarcados en las familias y por fuera del mercado laboral, es decir, sin remuneración. Como otras categorías clave de esta tesis, los cuidados pueden problematizarse a partir de dimensiones analíticas que atañen a lo emocional, lo corpóreo y lo moral-valorativo. El trabajo de cuidados en los entornos familiares tiene la especificidad de ser un deber jurídico, obligatorio. A

su vez, cargan con códigos morales que lo significan como un trabajo amoroso y desinteresado.

Asimismo, los cuidados se observan tanto en el nivel de las interacciones y su encadenamiento, como en el nivel de las prácticas espaciales. Es decir, que los trabajos de cuidados se desenvuelven en escenarios tanto domésticos como extra domésticos. Señalar la dimensión móvil de estos es relevante en términos teóricos y políticos, para aprehender su alcance y magnitud. En ese sentido, el concepto de movilidad del cuidado es recientemente acuñado por la urbanista Sánchez de Madariaga y se refiere tanto a los viajes como a las prácticas y desplazamientos vinculados a los trabajos de cuidado no remunerados, realizados por adultos para niñas/os y otras personas a cargo, incluido el trabajo relacionado con el mantenimiento de un hogar (Sánchez de Madariaga, 2009, 2013; Sánchez de Madariaga & Zucchini, 2020; Soto Villagrán, 2019, 2020b).

La elaboración de este nuevo concepto a partir de los recientes estudios empíricos, ilumina la inversión emocional, corporal, temporal y monetaria que están implicadas en las prácticas del cuidado, el cual exige una movilidad singular -una práctica que, también, sustenta una dimensión de seguridad colectiva. El estudio de estas dimensiones permitirá analizar las interdependencias entre las mujeres y otras personas, así como también la interdependencia de los horarios familiares y de los tiempos del trabajo reproductivo y productivo (Allen, Cárdenas, Pereyra, & Sagaris, 2019).

Por su parte, las cadenas de movilidad o viajes encadenados se refieren a la secuenciación de prácticas y motivos que involucran el desplazamiento a través de lugares. Los hallazgos muestran que, en general, las mujeres en un mismo viaje realizan más de una actividad intercalando, así, responsabilidades vinculadas tanto al trabajo remunerado como al no remunerado. Un mismo trayecto de la residencia al trabajo se efectúa de manera poligonal para cubrir también responsabilidades orientadas a la salud, a las y los niños u otros dependientes, a las compras de bien compras, a cumplir con trámites, entre otros (Hancock, 2020; Sánchez de Madariaga, 2020; Soto Villagrán, 2020a). Lo anterior complejiza la visión más



clásica de movimientos con patrones claros de origen – destino que, en su sesgo, más bien representan los patrones de movilidad del tipo hogar–trabajo de los varones.

CAPÍTULO II. DISEÑO DE INVESTIGACIÓN Y CONTEXTO DE ESTUDIO

2.1 Contingencia sanitaria global. Reelaboraciones y condiciones de trabajo

En términos metodológicos y epistemológicos, ha sido un trabajo de campo duro. Las disposiciones de aislamiento obligatorio en Argentina a raíz de la pandemia de COVID-19 se implementaron a los diez días de iniciado mi trabajo de campo y a los quince de mi llegada al país. Las medidas del Aislamiento en Argentina fueron muy restrictivas, como en gran parte de Sudamérica. No podía usar el transporte público, no contaba con un transporte particular ni tampoco podría haber justificado mi circulación por la ciudad en caso de un control policial. No solo corría el riesgo de ganar el inicio de un proceso penal por infringir las medidas sanitarias, también estaba profundamente preocupada por un potencial contagio, ya que era la más joven del grupo familiar en la ciudad y me encargaba de los cuidados vinculados a la compra de bienes con fines reproductivos.

Inicial e ingenuamente, pensé que las medidas sanitarias serían de corto plazo y con una moderación similar a la pandemia de H1N1 de 2009, en la que Argentina mantuvo un estado de contagios contenido²⁰ con una semana de suspensión de vuelos hacia y desde la Ciudad de México y un mes de suspensión de clases en todos los niveles educativos. No fue así.

Todas las categorías analíticas que eran nodales en esta tesis, estaban siendo directamente afectadas por la COVID-19 y el desconocimiento que teníamos alrededor de ella, sus prevenciones y consecuencias. El espacio público, el espacio privado, las interacciones, las prácticas espaciales, las emociones, la corporeidad,

²⁰ Para el final de la pandemia de H1N1, Argentina quedó ubicada dentro de los diez países con mayores contagios y muertes (OPS, 2010). En cualquier caso, en dicho país, las muertes por H1N1 representan apenas alrededor de un 1% de las personas fallecidas por la COVID-19.

la vida cotidiana... la pandemia amenazaba, subvertía o inquietaba a todas y a cada una de ellas.

El Seminario institucional de tesis de la Facultad se reanudó frente a las imposibilidades de que el grupo haga su campo o estancia de investigación agendada. Leíamos nuestra bibliografía y nos leíamos entre nosotros, “avanzábamos” sin ningún material empírico. Cada día, relevaba noticias sobre los contagios, la situación local, las marchas y contramarchas, de las conflictividades urbanas. Un extenso diario de campo que tiene semanas y meses con información inconducente. Todo ello está entre mis archivos, quizás algún día tenga su utilidad.

Me formé en un curso intensivo a distancia para aprender las herramientas y conocer cómo realizar una etnografía digital. Se intentaron hacer entrevistas en línea, no se pudo. No quisieron, no tuve repuestas, o eran intercambios de llamadas y mensajes de pura dilación. Aunque cambiara o abriera los barrios, como finalmente ocurrió, el grupo poblacional de interés estaba atravesado por privaciones -incluso sin pandemia. Sustener llamadas y videollamadas con sus datos móviles era, para mí, un abuso.

A diferencia de muchas otras investigaciones que también atravesó la pandemia, la concreción de hacer videollamadas con las mujeres fueron nulas. Más allá de las condiciones materiales, yo tampoco las conocía. Me habían presentado a tres mujeres que inicialmente me dijeron que sí, pero luego dejaron de contestarme. Mis guías informantes hacia el campo se diluyeron muy pronto. Debía de haber un profundo interés o aburrimiento de su parte para sostener esas interacciones mediatizadas conmigo, sin conocerme.

El trabajo de campo estuvo suspendido desde mediados de marzo hasta octubre de 2020. Recién en noviembre de 2020, se dio permiso para la circulación de personas involucradas con investigaciones científicas sociales. La reanudación del campo y mi vuelta a los barrios tardó casi nueve meses, restableciéndose entre mediados y fines de noviembre. La realización de las entrevistas, entonces, comenzó hacia el final de la primavera de 2020.

El advenimiento de la temporada estival y los climas más cálidos, permitieron realizar entrevistas en espacios abiertos o en espacios cerrados con ventilación. La circulación del aire me daba mucha más tranquilidad. Cuando la distancia física prudente no podía sostenerse, me colocaba nuevamente la mascarilla. En otras ocasiones, solo bajaba la mascarilla para tomar mate; un mate individual que siempre llevaba en mi mochila.

Contagiarme no solo implicaba temores alrededor de un potencial malestar físico, agravamiento de mis condiciones de salud, el contagio a alguno/a de mis familiares. Principalmente, pensar en contagiar a mis entrevistadas también me daba pavor. Comprometer su salud, ponerlas en peligro, no sabía cuántas implicancias en su vida podría haber generado yo misma por el solo hecho de hacer una tesis. Yo me encontraba con al menos dos mujeres cada vez que visitaba los barrios, con prevención, pero todas las entrevistas pasaban por mucho la recomendación de interacciones de quince minutos. A veces con más miembros/as de sus familias, a veces con personas vinculadas a las organizaciones políticas y sociales de las zonas.

De seguro que hubiera complicado aún más su cotidianeidad, en un contexto ya de privaciones y precariedades varias. Para empezar, casi ninguna de ellas cuenta con las condiciones habitacionales ni económicas para hacer un aislamiento preventivo como el que se recomendaba todavía a inicios de 2021. Además, contagiarme o contagiarlas conllevaba el riesgo de poner en suspenso una vez más mi trabajo de campo. Yo ya estaba muy atrasada. En algún momento debía comenzar a saturar de información, reanudar la escritura y regresar a Ciudad de México.

La negativa de muchas personas a darme entrevistas, implicó la reelaboración y ampliación de los barrios a estudiar. Originariamente, esta tesis proponía hacer una etnografía profunda únicamente en el barrio Las Heras. Uno de los barrios populares más antiguos de Mar del Plata, ubicado en el sudoeste de la ciudad. El barrio había sido escogido, además, por tener una alta densidad poblacional, una densa red de organización social y política, y un nivel de

conflictividades importante que releva el Municipio y difunden diariamente los medios locales en cuanto a delitos, déficits habitacionales, alimentarios e infraestructurales. Estos elementos, hacían viable la realización de un extenso trabajo etnográfico en ese único barrio.

A las pocas semanas de iniciado, la apertura del campo, comenzó a realizarse hacia el este, en donde se ubican los barrios de General Pueyrredon y El Martillo. Luego, pasaron unas semanas más y continuaba con muy baja efectividad para hacer entrevistas. Ya era diciembre de 2020. Me tuve que ir hacia el noreste de la ciudad y se incorporaron los barrios de Aeroparque, Las Dalias y Parque Peña. La geografía y las dinámicas tienen otras particularidades. Esta zona está más ligeramente poblada, conviven fincas de mitad de siglo con asentamientos que tienen pocas décadas.

Como si no hubiera sido complicado acceder al campo, una vez iniciado, hubo al menos cinco huelgas gremiales de los choferes del transporte público y colectivo local. La retención de tareas en cada una de ellas variaba: un día, tres días, cinco días. Debe haber sido el verano con mayor conflictividad sindical de ese rubro en años. Yo no tenía movilidad propia, estaba en una ciudad en la que no vivía. Parientes y amistades me llevaban y me buscaban para que sostenga, en la medida de lo posible, los encuentros que ya había pautado con las futuras entrevistadas.

Además de la extensión de los barrios como escenarios a estudiar, otra transformación producto de la pandemia fue abordar los cuidados en sí mismos, la movilidad y las movilidades del cuidado. Ello no había sido planteado en los inicios de esta investigación sino más tarde, a partir de la irrupción de la contingencia sanitaria y del inicio y avances en campo. Los trabajos de cuidado no remunerados se hicieron muy visibles a partir del *Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio*: no había escuelas abiertas, ni guarderías, ni clubes, ni familiares a disposición. Todo se redujo al propio hogar y a las propias estrategias y recursos -humanos, materiales y económicos- que pudiera gestionar el grupo familiar. Al menos durante

los primeros meses y en Argentina. Ni el Estado, ni las organizaciones políticas y sociales daban abasto para paliar las carencias a pesar de la densidad de las redes.

En cuanto a las técnicas de recolección de información, previo a la aparición de la COVID-19 como problema estructurante de la vida social en Argentina, se planeaba originalmente usar el sombreado y acompañar a las mujeres en sus rutinas. Las posibilidades de hacerlo se diluyeron en la primera semana. Ninguna quiso que lo hagamos y por supuesto que lo entendí. Esto no pudo desarrollarse siquiera en el momento de menores casos y mayor relajamiento de las restricciones gubernamentales: las entrevistadas alegaron manejar suficiente tensión en sus viajes a causa de la COVID-19 como para, además, sostener largas interacciones conmigo y la proxemia que ello implicaría.

La propuesta la llevé a cada uno de los (mis) nuevos barrios incorporados y fue igualmente fallida. Complementariamente y no menor para el sombreado, es que, aunque cuando reanudo el campo los controles policiales estaban ya muy diluidos, el marco legal de punición seguía vigente. Yo debía moverme con el permiso oficial para poder circular y cada dos días tenía que registrar mi temperatura corporal en una aplicación digital del Estado.

Otra técnica y posibilidad que fue desechada fue la de los *focus groups* en donde participan mujeres del -originariamente único- barrio elegido, y se discutieran ciertas temáticas que hayan resultado relevantes y recurrentes en los relatos obtenidos de las entrevistas realizadas previamente. Forzar el encuentro de mujeres de cinco o diez grupos familiares distintos, era poco ético e imprudente. Esta técnica hubiera aportado información novedosa a la que no logramos acceder mediante las entrevistas individuales, ya que en estos grupos de encuentro quizás las mujeres se sientan más cómodas y menos intimidadas por ser una situación más impersonal.

Así las cosas, el trabajo de campo fue sufrido, pero logré conseguir muchas y muy buenas entrevistas que hoy vertebran esta investigación. A continuación, se detalla la estrategia metodológica que finalmente tuvo lugar.

2.2 Consideraciones metodológicas, técnicas de recolección y selección de casos

Al plantear un abordaje interaccional, se propuso y entendió como pertinente la utilización de una estrategia metodológica con técnicas de investigación cualitativas para la recolección de la información. Por lo anterior, en primera instancia y con el objetivo de recuperar y problematizar la espacialidad se historizó acerca de la ciudad de Mar del Plata y de los barrios, asumiendo que esas espacialidades tienen una temporalidad e historia que es resultado de procesos subjetivos y relacionales. No se considera que ello determine las formas de sentir, habitar y transitar *el* y *en* el espacio barrial pero sí las condiciona mediante lo sedimentado en las cadenas de comportamiento propias y ajenas.

Es decir, se sostiene que dicha historia es construida a través de la atribución de sentidos y, asimismo, le otorga sentidos a esa espacialidad material, configurando así lugares (Tuan, 2007) o espacios vividos (Frémont, 1980). De esta forma, sumando la temporalidad en ese significar y habitar se intentará echar luz sobre la producción de lugares de los seis barrios estudiados y de la ciudad de Mar del Plata.

En segundo lugar, se diseñaron entrevistas semiestructuradas para aprehender y analizar las emociones, sensorialidades y corporeidades que tienen lugar en las prácticas espaciales y en los encuentros cara a cara urbanos desde las narrativas de las entrevistadas. Se esperaba, al menos, la realización de entre treinta y treinta y cinco entrevistas con diferentes mujeres y se contempló la posibilidad de realizar más de un encuentro con ellas. Finalmente, se realizaron cuarenta y dos entrevistas formales, treinta y nueve de ellas individuales, y las tres restantes grupales por pedido de las participantes. A partir de todas ellas, se recogieron y analizaron alrededor de setenta horas de grabación.

Al transitar frecuentemente cada uno de los barrios, con casi la totalidad de las entrevistadas se mantuvo más de un encuentro informal en sus calles o en los

centros comunitarios barriales donde se platicó sobre las problemáticas que aborda esta investigación. Con alrededor del 30% de ellas se realizó un segundo o tercer encuentro de entrevista, con carácter más confidencial y formal. Informales o formales, más o menos breves, cada uno de los encuentros procuró afianzar la cercanía y la confianza mutua así como la actualización sobre nuestros días y actividades y profundizar lo recabado de las primeras charlas.

Solo una de las mujeres, de 30 años de edad y habitante de uno de los barrios del sudoeste, no aceptó que sea grabado el encuentro. Alegó darle vergüenza, mostrando incomodidad a través de su cuerpo y ensimismándose. Sus movimientos corporales, inicialmente, indicaban señales de timidez y a la vez de distancia. La entrevistada marcaba una frontera e imponía límites en los diálogos preliminares. Eso, afortunadamente, no supuso que la entrevistada sea escueta en sus respuestas como imaginé al inicio del encuentro luego de su negativa.

Además, se hicieron cuatro entrevistas más a modo de control con sujetos/as de otro perfil sociodemográfico: dos varones de estos mismos barrios populares y dos mujeres residentes en el macrocentro de la ciudad; ninguno de ellos posee automóvil y eran usuaria/os del transporte público, una de las mujeres era soltera y la otra convivía con su pareja y sin hijos/as, ambos hombres tenían hijos/as.

A través de las entrevistas semi-estructuradas se logró acceder –en palabras de las propias sujetas, mediadas por su memoria, su experiencia e interpretación personal- a analizar bajo qué formas ciertas emociones se construyen y afectan la cotidianeidad de las mujeres de sectores populares, así como las prácticas espaciales desarrolladas en el ámbito urbano (Marradi, Archenti, & Piovani, 2018).

En este sentido si, como fue el objetivo, se otorga centralidad a los aspectos interpretativos e intencionales de los sujetos -con sus creencias, valores e interpretaciones-, el mundo social que investigamos se halla necesariamente ya preinterpretado. Siguiendo a Schütz (1995) ello implicará una “doble hermenéutica” para analizar el fenómeno de las emociones que configuran las vivencias urbanas de las mujeres. Es de esta forma que se buscarán aprehender los sentidos que contienen las experiencias de las entrevistadas, a través de una reconstrucción e

interpretación de las emociones y acciones en la interacción y en las prácticas desde las narrativas de las entrevistadas. La entrevista nos situó en el yo y además, como sostiene Sabido Ramos, indagar acerca de las memorias sensoriales permitirá investigar

“las experiencias en sí mismas y los significados que se les atribuyen a partir de cómo son narradas mediante un relato que nos remite espaciotemporalmente al pasado, pero que adquiere significado en el presente (...) La “memoria sensorial” adquiere materialidad en las narraciones que evocan sensaciones, emociones y sentimientos que, de alguna manera, afectaron al cuerpo y que se asocian a ciertos lugares, artefactos y personas” (Sabido Ramos, 2020, p. 216).

Las emocionalidades y corporeidades se estudian a través de dos niveles analíticos distintos: el de las prácticas espaciales y el de las interacciones. El nivel disposicional de las prácticas espaciales, supone rutinas. Las prácticas implican un conocimiento por el cuerpo que garantiza una comprensión práctica del mundo: la corporeidad y emocionalidad se basan en un conocimiento práctico que se tiene en el cuerpo. La temporalidad en el nivel de las prácticas tiene mayor densidad que en el nivel de las interacciones. La rutinización de una práctica implica una temporalidad de la estructura, por lo que las prácticas sociales rutinizadas se producen en la repetición, en la secuencia del tiempo. En este nivel, lo corpóreo afectivo es una fuente más de sentido a la vez que es productor del sentido práctico (Giddens, 1997; Reckwitz, 2016; Sabido Ramos, 2010).

En el nivel interaccional, la estructura se halla en la misma situación de interacción. La socialidad no puede estar en otro lugar no sea en el encadenamiento de interacciones simbólicas entre personas, pues la teoría de los rituales de interacción es centralmente una teoría de las situaciones. Unas situaciones que

enfocan emociones y atenciones conjuntas, generando una realidad temporalmente compartida, a partir de la coordinación de los cuerpos y afectividades *in situ*. Las pautas para actuar se definen en relación al conocimiento práctico de la situación y sus marcos de sentido (Collins, 2004; Goffman, 1974; Reckwitz, 2016; Sabido Ramos, 2010)

Por otro lado, se advierte que en tanto lo relevante son las significaciones que otorgan las entrevistadas a sus experiencias, no se analizarán las emociones “puras” por varios motivos. En primer lugar, porque el sentir y la expresión del sentir no son equiparables. Los sujetos etiquetan sus sentimientos a partir de los recursos del lenguaje de los que disponen, en el intento de describir una sensación; es decir que no existe una relación directa, de correspondencia lineal, entre las palabras y las emociones.

Los insumos centrales para el análisis fueron las narrativas emocionales. La imbricación emotiva, su encadenamiento, su gestión, su medición e intensidad, se indagan a partir de lo narrativo. Tal como sostiene Lutz (1988), el complejo de nombrar una emoción es el resultado de la articulación de toda la gama de valores, relaciones sociales y circunstancias.

Por lo anterior, hablar de emociones es hablar simultáneamente de lo social y no una mera rotulación de un estado interno, y esta complejidad se refleja en los múltiples significados atribuidos a las palabras que nombran las emociones (d'Oliveira Martins, 2018). En segundo lugar, la perspectiva dramaturgica invita a asumir que las entrevistadas pueden estar desplegando un *performance* en tanto tales frente a quien investiga, tomando una identidad situacional como parte del multifacético yo. Este estudio no se propone buscar las verdaderas o falsas emociones. Por ello, la gestualidad y subtextualidad de las afirmaciones serán objeto de estudio. A partir del uso de otras técnicas de recolección de información se abre la posibilidad de comparación y contrastación.

Asimismo, se procuró cubrir la mayor variabilidad posible a partir de la diversidad de perfiles y pluralidad de voces de mujeres que habitan los territorios, teniendo en consideración su edad, ocupación, mujeres madres y mujeres sin hijos,

barrio y la zona del barrio que habitan. Esta propuesta se debe a la presunción de que todas ellas sienten, habitan y experimentan el espacio privado y público de forma heterogénea. Que dicha selección de casos se realice a partir de los elementos explicativos de la investigación, además de maximizar la variabilidad de situaciones, controlará posibles sesgos de selección y se presume que complejizará los futuros hallazgos del trabajo de campo.

En tercer lugar, las charlas informales también serán apreciadas como fuente de valiosa información. Considerándolas conversaciones espontáneas, sin estructura ni objetivo claro como el momento de entrevista, se buscó que las mujeres lleven libremente el hilo del diálogo para lograr platicar sobre sus propios intereses; o que emerjan temas relevantes para esta investigación pero que sean a partir de la secuencia tiempo-espacio que construyan ellas mismas.

Durante el trabajo de campo, no se hicieron más de dos encuentros formales o semiestructurados con las entrevistadas, pero sí se repitieron las charlas informales luego del primer encuentro o momento de entrevista. A menudo volvíamos a hablar de los temas que se habían tocado, otras veces solo amistosos, y otras sobre problemáticas que las aquejan a ellas, al barrio o a alguien más conocido por mí -personalmente o través de sus narrativas.

En cuarto lugar, se realizaron observaciones en el territorio para reflexionar sobre las prácticas espaciales en acción realizando pequeños trayectos con las entrevistadas en la medida en que me lo permitieron. Se combinaron la “observación selectiva” y la “observación enfocada” (Werner & Schoepfle, 1987) para de esta manera explorar y dar cuenta tanto de las situaciones, actividades y espacios físicos que se consideraron relevantes y que contribuyeron a la explicación del problema – “observación selectiva”-, como de retomar posibles elementos que no habían sido contemplados en un principio y que surjan de la información obtenida de las entrevistas con las mujeres vecinas -“observación enfocada”. Tal como argumenta Flam, un enfoque dramaturgico interaccionista sobre las emociones, prioriza en sus métodos las observaciones por todo el contenido que puede aportar a la información

y relatos obtenidos de las entrevistas. Combinadas, “estar ahí” enriquece y fortalece la validez del estudio en el sentido de que

“observando/señalando cuáles emociones están expresadas y atribuidas por los actores los unos a los otros, señalando las propias emociones concurrentes, como así también cuando emergen emociones compartidas y circulantes ([a partir de] registros de observación o análisis de texto/visual, complementados por entrevistas y documentos, y en comparación con opiniones de expertos, otros entornos, ficción, teorización)” (Flam, 2015, p. 14)²¹.

Por último, en el momento de entrevista cara a cara y hacia el final, se utilizarán dos tipos mapas con dos espacios físicos: de la ciudad del Mar del Plata y del barrio y la zona donde residen -Barrio Las Heras, Barrio Pueyrredon y El Martillo en el sudoeste de la ciudad, y Barrio Parque Peña, Aeroparque y Las Dalias en el noreste de la ciudad. Uno de los mapas perceptivos será para marcar las emociones que evoca el señalamiento de ubicaciones específicas en los mapas. Estos mapas permitieron trabajar sobre las emociones, los cuerpos y las prácticas espaciales de las mujeres a entrevistar de forma profunda y complementaria a los relatos de vida que se obtendrán con las entrevistas semi estructuradas. La posibilidad de contar con la información de los mapas y solicitar en los encuentros el señalamiento de espacios cartesianos permitió observar la construcción disímil de lugares en los barrios, las zonas aledañas y la ciudad por parte de las entrevistadas.

Considero que estas técnicas permitieron ahondar en la manera en que las mujeres marplatenses han ido construyendo y reconstruyendo sus emociones,

²¹ Traducción propia.

acciones e interacciones en el espacio; recuperando a través de las observaciones y las entrevistas individuales el punto de vista de estas mujeres y la definición de su propia situación, en su posición y en su conjunto de relaciones (Geertz, 2003).

Para el análisis y la comprensión de las experiencias sensibles y pragmáticas de las mujeres de Mar del Plata que participaron de esta investigación, se revisaron y procesaron las transcripciones de las entrevistas con el *software* Atlas.ti. Inicialmente se utilizaron códigos deductivos provenientes del marco conceptual propuesto y centrados, en principio, en las tres categorías nodales del objeto: interacciones, emociones, prácticas espaciales. Luego, se incorporaron códigos emergentes o inductivos a partir de nuevas categorías, nativas y analíticas.

Lo anterior supuso un proceso de codificación mixto y flexible, donde se abordaron los sentidos contenidos tanto manifiestos como latentes de las narrativas. Las inconsistencias o contradicciones a lo largo de los relatos también fueron trabajadas y para esta investigación suponen un punto muy relevante: por un lado, dan cuenta de las contingencias, ambivalencias, liminalidades y transiciones de las cuales están impregnadas las interacciones cara a cara y la vida social en general; por otro, la relevancia del papel de la memoria y los recuerdos en la reconstrucción de las trayectorias de sí.

2.3 Situar la investigación

2.3.1 La ciudad de Mar del Plata

El crecimiento de la ciudad de Mar del Plata, su expansión geográfica y habitacional hasta llegar a ser una de las ciudades más grande del país, se da en dos momentos. El primero ocurre en la segunda mitad del siglo XIX y responde a la transición de ser un saladero con estancias, un muelle y una única proveeduría a transformarse en la villa balnearia exclusiva de la aristocracia capitalina con un puerto pujante. Las acaudaladas familias viajaban hasta la villa con los y las trabajadoras que velaban

por sus cuidados, y paulatinamente comenzó a crecer una tímida población estable marplatense vinculada al sector servicios y de la construcción. La ciudad de Mar del Plata de la clase dirigente y aristocrática de la Capital, más allá de sus mutaciones contemporáneas, fue construida a imagen y semejanza de los destinos balnearios más distinguidos de Europa, especialmente de Biarritz²², ubicado en la costa francesa del Golfo de Vizcaya (Torre & Pastoriza, 2019).

Para inicios del siglo XX, la población se asentaba principalmente alrededor de tres puntos: el centro y la estación norte del ferrocarril, poblada mayoritariamente por trabajadores dedicados a la provisión de bienes y servicios; hacia el sureste, la aristocracia y la burguesía edificaba casonas²³, por último, en torno a la zona portuaria²⁴ proliferaban las casas de las y los trabajadores vinculados a la actividad marítima, los cuales eran principalmente inmigrantes italianos. Es en este periodo en el que comienzan a desarrollarse políticas para favorecer a gran parte de la población estable, dedicada al sector de servicios vinculados al turismo y la pesca.

La victoria en las urnas por parte de los socialistas en el gobierno municipal (1920–1929) durante tres elecciones consecutivas, implicó el despliegue una batería de políticas públicas tales como el gravamen al juego de apuestas para el desarrollo de políticas sociales, y el cabildeo para crear un sector de asientos asequible y de segunda categoría en el tren de pasajeros que unía la ciudad de

²² Siguiendo a Torre y Pastoriza (2019), el devenir de Mar del Plata como ciudad balnearia de la aristocracia hacia finales del siglo XIX, fue proyectado desde el modelo de Biarritz. Una geografía similar a la marplatense, el origen vasco de uno de sus fundadores y las aspiraciones de la elite por tener una pujante villa junto al mar, semejante a las europeas, hizo posible replicar el estilo y los cuatro pilares fundacionales de Biarritz: un gran hotel, un casino, ramblas para transitar el frente marítimo, un balneario. La centralidad de los juegos de apuesta y los bailes de salón en la sociabilidad de la villa balnearia, como emulación a los escenarios de interacción de Biarritz, también se encuentran en San Sebastián -otro balneario tardío que igualmente se proponía ser *la perla del Atlántico*.

²³ El *boom* inmobiliario que data de la primera década del siglo XXI y continúa, consta principalmente de la construcción de edificaciones en altura con varios propietarios por inmueble. Su avance ha implicado la transformación del paisaje de esta zona de la ciudad ya que se han demolido cientos de casonas. Los *chalets* marplatenses se caracterizan por ser de baja altura, con un frente revestido de piedra “Mar del Plata” –obtenida en abundancia en las canteras aledañas a la ciudad–, techos a dos aguas, tejas coloradas, porche y patio trasero.

²⁴ Dicha zona, hasta entrado el siglo XX, era considerada como una localidad diferenciada de Mar del Plata y era conocida como Pueblo de Pescadores. Actualmente, está compuesta por al menos cuatro barrios diferenciados.

Buenos Aires con Mar del Plata. Esta medida referida al transporte no solo favoreció a los veraneantes como nuevos sectores sociales con posibilidades de ocio, sino también a la población local, pues dio lugar a un mayor derrame de ingresos a través del consumo de los sectores medios y obreros (Larrinaga Rodríguez & Pastoriza, 2009).

Las nuevas autoridades locales además de ser socialistas, pertenecían a la clase trabajadora, ya sea como autónomos o asalariados. Sus propuestas de política pública y su extracción de clase supusieron variadas tensiones con la dirigencia nacional y provincial, que pertenecía a las clases altas. A pesar de ello, se realizaron obras federales, regionales y proyectos de la sociedad civil que dieron mayor potencia a los estímulos locales iniciales de *abrir* la villa más allá de la aristocracia. La creación de recorridos de autobuses de mediana distancia y la pavimentación²⁵ de la Ruta Nacional 2 en las décadas de 1930 y 1940, transformaron los patrones de movilidad interdistrital compitiendo con los trenes. Esto significó para Mar del Plata que, hacia finales de aquella década, el arribo de turistas se había multiplicado seis veces (Larrinaga Rodríguez & Pastoriza, 2009; Torre & Pastoriza, 2019).

Estas tendencias de democratización del ocio se profundizaron y extendieron a más familias trabajadoras a partir del primer cargo de Juan D. Perón como funcionario público. Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, Perón estableció como derecho las vacaciones pagas para todos los asalariados a inicios de 1945; para de finales ese mismo año, el aguinaldo es también un derecho. No es casual que en a lo largo de la década de 1950 se considere que se da el tránsito de una sociedad con consumo a una sociedad de consumo (Pastoriza, 2020; Rocchi, 2003).

Así, simultáneamente y a partir de las interacciones entre actores de distintas clases en un mismo escenario, se detonaron distintos procesos sociales: la

²⁵ La bonanza económica que trajo el periodo entreguerras para Argentina se puede apreciar, entre otras cosas, en que para el año 1931 era el país con más cantidad de automóviles de América Latina (Larrinaga Rodríguez & Pastoriza, 2009).

homogenización e igualación social mediante el fomento de las vacaciones en Mar del Plata, las distinciones inter e intra clase, las prácticas vinculadas al gusto o como signos de este (R. Ferraro, Zulaica, & Echechuri, 2013; Gennero de Rearte & Ferraro, 2002; Larrinaga Rodríguez & Pastoriza, 2009). La división social del espacio, renovaba las distancias y proximidades con otros y semejantes dadas las afluencias simultáneas y diversificadas.

La división espacial para los distritos sectores sociales, a veces más y a veces menos tácita, revelada mediante los costos de las mercancías y las posibilidades de consumo. Evidentemente, el conjunto de estas tensiones configuró el contexto en que se delineó un nuevo escenario urbano donde se transitó hacia una diferente ciudad turística. En efecto, desde finales de los años veinte, y en consonancia con las transformaciones económicas y sociales, el selecto centro costero comenzó a recibir a nuevos visitantes, los cuales modificaron la sociabilidad veraniega.

La confluencia de proyectos tanto públicos como provenientes de la sociedad civil posibilitó el acceso de otros sujetos sociales al goce del tiempo libre. Nuevas urbanizaciones, el diseño de caminos y la modernización de los transportes impactó en la historia de Mar del Plata²⁶. Pero el segundo momento que da paso a la mutación de un pueblo a una importante ciudad comienza recién a finales de la década de 1940 y toma fuerza en la de 1960 (Pastoriza & Cicalese, 2004; Torre & Pastoriza, 2019).

Ni la villa aristocrática ni la Mar del Plata para todos y todas fueron tan duraderas. Esto aun cuando, en la actualidad, la ciudad se presenta como una en la que existen posibilidades de ocio para los múltiples niveles de consumo. La afluencia de viajeros es intensa, la ciudad de Mar del Plata tiene capacidad para recibir, hospedar y brindar todo tipo de servicios para más de 500 mil visitantes, es

²⁶ Para la clase trabajadora marplatense y nacida en las costas el derecho a las vacaciones y la democratización del ocio también fueron una realidad. El escenario de ese disfrute eran las sierras de la provincia de Córdoba y las villas, pueblos y ciudades andinos.

decir, que con las plazas turísticas completas, la ciudad prácticamente duplica su población estable.

Los turistas llegan con facilidad gracias a las opciones de movilidad, principalmente desde el Área Metropolitana de Buenos Aires, la zona más densamente poblada de Argentina. Si no se cuenta con movilidad particular, se puede llegar a la ciudad por tren, autobuses de media y larga distancia y avión. Además de la movilidad, la cercanía relativa es favorecida por los 400 kilómetros casi llanos de distancia: el tiempo de viaje que los separa de Mar del Plata de la capital del país es afable.

Los imaginarios y significaciones que se construyeron alrededor de uno y otro paradigma de balneario continúan hoy presentes. En su dimensión material–arquitectónica, ya no solo simbólica, esos modelos pueden apreciarse también en el paisaje de la ciudad. El modelo neoliberal y aperturista de la dictadura cívico militar instaurada en 1976, tuvo un impacto duradero en cuanto a las políticas sociales y económicas que podían implementarse a nivel local en una estructura social urbana empobrecida, más heterogénea y con conflictividades crecientes.

En los resultados del censo de 1980, tres años antes a la transición democrática, Mar del Plata ya contaba con un 18% de la población bajo necesidades básicas insatisfechas. Nuevos actores sociales en condiciones de alta informalidad se asentaron en zonas periféricas y la industria turística no era una voluminosa bolsa de trabajo como antes, pues ya no absorbía grandes cantidades de trabajadores/as estables ni temporales (Cicalese, 2001).

El modelo neoliberal dictatorial también tuvo consecuencias para Mar del Plata en cuanto que las poblaciones de ambos polos de la pirámide de la riqueza argentina transformaron sus rutinas de esparcimiento, ocio y tiempo libre. Dicha transformación ocurrió tanto en su dimensión espacial como temporal y en sus prácticas de consumo. Por un lado, significó el paulatino escurrimiento de los turistas más adinerados hacia balnearios de nuevos ricos –burgueses enriquecidos principalmente a través de negocios con el Estado; y por el otro, la caída de

veraneantes de la clase trabajadora a partir del empobrecimiento de los sectores más bajos.

Esta pauperización, además, supuso una transformación de las prácticas en torno a la vacación. Poco a poco, el hábito de las largas estadias, mayores a una quincena en el lugar de destino, disminuyeron. Por el contrario, se impusieron las salidas más cortas y espaciadas, aunque reiteradas, en los casos en que era posible. Para la población marplatense, ello implicó un recorte de la rentabilidad de quienes eran comerciantes, pequeños y medianos empresarios; para la clase trabajadora, los salarios, la calidad y la oferta del empleo, se redujeron (Cicalese, 2001).

Hoy día, esta tendencia se mantiene. Un informe reciente muestra que la estadía promedio va de dos a seis noches de permanencia para la temporada baja y alta, respectivamente, de los años 2021-2022. Asimismo, los consumos de los y las viajeras están cada vez menos diversificados. En su composición, más de un 80% de ellos se dirigen hacia los servicios básicos de hospedaje, alimentación y movilidad, y se contraen los gastos en recreación y otros rubros. (Grupo Turismo y Sociedad, 2023).

La intensa y articulada vida social en la ciudad, por redes de pertenencia principalmente barrial o étnica o por naciones, data de finales del siglo XIX (Torre & Pastoriza, 2019, p. 189). La multiplicidad de clubes, de centros sociales, recreativos y políticos, y de sociedades de fomento tienen su origen en la experiencia inmigratoria. Los primeros pobladores estables y extranjeros de la ciudad se enfrentaron a las instituciones estatales débiles de la incipiente modernización del Estado argentino. Bajo esta situación, replicaron bibliotecas populares, gremios, asociaciones de ayuda mutua o sociedades de socorro mutuo en Mar del Plata conformando así redes de recreación y de asistencia médica, alimentaria, económica y social. Esta tradición asociativa, vecinalista y fomentista perdura.

En todos los barrios donde se desarrolló el trabajo de campo y las entrevistas, encontramos una Sociedad de Fomento de la zona u otras organizaciones

vecinalistas, además de locales político partidarios. Estas redes de apoyo mutuo se activaron y reactivaron durante el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio procurando asistir en la contingencia y darle densidad a los lazos comunitarios.

Hoy día, Mar del Plata es la quinta ciudad más grande de Argentina, con una población de más de 600 mil habitantes según el último censo nacional del año 2010 (INDEC, 2010)²⁷ y con una estimación poblacional de alrededor de 650 mil habitantes para 2020 en Partido de General Pueyrredon –del cual Mar del Plata es ciudad cabecera (INDEC, 2015). La población es principalmente urbana y, a grandes rasgos, los territorios periurbanos marplatenses poseen una baja densidad poblacional. Desde mediados de la década de 1980, oscila entre el primer y tercer municipio con más desocupación y subocupación del país, lo cual afecta principalmente a jóvenes y mujeres. Durante el primer trimestre de 2023 la tasa de subocupación un 13.8%, incrementándose más de 5 puntos porcentuales con respecto al año anterior, porcentaje que representa alrededor de 42 mil habitantes que necesitan más trabajo para vivir y no lo encuentran (INDEC, 2023b).

Lo anterior trae como consecuencia que casi un 30% de los marplatenses se encuentren bajo la línea de pobreza (INDEC, 2023b) y experimenten variadas precariedades como los problemas de inserción laboral, de insalubridad ambiental, de vivienda, de transporte público y accesibilidad, de infraestructura sanitaria y educativa, entre otras. La pandemia y las restricciones sanitarias para intentar paliarla, agudizaron la ya crítica situación del mercado laboral local. En el segundo trimestre de 2020, la desocupación escaló al 26%, duplicando la media nacional y representando la desaparición interanual de más de 85 mil puestos de trabajo (INDEC, 2020). Esta cifra es extraordinaria no solo en el corto plazo sino también en el mediano, pues tal nivel de desocupación es inédito y no se había registrado

²⁷ El dato provisorio que arroja el Censo 2022 para la ciudad de Mar del Plata, informa que actualmente viven más de 675.000 habitantes. Más allá de esta, el Municipio de General Pueyrredon ha crecido aproximadamente en un 10%, contando con 682.000 habitantes (INDEC, 2023a). Para el análisis de ciertas dinámicas demográficas recientes en la ciudad y el Municipio, ver (Canestraro, Arenaza, Suero, & Zulaica, 2021; R. Ferraro, Zulaica, & Echechuri, 2013; Zulaica, Canestraro, & Mujica, 2023).

siquiera en los años que precedieron y sucedieron a la crisis social, económica y política de 2001.

Por su parte, en términos de tendencias, se mantiene y acrecienta una estructura ocupacional más polarizada que la que se observa a nivel país (Muñoz, 2020). Esto impacta en todas las dimensiones de la desigualdad, pues las condiciones laborales más vulnerables supondrán menor acceso a derechos para las y los trabajadores, las infancias del núcleo familiar y los futuros escenarios para sí cuando procuren jubilarse. Siguiendo a Pol, Ledda y Bagini (2022) la pandemia agravó los indicadores ya altos que tenían aquellas ciudades con gran cantidad de personas en sectores microinformales²⁸. Desde este punto, la tendencia del mercado marplatense se condice con lo observado por los tres autores, a saber, que las estructuras ocupacionales de todas las regiones profundizaron la mayor participación relativa del sector microinformal y un incremento en la proporción del empleo desprotegido.

Los datos más recientes dan cuenta de que se repusieron los niveles de ocupación, pero a costa de trabajos precarios e informales que impulsaron el crecimiento. La desocupación ha decrecido a un casi 5% en todo el Municipio, pero escala a casi un 20% si se toman en consideración personas subocupadas y demandantes de un segundo empleo (INDEC, 2023b). Así, la sociedad marplatense no solo está fuertemente atravesada por la pobreza sino también por la desigualdad. La precariedad de la vida es tal que el Concejo Deliberante –órgano colegiado del gobierno municipal– ya en septiembre de 2019, había declarado la emergencia alimentaria en el municipio por el lapso de un año.

La geografía principalmente llana de la ciudad y de los barrios estudiados contribuye en alguna medida en la economía de los hogares. La posibilidad de realizar trayectos de mediana distancia a pie o en bicicleta –es decir, la micromovilidad– evita el pago del boleto de transporte público, el cual es costoso.

²⁸ Siguiendo a Salvia, Poy y Pla (2022), el sector microinformal, es aquel que implica a actividades laborales de baja productividad, fácil entrada, alta rotación de trabajadores, inestabilidad y escasa vinculación con mercados estructurados.

Además, como se verá en el *Capítulo III* sobre las prácticas espaciales cotidianas, no es poco común intentar evitar el uso del colectivo.

La red pública para la movilidad es particularmente deficiente y los problemas pueden englobarse en torno a tres motivos: la poca frecuencia de las unidades y la invariable espera, la desactualización de los recorridos frente al crecimiento del espacio habitado, y la imposibilidad de encadenar viajes. Sobre este último punto, el sistema público de colectivos o autobuses no tiene espacios de trasbordo entre las líneas que realizan distintos trayectos, y la ciudad tampoco cuenta con un sistema público de renta de bicicletas.

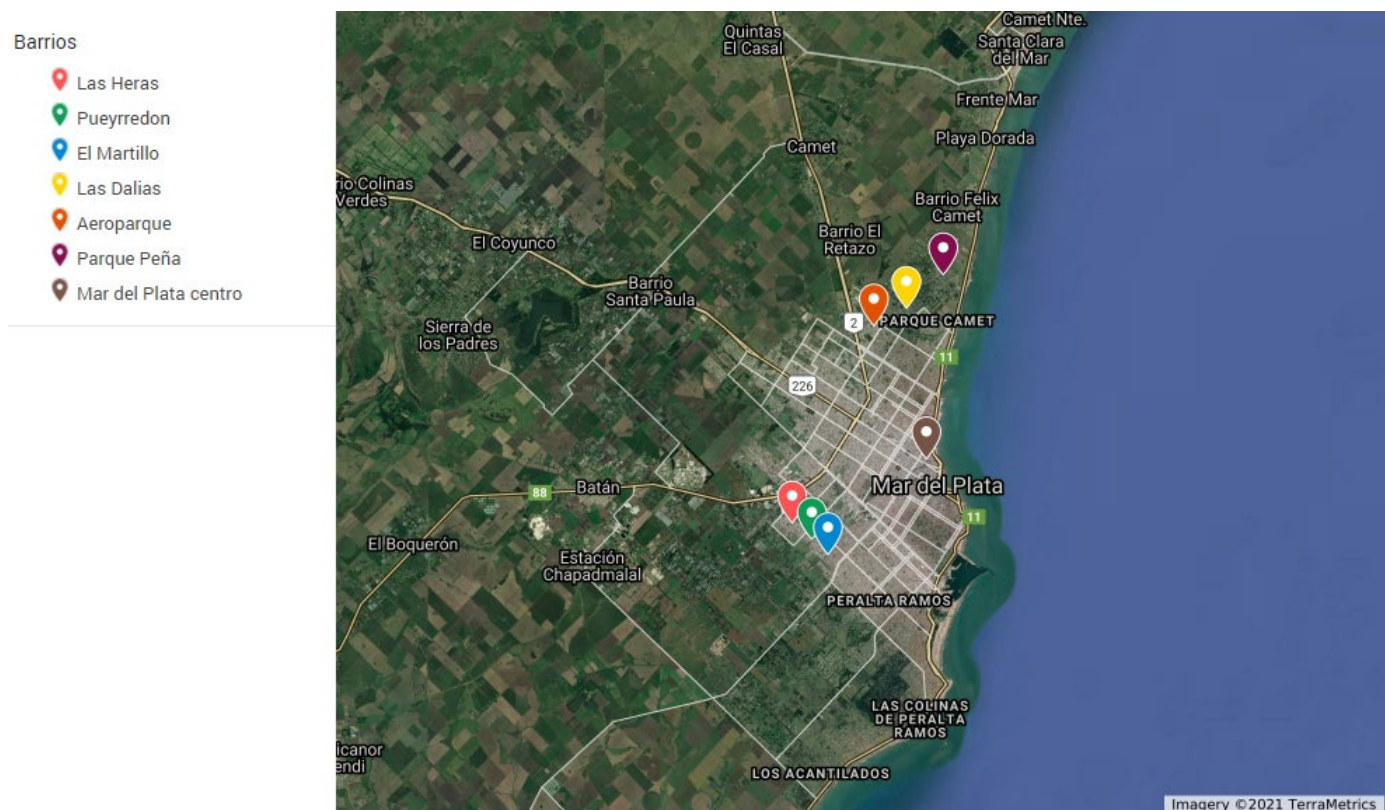
2.3.2 *Los barrios*

Los “barrios” aquí estudiados son entendidos como zonas geográficas específicas, no muy claramente delimitadas²⁹, pero además como parte constitutiva de la identidad de las mujeres en los casos que así lo manifestaron. Esto supone una dimensión física del barrio y también una dimensión simbólica. Dicha identidad es social y no situacional, de hecho, es trans-situacional al estar vinculada con aspectos más duraderos de la personalidad como lo es su lugar de residencia (Goffman, 2006). No menor es la dimensión afectiva contenida en muchos de los relatos de las entrevistadas, los cuales contienen una emocionalización de los lugares donde residen o de los cuales son originarias.

El trabajo de campo fue realizado en seis barrios de dos zonas de la ciudad. En el sudoeste, los barrios de Las Heras, El Martillo y General Pueyrredon. Estos son barrios populares nacidos como asentamientos en la segunda mitad del siglo XX. Los restantes tres se ubican en el noreste de la ciudad de Mar del Plata, son más recientes y, comparativamente, menos transitados y con cantidad de familias habitantes. Estos son los barrios Aeroparque, Las Dalias y Parque Peña.

²⁹ Para un análisis sobre las dificultades conceptuales y territoriales de delimitación del periurbano marplatense, ver (R. Ferraro et al., 2013).

Ilustración 1. Ubicación geográfica de los barrios donde se realizó el trabajo de campo



Fuente: elaboración propia a partir de *MyMaps* de Google.

Las entrevistadas de mayor edad de los distintos barrios al ser consultadas sobre cuándo llegaron a vivir allí señalan alrededor de unos 35 o 40 años y destacan haber sido de las primeras familias pobladoras de los sus barrios. Sus recuerdos evocan la tranquilidad, la seguridad y el poco movimiento de coches y personas, “era todo campo” y “no había casi familias” son de las frases que reiteran están mujeres; aunque también en las memorias está presente la precariedad de las condiciones de vida por la falta de acceso a servicios básicos y las dificultades en la movilidad.

Todo ello se condice con el crecimiento y proliferación de los barrios populares en Mar del Plata. Este fenómeno ocurrió a posteriori del *boom* inmobiliario de las décadas de 1950 y 1960, cuando gracias a la sanción de la Ley de Propiedad

Horizontal³⁰ (1948), la ciudad creció en altura y el paisaje se transformó una vez más. Proliferaron los edificios con departamentos por todo el microcentro y macrocentro de la ciudad, de lo cual se beneficiaron principalmente las clases medias y medias altas de la ciudad y de la Capital, que adquirieron propiedades para el veraneo o la residencia permanente a créditos accesibles.

De los estudiados, el barrio Las Heras, localizado en el sudoeste, es el más antiguo y data de inicios de la década de 1980. Luego, hacia finales de esa misma década, El Martillo y el Barrio Pueyrredon comienzan a poblarse. Todos ellos son contiguos y cada uno ocupa poco más de un kilómetro cuadrado. Los límites para su demarcación han sido tres avenidas paralelas a la costa y dos perpendiculares. El perfil sociodemográfico de quienes los habitan no se ha transformado desde aquellos momentos, y sus residentes continúan siendo familias de bajos y muy bajos ingresos. Se cree que las primeras familias que se asentaron allí estuvieron vinculadas de alguna manera al funcionamiento de una docena de silos de acopio de cereal que se instalaron en la década de 1960 y que continúan en el centro geográfico del barrio Las Heras. Esta reconstrucción fue a través de la historia oral de las vecinas entrevistadas, pues no hay información oficial al respecto por la informalidad en cómo ha crecido la ciudad, pero la certeza es que dichos silos están allí antes de que comience a convertirse en un barrio como tal.

Aeroparque, Las Dalias y Parque Peña, ubicados en el noreste de la ciudad de Mar del Plata, poseen una menor densidad poblacional y están menos urbanizados. En los últimos dos, los lotes de las viviendas son grandes, por lo que las familias que llegan aún pueden asentarse en un espacio amplio, edificar según sus posibilidades y tener su propio jardín. Estos tres barrios más recientes, pues comenzaron a crecer durante la década de 1990, también son más extensos y rondan entre los dos kilómetros cuadrados cada uno. Estas grandes parcelas que pudieron tomar quienes se han ido asentando allí, continúan manteniendo la vegetación original. El paisaje es muy distinto al de los barrios de sudoeste, todavía

³⁰ Acerca del *boom* inmobiliario de edificios en propiedad horizontal en la ciudad de Mar del Plata, ver Pegoraro (2020).

la vista es muy campestre, llena de árboles y huertas familiares, y donde el asfalto aun es escaso y solo se halla en las calles principales por donde pasa el transporte público.

Los seis barrios continúan en crecimiento desde finales del siglo XX y en todos ellos se han observado viviendas en construcción. Las edificaciones de las viviendas están principalmente construidas con material. Paulatinamente y a lo largo de varios años, las familias van mejorando la calidad de las construcciones a medida que logran generar ahorros e invertir. Esto ha sido comentado en las entrevistas y corroborado a partir de las observaciones. A diferencia de otras zonas y ciudades, en los barrios aquí estudiados se ha notado que las casas más precarias hechas de chapas y madera corresponden a familias asentadas más recientemente. En cada uno de los barrios hay ciertas zonas de mayor precariedad de los hogares y las condiciones de vida, lugares a los que el resto de las vecinas y vecinos se refieren como las villas. Estos espacios son una referencia para observar hacia dónde crece el barrio a partir del establecimiento de nuevas familias.

Las Heras es el barrio que mejor acceso a servicios posee. Hace alrededor de cinco años han asfaltado prácticamente todo el barrio y solo han quedado de granza y tierra unas cuatro calles que delimitan los bordes de la zona por motivos desconocidos. Además, todos sus vecinos, cuentan con electricidad, cloacas y agua potable. Por Las Heras, Pueyrredon y El Martillo pasan las tres mismas líneas de colectivo, aunque solo una cumple con algo similar a una frecuencia adecuada para el movimiento de pasajeras y pasajeros de la zona.

En el noreste, a pesar de que los barrios también sean contiguos, la situación y el acceso a los servicios básicos es más heterogénea. La generalidad de estos tres barrios se puede establecer principalmente acerca de la escasez de asfalto y mantenimiento de las calles así como las reiteradas montañas de basura en las calles del barrio. Dicha basura no es solo lo producido en los hogares, sino también desechos de las podas irregulares de árboles y el corte de césped. Esto trae un problema adicional en la relación entre las/os vecinos y la estatalidad municipal, es

que el camión de recolección de residuos, cuando pasa, no se lleva los desechos de poda y requieren de un servicio especial. Que el Código de Ordenamiento Territorial (COT) del Municipio esté desactualizado, a pesar de las diversas iniciativas que se encuentran en la legislatura local, implica que los asentamientos de la zona noreste continúen fuera del ejido urbano³¹ y las demandas por mejores servicios no sean viables.

De estos, Aeroparque es el que mejor está conectado con el resto de la ciudad, a pesar de que los recorridos de los colectivos son relativamente similares, por esta zona pasan cuatro líneas distintas. La ventaja y lo que explica la mayor comunicación de este barrio, en comparación con Las Dalias y Parque Peña, es que se encuentra cerca de dos avenidas que fungen como rutas de circunvalación de la ciudad. Por su parte, a Las Dalias llegan tres colectivos, pero solo uno de ellos pasa por distintas partes del barrio y cuenta con una periodicidad suficiente. Al interior de Parque Peña llega una línea de colectivo y dos más pasan a casi un kilómetro de distancia.

La termocepción y la temporalidad moldean al espacio barrial y sus usos. El verano y la pandemia, condiciones bajo las que se hizo el trabajo de campo, traen consigo un sesgo en las dinámicas espaciales y las formas de habitar el barrio por parte de los vecinos. En las mañanas, la circulación de personas es moderada y se observan vecinos y vecinas realizando pequeñas compras, sin muchos bultos, en los comercios de los barrios. Pocas personas cruzaba en mi trayecto de la parada del colectivo hasta la casa donde me dirigía a hacer la entrevista. Aunque no vacíos, cuando concurría a los barrios temprano, notaba que iba a contraflujo de las rutinas de los habitantes: el colectivo en el que me trasladaba hacia allí estaba significativamente menos concurrido que aquellos que salían de los barrios en

³¹ Zulaica, Canestraro y Mujica (2023) argumentan que la ciudad de Mar del Plata está creciendo a partir de un patrón de ciudad difusa, bajo el cual se extiende la superficie ocupada, pero con baja densidad poblacional. Siguiendo a las autoras, ello supone una profundización de las desigualdades infraestructurales y de servicios porque exceden a las capacidades estatales municipales.

dirección hacia el centro de la ciudad –pues excepto dos líneas locales, todas pasan por el centro de la ciudad.

Al mediodía y hasta casi las 16 o 17, los ritmos en el espacio público barrial bajan, principalmente a causa del calor. Mucho más movimiento se observaba después de esta hora, con mujeres y varones retornando de sus actividades laborales y mayor presencia de adultos y niñas/os habitando las veredas a través de prácticas recreativas. El uso de las calles es igualmente frecuente, pero está muy condicionado de cuánto tránsito de vehículos motorizados sea el habitual. Esto puede ser visto como una compensación del déficit de espacio en lo privado, pero a menudo también es una elección de aquellas familias que poseen un patio o un jardín en su casa. Estos momentos de disfrute durante el verano pueden extenderse hasta las 20 o 21, cuando ya cayó la noche. A partir de estas horas, el espacio público está más fuertemente masculinizado y los jóvenes varones utilizan las esquinas y los frentes de los hogares como lugares de sociabilidad.

Varias rutinas por fuera del verano pueden rescatarse a partir de las entrevistas. La movilidad de niños y jóvenes o con ellos por parte de las y los adultos del grupo familiar, ocurre en tres momentos. A primera mañana, entre las 7 y las 8 de la mañana, al mediodía y a media tarde. La hora en que cada familia lo realice y esta movilidad por motivos escolar, dependerá de si las y los hijos asisten en el turno mañana o en el turno tarde. Para aquellas que son madres, el momento elegido para realizar compras y trámites, sea en el barrio o en la ciudad, es a media mañana cuando los más pequeños de las familias no están en las casas. Las pocas horas de luz, las lluvias y el frío de los otoños e inviernos en Mar del Plata, sumado a la propia dinámica que impone el ciclo escolar, acortan la percepción de la temporalidad cotidiana y generan un mayor repliegue de las interacciones en el espacio privado.

2.3.3 Las sujetas de estudio

Las entrevistas semi estructuradas se realizaron a mujeres de los barrios populares marplatenses de Las Heras, General Pueyrredon y El Martillo de la zona sudoeste; y de Aeroparque, Las Dalías y Parque Peña del noreste de la ciudad de Mar del Plata, ubicada en Municipio de General Pueyrredon de la Provincia de Buenos Aires en Argentina. Además de reparar en las variables de sexo y de zona de residencia, una vez avanzado el trabajo campo, el uso de la técnica bola de nieve se fue sofisticando para abarcar un panorama lo más amplio posible en términos de las mujeres que habitan estos barrios populares. Así, para lograr una mayor pluralidad, se tomó en consideración el barrio, la edad, la ocupación y si tenían hijas/os.

A continuación, en la *Tabla 1* se muestra un cuadro resumen³² que contiene la cantidad de entrevistadas por edad y zona geográfica residencial.

Tabla 1. Cuadro resumen de perfil de las entrevistadas por edad y zona de residencia en Mar del Plata

Edad	Zona geográfica	
	Noreste	Sudoeste
13–25 años	6	9
25–40 años	7	6
+40 años	6	8

Fuente: elaboración propia con base en trabajo de campo.

Hacia el final de la escritura de esta investigación, se publicó un informe que sistematiza un relevamiento sobre las condiciones socioeconómicas y de uso del tiempo de las mujeres y personas travestis-trans en Barrios Populares (Observatorio de Géneros y Políticas Públicas & Registro Nacional de Barrios Populares, 2023). La información se recuperó de los principales aglomerados urbanos del país, entre

³² Un perfil sociodemográfico más detallado de las mujeres entrevistadas se encuentra en *Anexo Tabla 3. Breve perfil sociodemográfico de las mujeres entrevistadas.*

los cuales ha ido relevada la ciudad de Mar del Plata. Los resultados que presenta su muestra estadística, coinciden en gran medida con los perfiles de mujeres alcanzados en el muestreo intencional de esta tesis.

Entre ellos, puede resaltarse que menos de la mitad de las mujeres de estos barrios populares participa del mercado laboral, ya sea formal o informal, percibiendo una remuneración por ello. Una segunda consonancia se halla en los altos niveles de penetración asociativa, ya sea por la participación activa a través de la militancia política o por el vínculo cercano con movimientos sociales u organizaciones barriales comunitarias -la asistencia a capacitaciones, apoyo escolar, comedores y merenderos, roperos, jornadas de *kermesse*, entre muchas otras³³.

En tercer lugar, coinciden los hallazgos respecto a la baja escolaridad de los niños y niñas menores de cuatro años, por lo cual quedan a cargo principalmente de alguna mujer del entorno familiar. La densidad de la vida comunitaria, a veces, facilita estas tareas de cuidado, pero no deja de representar una fuente de desigualdad y una obstrucción a las posibilidades de insertarse en el mercado laboral.

³³ En lo que respecta a las organizaciones y su participación en la ciudad de Mar del Plata, el relevamiento también muestra que los movimientos sociales están involucrados en más de un 90% de las obras en curso para integrar los barrios populares (Observatorio de Géneros y Políticas Públicas & Registro Nacional de Barrios Populares, 2023). Un dato cualitativo que aporta e ilustra esta tesis, es el hecho de la existencia de cuadrillas de mujeres en dos de los barrios del sudoeste, General Pueyrredon y Las Heras. Allí, durante los meses estivales del trabajo de campo, fines de 2020 y primer trimestre de 2021, pude observar los trabajos de mejoramiento urbano y habitacional desplegados bajo el Programa Potenciar Trabajo. Dichas cuadrillas realizaban incluso trabajos típicamente masculinos, como la herrería, y cinco de las mujeres entrevistadas, se encontraban realizando capacitaciones en carpintería y albañilería.

CAPÍTULO III. UN ANÁLISIS DEL MUNDO DE LAS PRÁCTICAS EN LA VIDA COTIDIANA

Tal como señala Molina (2013), las investigaciones sobre las prácticas socioespaciales de la vida cotidiana han planteado sus reflexiones a través de la dicotomía de los espacios de producción y los espacios de reproducción, según dónde tengan lugar las prácticas y las interacciones. Ello implicó, en gran medida, asociar fuertemente las rutinas y afectividades con el barrio propio y los hogares; y la creatividad, innovación y cálculo a las calles y los lugares de trabajo. El efecto de estas perspectivas dicotómicas reactualiza universos de sentido que vinculan lo doméstico con lo femenino y lo extradoméstico con lo masculino.

A los fines de pensar las rupturas y los continuos de las experiencias vividas por las mujeres entrevistadas, y aportar matices a las construcciones generizadas sobre los usos de los espacios, el objetivo de este capítulo será analizar las prácticas espaciales que conforman la vida cotidiana de las mujeres de barrios populares de Mar del Plata teniendo en cuenta tres dimensiones analíticas: la performativa, la emocional, la corporal. Estas prácticas, además, se estudian enmarcadas en su relacionalidad y situacionalidad.

Se recupera la agencia espacial, las rutinas, las movilidades e inmovilidades, antes y durante el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO). Para ello, se trianguló la información empírica recabada a través de las entrevistas, los encuentros informales, las observaciones en los barrios, los mapeos realizados con las mujeres y mi diario de campo. Como se mostrará las prácticas socioespaciales son muy diversas tanto en sus motivaciones como propósitos y, evidentemente, se transforman a partir del ASPO.

3.1 El día a día: la organización de los cuidados y de las actividades cotidianas

Las mañanas, las tardes y las noches no solo tienen ritmos distintos según las actividades y la organización de los cuidados para cada una de las entrevistadas, dependiendo de la composición de su grupo familiar o de convivientes, sino también para cada una de ellas la temporalidad cotidiana tiene distintos momentos rítmicos y de aceleración. Las rutinas de las entrevistadas están estrechamente vinculadas con las del resto de los miembros de la familia, y las prácticas que refieren exclusivamente a sí mismas, por ocio o responsabilidad, se enlazan con mucha precisión. En este apartado se organizan los hallazgos de investigación a partir de las temporalidades en que las mujeres desarrollan sus prácticas espaciales en distintos escenarios de la vida cotidiana. Dichas prácticas, se analizan en su dimensión performativa, emocional y corpórea.

3.1.1 Las mañanas

Las mañanas de las entrevistadas se organizan y comienzan desarrollando tareas de cuidados, trabajen o no fuera de su casa. Dichas tareas facilitan el quehacer y las rutinas del resto de los miembros de la familia. Ana se acopla a los ritmos que el trabajo le impone a su marido y comparten un rato juntos mientras él se prepara y los niños todavía duermen. La hora en que amanecen depende de la distancia que tenga que recorrer el marido desde su casa hasta el lugar de trabajo, el cual es variable porque trabaja en el sector de la construcción.

Él se retira hasta aproximadamente las seis de la tarde y ella comienza con las labores, durante un lapso, en soledad. Éste es el momento en que ella tiene su tiempo para desayunar. Lo hace mientras se ocupa de otras cosas pero reposando en su cama con su cuerpo calmo.

(...) Entonces no tenía lugar fijo. A veces se tenía que levantar más temprano porque le quedaba más lejos; otras veces más tarde, porque le quedaba acá nomás. Y bueno. Entonces, es como que- tenía que- mi día iba según lo que

él hace a la mañana. (...) Si [él] quería llegar a las 8:00, acá tenía que levantarse a las 5:00 de la mañana. Prepararse todo, qué sé yo qué, e ir caminando para estar a las 6:00 en punto en la parada, para poder llegar 7:30, 7:45 y prefería estar- esperar cuarto de hora hasta que sea la hora, antes que llegar tarde. Así que tenía que- así que cuando él salía, yo sabía que ya salía. Me levanto, como es mi momento en que todos están durmiendo, me hago un té; me acuesto y aprovecho- no sé, si tengo que coser algo, lo coso; o si tengo que estar preparada también para salir, trato de fijarme qué es lo que tengo que hacer, o- preparar todo para dejarle todo acomodado a los chicos. Después empiezo a ver qué es lo que tengo para cocinar o prepararles algo... antes desayunaban en la escuela pero empezó el comedor, tuvieron un problema de gas en la escuela, entonces les daban solo sandwichitos. Todos los días sandwichitos y juguitos, porque no le daban la leche, nada (...) Entonces yo tenía que levantarme, sacar- hacerles el desayuno, ponerles el agua para que se bañen –el que no se bañó la noche anterior-; revisar que estén todas las mochilas como corresponde, porque si no era acostarme a las 3 o 4 de la mañana para controlar todo. Más que nada, como para dejarlos dormir un rato más a ellos. Y después de acá, sí, ir caminando hasta la escuela (...) hacemos como 45 minutos. (Ana, 34 años, barrio Las Dalias)

Hasta antes del mediodía, que salen caminando hacia la escuela, las actividades transcurren en la casa, con sus hijos, y giran en torno a los cuidados. Las únicas mañanas que Ana no está en su casa son aquellas que lleva a su hijo menor al hospital para que reciba un tratamiento. Las prácticas cotidianas de cuidado de la entrevistada están colmadas de emoción: ya sea dirigidas a quienes se cuida o provocadas por otras implicancias de la situación. Ana reniega y se frustra con sus hijos: porque no comen lo suficiente, porque no se apuran, porque no le hacen caso. La responsabilidad de llegar bien preparados y a tiempo a la escuela y que realicen sus tareas, recae toda en ella.

El trayecto hasta la escuela no solo es cansado por la duración del recorrido a pie. También está atravesado por la tensión y estrés pues Ana no cesa en su atención que tiene que poner sobre los hijos, aun cuando las dos mayores también velen por la seguridad de sus hermanos. Además, cada día invierte esfuerzos en desarrollar su creatividad en el camino, pues si los niños más pequeños se aburren y no se distraen con los juegos que ella inventa, se enfadan, retrasan la rutina y Ana los tiene que cargar. Esta escena retrata las dos dimensiones del vínculo entre lo

móvil y los cuidados: por un lado, el viaje de la familia hacia la escuela supone una práctica correspondiente a la movilidad el cuidado, por otro, el cuidado se desarrolla también *en* movimiento -en este caso, a través de lo lúdico.

Una vez que los hijos entran a la escuela por un lapso de cuatro horas, Ana regresa y continúa con sus actividades.

(...) me venía caminando; llegaba ponele 13:40 (...) descansaba dos segundos y me ponía a acomodar, a limpiar, lo que sea. Me sentaba un rato a mirar la tele... Cuando me quería dar cuenta, ya eran las 16, y a las 16 ya salía, otra vez caminando para llegar 16:50, que salía el nene del jardín. Y estar a las 17 para que salieran los otros. Y de ahí nos veníamos todos caminando otra vez hasta acá. Les hacía la leche. Miraba lo de la escuela- mientras que tomaban- que terminaban de tomar la leche, íbamos mirando lo de la escuela, porque ya me iban mostrando todo ahí en el momento. Hacían las tareas. También llegaba mi marido, así que tomábamos mate; y después salía yo a hacer los mandados, volvía, cocinaba; bañaba, acostaba, me levantaba- Así todo sucesivamente. (Ana, 34 años, barrio Las Dalias)

Esta entrevistada realiza cuatro veces al día, de lunes a viernes, el trayecto de unos 3 kilómetros que separa su casa de la escuela y el jardín de infantes de las/os niños y niñas. Ana se mueve cotidianamente de esta manera porque no pueden costear a diario el boleto de colectivo de estos viajes, ni siquiera los dos trayectos diarios que realiza sola. La explicación nodal de estos esfuerzos y estas prácticas está en lo económico, pero se complementan con una argumentación posterior que narra en la entrevista.

A no ser que sea una urgencia; que- no sé, que los nenes les pase algo –Dios no quiera ¿no?, pero... Tiene que ser muy, muy grave como para que yo te maneje. Si no, no manejo. Porque me quedó –cuando yo estaba embarazada de ella, yo vivía en Buenos Aires y me chocaron. La Trafic que me chocó, me chocó de mi lado. Yo iba por una avenida y había una calle muerta –muerta no, una calle de tierra- y yo iba- la otra cuadra, ponele, tenía el semáforo en rojo. (...) Yo iba bien, iba en una avenida, iba en el lugar que me corresponde; no iba a alta velocidad, no estaba ni tomada ni nada... (...) Llego a esa esquina, voy pasando, y el de la Trafic en vez de frenar –como iba hablando por celular- aceleró. Cuando aceleró, me llevó puesta a mí. Yo hice así, me choqué con la vereda, el auto se dio vuelta –volqué en la avenida- y quedé así boca abajo. Entonces ahí me quedó el miedo. Y ahí nunca más manejé. Nunca

más. (...) Es más, hasta en el colectivo me pasaba mucho antes eso- ahora me acordé-; en el colectivo llegaba a una esquina y “ahh” hacía así ¿viste? [respira profundo, cierra los ojos y pone una de sus manos en el pecho] (...) De a poco intento ir más tranquila. (Ana, 34 años, barrio Las Dalias)

La confianza básica de Ana para manejar su coche se ha erosionado a raíz de un accidente de tránsito y, aunque cada vez menos, en la medida de lo posible elude subirse a un colectivo. Es que atravesar una esquina se ha vuelto problemático por la tensión corporal y el nerviosismo que le genera. El choque que narra ocurrió hace más de diez años. La experiencia más generalizada en el transporte público está vinculada a la seguridad, que será analizada más adelante, pero el caso de esta entrevistada es relevante para observar los efectos en las acciones futuras y a largo plazo de un suceso traumático que devienen en prácticas de evitación y excluyentes de la vida urbana.

Ana conecta una situación con unos objetos y escenarios paradigmáticos que le regresan una memoria emocional y sensorial vinculada a lo peligroso y la amenaza concreta de su integridad que vivió hace una década. La semana en que se realizó la entrevista, se había quedado sin alternativas y tuvo que buscar el coche de la familia en el mecánico a unas diez calles de su casa. Para realizar este trayecto se tuvo que preparar, trabajó sobre sí y sobre sus emociones para poder, después de muchos años, manejar el auto.

El ritmo del cuerpo y de las prácticas de Ana es muy intenso. La narración del minuto a minuto de su día, la sincronía de cada una de las actividades que realiza y los detalles, proyectan la sensación que el día no va a acabar. Y el detalle de la disposición de los objetos, las acciones de cada quién, la percepción del espacio, entre otras, muestra cómo ello configura su experiencia corpórea emocional. Ella cuenta con alrededor de una o dos horas en la tarde para mirar televisión e intentar despreocuparse por un momento de las tareas de cuidado que realiza. A veces, si tiene ganas y están disponibles, en este intersticio cambia la novela por visitar a alguna de sus dos o tres amigas que viven en el barrio. Su tercera situación en soledad también es un espacio de transición: entre que se

duermen las/os niñas/os y se acuesta ella. Allí, en el medio, continúa con algunas tareas rápidas y cierra su día alrededor de las 2.30 de la mañana luego de ducharse, aliviada luego del trajín de su jornada. “A esa hora que me baño, salgo, me acuesto y digo: “ahhh...””.

Así, “la familia”, “lo doméstico” y las prácticas vinculadas a ello no son un punto de partida sino la resultante de una relacionalidad densa, de una red de interdependencias donde se cruzan las actividades de cada una de las personas que la componen, la participación de instituciones y los escenarios donde se despliegan cada una de ellas.

Los patrones de movilidad que se encuentran entre las entrevistadas que se dedican a los trabajos domésticos no remunerados son, en mayor o menor medida, muy similares a los de la entrevistada tomada como ejemplo. La triada analítica temporalidad, escenarios y prácticas resulta útil para ver las variabilidades situacionales en torno la ocupación de su pareja, si convive con ella, cuántos hijos tiene y de qué edades, las distancias que existen entre su casa y el resto de los escenarios de la vida cotidiana. Estas son las que aportan los matices en la jornada de las mujeres, los encadenamientos e interdependencias dentro del grupo familiar.

Como se sostuvo, las prácticas cotidianas de movilidad están cargadas de emoción y se modelan tanto por el vínculo con otros como por el vínculo con los lugares y la memoria sensorial que evocan. En general, se realizan más o menos los mismos trayectos para desplazarse de un espacio x a uno y. Esta rutinización contribuye a incrementar la confianza y a la pretensión de dar certeza a los encuentros e interacciones en el espacio público.

A la vez, también era muy común que yo reciba indicaciones de cómo y por dónde moverme: si era a pie, por cuáles calles hacer el recorrido; si era en el transporte público, cuál colectivo me convenía para llegar a destino más rápido o más segura. Esto muestra un aprendizaje y un conocimiento profundo alrededor de las prácticas espaciales de movilidad. No solo es el saber de cuál colectivo es más

rápido o hacia dónde se dirige, sino que el saber versa fuertemente alrededor las experiencias corpóreas y emocionales que conformaron el saber práctico.

Los cuidados, la carga y las prácticas espaciales vinculados a ellos que se realizan en la vida cotidiana, exceden el hecho de ser madre para las mujeres entrevistadas. Aunque tener hijos/as implica una mayor carga de estos tipos de trabajos, las mujeres que no maternan también realizan muchas actividades vinculadas a la reproducción de la vida social. La principal actividad de ellas es realizar compras y trámites y realizar los pagos de los servicios básicos de los hogares, pero también una parte considerable de sus días más o menos intensamente, se ocupan de actividades específicas o cuidan algún miembro de su familia.

Estos hallazgos se condicen con un reciente estudio de mayor alcance, geográfico pero también analítico, en donde se demuestra que las mujeres solteras sin hijos que viven con su pareja, igualmente dedican más tiempo a las tareas domésticas que los varones con quienes conviven (Faur & Pereyra, 2018). Adicionalmente, si se problematizan las presencias-ausencias de los cuerpos en el espacio exterior, también se observa aquí una mayor tendencia a la horizontalidad espacial (del Valle Murga, 1997) en las mujeres jóvenes en pareja, en comparación con los concubinatos de mujeres mayores de 40 años. A partir de sus narrativas, se observa que en estos últimos casos, sus parejas varones tienen un espectro más amplio de movilidades e interacciones por fuera de lo hogareño y familiar.

Los trabajos de cuidados que atraviesan el día a día tienen una alta inversión emocional y corporal, y no solo están caracterizados por vínculo amoroso. La emocionalidad de los vínculos afectivos que circula a este respecto es situada y relacional. El día que me encontré con Susana, había pasado una mala noche. Dijo haber estado recordando a su difunta madre y ello movilizó recuerdos compartidos. Evocó situaciones pasadas y acabó pasando la noche despierta, triste y extrañando a su madre. En el siguiente fragmento, narra cómo se sintió en la mañana cuando su familia despertó y leyó su gestualidad.

Por ahí también me enoja eso de que sea tan, que no permita, viste y no es porque me lo prohíban. Es porque yo me pongo las trabas, o yo digo, le decía a Willy en la mañana, porque yo, claro, yo también yo me levanto, soy la que voy y vengo, voy y vengo, ¿entendés? Estoy todo el tiempo. Piensan que yo estoy bien y hay días que me cuesta un montón levantarme, pero no porque me duela algo, sino porque estoy triste o porque (se interrumpe) y si yo me quedo acostada, o me quedo sola o me aílo, empiezan, “qué te pasa, pero por qué, qué tenés”, o sea es como que están

Ajá...

Viste, no te dan tu espacio de dejarte sola, entonces como que bueno, mejor digo que estoy bien y como estoy bien, no me dan bola y me dejan. Se van a hacer lo suyo y no andan encima mío, pero, no la paso bien

Y no, también es válido que tengas tus días y... y un poco de aire, ¿no? Así como te tomás... que encontraste que el baño es un momento, la ducha es un momento para vos

(Interrumpe) Sí, ahora estoy esperando a una amiga que va a venir de Buenos Aires, que viene todos los veranos, que con ella nos vamos a la playa a tomar mate o nos vamos allá a la virgen [de Schoenstatt], viste, al fondo

Sí

Que el parque es hermoso, que tiene esa tranquilidad que escuchás los pájaros, no más. Bueno, nos vamos ahí, charlamos, eso me va a venir bien que venga ella

Por un lado, Susana realiza tanto una gestión emocional interna para cambiar su estado emotivo, de tristeza y enojo, y procurar sentirse mejor. Lo realiza para sí pero también para controlar la situación con los otros miembros de su familia. Las preguntas que le hacen alrededor del porqué de su malestar, la cargan de sentimientos de agobio. Susana siente agobio pero también enojo, tristeza y la necesidad de contar con un espacio simbólico que le habilite ensimismarse a partir del aislamiento.

Frente a ello, realiza un ajuste cognitivo y proyecta una fachada con efectos performáticos. En esa negociación, modela tanto su yo sintiente como su yo consciente. Despliega un trabajo sobre su glosa corporal y manipula sus sentimientos en la relacionalidad, para desplegar otras intenciones y emociones en las situaciones de interacción que tienen lugar en su hogar. El sentimiento de anhelo vinculado a la futura visita de su amiga, muestra también las interacciones fallidas

previas con sus convivientes, en la comprensión de sus motivos y estados emocionales.

3.1.2 Las tardes

El ritmo de las tardes, en general, es un poco más pausado para todas las entrevistadas. Quienes se ocupan de la limpieza y el orden del hogar, como se dijo, el trabajo más duro lo han hecho ya en la mañana. Que el ritmo más álgido sea en la mañana y que en ese momento del día sea cuando mayor cantidad de trayectos se realicen no es casual. En primer lugar, hay actividades que no puede realizarse por la tarde, como asistir a un banco. En segundo lugar, casi todas las mujeres se expresan manifestando una sensación de anhelo el regresar a su casa; sobre todo si tienen que ir al centro y la vorágine que implica: el mayor desplazamiento espacial, la dimensión temporal del traslado pero también la urgencia por regresar cuanto antes, y la aceleración de los movimientos corporales y estimulación de la sensorialidad al transitar las calles céntricas, muchísimo más concurridas que las de sus barrios.

Por lo cual, hacer las actividades en la mañana es producto de la expectativa posterior de “haberse sacado un problema de encima” antes del mediodía y retomar sus prácticas y ritmos más habituales. Muchas de las actividades que realizan son concebidas como cargas, mucho de lo que se realiza cotidianamente no se disfruta y se hace con tedio. Hacer trámites o desplazarse por otros motivos que no sean los laborales y realizar largas distancias comprende una multiplicidad de emociones e imbricación en un mismo trayecto por motivos cuidados: arguyen mal humor de forma anticipatoria, preocupación o inquietud de cómo se desarrollará la actividad pero también de lo que está pasando en el espacio doméstico, cansancio y pesadez en el cuerpo. El costo emocional negativo de esa movilidad se amortigua a través del trabajo consigo misma, enfocándose en que habrá resuelto un pendiente y le

traerá alivio, que a posteriori podrá llegar a su casa y descansar un poco y estar más tranquila sin la sobreestimulación del centro.

Además, para aquellas que tienen pareja, es un momento esperado del día que retorne su compañero para compartir un rato, generalmente tomando mate, y contar cada quién cómo ha sido su día. La preferencia por la inmovilidad en la tarde es destacada. Aunque las tareas no cesen en este momento del ciclo diario, hay una organización adrede para que los ritmos se vayan desacelerando. Así, la tarde es significada como el interludio o la transición hacia la quietud de la noche.

La imposibilidad de salir de las rutinas del día a día, estar fuera durante más horas y de terciarizar ciertas responsabilidades responde en gran medida a la falta de un sistema integral de cuidados³⁴. Siguiendo a Jelin (2020) la red doméstica es una red extensa de vínculos afectivos y de parentesco, donde las relaciones recíprocas están dadas por los niños, por matrimonios y por amistades, que se alían para satisfacer las funciones domésticas. Desde el plano personal, una dificultad trae los casos en que no cuentan con redes comunitarias, vínculos estrechos en el barrio o un familiar que pueda ayudar.

Sumado a ello, la inexistencia de dicho sistema hace que por motivos económicos, para muchas familias sea inviable la posibilidad de contratar un servicio privado o de contar con alguna institución pública, más allá de la escuela. Además, por la apropiación de la representación maternalista los cuidados durante

³⁴ En el mes de agosto de 2021, el Ministerio de Obras Públicas nacional comunica la creación de un Programa de Infraestructura orientada a los cuidados. Este se enmarca en el intento del gobierno del presidente Alberto Fernández (2019-) de transversalizar la perspectiva de género en las políticas públicas. Según el Proyecto de Ley de Presupuesto 2022 del Ministerio de Economía de la República Argentina, enviado en septiembre de 2021 al Poder Legislativo nacional, dicho Programa prevé realizar 218 obras para el reacondicionamiento o creación de espacios de cuidados orientados a la primera infancia, las personas mayores y con discapacidad; servicios de protección integral de las mujeres y géneros; centros de salud; y espacios de socialización y contención para las juventudes. De aprobarse el Presupuesto y concretarse el Programa, podría tener un efecto significativo en la vida de las mujeres como las aquí entrevistadas, que destinan una gran cantidad de horas diarias a las tareas de cuidados, que en Argentina realizan en el tripe de trabajo doméstico no remunerado en comparación con los varones; así como también podría mejorar el acceso a los servicios públicos de cuidados, sociales y sanitarios impactando en la calidad de vida de quienes requieren ayuda y asistencia para desarrollar actividades en su vida cotidiana (D'Alessandro, O'Donnell, Prieto, Tundis, & Zanino, 2020; Ministerio de Economía, 2021; «Obras Públicas crea el Programa de Infraestructura del Cuidado», 2021).

la infancia (Faur & Pereyra, 2018), muchas de ellas manifiestan distintas emociones vinculadas a una inadecuación e incomodidad al realizar pedidos de apoyo: para buscar un trabajo remunerado, para realizar alguna actividad recreativa o para hacer otra tarea vinculada al cuidado.

Las situaciones concretas en que se posicionan como mujeres-madres, como se verá, deslizan universos de significados enmarcados en la díada mujer/doméstico. Estos marcos, además, están cargados de una imputación cualidades por el simple hecho de ser madres: naturalmente, los atributos emocionales de las mujeres están relacionados con la abnegación y las prácticas altruistas: la disponibilidad y predisposición, la paciencia, el amor, el sacrificio, la ternura (Ramacciotti, 2020).

Dos tipos de argumentos brindan alrededor de esta experiencia emocional: el malestar de solicitar ayuda a alguna persona fuera del núcleo familia, y la desconfianza sobre cómo alguien más cuidaría a sus hijos -qué actividades harían, qué vínculo establecerían, qué valores les inculcarían. El sentido que circula alrededor de ambas argumentaciones es que, en tanto madres, son las mejores posibles y disponibles para la crianza de sus hijos. La resignación, la tolerancia o la asunción de este paradigma maternalista de la crianza y sus prácticas, también es relacional y puede ser producto de la negociación, con sus parejas, convivientes o la familia ampliada.

Dos jóvenes madres, de 31 y 21 años, actualmente no realizan trabajos remunerados pero sí habían estado insertas en el mercado laboral informal antes de ser madres. Para ambas, es un anhelo regresar. Candelaria, de 31 años, sostiene que el principal impedimento para reinsertarse es su hijo más pequeño, pues no cuenta con la posibilidad de enviarlo a una institución pública³⁵ para terciarizar este trabajo y abocarse a encontrar uno remunerado.

³⁵ La ciudad de Mar del Plata, con un altos nivel de pobreza e indigencia y una estimación de 660 mil habitantes, cuenta solo con tres *Casas del Niño* municipales que reciben niños y niñas desde los 45 días de edad. En total se cuentan siete *Casas* si se incluyen aquellas que realizan tareas de

En su zona no existen guarderías públicas, por lo que deberá esperar alrededor de dos años hasta que su hijo ingrese al sistema educativo obligatorio que en Argentina tiene lugar a partir de los cuatro años. Sostiene que una vez que su hijo menor pueda ser escolarizado, volverá al mercado laboral “feliz de la vida”. Complementariamente, Candelaria no tiene cadenas o redes de cuidado que puedan apoyarla, sus familiares y amistades más cercanas que viven en el barrio no tienen la disposición o posibilidad de contribuir en este tipo de ayudas mutuas.

Por su parte, a Margarita, la crianza de su hijo tensiona su identidad como mujer madre y mujer trabajadora pues intentó conciliarlos y no lo logró. En el camino, procuró colectivizar los cuidados al interior de la familia, a través y a partir de la ayuda de otra mujer, su hermana, pero tampoco funcionó. Así, durante el día, los cuidados del niño recaen exclusivamente en ella y le impide volcarse al mercado laboral. La forma de construir las oposiciones y comparaciones de los escenarios, sus deseos y los sentires de su hijo, muestran que su reacercamiento y salida al trabajo remunerado fueron experiencias recientes significativas.

Sí, lo que pasa es que a veces él [su hijo] no se queda mucho y hubo un tiempo que estuve trabajando pero él a veces lloraba y bueno. Después tuve como que dejar un poco porque ya era mucho y él siempre estaba, o sea, casi nunca estaba conmigo, solamente lo veía en la noche y entonces tuve que dejar un poco por eso, pero sí, me gustaría trabajar. Por ahí se me ha complicado porque él no es muy llevadero pero o sea, si tuviera un trabajo que tuviera y con quién dejarlo, sí trabajaría

¿Él se ponía muy triste o?

Sí, sí porque él está siempre conmigo y como yo nunca soy de dejarlo y esas cosas, entonces como que no, no se acostumbra. Por ahí lo dejaba con mi hermana pero luego llegó un momento que ya no quería estar allá

¿Eran muchas horas? O... ¿o fue un cambio muy drástico para él?

Claro, eso. Porque como él era bebé yo no trabajaba, pero después creció y entonces intenté trabajar, como ya era un poquito más grande y él estaba tan acostumbrado a mí que por ahí a veces le costaba y lloraba mucho. Y mi hermana también tenía otros hijos y entonces se hacía un poco pesado para

atención integral y cuidados desde los 3 años. La implementación de un Programa Integral de Cuidados traería fuertes impactos en las desigualdades económicas y de género, tanto las del mercado como las que se reproducen al interior de las familias, contribuyendo a democratizar la distribución de las tareas.

ella también (...) Y sí, me venía bien. Sí, me venía bien a mí salir a trabajar, pero lo tuve que dejar (Margarita, 21 años, barrio Las Heras)

La entrevista muestra tres situaciones secuenciales en las que gestiona sus emociones para tomar decisiones. En la previa a reinsertarse en el mercado laboral, trabaja sobre su emocionalidad y sus expectativas porque ella “no es de dejarlo” -a su hijo- al cuidado de otras personas, pero para poder laborar, debía lograr aminorar y transitar ese sentimiento de culpa de otra manera. Durante el lapso en que trabajó, lo doméstico se hacía presente a través del malestar del niño que estaba al cuidado de su hermana e intentaba alterar la incomodidad que le generaba. Finalmente en el balance de la inversión emocional que realiza Margarita al regresar al trabajo, priman los costos sobre la crianza más que los vinculados a su retorno a la vida pública a través de un trabajo remunerado.

La posibilidad de delegar y contar con el apoyo de redes de cuidado ocurre, pero no de la manera que estas jóvenes necesitarían. Los arreglos domésticos y las ayudas mutuas entre familiares, vecinos y amigos son mucho más sencillas -para la coordinación pero también para los costos e inversión en la interacción- de realización semanalmente que diariamente. La estructura y la posición en las cadenas de interacción de este tipo son interesantes porque la lectura que realiza cada una de las mujeres es muy generalizada: los sentidos no son los mismos si se brinda el apoyo en comparación con pedir apoyo. La petición de ayuda produce una pérdida de energía emocional, las mujeres sienten una erosión de su estatus, las aflige la imposibilidad de suturar todo en el seno familiar, y se deterioran los significados de su identidad que viran alrededor del ser madre. Por el contrario, si es a ellas a quienes acuden, la cooperación, la solidaridad grupal, la empatía y los sentimientos de membresía son los que prevalecen cuando se ubican en este otro lado de la acción recíproca.

Las hermanas y hermanos mayores, en caso de que lo hubiera en el núcleo familiar, es una de las formas más reiteradas de delegar esporádicamente

responsabilidades. En las situaciones donde hay mujeres y varones mayores de doce años, las tareas recaen -principal y nuevamente- en la hermana mayor.

Y -¿cómo es?- prepararme, si tengo que salir con Tati [su hijo menor, que requiere de tratamientos médicos semanales por una enfermedad degenerativa], también: ya lo levanto, pongo el agua, lo baño, lo cambio. Despierto a alguna de mis dos hijas, que sé que está lúcida como para despertarse y escuchar todo lo que le tengo que decir. Y nada. Y de ahí me voy, empiezo el viaje. Y prepararles todo para dejarle todo acomodado, todo a la vista y que no tengan que estar revolviéndome toda la casa para buscarse algo, para poder estar solos. Porque lo que me pasa a mí, es que yo estoy sola. No tengo hermanos, no tengo nada. Y los familiares de mi marido, cada uno en la suya; acá en el barrio tengo uno solo y no nos llevamos muy bien... la verdad. (...) la más grande sí me ayuda. Cuando tengo que salir con Joaquín, sí, ella se pone la casa arriba. Ella lava, baldea, cuelga la ropa, los baña, les hace la comida, les hace el té... No, ella es la que más me ayuda cuando me voy. Ahora: no tengo que hacer nada, no tengo que salir, es un árbol. Es un tronco. No hace nada

La otra perspectiva es la de las entrevistadas que son las hermanas mayores. Samanta tiene 19 años y hasta hace dos meses vivía con su madre, la pareja de su madre y dos hermanos más pequeños. Recientemente se mudó con su pareja pero en un momento de la entrevista, recuerda cómo se repartía los cuidados de los niños de la casa con su mamá; el padre de los chicos no aparece en ningún momento del relato.

Sí, sí. Eh, antes de que yo terminara [la escuela] los llevaba y los traía yo del colegio, después cuando terminé y empecé a trabajar ya se empezó a ocupar un poco más mi mamá, de llevarlos al colegio y traerlos pero igual siempre estaba en algún horario cuidándolos o atendiéndolos

¿Son chiquitos o un poco se manejan?

(Interrumpe) eh, ahora 10 y 12 años tienen

3.1.3 Las noches

Por otro lado, las prácticas espaciales cambian fuertemente en las noches. A medida que avanzan las horas del día se observa una desaceleración del ritmo de

las responsabilidades. Se realizan tareas para la preparación de ello y procurar mayor calma en el hogar, sobre todo si hay niñas/os convivientes. Esto se condice con el hecho de que las temporalidades de movilidad y circulación en la vida urbana se caracterizan por la centralidad y organización de las actividades en horarios diurnos. Pero en el caso de las entrevistadas, las experiencias de movilidad urbana nocturna están fuertemente condicionadas por un alto sentimiento de inseguridad, sedimentado a través de las cadenas de interacción propias y previas, vivencias de mujeres cercanas, y sentidos que circulan sobre quiénes ocupan los espacios públicos en la noche.

Las mujeres entrevistadas sí mueven por las noches, pero poco, y priman los recorridos más cortos -en su duración y trayectoria- y se realizan a pie. La respuesta generalizada es sentirse segura por las noches en su propio barrio para moverse de esta manera, como por ejemplo regresar de visitar alguna familia vecina o ir a la tienda a hacer una compra de último momento. La brevedad y el conocimiento del espacio y del resto de las personas que circulan, afianzan la confianza básica que organiza la vida cotidiana de las mujeres.

La evaluación de la situación es muy distinta si los escenarios de la movilidad son más allá del barrio, si hay que utilizar el transporte público, si la salida se extenderá, si lo hacen en soledad. La inmovilidad o la dependencia de otros para moverse por las noches responde a varias dimensiones según sus relatos. Por un lado, en su generalidad, la movilidad en la nocturnidad está asociada a lo peligroso, a las violencias y al temor a ser víctimas de un delito -en el caso de las mujeres, a los de índole sexual. La transformación de las prácticas en la nocturnidad trae aparejados, también, mayores inversiones de tiempo y de dinero en lo que respecta a la movilidad. Pero no solo ello: hay un trabajo cognitivo y una gestión emocional mucho más agudo luego del atardecer. Los esfuerzos también son en este sentido.

De entre las prácticas espaciales más habituales, está el elegir tomar un taxi o un remís que las deje en la puerta de su casa y evitar así transitar el espacio público. En este caso la evitación del transporte público encuentra su explicación en

dos motivos: las narrativas de las mujeres refieren al temor de realizar dicho trayecto o a los tiempos de espera para tomar un colectivo a causa de la baja frecuencia nocturna que tiene este transporte en la ciudad. Pedir que algún miembro de la familia con quien habitan las busque en la parada del colectivo o salir acompañadas, son estrategias que despliegan pero que implican poseer redes y vínculos estrechos. A la vez, aumentan la dependencia para realizar actividades mermando así su agencia espacial, en tanto autonomía en las experiencias de movilidad cotidiana.

Otra de las prácticas reiteradas es la de tomar una línea de colectivo menos conveniente, por tiempos o distancias hasta el lugar de destino, pero que les permite bajar en una zona que perciben como un trayecto más seguro hasta su rumbo. El perjuicio de los costos de ese viaje, es amainado por la percepción de sentirse más seguras y confiadas. La construcción de esa confianza varía según el trayecto y la entrevistada, pero a grandes rasgos se repiten los hallazgos de otras investigaciones (Cabral, 2019; Cervio & D'Hers, 2012; Czytajlo, 2012; Varela, 2005). La evaluación situacional de lo peligroso depende de objetos u artefactos -como la iluminación- pero también los posibles otros a encontrar, del conocimiento del recorrido, de las redes comunitarias, entre otras. En cualquier caso, lo que se intenta y ensaya es el manejo absoluto de la potencial situación insegura: se envían avisos, se prevén estrategias, se imaginan huidas, se transita en “alerta”, cuidando la glosa corporal y con los sentidos estimulados y enfocados.

En las situaciones más extremas, los sentidos que circulan y las experiencias, llevan a las mujeres a la inmovilidad como decisión, reactualizando las desiguales rutinas espaciales que ubican al género como modelador de las formas de moverse, de habitar, transitar, de movilidad e inmovilidad (Connell, 2019; Jirón & Zunino Singh, 2017). El despliegue de cualquiera de ellas se condice con la idea de los cuerpos fuera de lugar de McDowell (2000). El cuerpo de las mujeres como lugar y primera escala, su presentación y percepción, se halla fuera de lugar en el escenario nocturno.

Tanto en términos de temporalidad cotidiana como de temporalidad vital, en el día a día de las familias, la noche está más caracterizada por la inmovilidad y el habitar la casa³⁶. Como se dijo, en el caso de las mujeres, el estar en la casa anida el mandato y las expectativas de género con una carga moral: son las mujeres las que deben velar por la organización del hogar por lo cual la asociación tradicional entre género y lugar tiende a replegarlas en el ámbito de lo doméstico.

El ritmo de la noche, la inmovilidad y la serenidad en el hogar también es aprovechada por las entrevistadas, principalmente por las que son madres. Por caso, Susana

¿En qué lugares de la casa te gusta estar?

Mirá donde más me gusta estar ahora es en el baño, jajaja

En el baño

Cuando me baño, porque es como que me quedo un rato, como que me, eh (silencio corto) después en el patio me gusta estar con las plantas, con las Fabianaes, qué sé yo, ahí, pero (silencio medio) o mirar una serie tranquila, sola. Pero ya te digo, en la noche, tipo madrugada cuando ya todos se duermen, que no están con “má me das, má, má”. Ahí me siento bien

Y en el baño, ¿cómo o por qué?

Sí, me baño, me gusta quedarme (se interrumpe) llenar bien el calefón y que se termine el agua, secarme, ponerme las cremas, o sea me encanta ese tiempo que es para mí que son once y media, doce de la noche cuando ya todos se van a acostar

Súper tarde

Sí, el bañarte así en la tarde es como que rápido y ya está, pero en la noche es para mí. Yo soy la última en acostarme. Ya te digo, el otro día eran las cuatro y digo, uy, las cuatro me tengo que ir a dormir, porque ya jajaja. Pero estaba pasándola tan bien.

Durante las altas horas de la noche, Susana disfruta de su soledad y tener tiempo para hacer lo que quiera. El gusto por estas situaciones, creadas por ella misma, está marcado por sentimientos de libertad ya que es el único momento en que no siente el peso de los vínculos de interdependencia con el resto de sus convivientes.

³⁶ Las prácticas espaciales vinculadas al ocio nocturno serán analizadas en el siguiente capítulo.

Aunque su gestión sea efectiva, la búsqueda manifiesta dificultades y carencias temporales y espaciales.

Complementariamente a esta dimensión sensorial del cuerpo, el trabajo de filetear es muy exigente físicamente. Se realiza de pie, es intensivo y el cansancio corporal que provoca constituye otro de los motivos que señala para preferir el uso de un transporte privado como el remís, y así llegar pronto a su casa.

Con todo, Cristina disfruta mucho de su trabajo,

Sí, me gusta mi trabajo, me gusta, me gusta mucho mi trabajo. Se despeja uno, también. A veces. De tantas situaciones que hay que vivir en la casa, eh... a veces, de todo peso. Así que bueno, me gusta mi trabajo, sí

El disfrute es leído a través de la ruptura con lo doméstico, las actividades y problemas que vive en su hogar. La rudeza e intensidad física de su trabajo, la aminoran grupalmente con sus compañeras/os creando escenarios solidarios a partir de cadenas de interacción cargadas de energía emocional positiva: escuchan música, platican, hacen chistes y ríen.

3.2 La vida cotidiana en la pandemia de COVID-19

A diferencia de los hallazgos de un reciente estudio sobre el habitar en las casas de clases medias y medias altas durante el Aislamiento Preventivo y Obligatorio (ASPO) (Caggiano & Segura, 2021), las mujeres de barrios populares aquí entrevistadas no realizaron redistribuciones ni reacondicionamientos de sus hogares para desplegar allí actividades laborales. En primer lugar, esto se debe a la precariedad de los empleos propios y del resto de los adultos convivientes: ninguno de sus trabajos podía ser replicado desde el hogar; por lo tanto, o los perdieron o los suspendieron. Por otro lado, la multiplicidad de habitaciones disponibles no es una característica propia de las casas populares.

Lo que sí, se incorporaron fueron nuevas prácticas en los espacios disponibles. El repliegue de la escuela al ámbito privado fue de lo más significativo y por demás dificultoso a raíz de varios motivos. Tal como sostiene Faur (2017), si la escolarización de las/os niños permite que los adultos organicen sus días y rutinas con el conocimiento y la certidumbre de que estarán atendidos en un entorno seguro, ello cambió con el cierre total de las escuelas en marzo de 2020. Es decir que para aquellas entrevistadas que aún tienen hijas/os en el sistema educativo, esa realidad cotidiana se desencajó.

Las mujeres entrevistadas en su debut de ser creativas para trabajar intensivamente como pedagogas, cuentan haber tenido distintos problemas. Entre ellos, reportaron no saber o tener dificultades sobre los contenidos, el desconocimiento de las técnicas y herramientas para enseñar, y la confusión que traía para sí y para las/os hijas/os replicar la forma en que ellas habían aprendido y que actualmente no es tal a partir de las transformaciones del sistema educativo. Además, algunas mujeres que en alguna medida continuaron sus trabajos, no tenían tiempo. Otras, delegaron en algún otro miembro de la familia esos cuidados para evitar las reiteradas confrontaciones las/os niñas/os en los momentos de realizar las actividades escolares, procurando no sumar un motivo más de discusión a la ya tensa convivencia familiar por la intensidad de los encuentros.

La convivencia permanente por la pandemia se retradujo en interacciones más hostiles. Sumado a la estrechez de las dimensiones del hogar y a proliferación de nuevas prácticas en el mismo espacio, la tensión y los encuentros atravesados por emocionalidades negativas se incrementaron. Las problemáticas espaciales incidieron en los vínculos afectivos familiares y los hogares tuvieron que compensar la imposibilidad de utilizar y realizar actividades características de los escenarios extradomésticos (Gazzoli, 2007)

Tal como argumenta Palomar (2020) la pandemia mostró cómo las actividades disímiles en escenarios disímiles de cada uno de los miembros de la familia, en la actualidad, funcionan como oxigenador de sus vidas más allá de la familia y sus restricciones además de ser lugares de socialización y sociabilidad. Por ello,

la convivencia intensa y el estrechamiento de los ritmos de interacción dieron paso a la acumulación de cansancio, aburrimiento y tensión al interior de las familias. De tal manera que

“El poco contacto con el exterior llevó a la pérdida de perspectiva que hace que los sucesos más simples cobren una proporción desmesurada; podríamos decir que los días transcurren en un plano primario de reacciones y emociones, sobre todo en aquellas circunstancias en las que el ambiente se hace asfixiante. El encierro impidió mantener las actividades que suelen satisfacer los propios intereses y deseos, o disminuir la tensión de la vida cotidiana” (Palomar Vereza, 2020).

Por su parte, el confinamiento mostró el peso de los trabajos domésticos y las inversiones en él. Este agotamiento incluso se observó en mujeres sin hijos y en una entrevistada que vive sola.

La rutina cambia- cambió totalmente; porque sí, no, no- o sea, me di cuenta también, por ejemplo, que nunca cocinaba- No que nunca cocinaba, pero que cocinaba re poco, no sé; porque de repente, tipo- cocinar me parecía como que todo el tiempo estaba cocinando, ¿entendés? Claro, porque también, al estar tanto en mi casa, comía más. O sea, tenía hambre ¿entendés? Yo, por ahí, hay días que no almuerzo y bueno, a la tarde como mejor, a la noche, qué sé yo; me daba igual. Pero al estar acá al pepe tanto tiempo, sola, tenía hambre todo el tiempo. Y bueno, obviamente me tenía que cocinar. Entonces, obviamente, como que me harté de cocinar –eso me cambió un montón (Camila, 34 años, barrio Aeroparque)

Al principio fue difícil, estaba todo el día durmiendo o cocinando, creo que me dediqué mucho a cocinar en ese tiempo (...) Más adelante lo tomé como un entretenimiento. Me ponía a hacer alguna receta rara que encontrara o comer mucha fruta, era comer y dormir (Samanta, 19 años, barrio Las Heras)

Para las madres aquello fue claramente más agudo. No solo por la cantidad de personas con que interactuaban por la composición familia, sino también por la cantidad de actividades a cubrir y las expectativas de estos otros miembros

Y con los chicos [hijos] acá en (se interrumpe) bueno, me habías

(Interrumpe) Ah, no, me mata

(Risas) Eso sí cambió

(Risas) Sí, tenerlos todo el día, porque en el horario que More iba a la escuela, por ahí esas cuatro horas eran como para (silencio corto)

Estar más tranqui

Claro y mis nietos también iban a la escuela, las nenas al jardín. O sea que era como más tranqui, pero, encontrarnos todos los días fue terrible. Fue creo bastante jodido, ¿no? Para todos

Sí, es que

Todos, creo que para las madres fue más (silencio corto) bueno, para el papá también. Pero para las madres yo creo que fue más jodido porque fuiste madre, psicóloga, enfermera, (risas)... Maestra. O sea que fue mucho, pero ya estamos en diciembre diciendo basta, ya está. Es como que las vacaciones se las hicieron anuales, se nos hizo anual las vacaciones. Antes por lo menos empezaba el colegio y era como un, pero ahora es como, no sé, el año que viene cómo será

La educación a distancia de las/os niñas/os bajo la tutela de los adultos familiares, principalmente las mujeres pero no solo ellas, también suponía un trastocamiento de los roles tradicionales en las interacciones que dificultaba el proceso de aprendizaje. A diciembre de 2020, la incertidumbre de cómo sería el ciclo lectivo de 2021 resultaba nuevamente agobiante.

Sobre el cansancio físico y emocional de Ana, ama de casa y madre de seis chicos, narra sobre el fin del ciclo escolar que el día de nuestra entrevista decidió pausar su ritmo cotidiano.

Dije: "no". Hoy me quedo un rato más [durmiendo]. Ya está. Ya terminaron la escuela, así que no tengo más tareas que hacer. (risas) Así que bueno.

¿Los ayudabas vos a hacer las tareas?

Sí, sí. Sí. A los seis [hijos]. Porque los seis tienen actividades; porque hay dos que iban al jardín, y los dos tenían sus actividades del día, que te daban. Después, los otros más grandes, bueno, Alba, que empezó primaria este año, entonces tenía un montón más de actividades. La de primero del secundario-

la mayor, que está en primero, el primer año que empieza, y también, porque... hay cosas que no entiende. Igual tengo que estar, porque si estoy para uno, tengo que estar para todos. Pero bueno, ya está, ya terminamos. Así que dije: hoy me duermo un rato más. Ya está (...) Había cosas que no- que no me- que no me- pero no hay nada que el Google no me pueda solucionar. (risas) (...) pero el Google me ha salvado. Y después, nada (...) Después ya entraron- unas chicas que están terminando la gestión [la formación docente] y no sé qué ¿viste? Están haciendo apoyo y van a la casa de los chicos, y les explican, así, los módulos; entonces, cualquier cosita que yo más o menos ya no me acordaba, le digo: "bueno, esperá hasta el..." Hay una que venía los martes. (...) Entonces, como que, esperaba [para] lo que menos entendía yo. Y me veía que conmigo no lo entendían, entonces esperaba a que venga ella como para que les explique. Y es como todo chico: con la mamá no quiere, y cuando andaba con otro, sí. Me quedó el nene, el más... el de 9, que es el más vago; que ese sí, tiene que rendir en febrero dos o tres materias porque- es porque es vago, no porque no la sepa. Pero bueno, ya está. Hasta febrero descanso. (risas) Después veré. (Ana, 34 años, barrio Las Dalias)

El día anterior al encuentro con Ana habían terminado las clases, a mediados de diciembre de 2020. En el fragmento anterior da cuenta de la nueva inversión de tiempos y esfuerzos en la crianza de sus hijos. Las dificultades para enseñar y para aprender, de una y de otros, la agobiaron. A diciembre, después de nueve meses de cumplir con un rol pedagógico, gestiona emocionalmente las tareas que tendrá que hacer en febrero postergando esa preocupación hacia adelante. Hace una pausa, descansará, y se tomará un respiro.

Aun con la pandemia y el extendido Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, para muchas de ellas la casa continuó siendo representada como el lugar de descanso. Pero la casa como punto de llegada, como se ha visto, no significa como el fin de la vorágine de las actividades cotidianas. Más que el fin de las responsabilidades, el alivio está representado por la suspensión de los estímulos sensoriales y corporales propios de la vida urbana que encuentra explicación en la multiplicidad de sujetos y objetos que circulan por el espacio exterior a diferentes ritmos. En este sentido, se supone un relajamiento en términos corporales y emocionales: baja la tensión corporal, la coordinación con los otros desconocidos y el agudo trabajo sobre la fachada.

Las movilidades más generalizadas durante la vigencia del aislamiento más estricto estaban vinculadas a las movilidades del cuidado, las prácticas que primeramente prevalecían en el espacio público eran las de la reproducción de la vida, a la vez que el mensaje de concientización del Estado era circular en la menor medida de lo posible para preservar la vida. Una lectura con perspectiva de clase hace notar que las mujeres de los barrios periféricos aquí estudiados, a pesar de tener relativamente cerca alguna calle comercial, tenían que realizar trayectos mucho más largos para ir al banco o pagar los servicios.

Tal como sostiene McDowell (2000), la desigualdad económica y la desigualdad urbana van de la mano en el sentido de la distribución desigual en el espacio de las oportunidades, los recursos y los bienes, tanto en la misma ciudad como entre distintas localidades, barrios y vecindarios influye en el horizonte de expectativas y posibilidades de las y los residentes.

En esta línea, tal como muestran Zunino Singh et. al. sobre las implicancias concretas pero disímiles del ASPO en la vida cotidiana dependiendo de la ubicación geográfica y de los ingresos

“El eslogan “Quedate en casa” es una medida que varía territorial y socialmente de acuerdo con los recursos disponibles para implementarla. Así como no todos tienen las mismas condiciones habitacionales para quedarse en la casa, tampoco tienen las mismas ofertas de comercios, bancos y otros servicios que permitan satisfacer las necesidades reproductivas de personas y hogares” (Zunino Singh, Pérez, Hernández, & Velázquez, 2020, p. 73).

Además, durante el Aislamiento Social y Preventivo por el COVID, el mundo y los espacios de lo posible se redujeron drásticamente. Caminar y circular se significaron de distintas maneras. La libertad de los movimientos para algunas de ellas se vivió como necesidad, para otras como una aspiración, un imaginario basado en las actividades y las prácticas previas a la pandemia. Y para quienes no habían “cumplido” la obligación del repliegue en el espacio privado y la minimización de “la vida afuera”, el sentido fue el de acto de rebeldía o de desafío a la autoridad.

Las prácticas espaciales de cuidados que debían realizarse en el exterior, a pesar del confinamiento, estaban principalmente vinculadas a la administración y a la provisión. Por un lado, aunque todas las entrevistadas cuentan con alguna renta universal o programa social estatal y estos estén bancarizados, las mujeres se deben trasladar en busca de dinero en efectivo porque una parte muy considerable de los comercios en Argentina no acepta transacciones con tarjeta. El otro grupo de prácticas espaciales de movilidad durante el ASPO sí era más factible de realizar en las inmediaciones de las casas, aunque pagando altos costos, pues este otro conjunto de actividades estaba vinculadas a la provisión de artículos de limpieza y a la provisión y elaboración de alimentos.

Más allá de la tensión que contenían estas prácticas de movilidad los primeros meses del ASPO, tensión dada principalmente por el desconocimiento de la COVID-19, los desplazamientos que se realizaban esporádicamente por las calles del barrio también contenían una dimensión de disfrute vinculada a salir de la casa, al movimiento del cuerpo y a las sensibilidades referidas a lo climático - principalmente recibir sol y sentir el aire del espacio exterior. Además, vivir fuera del centro y de las zonas más densamente pobladas de alguna manera se reactualizó en sus significados. Las posibilidades de situaciones cara a cara en estos barrios eran más bajas que la permanente circulación céntrica, la amplitud de las veredas y los espacios más abiertos permitieron incluso en los momentos de mayor ignorancia generalizada sobre el virus, tener interacciones más seguras. La distancia física y social con el centro se revalorizó a partir de las posibilidades de distanciamiento y el menor afluente de personas en la vía pública.

De aquellas que tenían un trabajo remunerado, formal o informal, solo una de las más de cuarenta entrevistadas trabajó sin pausa durante el ASPO. Esta mujer, a la que nos referimos antes, no cesó en sus actividades laborales porque su trabajo como filetera de pescado está vinculado a la industria alimenticia. Esta y algunas otras pocas, estuvieron siempre exceptuadas de las restricciones de movilidad y el confinamiento estricto impuestas por el gobierno nacional. Gracias a su trabajo, la familia pudo sustentarse.

Cristina es la única mujer de la casa, los otros adultos varones con los que convive son albañiles y la industria de la construcción sí fue afectada por las medidas, estando vedada alrededor de cuatro meses durante 2020. Complementariamente, las redes comunitarias del barrio y el estado -a través de la escuela de su único hijo pequeño- contribuyeron a la economía del hogar a través de la provisión de alimentos, crudos o elaborados.

Eh, gracias a Dios, mi trabajo, te digo, que generó mucho trabajo esto de la cuarentena, por otras plantas procesadoras que no podían elaborar y nosotros podíamos. Trabajamos en una planta que, que tiene mucho espacio, amplio, toda la seguridad y los recaudos habidos y por haber tiene la planta. Así que tuvimos la for (se interrumpe) la oportunidad de tener buen trabajo así que tuvimos el buen ingreso de trabajo. Cobro la Asignación del Salario Universal³⁷ de mi hijo y con eso, bueno, porque, con eso sustentamos. Y también recibíamos alimentos de las asambleas, eh, de los comedores también de la comida. Porque mi esposo estuvo tres meses sin trabajar, él con la cuarentena sí le fue difícil. A ellos, a mi otro hijo... así que a ellos se les fue muy pesado. Así que tratábamos de, de sustentarnos de la forma que nos ayudaran, que, recibiera hasta del jardín [de infantes] del nene que recibía sus alimentos, así que gracias a Dios, con eso nos sustentamos, ¿no es cierto? Así que bien. (Cristina, 43 años, barrio Las Heras)

En el caso de las mujeres que laboran en casas particulares, se hallaron tres patrones distintos acerca de lo que ocurrió con sus trabajos y cómo ello trastocó su cotidianeidad. Azucena trabaja en un hogar monoparental, en otro monomarental, en un edificio residencial y en un edificio de oficinas. Orgullosa de su estabilidad y tranquila por su continuidad, cuenta que trabaja en cada uno de estos lugares hace más de doce años. Es la única de las entrevistadas que conservó parcialmente sus ingresos. Parcialmente porque el único empleador que respetó sus derechos laborales fue el del hogar monoparental, además de ser el único que ha registrado su trabajo para que Azucena sea parte del mercado laboral formal. El sueldo que

³⁷ Se refiere a la renta básica universal local llamada *Asignación Universal por Hijo (AUH)*.

venía por parte de este jefe fueron aquellos que sí recibió mensualmente: estar registrada implica también estar bancarizada y esta persona continuaba depositándole el salario sin necesidad de que ninguna de las partes se traslade y rompa las normas de confinamiento.

Los otros empleadores que sí le pagaron, lo hicieron recién cuando ella pudo volver a trabajar, le pagaron retroactivamente de marzo a octubre. La informalidad y el abuso laboral de este vínculo se aprecia con la imposibilidad de Azucena de comunicarse con ellos. La situación de incomunicación se agrava por los estrictos controles de la Prefectura Naval Argentina, con jurisdicción en ese espacio, que impedían el paso de cualquier persona no involucrada al sector industrial o de alimentos.

Sí, allá no cobraba. En el edificio no y la otra chica no me mandaba. Y en la oficina tampoco, porque no podía pasar para el Puerto por Prefectura
Ah, claro, estaban controlando un montón
Estaba Prefectura y yo trabajo bien allá atrás [hacia una de las banquinas]. Bueno, no tenía contacto con mis patrones, después cuando ya empecé a trabajar, bueno, sí. Me pagaron todo mi sueldo que estuve parada, pero después, no

Por su parte, cuatro entrevistadas que también laboran en el sector doméstico, no recibieron nada de sus salarios y bajaron fuertemente sus ingresos y calidad de vida durante el confinamiento. Finalmente, otras dos mujeres a quienes no les dieron su paga, aprovecharon sus redes y *expertise* para diversificar los ingresos y gestionar las necesidades básicas de la vida cotidiana: una de ellas empezó a vender en el barrio panificados con su hija, y la otra se dedicó a cirujear por la ciudad en busca de objetos que pudiera vender -actividad que realizaba previamente pero de manera esporádica.

En cualquiera de estos casos, lo anterior constituye una muestra de la problemática nodal de la inserción y del mercado de trabajo al que pueden acceder las mujeres en Argentina; pues, para ellas, ser trabajadora en el sector del servicio

doméstico es la principal salida laboral del país. Las condiciones de trabajo son precarias³⁸ por la alta informalidad del sector, los bajos honorarios en caso incluso de estar regulados, y la inestabilidad laboral.

El siguiente ejemplo da cuenta de otra de las posibles situaciones familiares que generó la pandemia de COVID-19 para la (re)organización de la vida cotidiana en los hogares. Durante muchos meses, si alguno de los miembros de la familia pertenecía al grupo de trabajadoras/es esenciales -como Karime-, era quien además se encargaba de realizar las compras necesarias y los trámites indispensables. La nueva dinámica intrafamiliar procuraba limitar todo lo posible la exposición al virus por parte del resto de los miembros, generando también nuevas interdependencias. Agustina, que vive con su mamá, su papá y su hermana menor, cuenta lo siguiente acerca de estos nuevos ajustes en la distribución de las tareas

¿Para qué cosas tuviste que salir obligatoriamente durante la cuarentena? Vos hacías las compras, o se turnaban, al banco...

No... íbamos a comprar nada más. Otra cosa no. Algo que faltara, nada más, pero después no salíamos. No salíamos para nada. Capaz si faltaba mucho para que vuelva mi papá iba yo, pero nada más. (...) Al principio que tuvimos más plata hacía las compras una vez por semana, aunque tenía que salir al trabajo todos los días. Después, bueno, ya era ver el día a día y comprar la comida y ver para qué alcanzaba

¿Y tampoco tuviste que ir al banco a cobrar ni a hacer nada?

No, al banco no porque iba mi papá también

Ah. ¿Él se encargaba de eso?

Sí.

Su padre era trabajador esencial según las disposiciones del gobierno. Esto significaba que tenía un permiso para circular por la ciudad más libremente que el

³⁸ La agudización que trajo la pandemia de COVID-19 a este problema de larga data, llevó al gobierno de Alberto Fernández (2019-) a implementar el Programa *Registradas* en septiembre de 2021. Este consta del pago por parte del Estado nacional del 30% o el 50% del salario durante seis meses. Complementariamente, durante ese tiempo, las personas empleadoras pagarán los aportes y contribuciones de la seguridad social y el resto del salario. A partir de esta estimulación monetaria e impositiva, prevé incorporar más trabajadoras al mercado formal, que permanezcan en él y como así también facilitar su bancarización (Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de Argentina / Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de Argentina, 2021).

resto de las personas, o en este caso, que el resto de su familia. La circulación más irrestricta de su padre valió para delegarle las tareas de administración y provisión de la casa. El hecho de que esta persona tenga que salir diariamente, tampoco era utilizado para que cada día realice las compras. En la medida de lo posible también se le indicaba que realice viajes encadenados para no exponerse *más* a la posibilidad de contagiarse del COVID-19 en el espacio urbano.

3.2.1 Copresencia, sensibilidades y alteridad durante el Aislamiento Social Preventivo Obligatorio

La pandemia instaló una nueva proxémica, o una proxémica distinta. Los umbrales de tolerancia de las distancias y proximidades cambiaron. Lo socialmente acordado, las expectativas de interacción, se modificaron. Mantener estas nuevas distancias implica un nuevo ejercicio cognitivo y emocional, con efectos en los movimientos del propio cuerpo y con la pretensión de controlar o prever los movimientos de los otros para que la coordinación de la situación sea efectiva. Esos otros son principalmente desconocidos, pero la otredad o alteridad se ha expandido: todos son potencialmente peligrosos, pues todos potencialmente son enfermos asintomáticos para la COVID-19. Ese fue el punto de partida de la pedagogía sanitaria para llevar adelante los encuentros cara a cara con la pandemia mediante, al menos durante casi todo el año 2020.

A lo problemático de la proximidad sensible y la mutación de lo “óptimo” de la interacción simmeliana, se le sumó la intensificación de las técnicas del cuidado del cuerpo (Mauss, 1979b) para evitar ser propagadoras/es de la enfermedad. Una de las entrevistadas de sudoeste, por ejemplo, sostuvo que

Sí, sí, cambió, porque ha cambiado todo el modo de, de vivir, uno si antes no tenía prevenciones de ciertas cosas, hoy sa (se interrumpe) de que está expuesto, no estamos libres ninguno de nada, así que hay que tratar de, de, de tener toda la prevención. Y hoy se vive de una manera más distinta o quizás



con más seguridad para uno mismo, para la salud de uno mismo ¿no es cierto? Como te digo, mi nene es chico. Me nació una nieta así que había que tener todas las precauciones posibles, de, de que no la rodeen mucho, de que no se acerquen mucho ¿no es cierto? Así que gracias a Dios todo bien, así que, bueno, gracias a Dios todo sano, dentro de todo que no han, no han llegado por este momento el virus ¿no es cierto?

Karime describe la transformación de las interacciones durante la época más crítica de la pandemia a través de un continuo discursivo que en sus dos polos tendría a los encuentros cara a cara seguros e inseguros; y la clave para su evaluación de los riesgos en este caso es la distancia y proxemia, y la técnica de la higiene de manos. A la vez, ofrece tanto una narración descriptiva de situaciones que ha vivido recientemente como una narración argumentativa, del cómo y el por qué sostener una interacción.

La ignorancia generalizada acerca del virus de la COVID-19 durante gran parte de 2020, los experimentos, los hallazgos, las falsaciones, minaron la confianza básica para establecer relaciones. La incertidumbre y la falta de previsibilidad hicieron presente la fragilidad de los cuerpos, a partir de las amenazas o peligros presentes y futuros sobre la integridad corporal.

Quizás al principio decían: “no, a los chicos si les agarra no pasa nada”, y hemos tenido chicos que han estado muy mal, entonces es todo como raro ¿me entendés? El COVID lo enfrentamos como podemos básicamente, para mí. Porque no tenemos una realidad, es esto así... ¿No viste? Primero, a los jóvenes no les agarra, a los chicos no les agarra, a no sé... los síntomas son tres, ahora son diez, o sea, a ver... es verdad, fue creciendo a una magnitud esto que no sabés ¿viste? Antes era el típico dolor de cabeza, fiebre y no sé, la pérdida de olfato y gusto. Hoy es eso, la diarrea, el dolor de espalda, no sé, lo que te surge que te sale ya es un síntoma del COVID, es como raro ¿Viste?, entonces no sabes

Por otro lado, también fue muy reiterado en las narrativas que la preocupación y las medidas de higiene, la especial tensión y atención alrededor de la proxemia, entre otras, eran relatadas a partir de un discurso fuertemente solidario

y altruista. Según esto, lo que primaba era el nerviosismo e intranquilidad por que perdure el bienestar de los otros más que el propio.

Ese es el problema, que yo no siento que estoy en riesgo, siento que me arriesgo al otro, me pesa más pensar en el otro. (...) Viste que hay gente que tiene miedo por uno, que no está mal tenerlo, pero a mí no me pasa eso, a mí me pasa el miedo por el otro, yo me cuido más por el otro que por mí, es mi realidad, capaz que está mal eh, pero me cuido mucho más por el otro que por mí. Me cuido, simplemente eso. Trato de que sea lo más natural posible el cuidarte, no tomarlo como algo trágico, sino, bueno hay que cuidarse che, ya está, al principio fue tenso porque no entendía, viste, no entendía, salía a la cuadra y me volvía a poner el barbijo, esas cosas, pero yo no sé si lo naturalicé porque no quiero naturalizar esto pero siento que hay que cuidarse sin necesidad de que eso sea una carga, viste, cuidarse, tratar de hacer las cosas lo mejor que se pueda, seguramente no va a ser impecable pero bueno.

El desacostumbramiento a las interacciones más prolongadas, a algunas les genera incomodidades corporales y emocionales como estas, donde la atención y la tensión se centra en los riesgos potenciales de los encuentros

Hoy si tuviera que ir a visitar a alguien, lo que a mí me pasa, tendría que analizar por qué, es que voy a un lugar específicamente para esto y termina eso y me quiero ir, no tengo ganas de seguir quedándome. Pero no tiene que ver ni con la persona ni con la casa, es algo que me sucede a mí. (...) ¿Qué me está pasando en ese medio todavía? No lo sé. Pero no (...) Pero no tengo ganas, si vos querés más profundo, no tengo ganas de que vengan a comer a mi casa, no tengo ganas de hacer nada que me involucre a juntarnos, no tengo ganas, no lo disfruto, mi marido es al revés: “ah, ¿querés que comamos algo?” Y yo... no tengo ganas, yo prefiero ir que nos comamos una hamburguesa en el parque [Camet]. No sé, hasta ahí está todo bien pero no tengo ganas... no tengo ganas...

Acerca de la movilidad en la pandemia solicité un relato si es que había existido, de alguna situación incómoda en el transporte público. La entrevistada, una vecina del Barrio Las Heras mayor de 60 años, reconstruyó a detalle una situación que había atravesado ese mismo día cuando regresaba hacia su casa de realizar una actividad política-social en el centro de la ciudad. La raíz del problema fue la

imposibilidad de mantener la distancia entre los usuarios y el cupo recomendado por unidad de transporte.

No, no estás tan seguro en el colectivo, en los colectivos porque hoy cómo ser... Hoy veníamos de allá [del centro] y los colectivos repletos hasta arriba y el chofer en cada parada metía, metía, metía hasta que ahí le dijimos: "Chofer no suba más gente, parecemos vacas". Porque iba re lleno todo.

¿Como antes? ¿Como si no hubiera virus? ¿Así?

Claro, todos amontonados. Viste que tenían que ir los micros todos sentados y ya no pueden subir más. No, este colectivo venía repleto, gente en todas las paradas, cuatro o cinco personas subían, ya no había asiento, no había nada, todos parados, y ahí nos empezaron a gritar, que venía yo con las chicas de allá y... Y venía repleto el colectivo.

¿Y usted se pudo sentar?

No, nosotros veníamos sentados pero venía gente parada.

Ah, ahí cuando avanzó un poco el recorrido se llenó de gente, digamos.

Claro, de Independencia viniendo para acá empezó a llenarse y el chofer subía gente, gente, y gente y ahí le dijimos: "Chofer, no suba más gente".

¿Y les hizo caso?

Sí, después no paró más porque ya venía el colectivo repleto y el chofer sin barbijo, sin nada, y no podés andar... si vamos a cuidarnos entre todos no puede estar subiendo como vacas a la gente.

La energía emocional negativa escaló. Algún usuario tomó la iniciativa y rompió las expectativas de interacción no focalizada y anónima -propias del transporte público. Comenzó a manifestar su disgusto a viva voz, y rápidamente un importante grupo de personas se sumó a vitorear: la demanda era hacia el chofer para que no deje subir más personas hasta recuperar más espacio en el transporte para lograr mantener la distancia.

Los usuarios lograron su cometido. La situación se colma de tensión y provoca un foco de atención común en todos los pasajeros. Su exigencia se basaba en los lineamientos impuestos por el Municipio a las empresas de colectivos: las ventanas de la unidad debían estar abiertas, uso de barbijo obligatorio y solo diez personas como máximo podían viajar de pie. A partir del relato de Graciela y los puntos geográficos que señala, la tensión por el incesante flujo de pasajeros duró

aproximadamente unos veinte minutos. La familia de emociones que circundó alrededor de esta situación fue dinámica y sucedió en un periodo corto de tiempo durante el viaje: miedo por contagio, ansiedad, ira y molestia por proximidad y no cumplir protocolos. Toda esta emocionalidad se dio a partir de la evaluación de que esa situación era una amenaza a su integridad en el contexto de pandemia.

Asimismo, el sentimiento de impotencia y vulnerabilidad, todo el malestar emocional y corporal generado, fue catalizado mediante la acción concreta del desafío a la autoridad. Luego, emerge la solidaridad mediante la coordinación de los pasajeros. A la vez, estos estados emocionales no son necesariamente secuenciales. Como se ve, algunos de estos sentimientos se solapan y la energía emocional aumenta, al identificar una situación de peligro por contagio de COVID-19 en donde se imbrican varias de las inseguridades que implican el contacto estrecho y la proximidad sensible- con el resto de los usuarios del transporte colectivo. Finalmente, en estas emociones vinculadas a lo inseguro, hay un trasfondo moral pues Graciela consideró que el actuar del chofer representaba una burla a los cuidados y un ultraje a su dignidad al equiparar las condiciones del viaje con las del transporte de animales.

¿Cuál me disgusta más? Por ahí ir con Toto a la fototerapia, eso me, ahora en pandemia, me asusta más, me disgusta, no me gusta, lo hago porque le hace bien a él pero, no

- *Subirte al colectivo*

- Sí, no me gusta subirme ahora, no, me, me, no me gusta. Lo hago porque lo tengo que hacer pero no, trato de evitarlo. Es más, si es acá cerca me voy en bici

- *Ah, ¿usás bici?*

- Sí, pero no, no hago eso porque es en el centro

- *Sobre todo por lo de los contagios que me decías. ¿Te sentís incómoda?*

Digamos

- Sí, sí

- *En el cole*

- Horrible, la paso re mal.

(Susana, 47 años, babrrio Las Dalias)

Otra novedad que se pudo observar a partir de la estructura temporal de las narraciones de las entrevistadas, es que todas transformaron en mayor o menor medida los patrones de sus trayectos. Se obtuvo como hallazgo que las mujeres realizaron más viajes encadenados con el objetivo de salir menos de sus casas, para procurar bajar los riesgos de exposición al virus mermando la frecuencia de los desplazamientos. Margarita, es una madre joven de menos de 25 años, y vive con su hijo pequeño y su pareja. Además de encadenar sus viajes, en lo que respecta a la movilidad, también dejó de salir con su hijo por temor a que contraiga el COVID-19. Ello implicó también nuevas estrategias de coordinación de horarios, escenarios y prácticas con su pareja

No, trato de ir una sola vez [al centro]. Porque casi siempre cuando voy lo dejo a él [su hijo] y como no me gusta dejarlo mucho trato de dejarlo una vez y bueno, si tengo que hacer cosas, trato de hacer más o menos todo y no tener que volver al centro. (...) Ponele en la cuarentena tratábamos de que él [su hijo] siempre se quedara, no lo exponíamos. Si había que ir a algún lado, bueno, “andá vos y yo me quedo” o “voy yo y vos te quedás con el nene”. Salíamos nosotros, pero si había que salir, sino, no. Y tratábamos de que él siempre quede en mi casa (Margarita, 21 años, barrio Las Heras)

Antes del Aislamiento decretado por la pandemia, como se ha mostrado, los viajes encadenados estaban más específicamente vinculados a si la ubicación espacial del lugar de destino estaba alejada; por ejemplo, en un mismo viaje transitaban el micro y macrocentro e iban al banco, pagaban los servicios, compraban indumentaria, miraban el mar, entre otras. Esta transformación cualitativa y cuantitativa de las movilidades, continuó más allá del ASPO, lo cual permite pensar en cómo fueron sedimentándose sentidos para construir una memoria sensorial de la pandemia cuando acabó la norma “quedate en casa”. La pandemia trajo consigo nuevos elementos que se ponen en juego a la hora de desarrollar las rutinas y agencias espaciales. Nuevos elementos cognitivos, emocionales y performáticos que terminan delimitando las prácticas espaciales.

CAPÍTULO IV. ESCENARIOS DE LAS PRÁCTICAS Y LAS INTERACCIONES

Se retoma aquí el escenario goffmaniano y se procura ir más allá. La concepción de Goffman del escenario estaba caracterizada por la fijeza y por la composición de éste a partir de objetos, y en términos generales es el medio depositario de las interacciones (Goffman, 1997b, p. 34). El autor canadiense marcó situaciones muy específicas, excepcionales, donde el medio se traslada con los actantes –como un cortejo fúnebre o un desfile. Las geografías de la vida cotidiana y el giro de la movilidad, como se ha visto en el *Capítulo I*, permitieron complejizar los análisis interaccionistas al matizar dicha excepcionalidad y tendencia a la fijeza del escenario.

Así, los escenarios y sus prácticas pueden analizarse también desde sus transiciones, por ejemplo, como aquellos que implican a la movilidad. En un primer momento se analizan los escenarios móviles y de movilidad a través de interacciones cara a cara y emocionalidades en movimiento, de sensorialidades y sentidos alrededor del cuerpo en su dinamicidad. Se analizarán escenarios fijos y móviles, su importancia en la delimitación de las interacciones y no solo como contenedores de los encuentros cara a cara. En la segunda parte, se estudian escenarios fijos referidos a lugares del espacio público que son intensamente ocupados por las mujeres y sus familias, reponiendo el goce y disfrute de las entrevistadas en espacios comunitarios y de encuentro con otros/as. La noche, como variable temporal y cotidiana, se revaloriza en el análisis alejada de los miedos en cada uno de los escenarios fijos que se estudian.

4.1 Escenarios móviles y de la movilidad: significados alrededor del viaje

Los viajes en transporte suponen esas escasas o excepcionales situaciones donde los *medios* se mueven con los actantes (Goffman, 1997b), que no han sido de mayor interés hasta los aportes más recientes hechos por los trabajos que se insertan en el giro de la movilidad. Acerca de la movilidad en el transporte público, los hallazgos aquí encontrados muestran que más problemático que el trayecto *en* el transporte colectivo, son los momentos previos y posteriores.

Podríamos argüir que los viajes constan de cuatro situaciones, a los fines analíticos. Con distinta intensidad, en todos ellos el cuerpo se encuentra en movimiento. Cada una de estas fases de viaje tiene temporalidades variables y disímiles, como así también variedad de escenarios por donde se transita. Por lo anterior, la percepción de la temporalidad y de la espacialidad tendrán valoraciones heterogéneas intra e inter viajes –dependiendo, principalmente, de la luz u oscuridad de la noche, las representaciones y conocimiento de los lugares de origen y destino que se tenga, la soledad o la compañía.

El primer momento es aquel en que se realiza el desplazamiento desde el lugar inicial hasta la parada del colectivo. Generalmente, este trayecto se realiza caminando. Las distancias varían desde cien metros a más de un kilómetro, dependiendo de la ubicación de su casa en el barrio y de cuán cerca estén de las arterias principales o calles más concurridas –por donde, generalmente, las empresas de transporte trazan sus rutas.

Cuando se usa el colectivo, las posibilidades de lo multimodal aquí estarían caracterizadas por la combinación con los recorridos a pie, pues es el único medio de transporte público con que cuenta la ciudad de Mar del Plata. Una práctica reiterada de movilidad multimodal que se ha repetido, pero que va más allá de sí, es la de pedir colaboración a algún familiar o amigo que cuente con vehículo particular y las acerque hasta la parada si está lo suficientemente lejos. Un arreglo

como este, implica una mayor coordinación e interdependencia y resta autonomía en la movilidad.

El segundo momento es el más problemático y ambivalente según las entrevistadas, y es aquel de la espera en la parada. Este se caracteriza por ser una situación liminal, de transición, entre el lugar de origen y el lugar de destino del viaje. Pero más allá de este desplazamiento, cobra centralidad la movilidad en toda su complejidad; es decir, en el sentido de las prácticas y las significaciones atribuidas a ellas, las representaciones espaciales, la sedimentación de vivencias previas, las interacciones con otros sujetos/os pero también con objetos. Distintos elementos y situaciones son los motivos por los cuales las paradas de colectivo se significan como escenarios muy inseguros.

Por un lado, las paradas son consideradas como espacios en sí mismos solitarios y, por este motivo, la principal percepción que domina es que las oportunidades de ser víctimas de un delito –común o sexual– se incrementan exponencialmente. Esto es así aun cuando estén ubicadas en avenidas o en las calles más transitadas de sus barrios. Incluso en los horarios de alto flujo de personas, estos escenarios no son tan multitudinarios como podrían serlo las paradas de zonas más cercanas al micro y macrocentro de la ciudad. En aquellas que cuentan con rutinas de viaje concertadas, la aparición de sujetos no habituales en ese espacio tiempo, ocasiona una tensión corporal y emocional extraordinaria en el escenario reducido de las paradas de colectivo -generalmente ubicadas en las esquinas.

Bien, esperando mi horario, yo ya sé el horario que tengo, en el que pasan los colectivos, todo, no, no, bien (...) además nos conocemos. Nos conocemos de “buenos días”, no de relación de vecinos. Pero somos tres o cuatro que solemos cruzarnos en la parada. (...) ahí si viene uno que no conocemos ahí nos ponemos todos raros.

Esa tensión extraordinaria se gestiona mediante la sensorialidad en estado de alerta: la mirada atenta, la audición sin obstrucciones como audífonos, el

mantenimiento de la distancia personal a partir de la kinesia de ese otro, y la evitación de distracciones.

Además, la inmovilidad que implica estar de pie y a la espera de que pase el colectivo, es también significada como más riesgosa que estar en movimiento transitando la calle; pues el argumento que ronda en los relatos está referido a las mayores dificultades de escapatoria frente a una potencial agresión. La incertidumbre en torno a posibles cursos de interacción con otros y el sentimiento de vulnerabilidad es notable a pesar de que estos espacios de espera sean abiertos o semiabiertos. La quietud de los cuerpos en el escenario, se decodifica a partir de la evaluación y minimización de los riesgos, como en los siguientes pasajes:

Cuando estoy en la parada lo que trato es de no llevar cartera y eso, ¿viste? Por ahí una mochila que te la cruzas acá [al frente de su torso], lo que menos llame la atención mejor y sobre todo no usar el celular (...)

(...) Igual, como te digo: cuando tengo que ir a la parada del colectivo, ahora voy con miedo. Mirando todo, a ver para qué lado voy, qué no voy. Ya una vez ahí si pasa uno en moto, tratar de mirarle la cara a ver si lo conozco, no lo conozco. Está difícil, porque está muy desolado ahí, lo que es las paradas del colectivo. Encima [los colectivos] pasan cada tanto, tampoco es que pasan seguido. Los móviles— son pocos los móviles policiales que hay y no pueden abarcar todas las zonas. Acá andan y después se van para el otro lado, porque son distancias largas— y queda desolado, desolado— Queda desolado esta zona, o vienen para acá y queda desolado los de la otra parte (...) Y cuando salgo así, con los chicos, bueno, trato de coincidir... si tengo plata, trato de darles... repartirles la plata y el celular se lo doy a los otros chicos, o le doy al más chico o a la más grande, o a ella, o veo cómo hago. Y si no, trato de salir sin celular. (...)

Por otro lado, la falta de iluminación y la precariedad de las construcciones, si es que las hay. Los refugios de las paradas, también llamados garitas, tienen al menos veinticinco años y se utilizan para guarecerse del frío, del sol, del viento, de la lluvia. Es curioso que en los barrios la existencia de un tubo de metal con la señalización de la línea de colectivo, un refugio de material, o nada de ello, no tenga

criterio alguno. De hecho, en general, en los barrios en que prevalecen las construcciones de tipo refugio los hacedores fueron las Sociedades de Fomento³⁹ de la zona y se responsabilizan por su mantenimiento, y no el Municipio o la empresa contratista del servicio de transporte.

(...) Empezás a caminar en el barrio y te das cuenta, cuando te das cuenta de la necesidad que hay, hay mucha necesidad, mucha necesidad. Donde vas no hay parada de colectivo, o sea día de lluvia, olvidate, te vas a mojar todo porque no hay parada de colectivo (silencio corto)

El abandono de las gestiones, tanto públicas como privadas, ha convertido a esos espacios semi abiertos en lugares atravesados por sensibilidades vinculadas al desagrado. Las mujeres narran que tienen olor a orina, están llenos de hojas de árboles, de suciedad por falta de cestos de basura, la inutilidad de las bancas, y las roturas en la construcción, que en la dimensión termoperceptiva del cuerpo vuelven equivalente estar a la intemperie o no cuando el tiempo es hostil, entre otras.

La falta de frecuencia de las unidades hace que todas estas problemáticas sí sean muy relevantes en la experiencia urbana de las mujeres en tanto usuarias: pues si bien es cierto que no es un lugar que se *habite*, concebirlo como un mero espacio de tránsito es problemático, porque esa espera puede llegar a tener una duración de hasta una hora.

(...) no respetan las frecuencias, realmente cuando te tomás el colectivo te tenés que tomar como “el tiempo” para tomarte el colectivo y decir: “bueno, yo tengo que llegar a tal lugar a tal hora, bueno, voy a calcular, además del trayecto del colectivo, que el colectivo pasa cada veinte minutos, pero si se retrasa puede pasar cada una hora”. Tenés que controlar todo eso, es como “el plan” tomarte el colectivo (...) me da fiaca [pereza] realmente pero lo tengo que organizar. Realmente cuando tengo que llegar al trabajo y los colectivos no pasan, o te pasan de largo porque están llenos, repletos... claro, como no se respetan las frecuencias, los colectivos van repletos y siguen, llega un momento que no pueden subir más gente.

³⁹ Asociaciones vecinales

Los fines de semana es un cáncer esperar al colectivo, porque nunca viene en el mismo horario, tarda mucho más, llego tarde a todos lados, pero los días de semana ya más o menos le enganché los horarios, así que llego justito siempre.

En más de una ocasión durante mi trabajo de campo pude corroborar tanto estas deficiencias como el empeño por acompañarme a esperar el colectivo por parte de alguna de las entrevistadas o personas de su familia. La espera es experiencia y expectativa, es pasado presente y futuro hecho presente (Koselleck, 1993). El todavía-no, en este caso, es la llegada del transporte colectivo y la posibilidad de rector el flujo del viaje. Además de experiencia, es también una interacción social (Artavia, 2021; Auyero, 2013), porque allí se ponen en juego emociones y encuentros cara a cara.

En ese sentido, no es un espacio-tiempo vacío ni muerto, aunque la espera particular de la parada de colectivo implique detención en el continuo de movilidad-inmovilidad. En los pasajes de las entrevistadas encontramos tedio y pereza en tanto falta de entusiasmo, pero también son muy frecuentes el hartazgo, el enojo y la frustración enmarcadas en la incertidumbre de no saber cuándo llegará el colectivo que las lleve a destino. Estas gamas emocionales de la espera se materializan en el cuerpo, que se ha cargado de nerviosismo y tensión, que se descargan caminando en el espacio reducido de la parada y asomándose una y otra vez a la *espera* de que finalmente llegue el colectivo.

Grupos de vecinos y vecinas, o Sociedades de Fomento han realizado varios intentos con el fin de revalorizar los espacios y lograr transformar la representación de las garitas como desagradables e inseguras. Contribuir, a partir de la mejora de estas infraestructuras, a la percepción sensorial y corporal de seguridad, es una tarea que se han tomado las mismas personas usuarias por la inacción estatal. La experiencia situada de vecinos y vecinas reconoce las microsituaciones en que se habita ese escenario de transición y que son significadas por ellos/as mismos/as

(Jirón & Iturra Muñoz, 2011; Lozano Rendón & Zunino Singh, 2023). Principalmente, se ven intervenciones artísticas y políticas cargadas de colores como la siguiente. Las *Ilustraciones 2 y 3* que siguen, muestran pintadas realizadas en Las Dalias, en el sudoeste de Mar del Plata, por el Comité Feminista del barrio, el cual está integrado por mujeres de la zona (ver más en *Anexos 8.5*).

Ilustración 2. Mural-intervención en un refugio de colectivos del barrio Las Dalias, año 2020.



Fuente: Facebook del Comité Feminista del barrio Las Dalias. Disponible en <https://www.facebook.com/Comit%C3%A9-Feminista-Las-Dalias-109311260891584/>

Ilustración 3. Mural-intervención en un refugio de colectivos del barrio Las Dalias con motivo del 8M, año 2021



Fuente: Facebook del Comité Feminista del barrio Las Dalias. Disponible en <https://www.facebook.com/Comit%C3%A9-Feminista-Las-Dalias-109311260891584/>

Siguiendo a del Valle, las pintadas como intervención política están caracterizadas por un anhelo incontenible de comunicación. Su performatividad tiene como propósito impactar en las subjetividades y se caracterizan por realizar en lugares destinados *para otra cosa*. La selección del lugar, como en estos casos, refuerza el mensaje al instalarse en las paradas de colectivo, pues éstas son lugares ineludibles de la movilidad cotidiana barrial.

“Las pintadas provocan porque se hacen fuera de lugar, es decir, fuera de aquellos que estaban destinados a otros fines en muchos casos totalmente contrarios a los que manifiesta la pintada y de ahí la importancia que tiene la selección del lugar y por lo tanto el análisis de este como parte de la lectura del mensaje” (1997, p. 221)

En tercer lugar, está el momento del viaje en sí mismo. Las entrevistadas conciben al colectivo, el único medio de transporte público de la ciudad, como un espacio seguro. Este hallazgo tensiona la evidencia que se ha encontrado en otros países o ciudades⁴⁰, donde las mujeres narran o reportan en las encuestas altos niveles de preocupación, de tensión y desconfianza al usar el transporte público de su ciudad. Lo anterior no significa que las mujeres no hayan padecido violencias, acosos o robos en el colectivo, pero mueve y ubica espacialmente el sentimiento de inseguridad y vulnerabilidad a otros escenarios en el caso de las mujeres marplatenses.

⁴⁰ Algunas investigaciones recientes, exhaustivas y con producción de datos representativos en grandes y medianas ciudades son el análisis comparativo entre Santiago, Bogotá y Buenos Aires (Allen, Cárdenas, Pereyra, & Sagaris, 2019), el realizado para la Ciudad de México en distintos centros de transferencia modal (Soto Villagrán, 2019), y el que recupera y examina datos de África, Asia, Europa, Sud y Norteamérica (Gekoski, Gray, Adler, & Horvath, 2017). Todos ellos analizan las experiencias de movilidad urbana e interurbana de mujeres.

La sensación de seguridad abarca toda su polisemia: vial, de género, sexual, la seguridad ciudadana. Incluso los choferes, exclusivamente varones en la ciudad, son visualizados como desconocidos con los cuales se puede contar en caso de que emergiera algún tipo de problema o violencia en el transcurso del viaje por parte de otro usuario. Estos trabajadores–actores se decodifican como aliados para mantener la estabilidad de los posibles cursos de interacciones no solidarias que emerjan en el colectivo como escenario. Los conductores se vuelven coproductores de la seguridad, ya que son decodificados por las pasajeras como aquellos que pueden canalizar o mediar tensiones, reclamos y disconformidades durante el viaje.

Parte de ello viene de la mano de que, en las interacciones y en términos de estatus y significados que se ponen en juego, son considerados como la única figura de autoridad en ese espacio –público, cerrado y móvil. Como se dijo, esto no supone que las mujeres no hayan atravesado situaciones y encuentros significados como inseguros, pero definitivamente no es la percepción ni experiencia que reina en este transporte. De hecho, una vez arriba del colectivo, despliegan prácticas securitarias que van desde sujetarse fuerte hasta procurar un total control de sus objetos personales durante el viaje.

Finalmente, las prácticas de movilidad vinculadas al regreso vuelen a estar condicionadas por más elementos, tal como las que posibilitan el arribo a la parada del colectivo. El día de la semana –laborable o no laborable– afecta en la mayor o menor movilidad de otras/os transeúntes, y la claridad u oscuridad del día. Tal como muestra Candelaria al narrar las redes que activa para regresar a su casa, en las noches, el conocimiento del lugar no otorga la certidumbre necesaria para moverse sola en su barrio que caracteriza como “cada vez peor, cada vez más peligroso”.

Sí, sí, las dos cosas. Sí, sí, siempre. Y si ponele me voy, y estoy volviendo de noche... me comunico con mi hijo que me espere en la parada. Si no, ni vuelvo... ponele. Imagínate que a las 9 de la noche, cruzar todo... [la calle] Los Talas, no... es todo oscuro eso.

Por otro lado, la portación de objetos o el hecho de viajar acompañadas por otros sujetos, denota los fines y sentidos del trayecto: cargar bolsos o mochilas, bolsas de compra, carpetas, herramientas requeridas en el trabajo, etc. que se registraron en las observaciones realizadas en el transporte público colectivo y que también son tenidas en cuenta por las mujeres al focalizar la interacción efímera pero cargada de sensorialidad con los restantes usuarios anónimos y desconocidos.

A través de un primer contacto visual, ejecutado lo más rápido posible para no generar incomodidad ni romper las expectativas de la interacción, las mujeres procuran leer y significar la corporalidad a partir de su exterioridad –los gestos y la glosa, los objetos que carga, el despliegue de intenciones– de los otros para inmediatamente ubicar el propio cuerpo en el transporte y coordinar acciones recíprocas –principalmente– de corta duración.

Complementariamente, las mujeres entrevistadas procuran dotar de certeza y confianza a sus movimientos en relación a los otros usuarios. Buscan construir un escenario lo más estable posible para sentir seguridad en estas interacciones, que aun siendo no focalizadas, no se pierde atención a las implicancias sensoriales de la copresencia y la proximidad sensible: la glosa, los olores y sonidos, la proxemia.

Adriana se fastidia al viajar con los chicos, tanto, que no lo hace prácticamente. Además, habla de los costos de viajar en transporte público siendo una familia numerosa. Prever los movimientos y la coreografía espacial que tendrá que desplegar con los objetos a cargar y con los niños que debe vigilar, la agota y desiste.

(...) siempre fue un gasto. Gigante, con el tema de los chicos en el colectivo. Encima de solo pensar que tengo– que tenía que salir con los seis [hijas/os], caminar las cuatro cuadras, tomarme el colectivo, bajarme en el centro, caminar a dar una vuelta por el centro... Esperar otra vez el colectivo, hacerme un viaje de no sé cuántas horas para ir 45 minutos en colectivo. Bajarme y otra vez venir caminando con todas las bolsas, las mochilas, los juguetes que les compro, lo que sea, qué sé yo... No, ya ni ganas. (...) Tengo que controlarlos antes de salir, porque capaz que uno se pone el pantalón al revés, con tal de salir. El del medio se disfraza. Llevarles abrigo, llevar algo por las dudas;

siempre. Controlar tarjetas, siempre, fijarme si están bien todos los documentos. Siempre algo pasa.

La emocionalidad que manifiesta Adriana es de carácter anticipatoria, y está vinculada a la energía emocional que ha cargado a partir de otros trayectos que hace con sus hijas/os. Para evitar ese estrés, la entrevistada ha desarrollado una rutina específica. Cada mes, que se desplaza al centro de la ciudad a realizar trámites y a cobrar, se lleva consigo a uno de las niñas/os. Primero, “se quita de encima” las diligencias temprano en la mañana. Luego, se dispone a pasear por la zona con este hijo/a y además, le compra lo que particularmente necesite y regresan hacia la casa después del mediodía. De esta manera, Ana, procura controlar el devenir de la situación, su definición y cualquier potencial riesgo.

4.1.1 El cuerpo en el transporte colectivo

Emplazar el cuerpo y afianzarlo es una de las rutinas más inmediatas que realizan las mujeres al subir al transporte público colectivo. Las experiencias durante el viaje son diversas pero se han encontrado ciertos patrones que muestran una regularidad en los malestares corporales que generan estas situaciones de viaje, en donde prevalecen las interacciones inestables o no focalizadas. Entre las entrevistadas, ha sido muy frecuente que manifiesten una la exacerbación de la zozobra a partir del tumulto y de la proximidad de los cuerpos de los otros. La consecuencia de estos sentires, corporales y emocionales, se trata de aminorar a partir de estrategias que morigeren el malestar como viajar acompañada, sujetarse fuertemente, abrir ventanas, respirar profundamente, gestionar internamente las emociones, entre otras.

Y cuando vas en el colectivo, ¿cómo te sentís o cómo te va cuando estás arriba, haciendo el viaje?

No, no me gusta
¿No te gusta?

No. Me descompone, me hace mal.

Ah, ¿te mareas?

Sí... cuando se llena mucho, me quedo sin aire. Cuando se llena mucho, que hay mucha gente

Y... ¿Intentás hacer algo? ¿Cerrás los ojos o algo así? Como para no descomponerte ¿o no?

No, no, abro la ventana.

A veces lo tengo a él [su hijo de dos años] porque él como que se pone inquieto y yo a veces me pasa que, mmm, tengo como, no sé... como unos problemas de respiración, no sé. Y entonces en el cole[ctivo] me quedo sin aire. Eso me pasa y a veces siento como que me asfixio y tengo que abrir la ventana y a veces él quiere sacar la mano y lo tengo que controlar o cosas así

O sea que no, a veces no la pasás muy bien viajando en el colectivo

No, no me gusta porque siempre me pasa lo mismo o me descompongo, pero casi siempre me pasa que me quedo como sin aire. Siento como que, como que hay gente y me asfixia, por eso no me gusta viajar en cole. Como la casa de mi mamá y esas cosas son cerca, para mí si voy caminando, bueno, mejor; si hace mucho calor, bueno, tomamos el cole para no caminar hasta allá, pero...

¿Y te mareás porque se mueve mucho o algo así? O sólo que estás como agobiada

No, sí, o sea me mareo y me dan dolores de cabeza pero no sé por qué. Es algo como que siempre me pasa, es como que me subo a un colectivo y yo sé que me descompongo

Y en los autos también te pasa con el movimiento ¿o no?

Sí, en los autos también, sí. Si me tomo un remis por lo general siempre me descompongo o me duele la cabeza, siempre me pasa, como que siento que los lugares son como muy cerrados

(...) mis hijos me dijeron “mami, vamos a ver si el sábado 20 vamos...”. Por ejemplo, no fui a la playa todavía, no he ido a la playa por la multitud de gente del colectivo, que ya me hago... es algo psicológico, la enfermedad esa, el pánico. Lamentablemente... pero bueno, entonces yo ya me estoy haciendo la película, que si el colectivo se llena, que no, no, yo ya me voy corriendo. Entonces ya... ya me descompose y mi hijo me dice “pero tranquila si estamos nosotros... qué sé yo...” ¿viste? Y yo me largo a llorar (...) Sí. Angustia, me agarra, miedo... todo, todo junto (...) Te tensás, te ponés dura... (...) Me baja la presión, me baja la presión.... Me agarra cólicos... no, no muy mal... la paso muy mal. Eh... ya sé que mañana tengo que este... y ya estoy nerviosa. Ya no duermo de noche, estoy mal ya... Igual, me levanto, desayuno, viste. Me

baño, me arreglo, qué sé yo, y estoy descompuesta ya (...) Le tengo que pedir a mi hijo que me acompañe. Es horrible, horrible, horrible. Culpa del... del pánico, del estrés, eh... me agarró eh... (...) le tengo fobia a mucha gente... (silencio medio) Es horrible

En los relatos de estas mujeres hay una secuencia que comienza con la evaluación de la situación en su dimensión cognitiva. La copresencia física de un número difuso de otros usuarios en el colectivo, les impide centrar su atención en algún otro elemento del escenario, percibiéndose a sí mismas en una situación social insegura. A partir de allí comienzan los malestares emocionales que se manifiestan en los cuerpos y su glosa como la agitación, la pérdida de estabilidad, entre otras.

A partir de las interacciones vividas previamente, Candelaria pone en juego un aprendizaje para procurar dotar de certeza y confianza sus viajes en colectivo. En su caso, la serena viajar acompañada con uno de sus hijos. Saber que alguien con quien mantiene un profundo conocimiento y un vínculo afectivo estará allí, a su disposición para procurar que salga de ese estado nervioso, la posiciona de otra manera. La compañía de su hijo la conduce hacia sentimientos de protección y seguridad, teniendo otro horizonte de expectativas sobre el viaje. Esto es así aun cuando en la experiencia concreta no logre gestionar sus emociones y explote en un llanto incontenible que limita su respiración; pues Candelaria continúa coordinando con su hijo para no viajar sola. La entrevistada narra estas situaciones pasadas con angustia, evoca las emociones sentidas y se quiebra su voz.

Estos ataques de pánico, nombrados así por la misma entrevistada, son una experiencia reciente por lo que no logra posicionarse en el *lugar* que había mentalizado a partir del trabajo cognitivo, y falla en el intento de construir e influir en la definición de la situación. Una situación, además, caracterizada por la inestabilidad de las interacciones. Al igual que en la mayor parte de los encuentros cara a cara con desconocidos, las que tienen lugar en el transporte público están atravesadas por la pretensión de mantener el anonimato y el espacio personal, y por tanto, el fluir de las interacciones no focalizadas a focalizadas, y viceversa, es

vertiginoso y constante. En los otros, es el propio movimiento del transporte –el pésimo estado del asfalto en casi toda la ciudad muy probablemente ayude a incrementar el malestar– que afecta los cuerpos y las sensibilidades de este grupo de mujeres:

Finalmente, en estos casos, las entrevistadas son capaces de recordar y reelaborar, parcialmente y a partir de sus recuerdos, los malestares emocionales y corpóreos; y narrarlo en la entrevista las devuelve a esos estados y se quiebran o incomodan. Los fragmentos traídos en esta sección muestran que las emociones son formas de volverse hacia atrás en el yo, formas de amplificar reflexivamente y dar resonancia añadida a los significados trascendentes de la acción situada (Katz, 1999).

El otro grupo de referencias a interacciones y emociones negativas que refieren las entrevistadas al usar el transporte público está vinculado a las situaciones en las que el colectivo está colmado de pasajeras y pasajeros. El repliegue sobre el propio cuerpo como acción situacional, el intento de achicamiento y a adhesión al cuerpo de los objetos que se cargan es una técnica muy habitual, en tanto postura y actitud, en las interacciones que tienen lugar en el colectivo (Aguilar Díaz, 2013; Mauss, 1979b).

Más cómoda y un poco tensa. Como que sentís como que te aprietan todos y no te podés ni mover, no te podés ni sentar porque no hay muchos asientos. Cuando se llenan los asientos, tenés que ir parado; y si se llena, tenés que ir aplastado (...) En sí cuando bajo del colectivo es como que... me liberé de todo lo que me apretaban, cuando venís caminando. Jaja. Como que cuando apenas bajás del colectivo que ibas apretada en el colectivo, es como que no podías ni respirar porque vas toda dura y después cuando bajas es como: "Fua... ahora sí me puedo mover"

Los choferes no tienen un muy buen trato, algunos rescato que al menos te saludan, hay otros que decís: "Hola, buen día", y es como que... nada, ni escucharon, ni te dieron bola, he visto algunos que están con su celular, manejando y con el celular, he visto también cómo levantan gente en el aire, o sea, y me ha pasado de no haber terminado de subir al colectivo que ya arrancó el colectivo y yo capaz estoy cargada y medio como que me tengo que agarrar

de todos lados para no caerme, o que suben gente y dejan la puerta abierta y hay alguien que está en el borde esperando a que todos pasen su tarjeta para poder subir y es como si nada, es como normal. He visto también cómo han arrancado y la gente no había terminado de bajar, también... de hecho, he visto gente que se ha caído (...) Al mediodía, sobre todo cuando vivía más lejos y salía del trabajo al mediodía, y encima yo trabajo frente al Municipio [en el centro de la ciudad], o sea que es una zona de mucha gente, sí, me tocaba la hora pico y era tedioso. Si tenía tiempo durante la tarde que no es que, viste... tenía que llegar a mi casa, cocinar, almorzar y volver a salir y hacer cosas, dejaba pasar algunos colectivos y esperaba una unidad más tranquila para poder subirme porque es muy incómodo, yo suelo andar cargada con mochilas, bolsas y qué sé yo. Y es estar con la mochila adelante de uno, viendo que nadie te la abra, que no pase nada; las bolsas, no molestar a nadie y no. Entonces si podía dejaba pasar algunos colectivos y me tomaba el que estuviese más tranquilo, pero, ya te digo, si no estaba apurada con el tiempo, sino no, es tedioso

Aquí, la cercanía de los cuerpos de los otros y la proximidad sensible genera malestares variados, sobre sí pero también sobre la imputación de sentidos que realizan sobre la emocionalidad de los otros. Son los casos citados de Malena y Marisa, que viajan diariamente con bultos y se preocupa por no generar incomodidad en el resto de los usuarios. Así, además de la preocupación, narran sobre la rigidez corporal que deben mantener, la tensión que cargan al realizar el viaje, la pretensión de anticipación del movimiento de los otras/os. En estas situaciones, bajar del colectivo es un alivio.

Por su parte, Cristina, trabaja en la industria pesquera como “filetera” de pescado. Quienes tienen esta ocupación, ingresan a trabajar alrededor de las 4 de la mañana en las plantas frigoríficas.

Y vos para ir volver del trabajo, eh ¿te lleva algún colectivo?

No, nos manejamos con compañeros en un remís, vamos y venimos en remís
¿Por la frecuencia de los colectivos o...?

Una por eso, sí, porque uno sale muy cansado y andar (se interrumpe) tenemos que caminar para agarrar el colectivo que entra para acá, que es el [de la línea] 93 y otra por la comodidad de uno de poder llegar más rápido, más, que se termine, sí. Y en el horario de la madrugada, no, ni hablar salir en

colectivo por el peligro de los robos, no, no. Nos movemos en remís. Nos ponemos de acuerdo entre compañeros y nos vamos en remís

Y los robos ¿es en la parada o arriba del cole?

En la parada. En la parada, las paradas son peligrosas acá [en el barrio] de madrugada, la gente, los jóvenes no sé cómo... andan rondando en el horario de la noche. Nosotros salimos a las tres de la mañana y es un horario que muchos andan rondando y ya nos ha pasado compañeros que les han robado todo el equipo, ¿viste? Es peligroso. Nosotros (se interrumpe) yo voy con una compañera y somos mujeres, estamos al acecho (se interrumpe la entrevista) (...)

¿Y allá en las paradas del puerto tampoco te sentís segura, o sea, tanto como para llegar acá?

No, otra que ya tenemos un acostumbramiento. Yo hace 16 años estoy trabajando en el pescado y ya nos hemos acostumbrado. Uno sale muy cansado a veces... salimos muy cansados, salimos con el equipo de trabajo, con todo el olor a pescado; no nos bañamos en la fábrica. Así que más cómodo es subirse a un remís, tenemos remiseros ya que son conocidos de hace muchos años, ya nos conocen así que nos traen ellos. Es una comodidad, entre tres compañeros pagamos el remís y no nos sale tan caro tampoco

- Claro. ¿Y tus compañeros también viven por el barrio?

Acá, sí, estamos a tres cuadras, dos cuadras, sí, acá estamos

Cristina se expresa aquí de forma argumentativa alrededor para explicarme sus prácticas espaciales. Los motivos son la victimización de otros trabajadores del sector y su propio sentimiento de inseguridad, el ser mujer como sinónimo de un ineludible estado de alerta. Además, refiere a la nocturnidad en los escenarios de su barrio y del puerto como situaciones donde las oportunidades de ser víctima de un delito escalan por la presencia de jóvenes circulando. Sus instrumentos de trabajo son muy costosos y tienen que proveérselos a sí mismos, ya que ser filetero es ocupar un rango bajo en la cadena de provisión y comercialización del pescado, sumado a una muy generalizada precariedad en las condiciones de laborales de las trabajadoras/es de este sector. Una característica corpóreo sensible de este trabajo es la gran humedad a que se somete el cuerpo, por el permanente contacto con el agua en el que se encuentran los pescados antes de que lo tomen y fileteen. Ello, sumado al entorno refrigerado, supondrá aprendizajes cognitivos, corporales y

afectivos (Mauss, 1979b) para incrementar umbrales de tolerancia de los malestares, lograr un dominio y mantener su puesto de trabajo.

Además, en su narrativa, Cristina incorpora una de las sensibilidades que más frecuentemente es utilizada para marcar estatus y discriminaciones: el olfato y la significación de los olores de los otros⁴¹. Tal como dice Sabido Ramos (2019b), los cuerpos sienten y a través de ellos damos sentido al mundo. El marco interpretativo con que la entrevistada lee en términos de un problema el no tomar un baño en la empresa, está atravesado por la emocionalidad de las cadenas de interacción vividas anteriormente en el transporte público. De regreso a su casa luego de trabajar, cerca del mediodía finaliza su jornada, Cristina ha experimentado situaciones de pérdida de energía emocional en el colectivo.

La focalización de la atención de otros usuarios sobre ella y sus compañeros, ha provocado sentimientos de exclusión, desánimo e inseguridad -aun cuando la membresía al grupo de trabajadores podría haberlo significado como un respaldo en la confianza sobre sí. Las expresiones gestuales e impresiones que manifestaban los implicados en la situación, provocaron la incomodidad moral de Cristina. Aquí no hubo negociación. En primer lugar, porque dicha incomodidad no fue suturada mediante otro ritual, el del pedido de disculpas; pues a pesar de la focalización de estas cadenas negativas, el anonimato típico de transporte público como espacio móvil, nunca se perdió. En segundo lugar, porque en la evaluación de la situación más amplia, Cristina sopesó otros elementos que condujeron a utilizar remises para retornar a su casa.

4.2 Escenarios fijos: disfrutar la ciudad

Las entrevistas que se realizaron para esta investigación, finalizaban con un momento en que se mapeaban espacios de agrado y de desagrado, de sus barrios

⁴¹ Sobre la corporeidad y la implicación de las sensibilidades en los trabajos portuarios y vinculados a la pesca en Mazatlán, México, ver el trabajo de Carolina Peláez González (2019, 2021).

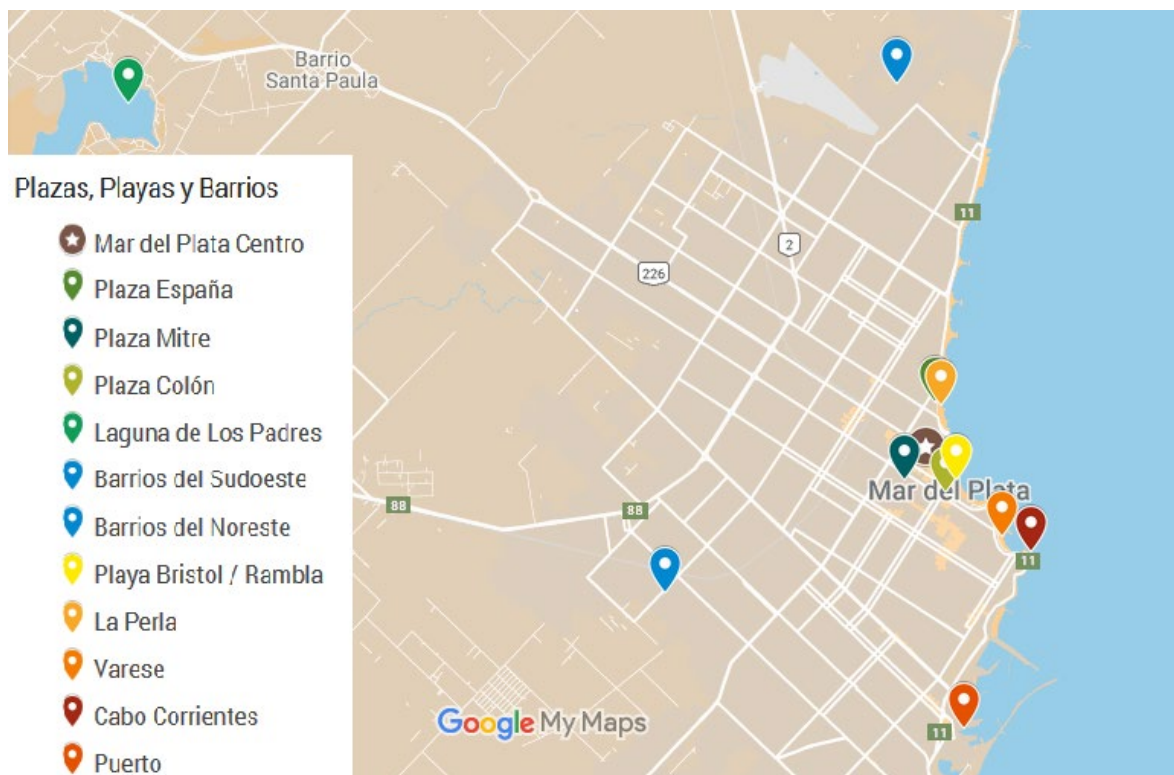
y de la ciudad. A pesar de deterioros por falta de inversión que señalan las entrevistadas, los espacios públicos en la ciudad de Mar del Plata continúan siendo escenarios de convergencia comunitaria. Ir a la plaza, al parque, a la costa o al Puerto son actividades cotidianas que se eligen para disfrutar estos escenarios.

De hecho, según la muestra, se observa en las mujeres una preferencia por el espacio público frente a las prácticas de ocio en sus casas, a la vez que se señalan una mayor cantidad de escenarios públicos y abiertos de agrado. Todas estas apropiaciones de los escenarios públicos por parte de las mujeres, suspenden momentáneamente las rutinas y recargan energías emocionales para las experiencias de la vida cotidiana en la ciudad.

Más allá y más acá de las privaciones materiales de las mujeres que habitan estos barrios populares, en estos escenarios, las prácticas espaciales están más vinculadas al hedonismo del disfrute en y con la naturaleza. La construcción de los paisajes es la clave de apropiación y producción de estos lugares. El consumo en espacios cerrados y privados, no les es ajeno, pero ocurre con una baja periodicidad y es significado como un momento especial.

Las plazas, la costa, las playas, el Puerto, las sierras y la laguna son todos espacios públicos adonde puede llegarse mediante transporte colectivo, son los preferidos por las entrevistadas y fuertemente utilizados por las familias. Las preferencias de los escenarios no muestran variabilidad intergeneracional, ni tampoco inciden en ellas la condición de soltería o concubinato de las mujeres. La forma en que habitan estos escenarios revela algunas diferencias que se explican en si tienen niños y niñas o no, y en la posibilidad de que ellos/as puedan también disfrutar del lugar. Las más jóvenes tienen una ligera pero mayor predisposición a pasar las tardes con sus amistades, aunque también realizan actividades del mismo tipo con sus familiares. Tanto las mujeres más jóvenes como las mayores de 45 años, disfrutan salir a bailar.

Ilustración 4. Escenarios públicos y habituales que frecuentan las mujeres



Fuente: elaboración propia con base en trabajo de campo y a través de MyMaps de Google.

4.2.1 La costa y el mar

“La costa” en Mar del Plata, así nombrada por los/as locales, se denomina a todo el paseo que abarca alrededor de diez kilómetros del frente marítimo –que, en total, se extiende poco menos de 40 kilómetros bajo la jurisdicción municipal del Partido de General Pueyrredon. Este paseo se caracteriza no solo por el acceso a las principales playas de la ciudad, sino también por contar con anchas veredas. Estas son apropiadas por la población permanente y turistas tanto para pasear a pie como hacer ejercicio en bicicletas, patines, patinetas, o correr y caminar.

La zona más céntrica, antigua y concurrida de este paseo, abarca casi seis kilómetros, desde Cabo Corrientes hasta el fin de los balnearios de La Perla. De un

lado, se halla un amplio Boulevard Marítimo con un importante tráfico de autobuses y automóviles; enfrente, encontramos los accesos a las playas y variedades de edificios comerciales vinculados a los balnearios y a comercios del rubro gastronómico. Construcciones físicas e infraestructuras como estas, así como las postas municipales para hacer ejercicio físico y las bancas para mirar el mar, modelan y delimitan los posibles usos de los espacios que componen la costa.

El pasaje de las costas y el mar como espacios del miedo y fantasías monstruosas hacia ser significados como lugares de ocio y vida social, fue muy paulatino y, en Occidente, ocurre a partir el siglo XVIII (Corbin, 1993; Lencek & Bosker, 1999). Desplazados sus usos terapéuticos, aun se arrastraban miedos vinculados a lo fantástico y a las invasiones, a su amplitud e inabarcable omnipotencia de sus aguas. Una vez avanzado el siglo XIX, las motivaciones hedonistas, la búsqueda del placer en asistir a la playa y el encuentro del goce de las costas, lograron popularizar la práctica (Corbin, 1993; Torre & Pastoriza, 2019).

Así, el mar, las olas y el sol constituyen un escenario ribereño que es posible de ser disfrutado a partir de marcos de referencia recientes. Marta tiene 50 años, vive en el barrio Las Heras, al sudoeste de Mar del Plata, con tres de sus cinco hijos/as y ha enviudado recientemente. Marta es recicladora. Es una de las tantas trabajadoras de la economía popular que transitan las grandes y medianas ciudades argentinas recogiendo desechos reciclables, en su caso, con una moto.

A ella no le gusta estar en su casa. Sus familiares son también vecinos/as y “todo el tiempo pasa alguien” por su casa. Marta tiene lupus, así que prácticamente no baja a los balnearios por los riesgos del sol. Una o dos veces en todo el verano se junta su familia en la playa para pasar el día y esa es la única vez que va. Igualmente, Marta, disfruta el paisaje que regala el escenario marítimo de una manera menos convencional que el resto de las/os marplatenses. Comenta que busca y recoge residuos a lo largo y ancho de la ciudad, pero tiene una zona predilecta.

Marta elige cada vez que sale a trabajar, uno de los barrios de altos ingresos, lindero al frente costero y que se halla a unos cinco kilómetros del centro hacia el sur. Escoge ese barrio, siempre, porque no solo halla residuos que puede reciclar y vender, sino también porque de esa manera aprovecha para ver el mar de forma diaria. Marta trabaja a la vez que intercala satisfacción y disfrute de apreciar el paisaje. El mar le da tranquilidad en la soledad. En sus sensibilidades con el entorno, se solapan la experiencia del goce visual con el malestar por los rayos UV en su piel. La exposición solar le preocupa y, cuando puede, la evita. Representa una potencial amenaza para su salud, pero ella no cuenta con los recursos económicos para protegerse con lociones diariamente.

La emocionalización de lo marítimo es una operación subjetiva recurrente en las narrativas. El vínculo de Miriam con el mar es distinto al de Marta. En Miriam, se revitalizan recuerdos de prácticas, de relaciones, y de ser con otros/as en el agua:

Por la ventanilla [del transporte público] me encanta, me encanta mirar el mar y todo eso. No me gusta la playa, nunca me gustó, desde chica; nada. Pero me encanta mirar al mar, me encanta ir a caminar así, será porque bueno no me gustaba porque desde chicos íbamos a trabajar adentro del mar con mi papá. Nosotros juntábamos plomada, sacábamos lombrices para vender a todos los kioscos, hasta Santa Clara [del Mar] vendía él para la pesca, hasta la carnada para comprar para la pesca y todo eso lo hacíamos nosotros, la plomada, que tenemos todos los moldes de mi papá guardados, comprábamos plomo y hacíamos plomada nueva, todo, y había veces que estábamos cinco o seis horas en el agua, en el mar, metidos, para sacar, entonces como que... la playa no me gusta, pero me encanta el mar, sí.

Miriam tiene 70 años, vive en el barrio Parque Peña al noreste de Mar del Plata. Ella está ubicada a mil metros de la costa extremo norte de la ciudad y cada vez que se sube a un autobús o sale de su barrio, tiene la posibilidad de ver el mar. Su memoria sensorial es protagonista de la narración en tiempo presente y las emociones arriba del colectivo, viajan y se mueven con ella.

Su goce con el agua necesita de distancia física, ya sea sentada o caminando y contemplándolo. Al igual que Marta, su interacción medular con este escenario es

a través de la mirada. La mirada romántica (Urry & Larsen, 2011) es lo más importante en la valoración de la posibilidad de desarrollar actividades frente al mar y que implican a la soledad, la introspección y “desconectarse” de las rutinas de la vida cotidiana.

Con sus hermanos con su padre. Hace por lo menos nueve años que no toca la arena ni tampoco la orilla. Ella no disfruta zambullirse ni nadar en el mar por los años de trabajo allí dentro. Pasaba largas horas sumergida hasta la cintura con sus hermanos, levantando piedras y recogiendo lombrices. Unos momentos después del fragmento que se cita, comenta que tuvo problemas de salud su zona genital en reiteradas ocasiones. El frío, el dolor, el agotamiento y la humedad que sentía en su niñez se hacen presentes para las emociones y sensaciones en valencias negativas sobre la playa porque así mediaban y median en su yo.

Una tercera forma de vinculación corporal y emocional con el frente costero, es a través de la pesca como práctica deportiva. Al menos en Mar del Plata, esos lugares en el escenario son espacios de interacción y encuentro principalmente masculinos. Por un lado, se realiza en copresencia, pero se valoriza la no focalización de las interacciones. Es decir que a la vez que se evalúa positivamente que sea una actividad de pareja o familiar o con amistades, una de las cualidades destacadas de la situación son el silencio, la soledad, la concentración y el trabajo emocional que posibilita “estar solas” con el mar y su caña.

¿Iban a una escollera?

Al Torreón [del Monje], mayormente

Eso sí te gusta. ¿Y también pescás o los ibas a acompañar?

No, pescaba yo, sí, sí. Empecé como terapia porque estaba yendo al psicólogo con Sole y empezamos con la terapia. Igual sí me gustaba la pesca pero nunca había pescado, así que me hice con mi equipito y vamos a pescar (...) Ponele, ahora en temporada, ya a la tardecita, no cuando hay mucha gente tampoco. Porque igual a mí la playa no me gusta, para ir a meterme a la playa, no

¿Y qué te gusta de ir a pescar?

No, la paz y tranquilidad del mar... así... aunque no pesques nada, eso: la paz. Viste escuchar las olas, el silencio (...) Llevábamos mate, galletitas (...) Llevábamos con mi hijo cosas y volvíamos de noche.

¿Y este plan de pescar en general es con este hijo?

No, eran, varios hijos, sí. A veces se enganchaban las nueras también (Carmela, 47 años, barrio Las Heras)

Sí, nos sentamos [con su pareja] uno en cada punta de las piedras y nos quedamos, hasta las cuatro, cinco de la tarde. No tenemos problema, por ahí vamos a la noche a pescar y nos quedamos hasta las doce, nos quedamos ahí, sentados ahí pescando, es otra cosa, es otro... otro aire, otra forma de pensar, porque ya no hablamos de los hijos, no hablamos del taller, hablamos de nosotros nada más. (Griselda, 40 años, barrio Las Heras)

Es un momento de subjetivación con un alto foco de atención sobre sí. A la hora de las narraciones, en muchísima menor medida se toma en consideración el producto material de esa práctica, los pescados, o el proceso posterior de limpieza, cocción o consumo en grupo.

En la costa, por las noches, se puede pescar y también se puede bailar. En el invierno son menos recurrentes, porque el frío es intenso, pero también tienen lugar.

"A donde iba, ¿sabés a dónde iba mucho? A la, al playón de allá del Casino, que están los que cantan, tocan música y eso, a eso sí me gustaba ir^[P]_[SEP] Ah, que a veces bailan... también folclore (...) sí, mi mamá bailaba ahí (...) Mi mamá iba ahí y yo iba con el mate y ella bailaba folclore, después del folclore me iba a la cumbia. Era como que estaba en una discoteca al aire libre, jaja (...) Espero que este año (se interrumpe) no sé si se pueda hacer este verano. Eso te distrae mucho también, ¿o no? (...) Yo le llevaba los patines a More o los nenes (...) pero estaba lindo (silencio corto) bah, Mar del Plata en el verano tiene eso, viste, de que tenés como lugares para distraerte y gratis, que no pagás nada (Susana, 47 años, barrio Las Dalías)

Susana acude con gran parte de su familia al paseo del Boulevard Marítimo donde cada día los shows de artistas callejeros/as tienen lugar desde muy temprano en la mañana. Algunas otras personas no hacen exhibiciones y simplemente reproducen música con sus bocinas: allí estaba su madre y allí luego bailó ella también. Al mover

su cuerpo y al moverse de escenario, Susana suspende sus preocupaciones, sentires y malestares cotidianos durante unas horas.

4.2.2 *El centro de la ciudad*

“Ir al centro” no tiene las mismas implicancias ni significados para todas las personas. Los barrios populares que habitan las mujeres, como se ha ido narrando, quedan en zonas periféricas de la ciudad de Mar del Plata. Ninguna de ellas vive a menos de 9 kilómetros de allí. Ir al centro puede significar, como veremos, acercarse para disfrutar. Pero en lo más rutinario y cotidiano, representa el tedio de la movilidad en transporte público hasta allí, la obligatoriedad de realizar un trámite, ir en busca de algo que no se consigue en otra parte de la ciudad, el fastidio de encontrarse con muchos otros/as, o el cansado retorno a su casa.

En cualquier caso o razón que fuere, para las entrevistadas, ir al centro es un evento extraordinario y así se lo prefiere. En la medida de sus posibilidades, procuran ir quince días o más, siempre que tengan algún motivo. Yolanda tiene que ir al centro a cobrar su pensión por discapacidad y tiene un plan.

He ido, me gusta ir a –cuando puedo, cuando cobro, cuando no estaba en pandemia- me he privado de muchas cosas, entonces he- es ir a lo mismo, tomarme un cafecito ahí en [la cafetería] *La Fonte*, o voy a [la cafetería] *Martínez*... Porque me he privado mucho. Mi hija me dice: “¿pero un café?” “Sí”, le digo. ¿Sabés que sabe de otra manera? Porque me gusta sentarme, mirar la vidriera, cómo la gente pasa y así pasaba yo, a mil por hora... Y es un mimo [cariño] para uno. Que sabe a otro gusto el café. Entonces- yo- tuve muchos, muchos años privada de muchas cosas. Entonces, como – comprarme- me programo ¿viste? (Yolanda, 65 años, barrio Las Dalías)

Yolanda realiza cálculos para el disfrute de ese momento y en ese escenario. Ese es un gasto suntuario que no pueden darse con mayor frecuencia. Esas son cafeterías por supuesto que no están cercanas a su barrio, se dirigen a un público con otro poder adquisitivo. Su cuerpo está en reposo, relajado, contemplativo. Toda la narrativa es una experiencia sensorial: el sabor del café que “sabe de otra

manera” porque el escenario le regala, también, una experiencia placentera. Evoca su pasado acelerado e histriónico. Huele, mira, y gusta de toda la acción de beber esa infusión y de la situación que ella misma construye. Miriam y Yolanda son experiencias de reafirmación, que realzan su *self* después de “una vida de privaciones”.

El centro de noche y en verano, es una de las actividades favoritas y reiteradas de las mujeres de estos barrios populares. Los ritmos, movimientos y actividades que durante el día las ofuscan, de noche las estimulan. Ellas nunca han ido solas, la compañía oscila entre sus amistades o sus familiares. Durante el periodo estival, hay un sinnúmero de actividades atractivas para hacer allí. Las propuestas gratuitas, los estímulos visuales, auditivos y corporales como música y luces, shows cómicos o de títeres, la posibilidad de bailar en la calle, genera arrastres y efervescencias colectivas entre los/as asistentes. Ir al centro y a la calle peatonal también tiene un plus: donde acaba el centro comienza la costa y se halla la Rambla Bristol para continuar con el disfrute de los escenarios.

Por último, permanecer y no meramente transitar en los escenarios a través de todas estas prácticas implica volcar muchas de las actividades privadas a las plazas, playas o calles. Hacer ejercicio, jugar, comer y hasta dormir en estos escenarios es una forma de apropiación de lo público. A la vez, tensiona nuevamente la dicotomía analítica público-privado, puesto que lo que se observa, es un continuo fluir de lo emocional y lo performático. En términos de del Valle (1997), las mujeres construyen distintos interiores en ese exterior.

4.2.3 En casa y sola

Aunque algunas de las entrevistadas manifestaron no sentirse a gusto estando en sus casas solas, arguyendo principalmente que se aburren, la gran mayoría de ellas narró sobre la importancia de contar con un rato del día para sí. La rutina nocturna de Susana para crear su espacio ha sido señalada anteriormente en este capítulo: ella toma su ducha diaria entrada la madrugada, disfruta de un baño largo, que se

extiende todos los minutos que rinda el agua de su precario calentador, y luego dedica un rato más a aplicarse productos cosméticos.

Una y otra, tomadas como ejemplo, extienden sus días -o su contracara, acortan sus horas de sueño- a los fines de poder realizar una actividad para sí y en soledad en su casa. Esto se da aun cuando su vida cotidiana y sus responsabilidades son muy distintas, cualitativa y cuantitativamente. Clarisa es referente de un movimiento social, sus hijos son adolescentes y su esposo es quien se ocupa de las tareas de cuidado. Susana, por su parte, tiene a su cuidado a un hijo discapacitado que requiere de tratamientos y visitas semanales al médico, y a una hija pequeña escolarizada, es decir que sus actividades principalmente son alrededor de la vida y los trabajos domésticos

¿Y hay alguna de todas esas que te guste más hacer?

Estar sola, jaja, me gusta estar sola

¿Te gusta estar sola?

A veces me llaman o mandan mensaje, algo, y digo, “no, estoy ocupada” o algo, porque me gusta estar un rato sola, sola, sola, sola, mirando una serie o qué sé yo, estando sola ¿viste? Una hora aunque sea

¿Para descansar?

No, para... me gusta mirar series de televisión pero sin estar “ma”, sin que me interrumpan, o sea, a veces las miro de noche y sí, pero de día cuando llueve. El otro día eran las 4:00 de la mañana y recién me estaba acostando porque me colgué mirando una serie, pero es el único momento que no está nadie, que no te dicen nada, no te preguntan nada, nada. Porque sino están ahí, “ma, ma” (se interrumpe la entrevista porque su hija se golpea jugando en el patio. Susana le hace una curacion y retomamos) (Susana, 47 años, barrio las Heras)

Las visitas más o menos extendidas en las casas son una práctica de ocio muy común en Argentina, más aún en ciudades donde las distancias físico espaciales no son tan abrumadoras, como en el caso de Mar del Plata. También es una práctica habitual pasar sin aviso por la casa de alguien, cuando esto ocurre, las expectativas temporales implícitas en la situación, son que la visita será breve. Estas

interacciones solidarias son más frecuentes y prolongadas si se cuenta con amigos/as o familiares en el barrio.

En el caso de Clarisa además de sus amistades, están las de sus hijos, y al mismo tiempo, su casa es un lugar de encuentro entre sus compañeras/os de militancia. A diferencia de Susana, que extiende sus noches, Clarisa amanece más temprano, alarga sus mañanas y el contacto sensible con los elementos de su huerta, la práctica de tomar mate y el estar en soledad son lo que constituyen el estado afectivo que nombra como “estar en blanco”, como su momento, carente de preocupaciones.

Y la huerta es... el lugar, yo te lo dije al principio [cuando me mostraba su casa antes de la entrevista]. Es el lugar donde mi cabeza queda en blanco, ahí es donde Clarisa (silencio corto) (...) Entonces la huerta viste, es como que estoy en una isla ¿viste el momento en blanco? Yo no he logrado que... yo me puedo poner a tomar mate abajo de esa planta [señala], pero no logro distraer mi cabeza en blanco, no lo logro llegar a eso. En cambio en la huerta sí, yo voy, riego y soy... las plantas y yo, no existe otra cosa (...) Es mi momento ahí, la riego, me encanta mirar como está, que el tomate, que esto... es mi momento, por ahí son quince minutos, veinte, una hora, pero ese momento, es el único espacio, después estoy acá todo el tiempo militando yo, no tengo...no. (...) Me gusta a la mañana, me encanta a la mañana, me encanta... y si es temprano mejor, me encanta. ¿Viste que vos tenés un momento para vos, capaz? Yo no sé si se elige el momento, no lo tengo claro a eso, a mí no me pasó que elegí la huerta. A mí me pasó que un día fui a la huerta me puse a regar y me di cuenta que ese era mi momento, entonces dije: “guau”. Entonces preparo el mate acá, capaz están todos durmiendo y yo estoy en la huerta disfrutando regar con el mate en la mano, sola, creo que es muy importante para mí, que estoy todo el tiempo con gente yo, todo el tiempo, bueno verás... entran, salen, van

Sí, eran como diez hoy acá. (Risas)

Sí... y ellos, todos, mi familia. Aunque bueno, por ahí hay algunos compañeros trabajando, entonces el momento del silencio yo lo disfruto, es ahí, la huerta y yo, y el mate ponele, y eso creo que es lo que más disfruto en determinados días de que estoy una semana intensa como va a ser esta, por ejemplo (...) Mi momento del día sola es específicamente a las siete de la mañana que están durmiendo, porque puede pasar que una vez a la semana coincida que hayan ido todos a hacer algo y me pueda quedar sola, pero sino es raro. Entonces la mañana, siete de la mañana todos duermen, Clarisa tiene su

momento, porque también los momentos los tenés que buscar, no te queda otra, viste; por lo menos acá, si miras ahora verás caras y están todos (Clarisa, 55 años, barrio Parque Peña)

Clarisa pone y propone una batería de elementos y artefactos en el espacio. Prepara el escenario para este momento que construye y en que tiene lugar el trabajo emocional.

CAPÍTULO V. GAMAS EMOCIONALES DE LAS INTERACCIONES NO SOLIDARIAS EN LA VIDA URBANA

La premisa que da pie a la primera sección de este capítulo es el hallazgo analítico de Kessler (2011), en el cual da cuenta de la diversidad o el amplio abanico de emociones que pueden tener lugar en el marco del sentimiento de inseguridad. Es principalmente por este motivo que el autor trabaja dicho concepto, alejándose de la tradición anglosajona de *fear of crime*. Pues lo que Kessler encuentra es que ni es solo miedo lo que se siente, ni es solo con respecto al crimen o al delito lo que significa este estado emocional. Así, se explorarán las gamas emocionales en su dinamicidad, y en su dimensión cognitiva y performática.

Se buscará desentrañar a partir de las experiencias de las mujeres marplatenses de barrios populares cómo el miedo, siendo dominante en escenas de no solidaridad, coexiste y se encadena con otras emociones tales como la vergüenza, la sorpresa, el enojo, la impotencia, entre otras. Es decir, el miedo es la emoción más constante en los relatos en el sentido de su repetición en las narrativas, pero en las configuraciones recurrentes emocionales, nunca se halla solo.

De esta manera, el presente capítulo echa luz sobre el problema de investigación planteado desde interacciones donde hubo situaciones de victimización, atravesadas por coacción e intimidación. En el *Capítulo III* el análisis de las sensibilidades versó en las prácticas espaciales de la vida cotidiana, y en el *Capítulo IV*, se trabajó sobre emocionalidades y corporalidades en escenarios móviles y fijos que forman parte de la cotidianidad de las mujeres de los barrios populares marplatenses. Aquí, la aproximación a los sentidos, cuerpos y emociones en este capítulo estará enfocada en el nivel analítico de las interacciones y, dentro de ellas, las no solidarias.

En consecuencia, el interés estará en las sensibilidades en dos tiempos: *in situ*, en el momento mismo de los encuentros cara a cara, y en una temporalidad posterior, que abarca las gamas emocionales originadas y los efectos de dichos encuentros. Es preciso señalar, además, que la intensidad, variabilidad e imbricación emocional en el nivel analítico interaccional es más asequible que su estudio en el nivel de las prácticas (Reckwitz, 2016; Sabido Ramos, 2013).

Todo ello es reconstruido a partir de las entrevistas realizadas a las mujeres de barrios populares marplatenses y los órdenes espacio temporales elaborados por sus memorias. Específicamente, en primer lugar, se trabajarán interacciones en las calles con coacción e intimidación vinculadas a la inseguridad ciudadana. Luego, se analizarán situaciones conyugales cara a cara no solidarias, con coacción e intimidación, en las casas. El capítulo se centra en estos dos tipos de violencias distintos en cada uno de los escenarios, porque fueron los que predominaron en las experiencias de las entrevistadas⁴².

El género supone género una característica definitoria que da forma a cómo los individuos se ven a sí mismos y a los demás. Opera como marco primario presente en cada una de estas interacciones y en cada grupo de violencias diferenciadas: contribuye a entender, restringir y delimitar a los demás actores de la situación violenta a partir de un conjunto de premisas de organización de la experiencia e interpretación de los mensajes (Fisk & Ridgeway, 2018; Goffman, 1974, 1997a; C. Ridgeway & Smith-Lovin, 2006).

Dicho orden temporal es pasado solo en cuanto al escenario de la situación, pues los marcos de experiencia, los códigos interpretativos y de explicación, los significados corporales y emocionales son relevantes en tiempo presente. Tal aseveración se sostiene porque, si así no fuera, no hubieran emergido en las narrativas de las entrevistadas. Asimismo, este pasado presente sobre situaciones

⁴² Resulta conveniente señalar que, claro está, igualmente se viven situaciones de violencias por razones de género en el espacio urbano -acoso callejero o abusos sexuales-, así como también delitos vinculados a la inseguridad ciudadana en los hogares -hurtos o robos a la propiedad o al automotor. El trabajo de campo no arrojó suficiente información como para ser analizada en profundidad en el presente capítulo.

y memorias sensoriales, nos habla tanto de recuerdos como de olvidos, a partir de las reconstrucciones y resignificaciones que hicieron de sus experiencias.

Todas las interacciones que se trabajarán en este capítulo están referidas a vínculos y encuentros donde se erosionan las solidaridades, donde se rompe el orden de la interacción y emerge el conflicto. Partiendo de Collins, todos estos son rituales fallidos, pues no existe consonancia emocional entre quien ejerce las violencias y quien las recibe. Solo son interacciones eficaces en cuanto a que se sostiene una cooperación basada en la asunción de papeles. Asimismo, son rituales de poder en el sentido de unos dominan la interacción y otras se ven arrastradas al ritmo emocional impuesto.

Se verá que estos tipos de situaciones no son los que más se reiteran en las experiencias de las mujeres, ni en el interior ni en el exterior. Su importancia no está centrada en la frecuencia, sino en el impacto que generan en la vida cotidiana de las mujeres. Como si fueran huellas, son aquellas que más residuos y arrastres negativos tienen tanto en términos cognitivos como performáticos, tanto en términos emocionales como corporales. Asimismo mayor es la posibilidad de exposición a los riesgos, lo que “está en juego” va desde la pérdida de energía emocional hasta la profanación de la integridad corporal. Estas configuraciones recurrentes - emocionales, corporales y performáticas- se entienden como la sedimentación espacio temporal de regularidades en las interacciones sociales. De lo anterior se sigue, que, el agregado de estas reproduce y transforma la vida social de las mujeres (Collins, 1996, 2004). Finalmente, analizaré las interacciones rituales y sus guiones y a partir de las gamas recurrentes de emocionalidades y de glosas corporales halladas. Sostengo que existen guiones que enmarcan las interacciones vinculadas a la seguridad ciudadana en las calles así como a las violencias por razón de género en las casas.

5.1 Breve aproximación estadística a las violencias

El trabajo de campo de esta investigación, como ya se ha dicho, se realizó en tiempos de *Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio* (DISPO), entre los meses de noviembre de 2020 y marzo de 2021. El repliegue en los hogares y la pandemia como variable explicativa del posible agravamiento de las hostilidades al interior del hogar, en esta investigación no puede ni corroborarse ni refutarse. Esto es así debido a que el presente no es un estudio longitudinal y que ninguna de las mujeres convivía actualmente con los hombres identificados en sus narrativas como agresores. De todas formas, señalaré breve y contextualmente, los datos oficiales que se han ido publicando hasta el momento.

A partir de las estadísticas nacionales disponibles, los femicidios como violencia más extrema hacia las mujeres ocurridos en los hogares, aumentaron casi seis puntos porcentuales entre 2019 y 2020; y la vía pública como escenario del feminicidio, aumentó casi cinco puntos entre un año y otro (Dirección Nacional de Estadística Criminal, 2021)⁴³. Los incrementos de las violencias en uno y otro escenario son parejos, pero el aumento de estos tipos de delitos para 2020, posiblemente podría ser explicado por la intensidad de la cohabitación y las bajas interacciones cara a cara con personas ajenas al núcleo familiar o conviviente, generado ello por la reclusión obligatoria en el hogar durante el *Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio* (ASPO).

Específicamente los meses de abril, mayo y junio de 2020, registran unos diez puntos porcentuales más que los mismos meses de 2021 en lo que respecta a las llamadas telefónicas de violencias por motivos de género (Dirección Técnica de Registros y Bases de Datos, 2021). Además, en la Provincia de Buenos Aires, los datos presentados muestran que durante 2020 más de la mitad de las comunicaciones con el Estado, reportaban el solapamiento de violencia psicológica

⁴³ A partir de relevamientos en distintos países y en sus recientes publicaciones, ONU Mujeres comenzó a hablar de “la pandemia en la sombra”. Para algunas de sus primeras publicaciones al respecto, ver: (ONU Mujeres, 2020a, 2020b).

con violencia física en una misma situación (Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual & Ministerio de Hacienda y Finanzas, 2022).

El Estado argentino cuenta con la Línea 144 desde el año 2009, la cual se ocupa de brindar atención telefónica con el objetivo de dar asesoramiento y contención en situaciones de violencias por motivos de género. En cuanto a la escala local que involucra a los barrios aquí estudiados, el Municipio de General Pueyrredon con la ciudad de Mar del Plata como cabecera, se ubicó tercero entre los distritos provinciales en el reporte de intentos de feminicidios⁴⁴ para el periodo 2020-2021 (Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual & Ministerio de Hacienda y Finanzas, 2022; Ministerio de Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual, 2021). Aun cuando esta no es una vía de apoyo para denuncias ni situaciones de emergencia⁴⁵, la información recabada de la Línea⁴⁶, ubica al municipio exactamente en el mismo puesto que en la cantidad poblacional. Este tercer lugar, supone que más de 730 mujeres del Municipio se comunicaron con la Línea al sentir y experimentar que su vida estaba en peligro bajo alguien con quien tenían vínculos afectivos y relaciones de intimidad.

⁴⁴ Acerca de la distribución espacial de los feminicidios en Argentina y la Provincia de Buenos Aires, quienes realizaron los principales aportes cartográficos son la geógrafa Diana Lan y las/os integrantes de la línea de investigación *Género y Territorio* de la UNICEN que ella misma impulsó hace casi dos décadas (Lan, 2020; Lan, Prado, & Vera, 2019; Lan & Rocha, 2020).

⁴⁵ Para situaciones de emergencia existe la Línea 911. En las propagandas, folletería y páginas de internet del Ministerio de Mujeres y Diversidad nacional y provincial, se reitera en varios pasajes que ante la inminente amenaza, la llamada debe ser a la Central de Emergencias Nacional.

⁴⁶ No se incluyen aquí mayores datos ni se desarrollan análisis profundos acerca de este Informe ya que la información publicada no está desagregada por municipio, ni disponible su base de datos (Ministerio de Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual, 2021). A nivel provincial, los casos relevados muestran que el 99% de los intentos de femicidios fueron sufridos por mujeres, y menos del 1% se trató de intentos de transfemicidios. Además, en el 99% de las situaciones, los agresores son varones y en el 93% de los casos, este es su expareja o pareja –le siguen parientes directos o indirectos en muchísima menor escala. Dos últimos datos relevantes que nos provee el informe a nivel regional son que en el 70% de los casos son las propias mujeres y LGTBI+ quienes se contactaron con la Línea 144, y que la incidencia es más alta en los rangos etarios que van de los 25 a 34 años y de 35 a 44 años de edad –acumulando casi el 60% de los casos de intento de femicidio registrados. Estos datos regionales se condicen con las tendencias nacionales para los años 2021 y 2022: la franja etaria de 25 a 44 años es la que reporta la tasa más alta de mujeres victimizadas, más de un 90% de las víctimas directas tenían vínculo previo con los agresores, y los espacios privados como lugar de ocurrencia acumulan casi el 80% -aglutina vivienda compartida, propia de la víctima, propia del agresor, u otra vivienda (Dirección Nacional de Estadística Criminal, 2021; Oficina de la Mujer, 2023).

Complementariamente, a partir de los datos locales reportados por el Municipio de General Pueyrredon, el pico de mujeres que realizaron denuncias de violencias intrafamiliares lo encontramos los rangos etarios de 26–35 y 36–45 años⁴⁷ (CeMAED, 2023). Asimismo, se observa que durante los meses más calurosos, las denuncias aumentaron en 2021, 2022 y 2023⁴⁸. La temporada primaveral y estival, es justamente el momento del año en que se hizo el trabajo de campo para esta investigación. Si los informes disponibles se repitieran y fueran comparables los datos, estas regularidades con variaciones estacionales podrían ahondarse con una investigación cualitativa e indagar qué problemáticas y significaciones hay detrás de esta tendencia.

Los ritmos y las dinámicas de violencias contra las mujeres, van en franca dirección contraria a otras tendencias de delitos graves, dolosos o con violencia. En el Departamento Judicial de Mar del Plata, los homicidios dolosos se redujeron fuertemente en los últimos años: para el periodo 2009-2019, disminuyeron en un 30%. Si tomamos el lapso 2009-2021, la reducción es casi a la mitad. Hay un brusco descenso por las medidas del *Aislamiento* para 2019-2020 y tiene una baja recuperación porcentual para 2021. A pesar de estos datos favorables y alentadores en cuanto a los atentados a la integridad de los/as otros/as, Mar del Plata continúa por encima de la media de la Provincia de Buenos Aires (Cabral, 2020; Cabral, Germán, & Oyhandy Cioffi, 2022; «Los homicidios en Mar del Plata se redujeron un 30% entre 2009 y 2019», 2020).

En cuanto a los delitos comunes, vinculados a la inseguridad ciudadana en el espacio urbano, la tendencia es más oscilante pero claramente no va en ascenso a nivel municipal para el periodo 2019-2023 en cuanto a cantidad de hurtos y robos⁴⁹ (CeMAED, 2023). Para estos delitos callejeros, también se observa una fuerte caída -de más de un 50%- para 2019-2020 como consecuencia de las restricciones de

⁴⁷ Ver *Gráfico 2* en *Anexos VI*. Aunque en muchísima menor escala, entre los varones denunciadores de violencias intrafamiliares, se repiten estas franjas etarias.

⁴⁸ Ver *Gráfico 3* en *Anexos VI*.

⁴⁹ Ver en *Anexos VI* el *Gráfico 4* donde se reportan robos y hurtos en el Municipio de General Pueyrredon para el periodo 2019-2023.

circulación por las medidas del ASPO. Para el primer semestre de 2023, aunque ascendieron con respecto a 2020, las cifras se mantienen un 40% por debajo de las reportadas en 2019.

Contrariamente, las investigaciones penales preparatorias (IPP) sobre delitos contra la integridad sexual muestran aumento ininterrumpido para el periodo 2009-2019. Si bien en 2020 se produce una disminución, en 2021 los valores vuelven a ascender alcanzando el número más alto estos doce años relevados (Cabral, Germán, & Oyhandy Cioffi, 2022). La reciente creación de los Ministerios nacionales y provinciales, el intento de la transversalización de la perspectiva de género desde allí, y la intervención y la acción interministerial en esta problemática datan de finales de 2019. La información muestra que los femicidios, intentos de femicidios y otras violencias físicas no han disminuido, pero el abordaje estatal ha mejorado cualitativamente en la atención a las mujeres y LGTTTBIQ+, y en nuevos instrumentos brindados a las/os trabajadoras/es de la Línea 144⁵⁰.

5.2 Violencia en las calles. Efectos y gamas emocionales de las inseguridades ciudadanas

La violencia que se origina a partir de la victimización de delictiva, crea procesos relacionales de (des)articulación de sentido. La confianza y esperanza relacionada con la organización interpersonal del espacio y tiempo se agrietan, y por ello la violencia puede entenderse como una interrupción dramática en el fluir de la vida cotidiana y una problematización de nuestra manera de ser y estar en el mundo

⁵⁰ Ver en *Anexos VI* el *Gráfico 5*. Allí se reportan datos del Ministerio provincial en el que se desagregan los tipos de violencias que informan como causal de comunicación las mujeres y LGTTTBIQ+, al marcar a la Línea 144 en la Provincia de Buenos Aires para el periodo 2020–2021.

(Arteaga Botello & Arzuaga Magnoni, 2017; Espinosa Luna, 2019; Giddens, 1997; Simmel, 2018).

La experiencia que informan las mujeres y veremos a continuación, varían en muchos de sus elementos dependiendo de la estructuración de la situación. Las gamas emocionales, corporales y performáticas toman causas diferenciados a partir de sus previas cadenas de interacción, del espacio material y la composición del ambiente donde son víctimas de robo, del otro que atraca, del auditorio y de los objetos o artefactos que se ponen en juego en el encuentro cara a cara no solidario.

Por su parte, esta interacción de dominación emocional (Collins, 2019), cargada de alta intersubjetividad y estimulación, pone en evidencia tres cosas. En primer lugar, la dominación se pone en escena tan abiertamente, que el arrastre rítmico de excitación hacia la tensión corporal y emocional es ineludible para las entrevistadas. Luego, las mujeres experimentan con mucha más conciencia la distribución emocional desigual en la “salida” de la interacción y en sus efectos, porque la estratificación situacional y emocional es marcada con alevosía por los otros actores. Además, el malestar o incomodidad moral⁵¹ generado por la interacción no es subsanado en la situación dada la ruptura intempestiva del otro. Finalmente, a medida que vayan (re)cargando su energía emocional por la sucesión de cadenas interacciones solidarias, volverán a sentir cierta seguridad. Esta seguridad irá nutriendo y restableciendo las creencias y emocionalidades a partir de las cuales se percibe tener el control de los escenarios urbanos y los encuentros.

5.2.1 Soy *miedosa*

Susana tiene 43 años y vive en el barrio Las Dalias, ubicado al noreste de Mar del Plata. Su ocupación principal es la de realizar trabajos domésticos y de cuidados no

⁵¹ *Moral uneasiness* (Collins, 2004, p. 25).

remunerados en su casa y, a veces, toma empleos temporales. Susana conoce muy bien la ciudad, a pesar de ser oriunda de un municipio del norte del Gran Buenos Aires. De manera estable, lleva en Mar del Plata y en esa misma zona, unos siete años de residencia.

Además, por distintos motivos, ha recorrido muchos barrios populares de la ciudad y así como los conoce, también les teme. No son de su agrado. Uno de ellos es el Barrio Libertad, ubicado en el oeste de Mar del Plata a unos 7 kilómetros de su casa en Las Dalías. Hacia esa zona fue diariamente por el lapso aproximado de seis meses a raíz de uno de sus trabajos temporales, y allí la victimizaron. A continuación, Susana detalla la escena del robo, cómo lo vivió, cómo lo sintió:

A mí me robaron la billetera con todos los documentos, todo, tuve que hacer todo otra vez, así que ahora, llevo el mío, no más. Ahora me manejo con la tarjeta del colectivo nada más y ya está

¿Te robaron hace mucho?

Y el año pasado, no, el anterior. Hace dos años, horrible, porque me, me, me puso la cuchilla acá en la cintura el hombre

Oh

Decí que yo tenía la campera [chamarra] (se interrumpe). Era pleno invierno, estas camperas rusas, pero yo sentía... La punta. No sabés, fue, horrible. Encima corrí para pedir ayuda a una casa y el señor en vez de ayudarme, me cerró el portón y me dejó afuera en la vereda, gritando que me ayudaran y el chorro [ladrón] iba en (se interrumpe) claro, yo lo entiendo al hombre también. Porque cuántas veces (se interrumpe) en el Barrio Libertad, que era jodido [peligroso].

Así que (silencio corto) esa vez la pasé muy mal, la verdad, encima después tuve que volver porque yo cuidaba una señora que estaba enferma

Ah, ¿habías ido a trabajar ahí?

Claro. Y al otro día tenía que volver y en el colectivo era como ir con el miedo a ver si subía el tipo o cuando esperaba el colectivo... no, fue horrible. Pobre de la señora. No dejé de trabajar porque se había acostumbrado a mí y me necesitaba, pero (silencio corto) fueron unos días horribles. Soy miedosa (silencio corto) me da miedo

Susana continuó yendo al barrio a donde la habían victimizado. Sostuvo su trabajo por poco más de dos meses hasta que falleció la mujer que cuidaba. Por cómo hila la narración, el vínculo laboral lo mantiene por culpa. Pena, mortificación y culpa, siente frente a la señora que la empleaba. Susana no logró gestionar de una manera

adecuada estas tres emotividades, ya que mantener las labores por culpa, desencadenó más emociones negativas para sí. La ansiedad anticipatoria de tener que regresar a ese escenario, la tensión e incomodidad corporal de estar allí, impone límites espaciales que son variados y móviles.

El miedo es generalizado pero se dirige hacia distintos objetos, que se alternan en su relato y coexisten con las otras emociones. Susana tiene miedo al barrio, porque la victimizaron y porque en sí mismo lo evalúa peligroso; pero también siente un intenso miedo al considerar un posible reencuentro con su agresor. Ambos, a la vez, se agudizan por el miedo a estar sola.

Transitar con otras/os, aminora la sensación del riesgo: estar con otra/o mueve el foco de atención y habilita la emergencia de una energía emocional que despierta sentimientos de confianza y seguridad aun cuando el curso y los resultados de una hipotética interacción violenta no sean distintos (Collins, 2004). Los efectos y energías emocionales negativas de aquel robo, aunque estaban específicamente situados en el Barrio Libertad, se alimentaban cada día que cumplía con sus obligaciones laborales durante más de dos meses que siguieron a la victimización.

Si en la situación cara a cara la respuesta de los otros sujetos pone en juego ciertos artefactos, no solo cambia la interacción en el presente sino también el impacto que tendrá dicho encuentro *a posteriori*. Nos referimos específicamente al añadido de armas blancas o de fuego, el de Susana responde al primer caso y más adelante veremos cómo Ludmila fue intimada con una de fuego. La amenaza letal más palpable y objetivada hacia el propio cuerpo, tiene un arrastre emocional y cognitivo muy profundo. En los encuentros ritualizados de robo callejero, que cuentan con su guion específico, las armas toman lugar como objetos rituales.

Las armas como objetos sacros están constituidas en tanto tales antes del ritual. Orientan formas de sentir y hacer en la interacción en el sentido de detonar reglas de sentimientos prefiguradas, que ordenan lo situacionalmente esperado: retroceder para tomar el papel de víctima y mostrar obediencia frente a la

intimidación. El foco de atención que se alcanza es muy álgido, no por ser artefactos que se precian más, sino todo lo contrario: se aborrecen y desprecian con mayor intensidad.

En términos de intensidad, dirección y duración de las emocionalidades, Susana dice que fue horrible la situación, pero que también lo fue el sentir: se sintió aterrada por el contacto del arma punzante sobre la superficie de su cuerpo, aun cuando tenía un grueso abrigo. Estos objetos llenan de efervescencia la situación para drenar más la estabilidad y seguridad, en una posición que ya es de dominación hacia la entrevistada. Las armas desestabilizan de sobremanera por ser objetos extraordinarios, que están por fuera de la cotidianidad de la mayor parte de las mujeres y las personas en general (Collins, 2004; Durkheim, 2012; Goffman, 1956b; Hochschild, 1979; Illouz, 2009).

El encadenamiento de sus consecuencias, afianza el sentimiento de inseguridad y vulnerabilidad en su vida cotidiana, durante un prologando tiempo-espacio. Son artefactos que simbolizan la nocividad y letalidad, drenando la energía emocional de las mujeres victimizadas. La re-estabilización corporal y emotiva de los comportamientos propios, pero esperados por otros como parte de las expectativas de la interacción con desconocidos, implica una reapropiación del tiempo y del espacio. Este intervalo, variable, que en el caso de las entrevistadas ha tomado al menos tres meses⁵², meses en los cuales se prolonga la inestabilidad en la seguridad ontológica por el déficit de motivación y energía emocional. las carencias no son pasajeras, y las formas de innovación por las que se adoptan nuevas prácticas para gestionar a seguridad, no aminoran ese sentir ni la momentánea pero fijada atención en la desconfianza.

Azucena tiene 56 años y vive en el barrio General Pueyrredon, ubicado en el suroeste de Mar del Plata. Ella es una trabajadora formal, aunque precarizada en

⁵² Acerca del arrastre o residuo temporal de las interacciones pasadas Collins sostiene que, en sus sujetos de estudio, duran “probablemente *no más de unos pocos días o semanas -una pregunta que necesita más investigación*” (2019, p. 47) [Traducción propia]. En los casos aquí analizados, han durado más que unas semanas.

sus ingresos. Realiza trabajos de mantenimiento y limpieza en oficinas comerciales, edificios residenciales y casas particulares desde 2010. Su inserción en el mercado laboral, hace que tenga rutinas menos variables que las de Susana. Sale de su casa muy temprano por la mañana, a las 7 u 8, y regresa a su casa alrededor de las 18. Además, sus trabajos se localizan en distintas partes de la ciudad. Es una mujer que realiza largos y continuos trayectos en el transporte colectivo.

Azucena fue victimizada en dos ocasiones, el primero fue a unas pocas cuadras de su casa, y el segundo, llegando a uno de sus trabajos. A diferencia de Susana que la intimidan mientras estaba parada esperando el colectivo, a Azucena le roban en las dos oportunidades cuando está caminando, en movimiento.

Porque venía caminando con la carterita y me robaron un viernes. Que los viernes son que yo más o menos que agarro mi sueldito, ¿viste?

Sí

Pero bueno, me sacaron todo, llevaba los anteojos dentro de la carterita porque estaba lloviendo. Me sacaron el celular, los anteojos, perdí la plata. Fue un (se interrumpe) que lloré más porque viste, uno, se siente impotente. Porque vos salís a trabajar para que otro venga y te saque lo tuyo, lo que vos te ganás con sacrificio, ¿no?

(...)

¿Y el robo acá [en su barrio] también fue a la tarde?

¿Cuándo me robaron acá? Sí, eran como cinco y media, las seis de la tarde.

Ya estaba oscureciendo

¿Y fueron hace mucho tiempo?

Sí, ya hace rato. Y el de Esteban [uno de sus empleadores], no sé, ¿cuánto hará? (silencio corto) Un año, un año y medio hará. Y ahora gracias a Dios, pero no llevo nunca más el celular ni en la cartera ni, ni, en la mano. Nunca más, te lo puedo asegurar. Me van a estar llamando que yo no te voy a atender, lo apago (...)

En la calle no, no lo agarrás, digamos

Sí, lo agarro, ponele. En el colectivo que mando un mensajito, que lo miro, ponele. Pero no, no podés andar, no puedo. Con lo que me pasó, no, nunca más, porque por venir con el celular, vinieron en moto, me robaron, venía acá [a su casa], me robaron. No, nunca más, me meto el celular abajo de la bombacha [ropa interior], así no más me tienen que revolcar en la calle [para sacarle sus pertenencias]. Nada más, mamita, después, nos vemos. Que así mismo está muy inseguro en todo, pero bueno (...)

Y después...

(Interrumpe) Ay re asustada, mamita, re asustada. No, sí. Ya te digo, miedo hasta que cuando te digo, cuando me robaron ahí en la esquina de Esteban fue. En la casa cuando iba a trabajar, cuando me robaron, quedé con un miedo, que, no sabés. Me daba miedo de ir a trabajar ahí, o sea, bajarme del colectivo e ir ahí, me daba miedo. Ahora se me pasó ya, viste que se pasa. Pero no, me daba miedo, tenía miedo, no sabes. No quería ni, nada. Para mí todas las motos que vienen me van a robar

Claro

Viste que te quedás con esa impresión, ay no, no sabés qué feo que es. Pero igual tengo miedo

Azucena y Susana tienen una complexión física similar, las dos tienen una estatura media y silueta corporal robusta. También tienen en común que les han robado en los barrios donde se ubica su trabajo. “Re asustada”, “quedé con miedo” y “fueron unos días horribles” son alocuciones que utilizaron para significar a esas dos localizaciones a partir de atribuciones emotivas y significados. De igual manera, las prácticas espaciales allí desplegadas en los meses ulteriores a la interacción victimizante, cargan con fuertes residuos emocionales hasta restaurar paulatinamente las solidaridades. Cuando Azucena dice “ahora se me pasó ya, viste que se pasa” está refiriendo indirectamente a restablecer el orden, a la sucesión de procesos de negociación consigo misma y con otra/os gracias a los nuevos encuentros cara a cara.

Aun cuando le han victimizado su propia zona, continúa señalando un contraste frente a la emocionalidad que la atraviesa en el barrio de su trabajo y en otros aledaños a su casa: desconfianza, imprevisibilidad y miedo. Estas evaluaciones de lo cercano, a la vez conocido por la proximidad y desconocido por la superficialidad, no son novedosas (Varela, 2009). Pero no deja de ser relevante señalar que la valoración general del propio barrio se mantiene incluso con su pasada victimización.

De todas maneras, las experiencias emotivas en su propio barrio no son exclusivamente positivas o negativas para el *self*, sino que se van imbricando. Los matices y la variación de un polo a otro del continuo, se explican porque cuenta con mayores recursos para realizar el trabajo emocional. La intranquilidad con la que

transita en su barrio no está por fuera de la experiencia emocional ordinaria con que habita y transita el resto de la ciudad. Ella considera ser una persona miedosa. Más bien, la tensión y la alerta de esa intranquilidad es menor en su intensidad. Lo que ocurre, es que la modera a través de la certeza y confianza relativa que le brinda tener redes interpersonales y un claro mapeo mental del espacio barrial.

En cambio, en las gamas emocionales y valoraciones que realiza sobre el otro barrio en que ha sido victimizada, adonde continúa yendo semanalmente por trabajo, priman las emociones con valencias negativas en el sentido de cómo operan contra su *self*. En estos casos, el sentimiento de inseguridad rebasa lo delictivo y la confianza básica cumple un rol importante. No encuentra la previsibilidad que brinda sostener rutinas durante años en sus calles, ni tampoco la supuesta certeza de cruzarse con personas conocidas. Esto implica una proyección de sensibilidades y escenarios menos estables en donde sus elementos no podrían manejarse de manera sencilla.

Tanto Susana como Azucena dijeron *ser* miedosas. Una expresión como esta es muy relevante en su contenido. Enunciar al miedo como constitutivo de su yo, en vez de un estado definido por la situación y los interactuantes, tienen consecuencias performativas y en sus formas de habitar y transitar el espacio. La carga emotiva se vuelve un estado emocional y corporal persistente, a raíz de las valencias negativas arrastradas de las cadenas de interacción ritual. En la medida en que dichas experiencias no se compensen, una mayor reclusión en el espacio privado puede agudizarse o comenzar a tomar lugar. Definirse a sí mismas a partir de las huellas de esas interacciones hace parte de un *self* deteriorado.

Además, en el pasaje de entrevista de Azucena, en cuanto a objetos relevantes que se ponen en juego en la interacción con intimidación, no están las armas pero aparecen las motocicletas. Ella se encontraba en movimiento, caminando, y quienes la victimizan también. Al igual que las armas, las motocicletas imponen una rítmica y dinámica emocional particular. La interacción es brevísima ya que quien delinque, nunca detiene el andar de su motocicleta y despoja a

Azucena de sus bienes. La situación y la condición de intersubjetividad es efímera, entonces, quien victimiza, impone intempestivamente el ritmo emocional y temporal de la interacción. El arrastre negativo de la efervescencia colectiva es opuesto a lo limitado de su duración, porque estas emociones inmediatas se vuelven duraderas en la medida en que queden almacenadas en símbolos aptos para re-evocarlas.

La construcción de la otredad de estos sujetos conjuga aspectos físicos con los objetos puestos en juego. La preservación del anonimato y el bloqueo temporal para erigir roles recíprocos, desata muchas imputaciones de sentido a los otros. Por un lado, la motocicleta en tanto artefacto marca los fines del sujeto que la usa y moldea las expectativas emocionales y performáticas, tal como hace Azucena: “para mí todas las motos que vienen me van a robar”. Por otro lado, “las motos que vienen”, además, está cargada de una experiencia sensorial: el sonido del motor o del caño de escape despierta malestar y acorta distancias espaciales cargando de tensión los cuerpos. En las dos ocasiones, la victimizaron de la misma manera, arrebatándole sus pertenencias desde una motocicleta.

Asimismo, en relación a este malestar moral, nos encontramos con que algunas de las entrevistadas aducen que quienes las han victimizado, tienen problemas mentales. “Estaba loco”, “locos al volante” por quienes delinquen en motocicletas, o “estaba de la cabeza” para aludir a consumos de estupefacientes, fueron alocuciones reiteradas. Podemos comprender que esta sanción hacia el otro infractor, responde a una de las más extremas expresiones de la incomodidad moral (Collins, 2004; Durkheim, 2012; Goffman, 1979, 2006).

Cuando el “decoro ritual” (Collins, 2004, p. 25) se rompe, etiquetar al infractor como enfermo mental, supone situarlo por fuera de las normas sociales: este sujeto no comprende ni los marcos, ni los códigos, ni se proyecta como persona correcta, ni mantiene las solidaridades de las condiciones *normales*. Esta es una versión cotidiana y contemporánea de las sanciones a las infracciones de Durkheim. Las entrevistadas efectúan dicha sentencia verbal más como ritual que restaura la

sensación de orden social, que como un ritual reformador (Collins, 2004; Durkheim, 2006, 2012).

5.2.2 *Yo voy tranquila*

Las anteriores entrevistadas, como se vio, sostienen *ser* miedosas y *estar* atemorizadas continuamente al transitar la ciudad, como verdad de sí y no por definición de posición en estructuras situacionales. A diferencia de otros encuentros cara a cara que fracasan, los robos acaban abruptamente y la restauración del equilibrio ritual mediante disculpas o algún otro ritual de deferencia, no ocurre en un lapso breve (Collins, 2004; Goffman, 1979). En contraposición, encontramos otras mujeres, como Ludmila, que gustan de moverse en la ciudad y que su estado general es más sobre la serenidad y el agrado que sobre los miedos.

El pasaje que sigue es relativamente breve, pero condensa muchísimos elementos corporales, emocionales y sensoriales sobre la experiencia en la ciudad que se pusieron en juego en una interacción no solidaria con coacción. Para ella, que disfruta circular y hacer actividades a lo largo de la ciudad, lo que sigue representa más cabalmente que en otros casos, la desorganización de los horizontes de expectativas.

yo soy re callejera, sí (...) Sí, yo voy tranquila pero voy atenta, porque... viste que te ven sola por la calle con una mochilita o algo y ya te quieren... si veo que hay un pibe [joven] parado por ahí, yo trato de hablar o de cruzarme de vereda [banqueta]. Pero no voy con miedo, voy atenta, ya me quisieron robar un par de veces.

(...) No, pero yo les mando cualquiera, yo les digo de todo, nunca me robaron, pero sí me quisieron robar. Una vez sí me robaron en el centro. Yo estaba esperando el colectivo, el 25, y había un chico ahí, que yo lo vi y dije "viene de la playa", por la forma en la que estaba vestido, aparte era un pibito... así, flaquito, parecía un fideíto. Cuando yo estaba parada, así, me apoya un coso acá [en las costillas], lo doy vuelta y tenía un fierro [arma de fuego] así, y me dice: "Dame el celular", "¿Qué querés?", le digo... "Dame el

celular”, “pero mirá lo que es”, era un celular viejo, “dámelo igual”, me dice. La puta madre^[*], bueno, se lo di. No me iba a poner a pelear por un celular, me iba a cagar^[*] matando el pendejo^[*], se le escapa un tiro y cagué^[*].

Claro

Nada. Y la policía estaba a dos cuadras, ni pelota [no le prestaron atención]. Ni pelota me daban. Son una porquería.

(...)

¿De lo que pase alrededor?

A cualquiera, porque ahora no hay solamente varones. Hay mujeres también, hay pibas, yo voy atenta a todo, yo no me fio de nadie, no me confío de nadie, por más que sean mujeres igual.

De manera rápida se puede observar algunas incoherencias: “yo les digo de todo [a quienes le quieren robar]”, seguido de “nunca me robaron, pero sí me quisieron robar. Una vez sí me robaron en el centro”. Este pasaje no fue el único en que hizo presentación de sí de este tipo. Lo relevante no es la contradicción misma en el relato, sino la proyección de Ludmila como implacable, aunque inmediatamente cuenta cómo le roban su teléfono y por qué cede. Su cuerpo es atlético y lo ha señalado en otro momento de la entrevista. Es una mujer alta y delgada, con la musculatura marcada, que gusta de hacer ejercicio para “descargar el estrés”. Arrogó ser fuerte, tener fuerza y destreza, pero en ningún momento consideró poner esto en juego en la situación frente al joven. Como dijo, el riesgo de que acabe con su vida era una posibilidad y lo sopesó.

Los insultos se mantuvieron en el fragmento de manera intencional y se marcaron con una llamada. En una misma oración, mientras cuenta cómo fue el robo, Ludmila maldice cuatro veces. El contenido del insulto importa menos que su enunciación. Es una forma de trabajo emocional, consigo misma, y una pista que nos acerca a la imbricación e intensidad emotiva de esta brevísima interacción insegura. La gestión que hace con la entrevistadora, no ocurrió en el momento del atraco. Pronunciar y dirigir esos insultos a quien le robó, hubiera supuesto aumentar la tensión emocional y el peligro en la situación.

El trabajo es sobre emociones que tuvieron lugar durante la experiencia pasada, pero que no se dijeron. Las ofensas las expresa conmigo cuando evoca el robo, pero están pseudo orientadas a aquella persona, que no puede ya escucharlas ni recibirlas. Así, en este caso, los insultos son una de las formas posibles de transformar la energía emocional. Como modo de pensamiento ritualizado, por repetitivo y estereotipado, son un acto mágico porque no tienen efectos en la interacción referida. La sensación de reajuste y reparación para Ludmila, revelan su sentimiento de impotencia y también emociones morales que marcan otredad: ese joven desviado actuó de forma indigna y la podría haber malherido o asesinado por un celular (Collins, 2004; Hochschild, 1979; Katz, 1999).

Tanto la incoherencia señalada de victimizada-no victimizada como los insultos, además, nos permiten observar un reajuste entre la expectativa de acción dada una situación hipotética pero específica (robo), el narrar de las emociones, la interacción no solidaria realmente existente y sus sentires *in situ*. La experiencia como pasado presente y horizonte de expectativas se dejan ver a través del yo consciente y yo sintiente de Ludmila. En otros pasajes, hablaba de la importancia de no estar distraída con su teléfono, ni en su barrio ni en ningún lado de la ciudad: “no ir boludeando [indiferente], mirando para abajo con el celular, así”. Procurar controlar, con la firmeza de su cuerpo, con su visión y su audición, todo lo que pudiera pasar en derredor para anticiparse de manera exitosa. Ir atenta a todo supone un estado de alerta corporal, emocional y sensorial, en donde el foco de atención está puesto en todos los elementos de la situación.

La gestión emocional y la narración emotiva de Ludmila es muy distinta a los relatos de Susana y Azucena. A falta de un ritual restaurador con su agresor, ella insulta con la misma intensidad ritual con que fue agredida. Es una forma de ajusticiamiento que, como se dijo anteriormente, no tiene efectos sobre ese joven sino para sí: es una forma de recargar energía emocional, de reponer el ritmo. Es individual pero relacional, pues se refieren a otro, pero que ya no está co-presente.

A posteriori, en el momento de la entrevista, realiza una operación más sobre quien la victimizó: lo menosprecia. Comenta que no lo enfrenta, porque si se le escapaba un tiro, la asesinaba. Quiere dar a entender que quien le roba es joven y es un inexperto y, al degradarlo, le pierde el respeto y se provee energía emocional antinómica. Ella muestra fuerza, se resiste, negocia, sostiene su confianza. Igualmente, y a diferencia de las otras dos mujeres, Ludmila no deja ver residuos que estén vinculados al incremento del miedo para continuar circulando por la ciudad. Más bien, su configuración emocional se direcciona hacia otro lado.

Pero el problema por el que emergió la intimidación no fue por estar confiada o distraída. Por cómo narra la situación. Ludmila también parece estar decepcionada de sí misma, pues su enmarque falló. Sostuvo que el joven “‘viene de la playa’, por la forma en la que estaba vestido, aparte era un pibito... así, flaquito (...)”. Al evaluar estos datos externos objetivos, la copresencia con un joven delgado usando ropa de playa, consideró que no se encontraba frente a ningún riesgo: era un chico como cualquier otro que se cruza una en el verano, que había ido a la costa, y que esperaba el colectivo para regresar a su casa, como ella. En la aplicación de este marco para dar sentido a los demás, se definió a sí y categorizó al otro como inofensivo, y finalmente la victimiza. Ella estaba atenta, como siempre, pero la disonancia proviene del error en la evaluación. El devenir de esa interacción no estaba en el horizonte de expectativas que había considerado.

Pero este joven puso en juego un objeto, un artefacto que potencialmente le puede quitar la vida en un momento. Una copresencia relativamente efímera se vuelve una interacción con un foco de atención muy intenso, y que requiere la coordinación de la entrevistada para “salir” rápido de allí. Seguir el guion delictuoso y ritualizado del robo callejero era la opción que más seguridad y certezas podría darle a Ludmila: una rítmica corporal y emocional que comienza con una extorsión, le sigue el desconcierto de quien es victimizada y que improvisa una tímida negociación, luego el arrastre a la posición de víctima a partir de la intimidación, y finalmente dar lugar a la demostración de sumisión en la pugna emocional para lograr liberarse.

Es un ritual de poder, como todos los que se trabajan en este capítulo. En casos como el que representa este ejemplo, no queda mucho lugar para posiciones intermedias y vemos los dos polos de participación, donde de un lado se ejercen órdenes y del otro se reciben. Que el ritual falle por la no cooperación, es un cálculo que la expone a un riesgo sobredimensionado frente a la evaluación de la situación. Ella lo intenta, narra tratar de persuadirlo porque el teléfono es antiguo y vale poco dinero; al joven parece no importarle y vuelve a intimidarla. Prima, así, la preservación de la seguridad por sobre la rabia que implica que le quiten un objeto personal.

Volviendo otra vez al objeto, un arma de fuego, la ubica posiciona sobre un lugar específico de su cuerpo que toca órganos y funciones vitales. El tacto y el contacto son más importantes aquí que el habla o que algún significado de la glosa corporal de quien la roba. Ella puede sentir la forma y el frío que trasmite el metal. La seguridad ontológica, en su dimensión cognitiva y emocional, entra en suspenso. Tensión en el cuerpo. El sentimiento de vulnerabilidad de apodera de sí, en cuerpo y sentires, porque la dominación que logra quien delinque sabe que debe ejercerla en los dos planos en simultáneo. El espacio para la negociación muy estrecho, aunque las expectativas de interacción de Ludmila para casos como estos, fueran otras. El uso de armas blancas o de fuego en los delitos callejeros es muy frecuente en los relatos, mucho más de lo que se hipotetizaba mediante la información pública disponible⁵³. Ello, posiblemente esté sobrerrepresentado en la muestra.

Por otro lado, hacia el final del fragmento que se cita de la entrevistada, marca una oposición temporal en cuanto a los/as otros/as sujetos/as del espacio urbano. A partir de afirmar que “ahora no hay solamente varones, hay mujeres también, hay pibas; yo voy atenta a todo, yo no me fío de nadie” nos deja acercarnos a la transformación de las evaluaciones de situación que hacía y hace, y a su

⁵³ La información de la Procuración de Justicia indica que en el departamento judicial Mar del Plata, aproximadamente un quinto de los robos fue realizado con armas de fuego (Procuración General, 2023). Por su parte Collins (2008), en su tipología ideal sobre perfiles y comportamiento de agresores, sostiene que el uso de armas en robos es infrecuente porque implican forzar a la persona a adoptar el papel de víctima muy rápidamente, sin ensayo previo.

memoria sensorial. El contrapunto muestra que, actualmente, sostiene una actitud de reserva basada en la desconfianza generalizada, dirigida tanto a mujeres como hombres desconocidos. Se asume que antes, el género como marco primario, a partir de cualidades inmediatamente reconocibles, le devolvía un conocimiento común sobre el comportamiento esperado: de las mujeres podría esperar vínculos sociales seguros⁵⁴ (Scheff, 1990) y de los hombres, tanto seguros como inseguros. Ahora, el rostro de las inseguridades y los temores es más amplio.

Finalmente, a la secuencia rítmica emocional y corporal analizada a partir del caso, se suma la indignación y el abandono. La interacción delictuosa sucede en el centro de la ciudad, y la entrevistada comenta que “la policía estaba a dos cuadras”. Los/as y la Policía entran aquí en juego en tanto audiencia y se dará una situación en la que la actuación y la farsa se vuelven muy evidentes en la interacción, que se sostiene solo por la cooperación fingida. Ludmila se acerca a los/as policías que estaban a doscientos metros de donde la victimizaron, los/as define en su rol de productores/as de seguridad, narra el robo, describe al joven, le ofrecen la posibilidad de hacer una denuncia, reniega de ello porque por experiencia sabe que eso es inconducente: perderá más energía emocional haciendo trámites que la que pudiera reponer -consiguiendo su teléfono o recalibrado su confianza y seguridad.

5.3 Violencia en las casas. Gamas emocionales y cadenas de rituales de interacción

Las criminólogas y geógrafas feministas han puesto en cuestión, a través de sus hallazgos y hace ya varias décadas, la dicotomía que vinculaba lo seguro al espacio

⁵⁴ Traducción propia: *secure social bond* e *insecure social bonds*. En estas categorías de Scheff, además de las solidaridades, coordinaciones y no agresiones, las distancias de los cuerpos en la interacción son importantes en la definición de su carácter seguro o inseguro.

privado y lo inseguro al espacio público. Esta distinción, no solo obturaba la posibilidad de advertir e indagar sobre las violencias en los hogares, sino que además construía un límite donde a menudo hay continuidades. Sus teorizaciones pusieron en suspenso las ideas de sus campos de estudio. La potencialidad analítica de sus categorías y reconceptualizaciones proviene de importantes investigaciones empíricas, profundas y sistemáticas.

Además de los avances de las investigaciones académicas, el movimiento feminista y la disponibilidad de más estadísticas públicas con perspectiva de género, se ha ido socavando la idea de que las mujeres son centralmente victimizadas en espacios públicos y por parte de desconocidos -extendida en tanto presupuesto teórico, pero también en el sentido común. Hoy día, sabemos que las violencias hacia las mujeres son más frecuentemente ejercidas por las parejas o exparejas, pero también por algún otro familiar: madre, padre, abuelo, y parejas de sus madres han sido reportados en muchos casos⁵⁵.

En esta sección del *Capítulo V*, se trabajará sobre los efectos emotivos y performáticos de estas violencias en el devenir de las experiencias de las mujeres. Se analizarán las cadenas emocionales recurrentes y la corporeidad en estas interacciones no solidarias donde emerge algún tipo de coacción, tomando al escenario-hogar como elemento estable del ritual. Estas cadenas de interacción íntimas y no solidarias, se dividen analíticamente en tres fases: a) el camino hacia la primera agresión, b) el ritual de expiación y deferencia, y c) del ritual de persistencia a la ruptura.

Se sostiene la existencia de un guion social de forma de intimidad violenta, en términos de relaciones interpersonales que paulatinamente estratifican la díada y que rebasan los casos concretos. Es decir, las mujeres van posicionándose en un

⁵⁵ Ver en *Anexos VI* el *Gráfico 6*. Allí se reportan datos del Ministerio provincial en el que se desagregan los vínculos con las personas que ejercen violencia hacia las mujeres y LGTTTBIQ+ que se comunican con la Línea 144 de la Provincia de Buenos Aires para el periodo 2020–2021.

rol⁵⁶, pues las interacciones rituales se aprenden. Las sucesivas cadenas de encuentros modelan a las personas en el intercambio de normas y significados, de reglas de sentimientos, de consonancia emocional, y en su fracaso.

En cuanto a las victimizaciones y violencias en los espacios privados en las narrativas de las mujeres entrevistadas para esta investigación, entre aquellas que han sido víctimas de algún delito, priman los realizados por motivos de género. En muchísima menor escala, han narrado hurtos, daños o robos a la propiedad, que no serán aquí trabajados⁵⁷. Todos ellos ocurren con menor frecuencia que los encuentros cara a cara solidarios y de cooperación, pero son de alto impacto en la vida cotidiana y en la integridad física y cognitiva.

Por las dinámicas propias que se constituyen en este tipo de relaciones de agresión y dominación, romper los guiones, los símbolos y las cadenas de interacción es una ardua y prolongada tarea de las mujeres. Por lo anterior, analizar las interacciones no solidarias de las que fueron parte las mujeres estudiadas, echará luz sobre el problema de investigación en tanto se verá cómo estos encuentros cara a cara en la intimidad tienen un arrastre emocional y cognitivo más allá de los sentires *in situ* de la interacción.

⁵⁶ Los hombres como contraparte necesaria de la interacción, también van construyendo su rol en las situaciones de confrontación. Siguiendo a Collins (2004), para los casos que se analizan en estas páginas, son quienes paulatinamente aprenden a apropiarse del ritmo emocional de las situaciones de tensión y arrastrar a la otra que interactúa. Como participantes activos de las agresiones físicas, traspasan la barrera simbólica del campo de tensión emocional y entran en el túnel de la violencia - un estado máximo de alteración de conciencia (Collins, 2008). Como se ha visto, en esta tesis, los varones no son sujetos de investigación. Por ese motivo no se profundiza en ellos, sino en los sentidos que proyectan y en sus acciones hacia las mujeres entrevistadas. Existen muchas investigaciones y desde distintas propuestas teóricas sociológicas que analizan modos y mecanismos en que los hombres ejercen violencias en entornos domésticos. Aquí solo se nombra a Collins por el hecho de ser un autor importante en el marco teórico de esta tesis y para señalar aristas de sus análisis que no están siendo consideradas.

⁵⁷ Ver en *Anexos V. Ilustración 8*, acerca de la espacialidad de las victimizaciones por inseguridad ciudadana y violencia de género.

5.3.1 La primera agresión

Cuando la violencia ocurre, es dirigiéndose por las dinámicas y restricciones situacionales. Esto significa que, paulatinamente y en distintas velocidades dependiendo de los casos, la emergencia de la violencia hacia los cuerpos da cuenta de la erosión previa de las solidaridades y cooperación. Es decir que los resultados del campo de esta investigación se condicen con los hallazgos de otras investigaciones que parten del *in crescendo* de agresiones (Collins, 2008; Gregori, 2003; Palumbo, 2017; C. L. Ridgeway, 2011).

Los microprocesos que ocurren en los encuentros cara a cara que sostienen, van alcanzando y desplazando umbrales de lo tolerable, se retroalimentan e intensifican en el arrastre rítmico de voces y cuerpos. Las primeras interacciones que logran dominación emocional, de manera muy poco frecuente incluyen violencia física; pero el miedo ya está allí, en el campo situacional. El drenaje emocional paulatino sobre la otra, va abriendo paso a la presencia de gamas de emociones con valencias negativas para el *self* en la pareja (Stets & Turner, 2006). Insultos, acusaciones y diálogos intensos con ritmos y efervescencias álgidas son las regularidades.

Dicha debilidad no es esencial, claro está. Más bien, en los procesos interactivos de pugna y negociación, las mujeres no lograron que prevalezca su arrastre rítmico y emocional, por lo que la resolución de estos reiterados conflictos con un mismo agresor irá conformando una identidad situacional con un *self* deteriorado (Goffman, 1956b). Estos rituales son fallidos desde el lado de las entrevistadas, porque minan la confianza y la iniciativa, transformando las emociones-ingredientes en emociones-resultados (Collins, 2004, 2008).

Camila, recuerda perfectamente el primer campo situacional violento que se estructuró con su expareja, pero es una década después que logra decodificarlo de esta manera. Ella tiene 34 años y vive sola en el noreste de Mar del Plata. Es oriunda

de una ciudad ubicada al noreste de la Provincia de Buenos Aires, y llegó aquí en 2010 luego de mudarse con la expareja, el agresor al que refiere.

¿Y tenían una relación de ese tipo desde antes, o...?

No. ¿Sabés que? En realidad, con el tiempo yo me puse a pensar- y yo viví un episodio con él –ahora que me decís, también fue en una casa. Fue en su departamento; que era cerca de mi casa, o sea, era cerca de la casa de mis padres. Y yo ahí creo que tuve como una señal muy marcada, que como te digo –que por ahí porque yo era muy pendeja [joven], y muy inexperta; porque vos podés ser pendeja [joven], pero tenerla un poco más clara.

Su aprendizaje de la primera señal en el que su expareja rebasa la tensión e interactuar a través de la coacción, tiene lugar una vez que ha acabado la relación. Alega que su inexperiencia la hacía incompetente de reconocer la primera ruptura de arrastre emocional. Su falta de aprendizajes de formas de estar y de salir de rituales no solidarios, los asocia a una crianza “muy cuidada”. De entre sus marcos, pareciera no tener lugar códigos ni experiencias aprendidas para lidiar con las agresiones. Aunque persiste en la relación, ella tampoco tenía normalizada la violencia.

La singularidad del vínculo, de la intimidad y de la efervescencia emocional que arrastra para las participantes explica el continuar allí, las “segundas oportunidades”. De hecho, luego de la primera agresión, ninguna declaró haber sostenido la relación por motivos económicos u otros, que constriñeran fuertemente las posibilidades de su decisión. En general, primó la preservación del vínculo por amor y por los sentimientos de confianza y expectativas de que no volvería a ocurrir.

Carmela tiene 47 años, vive desde su juventud en el barrio Las Heras, al sudoeste a la ciudad. Actualmente tiene otra pareja, y conviven con hijos/as en común y de uno y otra. Ella estuvo casada durante casi quince años con el hombre del que habla y que la ha agredido. Su separación data de ocho años.

Veníamos mal- de peleas, de rendir cuentas, había celos también y yo estaba mal (...) La verdad es que yo lo quería... yo pensé en dejarlo ahí

nomás, pero yo lo quería y antes habíamos estado todo bien (...) y yo me puse remal, pero teníamos que hablar y yo quería hablar

Esos sentimientos de confianza estaban contruidos en torno a la certeza de su experiencia previa: la agresión había ocurrido solo una vez, el tiempo pasado permitía construir expectativas de coordinación y cooperación sin dominación. Ella podía restablecer el orden de las interacciones y reponer la dinámica emocional “normal” de la pareja que habían construido.

Carmela tuvo miedo por la agresión y también sintió culpa. En resultado de la gestión de sus emociones resultó posicionarla como la responsable y generadora de la violencia. Asimismo, en un momento posterior, la tristeza se apoderó de ella no por la interacción violenta en sí misma, sino por las consecuencias de ella: la tristeza era por imaginar el duelo de perder su relación. La intensidad de ese sentir se sobrepuso frente al miedo de la agresión primaria que desencadena, también, la tristeza. Carmela trabajó este encadenamiento emocional, ocurrido en dos tiempos. Creyó, al evaluar la situación, que un diálogo como los que habían mantenido luego de cualquier otra pelea, anularía nuevas violencias. La negociación tuvo éxito, disuadió a su expareja a partir del potencial daño mutuo y coordinaron nuevas pautas de interacción. Estos acuerdos se rompieron en menos de un año y las agresiones reemergieron: el tiempo se contraía y las violencias fueron cada vez más frecuentes.

Tanto Camila como otras tres entrevistadas, en tiempo presente, observan a partir de esa primera coacción que comenzaron a desconocer las reacciones de los hombres. Todo ello, en función de las interacciones que habían mantenido previamente, bajo cooperación y coordinación emocional. Esto lo señalan a la vez que, en sus mismas narrativas emocionales, se observa que efectivamente los malestares y el ritmo fueron escalados y no una reacción intempestiva.

De repente, estaba loco, sacado [fuera de sí]. Y te digo que antes de venir para Mar del Plata, no éramos así (Camila, 34 años, barrio Parque Peña)

Yo cuando me casé con él es como que no sé, me casé con el diablo porque mi vida fue golpes, maltratos (...) pero yo anteriormente estuve como siete años con él, pero jamás se me pasó a mí en la cabeza como que él podía hacerme cosas así (...) Yo cuando me junté con él era otra cosa, era... qué sé yo, mi mamá decía: “el yerno perfecto” (Gabriela, 40 años, barrio Las Heras)

Como vimos en la sección anterior, estas formas de caracterizar al otro funcionan con poder explicativo para las situaciones que se viven con incongruencia. Convertirse en el “diablo” o “estar loco” son enunciaciones que revelan juicios para responder o explicar sus propias incomodidades morales, ellas no vislumbraron que el devenir de las interacciones iba a estar cargado de violencias.

5.3.2 Expiación y deferencia

Una nueva fase de alimentación de las experiencias y energías positivas en la pareja tiene lugar. Como en otros tipos de rituales de poder, en donde quien ejerce el mando no suele experimentar ganancias importantes de energía emocional pero las personas subordinadas sí la pierden, se sigue de la interacción con coacción un posterior ritual de solidaridad (Collins, 1990, 2004).

La posibilidad misma de fallar en la decisión y errar, asimismo, genera miedo y ansiedad. Estas emociones se diluyen en su intensidad, pero no desaparecen ni terminan nunca de ser completamente compensados. Una nueva agresión reavivaría las incomodidades y malestares emocionales que ocurrieron y se quieren dejar atrás. Los residuos estarán presentes y generarán ambivalencias en todo lo que se extienda el ritual de expiación y deferencia, anclado en el romance. La sintonía iniciática y los esfuerzos en la coordinación que invierten, reavivan sentimientos de fortaleza, confianza y entusiasmo.

Lo sagrado, como parte constitutiva de las interacciones rituales, en este caso, es el vínculo amoroso: el *nosotros*. Luego de la agresión, el foco de atención está en el *nosotros* y no en el otro, porque el sostenimiento del vínculo en tanto sacro será lo que vehiculice los nuevos encuentros, el nuevo ciclo de intercambio de energía afectiva. Los años invertidos en la pareja, los bienes compartidos, la efervescencia colectiva alcanzada en tiempos pasados, la consonancia rítmica corpóreo emocional es fuertemente valorizada frente a la única -y provisoria- agresión física.

Esta fase es la clave para comprender por qué las cadenas de interacción con sus parejas perduran, a pesar del estado de alarma personal y emocional vivido recientemente. ¿Cómo se explica que continúen vínculos sociales inseguros, que potencialmente amenazan su seguridad ontológica? Pues las acciones se entienden en sus situaciones, en este caso, en el encadenamiento de encuentros solidarios posteriores a la agresión. Recibir el pedido de disculpas, es fundamental para avanzar en la reanudación de la relación y en la restauración de la confianza básica.

El perdón de ellas no suele ser inmediato. En el análisis de la información que brindan las entrevistadas, el perdón en tanto enunciación tiene poco poder restaurador con respecto a las interacciones y acciones solidarias del otro. La enunciación es condición básica e inicial, pero debe ser complementada. La reflexión está basada en el futuro cambio de las actitudes del otro, pero en función de las emociones de sí misma. Las mujeres reaniman la interacción ritual con su pareja luego de la agresión, en una mejor posición de negociación.

Me pidió perdón. Me pidió perdón mil veces, me dijo que nunca más (...) Me decía esto, aquello... me prometía- yo le decía que no hasta que le dije que "bueno". Me acuerdo que volvimos a pasar tiempo juntos, porque- no sé, las cosas de la vida y ya... no hacíamos nada. Si estábamos juntos, estábamos en casa. No salíamos, nada (Cristina, 40 años, barrio Las Dalías)

durante un tiempo estuvimos rebién. Siempre era así. Nos peleábamos muy mal, muy feo, era horrible y después estábamos bien. (...) no sé por qué, pero ese tiempo fue todo así. De a ratos yo volvía a estar bien. Volvía- volvía a estar, no sé, ¿enamorada? Como que me acordaba por qué lo había elegido, de estar con él. (...) Ahí no pensaba que me había equivocado. Como que cuando me pegaba y la pasaba remal y era culpa y era estrés [de] equivocarte tanto con una persona, ¿no? En la elección, por decirlo de alguna manera. (...) Y después ya no, después ya me ponía bien de nuevo (Camila, 34 años, barrio Parque Peña)

Los rituales no surgen por sí solos, hay que trabajarlos. En ese sentido, las tareas ya realizadas, el foco de atención común ya constituido con el otro y en la situación, la inversión y las ganancias emocionales deben recalibrarse. Las mujeres suelen recibir regalos en esta fase ritual, en el intento de objetivar la deferencia y las emocionalidades circundantes. Los regalos pueden ser cosas y volverse el soporte material de las emociones vinculadas a la reconciliación que los hombres quieren proyectar. Pero también han sido momentos, acontecimientos, que se objetivizan para el recuerdo de la pareja y la reposición paulatina de ganancias emocionales para la mujer que ha sido victimizada.

Así, planes diádicos como una cena íntima, un paseo en la ciudad, un fin de semana en soledad, son algunos de ellos. Antes de la agresión, los encuentros rituales de este tipo, que cultivan el amor y el romance, se habían perdido. Las salidas y los planes por fuera del espacio doméstico y cotidiano, fijan nuevos límites espaciales para marcar las interacciones rituales del romance y volverlas extraordinarias (Illouz, 2009). Estas situaciones cara a cara, aunque tomen lugar en un espacio público, recargan la energía emocional de la pareja reconstruyendo solidaridades e intimidad sin privacidad. Las mujeres van recobrando serenidad y comodidad con su propio cuerpo y sus sentires.

La energía emocional de la díada vuelve a ser extraordinaria, así como la coordinación rítmica corporal: el cortejo avanza reponiendo la seguridad drenada. El erotismo y el enamoramiento no son intensidades emocionales que se vivan en cualquier interacción ritual de la vida cotidiana. Como se observa, las cadenas de

interacción no solidarias de este tipo, tienen una particularidad muy específica: requieren altos costos de entrada en el sentido de la “inversión” emocional. Esta especificidad se basa en la intimidad como forma social simmeliana, en el vínculo amoroso que convierte al otro/a en alguien único e irrepetible, y también en el romance como ritual con una efervescencia colectiva infrecuente, dados los grandes estímulos corpóreo emocionales que genera en las personas (Collins, 2004; Sabido Ramos, 2015; Simmel, 2018).

Así como paulatinamente se reponen los estados compartidos que implican seguridad, poco a poco vuelven a emerger interacciones no solidarias y los códigos que se habían fracturado.

Y después todo empezó a estar mal de nuevo. No sé, ¿viste? Un par de meses... unos meses. Discutíamos mucho, por cosas sin importancia. Por cualquier cosa me peleaba. (...) Seguro fue por la plata, porque nunca teníamos plata. Él iba y venía [de la casa] y siempre gastaba. Qué sé yo, ¿viste? O capaz que fue por los chicos [sus hijos]. También- siempre algo decía de los chicos. (Cristina, 40 años, barrio Las Dalias)

El estado de latencia del miedo que, minorizado, coexistía con el amor, la comodidad y la previsibilidad, retorna de manera manifiesta. Los residuos corpóreo emocionales de la agresión se reavivan y las mujeres barajan nuevamente la reaparición de la violencia como una de las posibilidades del devenir de un conflicto.

5.3.3 De la persistencia a la ruptura

El temor, junto al miedo y la desconfianza reemergen en las mujeres y poco a poco se van socavando las solidaridades, porque estas emocionalidades vuelven a ser recurrentes en los encuentros con sus parejas. Así, la tensión confrontacional toma

lugar en la cotidianeidad y las mujeres reaniman la separación en el horizonte de expectativas. Además de la posibilidad de ser herida nuevamente, otros elementos entran en la evaluación de la situación. La dependencia emocional, la situación económica, la crianza de los hijos/as si es que tienen, y la incertidumbre que traerá la soltería se ponen en juego.

En forma paulatina, las interacciones rituales se irán transformando también. Estos rituales de poder, cargados de dominación, intimidación y violencia, terminarán por convertirse en rituales fallidos. Al descalabro que implica la pérdida del *nosotros*, se suma un estado de energía emocional deprimida. La reiteración de la hostilidad misma, la escasez de encuentros solidarios con su pareja que reajusten la consonancia compartida, afianzan las ideas y ansias de huir. Priman el hartazgo, el fastidio, la fatiga de interacción.

Los modos y los tiempos que conlleve la ruptura efectiva, dependerán de los campos situacionales que han estructurado a partir del encadenamiento de encuentro con el otro, de las microcoordinaciones emocionales y corporales que habían alcanzado. A la misma estructuración obedecerán las nuevas estrategias de resistencia a desplegar y los caminos que se barajen para la salida de la interacción ritual. Las modalidades de relacionarse de las mujeres, paulatinamente, van tornándose en formas de intercambio utilitarista y más estratégicas que antes: manejar los códigos en las situaciones de tal manera que los costos sean lo más exigüos posibles para sostener la barrera de contención simbólica que frena la violencia, cada vez más recurrente.

En algunas ocasiones, y más tardíamente, sostener el rol de víctima dominada ha sido un posicionamiento que representa una fachada. Es una forma de resistencia que se presenta como conciliadora frente al otro pero que, en el mediano o largo plazo, busca delinear los caminos factibles de salida cuando estas mujeres ya resignificaron los códigos de la situación. En estos casos, mostrar y proyectar sumisión era considerada la “manera más inteligente” de andar el recorrido hacia la separación, “para que no se dé cuenta”. El foco común y la

consonancia emocional, para este momento, ya son muy modestos. La intensidad de la interacción ritual es baja porque la dominación emotiva a mediano y largo plazo, estratifica las situaciones.

El trabajo emocional a través del yo sintiente y sobre el otro es excepcional. Estas gestiones son aprendidas en las mismas cadenas de interacción de a quien “engañan”. Pareciera ser que el profundo conocimiento de esos ritmos de interacción y de los modos de devenir del otro, hacen más eficaz a la gestión emocional. Ahora bien, toda gestión de este tipo, se hace con otros y se hace consigo misma pues es, a la vez, orientada a la acción como a la cognición.

De un lado, el posicionamiento cínico en la situación no aminora el miedo de volver a ser agredida, más bien lo que procura es eludir esa agresión. Adrede, lo dejan sostener la rítmica y el arrastre de los encuentros simulando un ajuste a las expectativas emocionales y corporales compartidas. Por otro lado, ese miedo y amenazas que se resisten activamente, coexisten con la valentía y esperanza -que no se muestran ni se ponen en juego- que se afincan en la satisfacción de ver una posibilidad para salir de allí. Que el agresor “no se dé cuenta” tenía por objetivo una ruptura intempestiva de la relación, que genere incongruencias en el hombre y así bloquee de manera efectiva cualquier tipo de negociación.

Para otras mujeres, el desafío a la autoridad y al respeto que se había erigido hacia el hombre, que demandaba obediencia, se hace de manera directamente confrontacional. El nosotros se comienza a resquebrajar de manera manifiesta para las dos personas involucradas. Yolanda dice que empezó “a rebelarse”. Ella tiene 65 años y hace por lo menos 30 que vive en el barrio de Las Dalias, al noreste de la ciudad de Mar del Plata.

En la zona la conocen todos/as, por su antigüedad y porque siempre estuvo involucrada en actividades políticas y sociales en Las Dalias. Al momento de la entrevista, participaba activamente de una organización política apartidaria, de la asociación de vecinos/as del barrio y, el resto de su tiempo, se aboca a tareas domésticas en su hogar. Yolanda ya no tiene grandes responsabilidades de

cuidados hacia otros/as, solo vive con un hijo de unos 40 años y tampoco es frecuente que deba ocuparse de sus nietos/as.

Ella no está jubilada, porque nunca pudo sostenerse en el mercado laboral, pero sí cuenta con una pensión por discapacidad. Es una mujer muy delgada y de baja estatura, o sea, de complejión chica. Yolanda tiene un historial clínico amplio y actualmente es paciente oncológica y, de manera congénita, tiene talasemia mayor y una disminución auditiva. Su salud es delicada, pero en cada ocasión que puede, manifiesta o proyecta su fortaleza y orgullo de sí: se sobrepuso frente a muchas dificultades. La entrevista duró tres horas, ella siempre se manejó con histrionismo hasta que comenzó a hablar de sus victimizaciones y de las de dos de sus hijas.

nunca lo perdoné [a su exmarido]. Ojalá lo pueda perdonar. Pero ante mis hijos, lo respeto. Porque para ellos fue un gran padre, siempre estuvo; si no, no creo que ellos lo recordarían con tanto amor. Pero conmigo fue muy malo. O sea, en la intimidad, en bloquearme la mente, en abusarse del miedo que yo tenía, ¿me entendés? Porque otra persona... cuando yo le dije “esta pareja no va más”, renunció a Toledo [su trabajo en un supermercado]. Se afincó ahí [señala el lado sur de su casa, se hizo una construcción precaria pegada al lado de una de sus paredes]. Y un día yo vengo de trabajar, y me rompió la pared. Porque él no tenía heladera y no tenía televisor. Yo había hecho hacer un hogar [braser] muy lindo, acá, ¿viste? Que cocinaba adentro, calentaba agua, todo. Y acá tenía como un barcito para meter las ollas, todo, abajo. Me lo tiró todo abajo. Esta ventana la hizo poner. Rompió la pared, todo -cosa que no tendría que haber roto la pared porque pierde la fuerza. Y vos abris esa ventana y se te cae para abajo. Pero bueno. (...) [Lo hizo todo] como diciendo: “yo soy el macho de la casa, me impongo, esto es mío”. (...) Como diciendo – la costumbre de ellos, que tienen los descendientes de árabes, es que la mujer siempre va atrás. Psicológicamente, me decía: “sos una idiota, una tonta, estás loca”; le decía- a los hijos les decía que yo me hacía la enferma... que... buscaba eso como para que me... me llamara la atención a él. Mirá si voy a ir a un médico y le voy a decir: “vacíame” o “abríme todo acá”, porque me gusta. No, era un ignorante total. Entonces, cuando yo me empecé a rebelar... –que él se mandó muchas cosas, porque... ¿de ir con 5 dólares a comprar una damajuana [vino]... y después que mis hijos pasen hambre? Eso no se lo perdono. No se lo perdono. [se emociona, le tiembla la voz] (silencio medio) Y después de que llegara a tener que denunciarlo, que él no se iba y encima se me hacía el guapo [pendenciero, audaz]; pasar el momento de ver a mis hijos

todos como si fueran garrapatas para agarrarlo, contenerlo, que no me pegue: es una situación muy... Y a uno de mis hijos, que está en Europa, porque se le prendió del cogote [cuello] y le tiró una piña [golpe de puño en la cara], le dijo “vos no sos más mi hijo”. ¿Me entendés? Y eso te queda muy-

... marcado: en su memoria sensorial, en su *self*, en la materialidad de su casa. Tan marcado que evocar esas situaciones, la ha angustiado nuevamente, en tiempo presente.

El fragmento escogido de Yolanda inicia con un deseo que es tanto una gestión emocional como un rito individual. Su pretensión, centrada en el perdón a su agresor, implica la gestión emocional de residuos de frustraciones, de miedos, de vergüenzas y de humillaciones. Es un trabajo consigo misma que no logra aunque dice anhelar. Por su parte, el ritual del perdón es individual y privado ya que el exmarido falleció. Ganar energía emocional tanto de la gestión como del ritual del perdón dependerá de sí, de generar auto consonancia rítmica y de concentrar la atención, por la ausencia de la contraparte que podría retribuirle de alguna manera. De hecho, su expresión de deseo en este caso muestra una situación negativa. Esto es así dado que muestra que a las frustraciones originarias -las violencias, la ruptura de la pareja, etc.- se añade el ritual fallido del perdón.

Luego, Yolanda detalla varios de los insultos que recibió y no lo tiene para nada naturalizado: sabe muy bien que a eso lo llaman violencia psicológica. Habla de abusos, de bloqueos mentales, de explotar sus inseguridades, de acusarla falsamente; son todas agresiones hacia el *self*, que atacan la dignidad a través de humillaciones y menosprecios. El *self* deteriorado se ha realizado paulatinamente a través de la gestión de emociones vinculadas a la confianza y la seguridad pero, al traerlos a colación, nos muestra que las huellas de degradación, inseguridades, sumisión y miedos continúan en ella.

Yolanda, además, expone dos operaciones interpretativas que son distintas, pero van en el mismo sentido. Propone que al menos parte de las violencias, de la coacción y de la dominación emocional, se explican por la educación que tuvo el

hombre. Por el tipo de educación recibida en su familia nuclear, “árabe”, y por las carencias de su educación, “ignorante”. Se remonta a marcos de referencia de un grupo étnico particular, a los suyos y a cadenas de interacción de décadas atrás que dan sentido a sus propios rituales con el exmarido.

Por otro lado, en la narración hay algunas incongruencias sobre su expareja que podrían responder a un tímido intento de resignificación del hombre en cuestión, a partir del ser-con-otros de su expareja. Yolanda nos cuenta que sus hijos lo recuerdan con cariño, que ella lo respeta por buen padre a la vez que nos señala que se ha gastado dinero en consumir alcohol, cuando las necesidades apremiaban. Estas oscilaciones entre buen padre, irresponsable, adicto, contenidas todas en el relato, manifiestan emociones morales (Stets & Turner, 2006). Su enunciación es en tiempo presente, pero, también, ella sancionaba estando en pareja cuando se “rebelaba” a la sumisión. La intensidad de las emociones morales, como otras, es variable. Yolanda llora en el momento en que narra que el hombre hizo una compra innecesaria cuando tenían carencias para alimentarse.

Finalmente, llegamos a su separación. La copresencia y las interacciones con coacción no acabaron cuando decide alejarse y lo echa de su casa. Un día rompió su pared a martillazos, porque decía que no tenía baño ni cocina, y terminó por integrar a la fuerza y con violencia la construcción. La intimidación continuaba y las agresiones escalaban al no poder arrastrar emocionalmente a Yolanda. Ella es una de las pocas mujeres que cuenta haber denunciado a su agresor. Aunque estas situaciones cuentan ya con quince años, no es sorprendente que las amenazas y victimizaciones hayan seguido a pesar de la denuncia y no intervención policial.

La última escena que cierra el fragmento, el auditorio se hace parte de las violencias: al menos dos hijos, ella y su exmarido son copartícipes de esa escena. La efervescencia colectiva habrá sido tal que como para que sus cuerpos y emociones sean arrastrados en lo que pare la violencia. La frase que su exmarido le dice a su hijo sobre el quiebre de la relación filial, porque suspende la estratificación situacional con un golpe, también nos habla del carácter con el que

arrastraba los ritmos hacia las interacciones no solidarias con Yolanda: aleccionar, corregir y recibir respeto.

Fabiana tiene 43 años, vive en el barrio General Pueyrredon con dos hijos y un sobrino, al suroeste de Mar del Plata. Está desocupada, pues busca trabajo activamente, y su principal actividad es el trabajo doméstico no remunerado. Ella se separó de su expareja, agresora, la tercera vez que salió en libertad. Estuvieron juntos por más de dos décadas y él estuvo privado de la libertad en varias ocasiones. En los lapsos intermitentes en que convivían, Fabiana era victimizada con violencia física.

Durante el último tiempo en que mantuvieron la relación mientras él estaba en prisión, Fabiana fue tejiendo nuevas redes y dándole densidad a otras, para lograr sostener la separación llegado el momento. Estos vínculos fueron principalmente en el entorno barrial y comunitario. Se involucró en la asociación vecinal de su zona y comenzó a ir, junto a su hija, al club social y deportivo del barrio. Ambas realizaban deportes en equipos mixtos y un nuevo abanico de sociabilidades y grupalidades se abrió para Fabiana. También cuenta que se hizo una amiga, una mujer profesional, viuda y jubilada, que en varias ocasiones aportó dinero y materiales para la educación de su hija menor. Nuevas relaciones y amistades le proveían solidaridades emocionales en vínculos íntimos y seguros, ajenos a su pareja.

Ella dice haber mantenido el vínculo con su expareja por culpa, “para no dejarlo solo” y, a la vez, gestionaba emociones internamente que le permitían recargarse de confianza y seguridad. Fabiana siempre trabajó y, dada la privación de la libertad, él no generaba ingresos, por lo que la dependencia económica no era un elemento definitorio en la evaluación de la situación. La dependencia emotiva y el temor a la soltería, tampoco lo eran. A fin de cuentas, la cotidianeidad, los cuidados y la reproducción de la vida familiar en general, eran ya su responsabilidad. Asimismo, la falta de copresencia física era intermitente y

espaciada, por lo que la energía emocional extraordinaria del romance era de muy baja intensidad.

Esa fue la trayectoria de Fabiana hasta llegar al momento de mi encuentro con ella. Ya en tiempo presente, a través de su testimonio, veremos la persistencia emocional enraizada a aquellas violencias conyugales. En su narración, se anidan continuos emotivos, continuos corpóreos y continuos espaciales hasta hoy. Las cadenas de interacción con coacción ocurridas en el espacio privado, se proyectan también en espacios públicos.

Pero sin dientes, no quería trabajar, no quería hacer nada. Perdí un trabajo que no sabés, por los dientes, preguntale a mis amigos. Que hoy me pongo a analizar... fue al divino botón [un sinsentido] porque, porque el barbijo me hubiera salvado, si la empresa no me hubiera dicho “sacate el barbijo”, tenía que andar con el barbijo... Después dije: “nooo... perdí un trabajo”. Era en un geriátrico para cuidar a seis abuelos, 26 mil pesos por mes, me dijo. Yo dije plata para mí, mucha plata, mucha plata, voy a salir adelante, voy a arreglar la casa. Ya pensaba todo re contenta. Bueno, me pasó un episodio, me mandé una macana [un error, no continuar con el proceso de selección] y perdí mi trabajo (...) No tenía dientes, me hice los dientes; porque por violencia de género perdí los dientes yo. Y este año, como que esta pandemia me ayudó a pensar, me miro al espejo y pensé, “¿cómo no voy a invertir algo en mí?” Qué sé yo y bueno, ahora hablé con una odontóloga, así y así (...) Me hicieron la operación recién. Tuve acá una cirugía (...) porque me acomodaron el hueso, porque al meterme los dientes para atrás de una trompada [golpe de puño]... entonces ¿qué hicieron?

(...) Entonces yo dije, “no voy a estar sin dientes, no aguanto más sin dientes”. No, no, no. (...) No podía comer porque se me iba para atrás [una parte de su dentadura], no podía. Dios mío... (...) Me hicieron una cirugía que no sabés... (...) Llegué acá [a su casa], me senté a llorar acá. Lloraba. Me acordaba cómo me pasó. La boca así [gesto de magnitud], tapada con gasa, me ahogaba en sangre. Mamá, superé todo eso (...) La Fabiana tenía dientes, jajaja. Me quedé sin plata, pero tengo dientes, jajaja

En un pasado muy reciente, pocas semanas antes de la entrevista, Fabiana rechaza asistir a una entrevista de trabajo en tiempos de ASPO. El encuentro que mantuvimos para esta investigación tuvo lugar los primeros días de enero de 2021,

su cirugía ocurrió el día previo a la Navidad de 2020, y es a mediados de diciembre que no asiste a una segunda entrevista de trabajo, que ahora considera un error y le genera pena. Comenta que no ha ido por las secuelas corporales que dejaron las agresiones físicas de hacía ya una década. Los efectos de aquellas agresiones se reactualizan en su corporeidad y emocionalidad. Al explicar por qué toma esa decisión, pero también al narrarlo.

A Fabiana la avergüenza la posibilidad de insertarse en un trabajo donde tenga que interactuar con personas que aún no conoce y pertenecen a otra clase social. Los encuentros con esos/as otros/as, implicarán la presentación de la persona y miradas escrutadoras sobre ella. Se anticipa a la posibilidad de ser sancionada, no negocia, no lo intenta, y actualmente siente desazón por arrepentimiento. Como aún se mantenían prevenciones con respecto a la COVID-19, a través de un objeto, la mascarilla, podría haber gestionado la incomodidad corporal que le generaba la falta de piezas dentales.

Antes de tomar esa “mala decisión” ella sentía mucha ilusión sobre lo que podría hacer con su sueldo. Pero ese deseo, se suspende cuando trae a escena las huellas de las violencias en su cuerpo. Las consecuencias de la desacertada evaluación de la situación, por no considerar que el objeto-mascarilla podía ponerse en juego, rompen con la ilusión para dar paso a la decepción: una decepción basada en las expectativas sobre los efectos hipotéticos de conseguir el trabajo. Toda esa nueva cadena de interacciones que se podían haber abierto, se obturó.

Por otro lado, el objeto que la avergüenza ha mutado: el pudor ya no gira en torno al vínculo amoroso que mantuvo con su ex agresor, del cual está orgullosa de romperlo, sino las secuelas físicas que ha dejado. En simultáneo, la avergüenza haberse avergonzado por evaluar incorrectamente las expectativas de interacción. Es que la vergüenza opera como una espiral afectiva, que se refuerza a sí misma, en tres planos distintos (Ariza Castillo, 2016; Goffman, 1956a; Sabido Ramos, 2019a; Scheff, 1990; Simmel, 2018). Por un lado, a nivel cognitivo, imagina cómo será la presentación de su persona frente a otros/as desconocidos. En segundo

lugar, a nivel valorativo, se adelanta a los juicios que pudieran hacer esos/as otros/as sobre sí. Por último, en el nivel emotivo, la vergüenza como emoción anticipatoria, se intensifica y consolida.

Con base en la evaluación de haber fallado en conseguir el trabajo, Fabiana gestiona emocional y materialmente lo ocurrido. Toma la decisión de someterse a una cirugía dolorosa en sus propios términos y dolorosa porque reaviva los sentires de la relación conyugal perdida. “La Fabiana ya tiene dientes” y continúa reelaborando sus emociones, sensibilidades y sentires corpóreos frente a los residuos que dejó en su cotidianeidad la vida vivida con su agresor. Una década después.

VI. CONSIDERACIONES FINALES

6.1 Hallazgos, reflexiones y rutas de investigación

En esta tesis, analicé de qué manera las emociones y la corporeidad de mujeres de barrios populares marplatenses (Argentina) moldean las interacciones y las prácticas espaciales de su vida cotidiana. El enfoque teórico y metodológico escogido y considerado apropiado para abordar del problema de investigación fue el interaccionismo simbólico.

Al plantear un abordaje interaccional, se propuso un diseño de investigación con técnicas de investigación cualitativas para la recolección de la información. Para cumplir el objetivo propuesto, se realizaron 42 entrevistas semiestructuradas para lograr aprehender y analizar las emociones, sensorialidades y corporeidades que tienen lugar en las prácticas espaciales y en los encuentros cara a cara urbanos desde las narrativas de las entrevistadas. Asimismo, se realizaron observaciones en cada uno de los barrios y en cada una de las visitas; así como también se marcaron y utilizaron y mapas con las entrevistadas para señalar distintos espacios relevantes de sus barrios y de la ciudad de Mar del Plata.

Inicialmente, esta tesis presentaba al miedo como emoción privilegiada del sentir de las mujeres en los espacios urbanos. Los hallazgos en el campo, dieron cuenta de procesos de subjetivación, de autoafirmación, en donde operan unas gamas emocionales muchísimo más amplias y por ello también, más complejas. Encontramos autoafirmación en la soledad, en un baño, en una huerta. Iluminar estos otros sentires, corporales y emocionales, a través de las interacciones y de las prácticas espaciales, enriquece estudios previos a la vez que revitaliza las potencialidades de la agencia en condiciones de precariedad, de diferenciación social por clase y género.

El miedo y otras valencias emocionales y sensoriales negativas, no dejan de ocupar un lugar relevante, como se ha visto en todos los capítulos. Pero a través de los testimonios de las mujeres, pudimos analizar que miedo y temor aparecen como emotividades situadas, que se arrastran, que se imbrican o secuencian con otras, y que se diluyen hasta reemerger en nuevas prácticas espaciales o encuentros cara a cara. La propuesta no fue ver o medir las emociones ni las sensorialidades, sino analizar la significación que se le da a las ellas a partir de los relatos y argumentos de las entrevistadas, mediante el uso del vocabulario afectivo. Al nombrar la emoción, cambia el vocabulario y con ello cambia también el sentido de una emoción. Es decir, aquí no se mide la emoción sino la narrativa que da significado a una emoción.

La centralidad que tienen en esta tesis las actividades y movilidades de cuidados fue un emergente del trabajo de campo y vislumbra la importancia que tomaron estas en las narrativas de las mujeres entrevistadas. Estas cargas se agudizaron con la pandemia, momento en que se desarrollaron los encuentros. Aunque el ASPO ya había pasado, estábamos en vacaciones escolares. Durante el DISPO muchas actividades no se habían retomado, algunas por decisiones institucionales y otras por decisiones familiares para sostener los cuidados -aún no contábamos con vacunas en el periodo estival 2020-2021 en Argentina.

A partir del análisis de los primeros dos objetivos, se analizaron y vislumbraron los ritmos cotidianos de la vida familiar y laboral, mediante los días, las tardes y las noches. La prevalencia de las actividades cotidianas en su barrio y en los barrios aledaños, generalmente mediante la movilidad activa de la caminata o la bicicleta, no es excluyente de otros recorridos más amplios. Estas movilidades más cercanas son principalmente para realizar actividades vinculadas con la adquisición de alimentos, la educación y recreación de los niños.

Otras más esporádicas, tales como ir al banco, al médico, en busca de mercancías muy específicas, –entre otras– implican una movilidad espacial mayor que variará si el bien, el servicio o el ocio puede satisfacerse en el centro de la ciudad o en las avenidas comerciales colindantes a sus barrios. Aquellas que tienen

un trabajo remunerado, se desplazan muchos kilómetros desde su hogar. Solo una de ellas llega a pie a donde labora caminando, alrededor de 2 kilómetros de ida y de regreso.

En cuanto a sus vínculos al interior de los hogares, mediante las prácticas espaciales y la distribución de las tareas, se observa la prevalencia de un guion y un marco más bien tradicional sobre la división sexual del trabajo doméstico no remunerado y de cuidados. Además, hemos observado configuraciones corpóreo emocionales recurrentes de emotividades negativas y cotidianas en torno a los cuidados.

También hemos visto cómo se trastocaron las interacciones–prácticas–emociones–corporeidades, centrales en la investigación, a partir de la pandemia del COVID–19 y las medidas preventivas argentinas. Hacia el verano 2020–2021 con el DISPO, se mantenían las prevenciones en relacionan a los otros a partir de esta nueva alteridad urbana, así como también técnicas y glosas corporales. La recuperación de las interacciones en el espacio público y de las prácticas espaciales de ocio todavía era relativa, tímida. Muchas de las mujeres continuaban sosteniendo sus prevenciones. El clima, cálido y favorable a la ventilación, aminoraba las ansiedades que emergían en los pocos encuentros. El retorno a la cotidianidad sin los niños/as ni los/as jóvenes en las casas no pudo ser apreciado, pues el ciclo lectivo inicia en marzo, cuando acabó mi campo.

Por otra parte, se ha mostrado que el espacio público para las mujeres entrevistadas es utilizado como un lugar de tránsito, aunque no exclusivamente. Allí también se realizan prácticas espaciales vinculadas a la recreación y no solo de movilidad y los desplazamientos. Este tópico fue analizado en el *Capítulo IV*.

El abordaje de los escenarios móviles en el *Capítulo IV* es un aporte en cuanto a que el interaccionismo simbólico ha centrado sus análisis en escenarios fijos o tomando como presupuesto que estos lo son. Se ha podido observar la importancia de las interacciones cara a cara en movimiento, las emocionalidades, sensorialidades y sentidos alrededor del cuerpo en su dinamicidad. Desde al menos la última década, un grupo importante de geógrafas y científicas sociales

latinoamericanas realizan aportes teóricos con perspectiva de género a partir de estudios empíricos.

En general, y en Argentina en particular, el subcampo de estudios sobre movilidades tiene enormes potencialidades dado el reducido pero paulatino desarrollo de investigaciones con la movilidad como objeto de estudio. Desde esta tesis, espero haber contribuido con uno de los primeros aportes empíricos desde Mar del Plata. El continuo de lo seguro e inseguro en el continuo de la movilidad e inmovilidad, es destacable si consideramos que la secuencia estándar es casa-calle-parada de colectivo-autobús-calle. Los sentidos emocionales y corporales se imbrican pero también transforman de manera clara.

Por su parte, el estudio de los escenarios significativos para las mujeres, públicos y abiertos, se propuso reponer el disfrute de las mujeres en la vida urbana. Importantes investigaciones, desde variados enfoques analíticos y latitudes, han contribuido a comprender y explicar las violencias de las que son objeto las mujeres en los espacios públicos: los cuerpos fuera de lugar, las particularísimas agresiones de las que son víctimas, la inseguridad en la movilidad, la dilución de las dicotomías público-privado y emoción-razón en relación a esas violencias, los usos del espacio-tiempo masculinizados y sus efectos en la vida cotidiana de las mujeres, entre muchas otras.

Aun frente a estos constreñimientos, nos encontramos con que las mujeres salen de sus casas y de sus barrios, y no solo para cumplir tareas vinculadas a los cuidados y la reproducción de la vida de otros/as. La perspectiva microsociológica de esta tesis, permite matizar esos supuestos ampliamente consensuados. Si bien es cierto que las mujeres están más familiarizadas con su barrio y comunidad vecinal, como prácticamente cualquier persona, el desenvolvimiento de sus prácticas, interacciones, roles e intereses, excede al escenario barrial.

Restablecer la mirada agéntica allí donde hay creación, negociación y deseos permitió analizar en la segunda parte del *Capítulo IV* las percepciones y experiencias corporales y afectivas sobre escenarios públicos de la ciudad donde

encuentran placer. La emocionalización de todo lo marítimo resulta relevante para las experiencias de goce y resalta la centralidad de este paisaje en la ciudad. También se mostró que estas experiencias positivas no son homogéneas y hay variabilidad en los sentidos del lugar construidos en torno a estos espacios. A partir de contrapuntos en sus narrativas, se mostró cómo esos sentires corpóreos, emocionales y sensoriales operan en tanto mediación para la valoración de dichos escenarios.

Los escenarios públicos y abiertos, naturales o artificiales, de la ciudad de Mar del Plata, habilita la posibilidad de transcurrir el tiempo libre sin la obligatoriedad del consumo. Esto no ocurre en todas las ciudades medianas. Para familias que con escasos recursos cubren sus necesidades básicas, esto es muy relevante. Las valoraciones centrales son en torno a experiencias urbanas sensoriales, corpóreas y emocionales agradables: la naturaleza, el horizonte, el juego, el aire y el ejercicio, la vista. Asimismo, la relativa cercanía, sea a pie o en transporte público, es otro aliciente. Es decir que tanto gratuidad como cercanía, son estímulos que facilitan actividades recreativas por fuera del hogar.

Las mujeres salen, las mujeres disfrutan; y las mujeres pobres, también. Para nada se niegan las jerarquías en el espacio, la estratificación emocional y corporal basadas en razones de género, pero lo dicho permite complejizar las experiencias más generales de las mujeres y los argumentos más generalizantes que, actualmente, funcionan como supuestos sociológicos. El problema de las violencias hacia las mujeres en los espacios públicos, continúa siendo un problema, de carácter público y con graves implicancias para nuestras vidas. Una vida libre de violencias, también, merece recuperar el derecho al ocio y al tiempo libre, como posicionamiento y reivindicación política menos victimista.

El último objetivo propuesto en la investigación fue abordado en toda su magnitud hacia el final. A diferencia de los *Capítulos III y IV*, en donde se analizaron prácticas espaciales e interacciones solidarias y no solidarias, lo distintivo del *Capítulo V* fue ahondar en cadenas de rituales de interacción donde se gestó un

campo emocional de confrontación y emergió la violencia o la coacción. Este último capítulo analítico estudió las cadenas de interacción no solidarias narradas por las mujeres, los guiones que las estructuraban, las gamas emocionales y las experiencias corporales involucradas en esos encuentros encadenados.

La negociación en el análisis de estos encuentros tuvo su centralidad al poder analizar cómo habían *salido* de allí, pues los robos ya habían ocurrido y todas estaban separadas de las parejas que las agredían. Así como ocurre en las interacciones urbanas callejeras, la posibilidad de sufrir daños en el futuro por decisiones tomadas en el presente, es central *en* la situación. Desconfianza e incertidumbre, operan como mediaciones para la acción y se intentan racionalizar: de allí la importancia que cobra para las mujeres la realización de cálculos temporales específicos tendientes a prever las contingencias que supone vivir-en-riesgo.

En cuanto a su espacialidad, se retomaron los dos escenarios más relevantes en que ocurren a partir de la información recogida en el trabajo de campo. Las violencias vinculadas a la inseguridad ciudadana son más significativas en el espacio público, y las violencias por razones de género, toman lugar - principalmente- en los espacios privados y su contraparte son sus parejas, otros conocidos. Aún así, se mostró que existen continuidades espaciales tanto de las violencias como de sus efectos corpóreo emocionales, en el nivel de las interacciones, pero también en el de las prácticas.

Las interacciones no solidarias no son las más ordinarias ni tampoco están naturalizadas en las relaciones de pareja. En las dos temporalidades, del periodo pasado de dichos vínculos como en el tiempo presente, su significación y resignificación actual dan cuenta que las mujeres distinguen y reconocen que esos lazos atravesados por el conflicto y las violencias son negativos a partir de sus códigos interpretativos. Toda vez, hicieron una valoración negativa manifiesta que devino en emocionales morales y críticas hacia otros, al momento de revivirlas corpórea y sensorialmente por la narración en tiempo presente.

6.2 Futuras líneas de trabajo

Las perspectivas y las experiencias de los varones de barrios populares son una deuda de esta tesis. Su emocionalidad y las prácticas espaciales desde un enfoque de género, pero desde la perspectiva de las masculinidades, será una línea de estudios a seguir para analizar comparativa y más cabalmente las diferencias de sentir, habitar y transitar el espacio público entre los géneros. Algunas de ellas, se observaron a partir de dos entrevistas de control, y ameritan regresar al campo para conocerlas en profundidad.

Por su parte, la violencia de género como problema público y la difusión de la perspectiva de género en el sentido común de la sociedad gracias al amplio espectro político y social que logró el movimiento *Ni Una Menos* desde el año 2015, ha facilitado herramientas para la problematización de sus vínculos con hombres. No sin tensiones ni dificultades de cambiar los roles en las interacciones, se ha mostrado cómo las entrevistadas cuestionan dinámicas públicas y privadas que atraviesan su vida cotidiana tales como la distribución de las tareas de cuidado dentro y fuera del hogar, la negociación en las interacciones no solidarias, y otras violencias.

Esto implica que, para las mujeres, se han observado transformaciones en curso de los marcos interpretativos que atraviesan sus experiencias. Dicha transformación reorienta y transfigura los posibles cursos de interacción al trastocar expectativas, fachadas y reglas de sentimiento, entre otros elementos, que se ponen en juego en los encuentros cara a cara. Habiendo realizado con anterioridad trabajo de campo con mujeres de barrios populares de otra ciudad (Bertoni, 2016), una línea futura interesante para indagar es sobre la difundida hipótesis de que las

mujeres no hablan o que resulta dificultoso explorar con ellas sobre las victimizaciones basadas en violencias de género.

En esta tesis, no fue complicado acceder a estos relatos, pero sí doloroso para ellas. Las narraciones emergieron aun cuando en ningún momento de la entrevista se pregunta por interacciones violentas, lo más cercano a ello es a través de la consulta sobre “malas experiencias” en el espacio público y privado. Muchas de ellas comenzaron sus relatos de victimizaciones aquí, pero otras mucho antes o después; de la misma manera que otras podían narrar desde mudanzas, accidentes domésticos o perderse en la calle. Un futuro y posible trabajo a considerar en función de lo anterior, podría ser revisar tanto el presente trabajo de campo como el realizado en 2015. Qué rol cumplieron los guiones de entrevista en tanto instrumentos de recolección, en qué momento emergieron esos relatos, mi posición como entrevistadora y, por supuesto, las narraciones de las entrevistadas.

Por otro lado, muchas aristas emergentes del trabajo de campo habían sido esbozadas en un primer borrador. Luego no pudieron ser continuadas o bien porque me alejaban mucho del problema de investigación, o bien porque no contaba con suficiente material empírico para que tengan un lugar apropiado en la exposición. En ese sentido, algunos tópicos a indagar de manera dirigida, próximamente, pueden ser: las tonalidades emocionales en torno a las casas, la soledad como deseo, como búsqueda y como proceso de subjetivación; las gamas emocionales en torno a las maternidades en cuanto a las propias prácticas e interacciones con sus hijos/as como las de sus madres con ellas; la posibilidad de diseñar mapas de relieve de la experiencia (Rodó de Zárate, 2013), reflexiones acerca de mi propio campo y las condiciones de trabajo, y los sentires corporales y emotivos alrededor del cuerpo enfermo por COVID-19.

Finalmente, volver a campo con un propósito similar, pero más modesto, podría abrir la posibilidad de un análisis en dos tiempos de los objetos aquí trabajados. Luego del ASPO, el DISPO y la vacunación masiva, ¿cómo volvieron a habitar y sentir el espacio público? ¿Qué prácticas espaciales ya no despliegan en

su vida cotidiana y cuáles otras no se han ido? ¿Qué prácticas, interacciones o arreglos sostienen los/as convivientes dentro de los hogares, y que surgieron en aquel momento? ¿De qué manera la proxemia, el distanciamiento físico, la conglomeración de personas en espacios cerrados continúan presentes en las interacciones de la vida cotidiana de las personas? ¿Se sostienen inquietudes y preocupaciones al momento del encuentro con otros? ¿Qué técnicas corporales se mantuvieron? La seguridad, entendida desde su dimensión sanitaria, ¿sigue presente en los sentidos que rondan al hablar de ella? Un estudio longitudinal de corto alcance daría las respuestas. Como *argenmex*, veo notables diferencias entre los países.

VII. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acale Sánchez, M. (2017). El género como factor condicionante de la victimización y de la criminalidad femenina. *Papers. Revista de Sociología*, 102(2), 1-30. <https://doi.org/10.5565/rev/papers.2337>
- Aguilar Díaz, M. Á. (2013). Ciudad de interacciones: El cuerpo y sus narrativas en el Metro de la Ciudad de México. En P. Soto Villagrán & M. Á. Aguilar Díaz (Eds.), *Cuerpos, espacios y emociones: Aproximaciones desde las ciencias sociales* (pp. 85-110). Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa / Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa.
- Ahmed, S. (2017). *La política cultural de las emociones* (1ra ed.). Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género - Universidad Nacional Autónoma de México.
- Allen, H., Cárdenas, G., Pereyra, L. P., & Sagaris, L. (2019). *Ella se mueve segura. Un estudio sobre la seguridad personal de las mujeres y el transporte público en tres ciudades de América Latina*. Caracas: CAF y FIA Foundation. Recuperado de <https://scioteca.caf.com/handle/123456789/1405>
- Anderson, E. (1999). *Code of the street. Decency, violence, and the moral life of the inner city*. Nueva York / Londres: WW Norton & Company.
- Ariza Castillo, M. (2016). Introducción. La sociología de las emociones como plataforma para la investigación social. En M. Ariza Castillo (Ed.), *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina* (pp. 7-36). Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales - Universidad Nacional Autónoma de México.
- Artavia, F. (2021). On bureaucratic waiting. A Simmelian approach to a liminal time. *Digithum*, (28), 1-9. <https://doi.org/10.7238/d.v0i28.393478>
- Arteaga Botello, N. (2018). *Videovigilancia en México. Protesta política, conflicto y orden social*. Ciudad de México: FLACSO - Sede México.
- Arteaga Botello, N., & Arzuaga Magnoni, J. (2017). *Sociologías de la violencia. Estructura, sujetos, interacciones y acción simbólica* (1ra ed.). Ciudad de México: FLACSO - Sede México.
- Augé, M. (2014). *Los nuevos miedos*. Buenos Aires: Paidós.
- Auyero, J. (2013). *Pacientes del Estado* (1ra ed.). Buenos Aires: Eudeba.
- Bankey, R. (2004). The agoraphobic condition. *Cultural Geographies*, 11(3), 347-355. <https://doi.org/10.1191/1474474004eu311ra>
- Batthyány, K. (2004). *Cuidado infantil y trabajo: ¿un desafío exclusivamente femenino?; una mirada desde el género y la ciudadanía social* (p. 201). Montevideo: OIT / Cinterfor.
- Batthyány, K. (2021). Cuidado. En *Palabras clave. Lecturas para este siglo. Políticas del cuidado* (pp. 51-60). Buenos Aires / Ciudad de México: CLACSO / Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Cuajimalpa.
- Becker, E. (1973). *The denial of death*. Nueva York: The Free Press.

- Bergman, M., & Kessler, G. (2008). Vulnerabilidad al delito y sentimiento de inseguridad en Buenos Aires: Determinantes y consecuencias. *Desarrollo Económico*, 48(190/191), 209-234. <https://doi.org/10.2307/27667837>
- Bericat, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers. Revista de Sociología*, 62, 145-176. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v62n0.1070>
- Bermúdez, N., & Previtali, M. E. (Eds.). (2014). *Merodeando la ciudad. Miradas antropológicas sobre espacio urbano e «inseguridad» en Córdoba*. Córdoba: Ediciones del Idacor.
- Bertoni, G. (2016). *Sentimiento de inseguridad y gestión de vulnerabilidades en mujeres de sectores populares* (Tesis de Maestría, FLACSO - Sede México). FLACSO - Sede México, Ciudad de México. Recuperado de <http://flacso.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1026/101>
- Bettin, G. (1982). *Los sociólogos de la ciudad*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Bjerg, M. (2019). Una genealogía de la historia de las emociones. *Quinto Sol*, 23(1). <https://doi.org/10.19137/qs.v23i1.2372>
- Bondi, L., & Rose, D. (2003). Constructing gender, constructing the urban. A review of Anglo-American feminist urban geography. *Gender, Place & Culture*, 10(3), 229-245. <https://doi.org/10.1080/0966369032000114000>
- Boy, M., & Paiva, V. (2015). Espacio y sexualidades: Usuarios (i)legítimos de lo urbano en la zona roja. Ciudad de Buenos Aires, 1998-2005*. *Cadernos Pagu*, (45), 527-549.
- Büscher, M., & Urry, J. (2009). Mobile methods and the empirical. *European Journal of Social Theory*, 12(1), 99-116. <https://doi.org/10.1177/1368431008099642>
- Cabral, P. (2019). *Conflictos, violencias y delitos en perspectiva de género. Un estudio etnográfico sobre varones y mujeres jóvenes de la periferia de la ciudad de La Plata* (Tesis Doctoral, Universidad Nacional de La Plata - Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación). Universidad Nacional de La Plata - Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Ensenada. Recuperado de http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/101616/Documento_completo.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Cabral, P., Germán, B., & Oyhandy Cioffi, Á. (2022). *Cuarto informe sobre delitos y violencias en la Provincia de Buenos Aires (2009-2021)* (Nº 7; p. 36). Ensenada: Observatorio de Políticas de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de Observatorio de Políticas de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de La Plata website: <https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/201>
- Caggiano, S., & Segura, R. (2021). La casa como proceso. Aislamiento y experiencia urbana durante la pandemia a través de la fotografía. *Ciudadánías. Revista de Políticas Sociales Urbanas*, (8). Recuperado de <http://revistas.untref.edu.ar/index.php/ciudadanias/article/view/1125>

- Calzado, M. (2015). *Inseguros. El rol de los medios y la respuesta política frente a la violencia, de Blumberg a hoy*. Buenos Aires: Aguilar.
- Canestraro, M. L., Arenaza, M. S., Suero, P., & Zulaica, L. (2021). Reflexiones acerca del déficit urbano-habitacional en municipios del centro-sur bonaerense en el marco de la implementación de la Ley de Acceso Justo al Hábitat. *Quid 16. Revista del Área de Estudios Urbanos*, (N° Especial Red CU), 27-50.
- Cedillo Hernández, P., Sabido Ramos, O., & García Andrade, A. (2016). Afectividad y emociones. En H. Moreno & E. Acántara (Eds.), *Conceptos clave en los estudios de género* (Vol. 1, pp. 15-33). Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género - Universidad Nacional Autónoma de México.
- CeMAED, C. M. de A. E. del D. (2023). *Reporte de Seguridad: Junio de 2023* (p. 66). Mar del Plata: Secretaría de Seguridad - Municipio de General Pueyrredon. Recuperado de Secretaría de Seguridad - Municipio de General Pueyrredon website: <https://www.mardelplata.gob.ar/Contenido/informes-periodicos>
- Cervio, A. L., & D'Hers, V. (2012). Cuerpos y sensibilidades en falta. Una aproximación a la noción de necesidad en contextos de segregación socio-espacial. En A. L. Cervio (Ed.), *Las tramas del sentir. Ensayos desde una sociología de los cuerpos y las emociones* (pp. 115-150). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora. Recuperado de <https://www.estudiossociologicos.org/-descargas/eseditora/las-tramas-del-sentir/las-tramas-del-sentir.pdf>
- Cicalese, G. (2001). Apertura democrática, gobierno local y políticas urbanas. Nueva apuesta a la construcción de Mar del Plata Balnearia en la década del '80: El caso del complejo balneario La Perla. *FACES*, 7(12), 49-73.
- Clarsen, G. (2014). Feminism and gender. En P. Adey, D. Bissel, K. Hannam, P. Merriman, & M. Sheller (Eds.), *The Routledge Handbook of Mobilities* (pp. 94-102). Abingdon / Nueva York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315857572>
- Collins, R. (1981). On the microfoundations of macrosociology. *American Journal of Sociology*, 86, 984-1014.
- Collins, R. (1990). Stratification, emotional energy, and the transient emotions. En T. D. Kemper (Ed.), *Research agendas in the sociology of emotions* (pp. 27-57). Nueva York: State University of New York Press.
- Collins, R. (1996). *Cuatro Tradiciones Sociológicas*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa.
- Collins, R. (2004). *Interaction Ritual Chains*. Princeton: Princeton University Press.
- Collins, R. (2008). *Violence. A micro-sociological theory*. Princeton: Princeton University Press.
- Collins, R. (2019). Emotional micro bases of social inequality: Emotional energy, emotional domination and charismatic solidarity. *Emotions and Society*, 1(1), 45-50. <https://doi.org/10.1332/263168919X15580836411823>

- Connell, R. (2019). *Masculinidades* (2da ed.). Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género - Universidad Nacional Autónoma de México.
- Corbin, A. (1993). *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*. Barcelona: Mondadori.
- Corral, D. (2010). Los miedos y el alma inquieta del barrio. Representaciones sociales sobre la inseguridad y lógicas de acción en sectores populares del Gran Buenos Aires. En G. Kessler, M. Svampa, & I. González Bombal (Eds.), *Reconfiguraciones del mundo popular: El Conurbano Bonaerense en la postconvertibilidad* (pp. 457-504). Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento / Prometeo Libros.
- Crespo, E. (1986). A regional variation: Emotions in Spain. En R. Harré (Ed.), *The Social Construction of Emotion* (pp. 207-217). Oxford: Blackwell Publishing.
- Czytajlo, N. (2012). Espacio, género y pobreza. Discursos, prácticas y subjetividades. Política habitacional y mejoramiento barrial en Tucumán, Argentina. *Bitácora Urbano Territorial*, 1(20). Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/bitacora/article/view/21397>
- Czytajlo, N. (2020). Género, ciudad y violencia(s). Territorialidades y cartografías emergentes. *Nodo*, 14(28), 41-57.
- D'Alessandro, M., O'Donnell, V., Prieto, S., Tundis, F., & Zanino, C. (2020). *Los cuidados, un sector económico estratégico. Medición del aporte del Trabajo doméstico y de cuidados no remunerado al Producto Interno Bruto* (p. 31). Buenos Aires: Dirección de Economía, Igualdad y Género - Ministerio de Economía. Recuperado de Dirección de Economía, Igualdad y Género - Ministerio de Economía website: <https://www.argentina.gob.ar/noticias/la-direccion-de-economia-igualdad-y-genero-presento-el-informe-los-cuidados-un-sector>
- Dammert, L. (2007a). Entre el temor difuso y la realidad de la victimización femenina en América Latina. En A. Falú & O. Segovia (Eds.), *Ciudades para convivir: Sin violencias hacia las mujeres. Debates para la construcción de propuestas* (pp. 89-107). Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Dammert, L. (2007b). *Perspectivas y dilemas de la seguridad ciudadana en América Latina* (Vol. 2). Quito: FLACSO - Sede Ecuador.
- Dammert, L., & Malone, M. F. T. (2003). Fear of Crime or Fear of Life? Public Insecurities in Chile. *Bulletin of Latin American Research*, 22(1), 79-101.
- Dammert, L., & Salazar, F. (2017). Fear and insecurity in Latin America. En *The Routledge International Handbook on Fear of Crime* (pp. 149-170). Nueva York: Routledge.
- Davidson, J., Bondi, L., & Smith, M. (Eds.). (2007). *Emotional geographies*. Hampshire: Ashgate.
- del Valle Murga, T. (1997). *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Delumeau, J. (2012). *El miedo en Occidente. (Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada* (1ra ed.). Madrid: Taurus.
- Didi-Huberman, G. (2016). *Que Emoção! Que Emoção?* São Paulo: Editora 34.

- Dirección Nacional de Estadística Criminal. (2021). *Muertes violentas y otras violencias contra las mujeres. República Argentina (2017-2020)* (p. 140). Buenos Aires: Ministerio de Seguridad. Recuperado de Ministerio de Seguridad website: [https://estadisticascriminales.minseg.gob.ar/reports/Muertes_violentas_y_otras_violencias_contra_mujeres_\(2017-2020\).pdf](https://estadisticascriminales.minseg.gob.ar/reports/Muertes_violentas_y_otras_violencias_contra_mujeres_(2017-2020).pdf)
- Dirección Técnica de Registros y Bases de Datos. (2021). *Datos públicos Línea 144 Enero-Diciembre 2021* (p. 6). Buenos Aires: Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de Argentina. Recuperado de Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de Argentina website: <https://www.argentina.gob.ar/generos/linea-144/datos-publicos-de-la-linea-144-enero-diciembre-2021>
- d'Oliveira Martins, M. (2016, julio). *Las emociones en el núcleo de la socialidad. El «yo sintiente» y la «intimidad de lo social»*. Ponencia presentado en XII Congreso Español De Sociología. Grandes transformaciones sociales, nuevos desafíos para la sociología, Asturias. Asturias.
- d'Oliveira Martins, M. (2018). *Arlie Russell Hochschild. Un camino hacia el corazón de la sociología*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas - CIS.
- Durkheim, É. (2006). *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales* (1ra. ed., 3ra. reimp.). Madrid: Alianza.
- Durkheim, É. (2012). *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia (y otros escritos sobre religión y conocimiento)*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Cuajimalpa / Universidad Iberoamericana / Fondo de Cultura Económica.
- Efron, D. (1972). *Gesture, race and culture. A tentative study of the spatio-temporal and «linguistic» aspects of the gestural behavior of eastern Jews and southern Italians in New York City, living under similar as well as different environmental conditions* (2da ed.). La Haya: Mouton & Co.
- Elias, N. (2016). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (4ta ed.). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Emirbayer, M. (2009). Manifiesto en pro de una sociología relacional. *Revista CS*, 4, 285-329. <https://doi.org/10.18046/recs.i4.446>
- Espinosa Luna, C. (2019). Cinco premisas sociológicas sobre la violencia. *Sociológica*, 34(97), 329-350.
- ESPOP. (2022). *Encuesta de Satisfacción Política y Opinión Pública. Trabajo bimestral de medición de satisfacción política. Marzo de 2022* (p. 54) [Bimestral]. Buenos Aires: Universidad de San Andrés. Recuperado de Universidad de San Andrés website: https://udesa.edu.ar/sites/default/files/28._udesa_espop_marzo_2022_2.pdf
- Esquivel, V., Faur, E., & Jelin, E. (2012). Hacia la conceptualización del cuidado: Familia, mercado y estado. En *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado* (pp. 11-42). Buenos Aires: IDES / UNFPA / UNICEF.

- Faur, E. (2017). ¿Cuidar o educar? Hacia una pedagogía del cuidado. En P. Redondo & E. Antelo (Eds.), *Encrucijadas entre cuidar y educar. Debates y experiencias* (pp. 87-116). Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones.
- Faur, E., & Pereyra, F. (2018). Gramáticas del cuidado. En J. I. Piovani & A. Salvia (Eds.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual. Encuesta nacional sobre la estructura social* (pp. 497-534). Buenos Aires: Siglo XXI Editores / CLACSO. <https://doi.org/10.2307/j.ctvtwx2b7.19>
- Ferraro, K. F. (1995). *Fear of Crime. Interpreting victimization risk*. Nueva York: University of New York Press.
- Ferraro, K. F. (1996). Women's fear of victimization: Shadow of sexual assault? *Social Forces*, 75(2), 667-690. <https://doi.org/10.2307/2580418>
- Ferraro, R., Zulaica, L., & Echechuri, H. (2013). Perspectivas de abordaje y caracterización del periurbano de Mar del Plata, Argentina. *Letras Verdes. Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales*, (13), 19-40. <https://doi.org/10.17141/letrasverdes.13.2013.926>
- Fisk, S. R., & Ridgeway, C. L. (2018). Framing Gender. En B. J. Risman, C. M. Froyum, & W. J. Scarborough (Eds.), *Handbook of the Sociology of Gender* (pp. 157-171). Cham: Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-319-76333-0_12
- Fleitas, D. M., Lodola, G., & Flom, H. (2014). *Delito y violencia en América Latina y el Caribe: Perfil de los países de la región*. Buenos Aires: Asociación para el Análisis de Políticas Públicas. Recuperado de <http://www.sehla.org/wp-content/uploads/2014/05/Delito-y-Violencia-America-Latina-y-el-Caribe-FLEITAS-APP.pdf>
- Focás, B., & Rincón, O. (Eds.). (2018). *(In)seguridad, medios y miedos*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Gaitán Rossi, P., & Shen, C. (2018). Fear of Crime in Mexico: The Impacts of Municipality Characteristics. *Social Indicators Research*, 135(1), 373-399. <https://doi.org/10.1007/s11205-016-1488-x>
- Galar, S. (2017). Problematizar el problema. Apuntes para complejizar el abordaje de la inseguridad en la dimensión pública. *Papeles de Trabajo*, 11(19), 61-76.
- Gayol, S., & Kessler, G. (2011). La muerte en las ciencias sociales: Una aproximación. *Persona y Sociedad*, 25(1), 51-74. <https://doi.org/10.11565/pys.v25i1.205>
- Gazzoli, R. (2007). *Vivienda social: Investigaciones, ensayos y entrevistas*. Buenos Aires: Nobuko.
- Gekoski, A., Gray, J. M., Adler, J. R., & Horvath, M. A. H. (2017). The prevalence and nature of sexual harassment and assault against women and girls on public transport: An international review. *Journal of Criminological Research, Policy and Practice*, 3(1), 3-16. <https://doi.org/10.1108/JCRPP-08-2016-0016>
- Gennero de Rearte, A., & Ferraro, C. (Eds.). (2002). *Mar del Plata productiva: Diagnóstico y elementos para una propuesta de desarrollo local*. Buenos Aires: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

- Giddens, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo: El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Giddens, A. (2006). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires / Madrid: Amorrortu.
- Goffman, E. (1956a). Embarrassment and Social Organization. *American Journal of Sociology*, 62(3), 264-271.
- Goffman, E. (1956b). The nature of deference and demeanor. *American Anthropologist*, 58(3), 473-502.
- Goffman, E. (1963). *Behavior in public places: Notes on the social organization of gatherings*. Nueva York: Free Press.
- Goffman, E. (1970). *Ritual de la interacción. Ensayos sobre el comportamiento cara a cara* (1ra ed.). Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Goffman, E. (1974). *Frame Analysis. An essay on the organization of experience*. Boston: Northeastern University Press.
- Goffman, E. (1979). *Relaciones en público. Mircoestudios del orden público* (1ra ed.). Madrid: Alianza.
- Goffman, E. (1997a). Frame analysis of gender. En C. Lemert & A. Branaman (Eds.), *The Goffman reader* (pp. 201-228). Maiden: Blackwell Publishers.
- Goffman, E. (1997b). *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1ra. ed., 3ra. reimp.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada* (1ra. ed., 10ma. reimp.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez Rojas, G., Borro, D., Jasín, S., & Riveiro, M. (2022). El trabajo doméstico de varones y mujeres. En A. Salvia, S. Poy, & J. L. Pla (Eds.), *La sociedad argentina en la pospandemia: Radiografía del impacto del covid-19 sobre la estructura social y el mercado de trabajo urbano* (pp. 159-175). Buenos Aires: Siglo XXI Editores / CLACSO.
- González, A. M. (2003). Introducción. Emociones y análisis social. En L. Flamarique & M. d'Oliveira Martins (Eds.), *Emociones y estilos de vida. Radiografía de nuestro tiempo* (pp. 9-24). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gregori, M. F. (2003). Relações de violência e erotismo. *Cadernos Pagu*, (20), 87-120. <https://doi.org/10.1590/S0104-83332003000100003>
- Grupo Turismo y Sociedad. (2023). *Turismo sostenible: Un estado de situación del sector como aporte para la toma de decisiones* (p. 29). Mar del Plata: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales - Universidad Nacional de Mar del Plata / Mar del Plata entre Todos. Recuperado de Facultad de Ciencias Económicas y Sociales - Universidad Nacional de Mar del Plata / Mar del Plata entre Todos website: <https://mardelplataentretodos.org/repositorio/files/original/38ba8999959a08a175a39896562a1642.pdf>
- Hale, C. (1996). Fear of crime: A review of the literature. *International review of Victimology*, 4(2), 79-150.
- Hall, E. T. (2003). *La dimensión oculta* (21ra ed.). Ciudad de México: Siglo XXI Editores.

- Hancock, C. (2020, octubre). *Perspectiva de género en la planeación urbana, revisión del caso europeo*. Conferencia virtual presentado en Seminario Ciudad habitable para todos y todas. Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad - Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México. Ciudad de México. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Tgsu1DSHGno>
- Heise, D. R. (1979). *Understanding events. Affect control and the construction of social actions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Heller, A. (2004). *Teoría de los sentimientos*. Barcelona / Ciudad de México: Fontamara / Coyoacán.
- Hess, U. (2015). Introduction: Gender and Emotion. *Emotion Review*, 7(1), 4. <https://doi.org/10.1177/1754073914544578>
- Hine, C. (2015). *Ethnography for the Internet: Embedded, embodied and everyday*. Londres: Bloomsbury Academic. <https://doi.org/10.5040/9781474218900>
- Hochschild, A. R. (1975). The sociology of feeling and emotion: Selected possibilities. En M. Millman & R. Moss Kanter (Eds.), *Another Voice. Feminist perspectives on social life and social science* (pp. 280-307). Nueva York: Anchor Books. Recuperado de <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/j.1475-682X.1975.tb00339.x>
- Hochschild, A. R. (1979). Emotion work, feeling rules, and social structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575. <https://doi.org/10.1086/227049>
- Hochschild, A. R. (1983a). Comment on Kemper's «Social constructionist and positivist approaches to the Sociology of Emotions». *American Journal of Sociology*, 89(2), 432-434. <https://doi.org/10.2307/2779150>
- Hochschild, A. R. (1983b). *The managed heart. Commercialization of human feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Hochschild, A. R. (2008). Feeling in sociology and the world. *Sociologisk Forskning*, 45(2), 46-50. <https://doi.org/10.2307/20853598>
- Hochschild, A. R. (2009). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires: Katz Ediciones.
- Illouz, E. (2007). *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz Ediciones.
- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Katz Ediciones.
- INDEC. (2010). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Provincia de Buenos Aires, partido General Pueyrredón. Población total por sexo e índice de masculinidad, según edad en años simples y grupos quinquenales de edad*. Instituto Nacional de Estadística y Censos. Recuperado de https://www.indec.gob.ar/ftp/censos/2010/CuadrosDefinitivos/P2-D_6_357.xls
- INDEC. (2014). *Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo* [Informe técnico]. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos. Recuperado de Instituto Nacional de Estadística y Censos website: https://sitioanterior.indec.gob.ar/nivel4_default.asp?id_tema_1=4&id_tema_2=31&id_tema_3=117



- INDEC. (2015). *Estimaciones de población por sexo, departamento y año calendario 2010-2025* (Informe técnico N° 38; p. 115). Buenos Aires: Ministerio de Economía. Recuperado de Ministerio de Economía website: https://www.indec.gov.ar/ftp/cuadros/poblacion/proyeccion_departamentos_10_25.pdf
- INDEC. (2018). *Encuesta Nacional de Victimización 2017* (p. 108). Buenos Aires: INDEC - Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- INDEC. (2020). *Mercado de trabajo. Tasas e indicadores socioeconómicos (EPH). Segundo trimestre de 2020* (Informe técnico N° 5, Vol. 4; p. 25). Buenos Aires: Ministerio de Economía. Recuperado de Ministerio de Economía website: https://www.indec.gov.ar/uploads/informesdeprensa/mercado_trabajo_eph_2trim20929E519161.pdf
- INDEC. (2022). *Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT) 2021* (p. 74) [Resultados de Encuesta]. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos. Recuperado de Instituto Nacional de Estadística y Censos website: <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-4-31-117>
- INDEC. (2023a). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2022. Resultados provisionales* (N° 1; p. 82). Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos. Recuperado de Instituto Nacional de Estadística y Censos website: https://censo.gov.ar/index.php/datos_provisionales/
- INDEC. (2023b). *Trabajo e ingresos. Tasas e indicadores socioeconómicos (EPH). Primer trimestre de 2023* (Informe técnico Vol. 7, n° 5; p. 23). Buenos Aires: Ministerio de Economía. Recuperado de Ministerio de Economía website: <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-4-31-58>
- Jelin, E. (2020). Familia y unidad doméstica: Mundo público y vida privada. En L. Da Silva Catela, M. Cerruti, & S. Pereyra (Eds.), *Elizabeth Jelin. Las tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales*. (pp. 123-162). Buenos Aires: CLACSO.
- Jirón, P. (2007). Implicancias de género en las experiencias de movilidad cotidiana urbana en Santiago de Chile. *Revista venezolana de estudios de la mujer*, 12(29), 173-197.
- Jirón, P., & Iturra Muñoz, L. (2011). Momentos Móviles. Los lugares móviles y la nueva construcción del espacio público. *Arquitecturas del Sur*, 39, 44-57.
- Jirón, P., & Zunino Singh, D. (2017). Presentación. Movilidad Urbana y Género: Experiencias latinoamericanas. *Revista Transporte y Territorio*, (16), 1-8. <https://doi.org/10.34096/rtt.i16.3600>
- Joas, H. (1985). *G.H. Mead, a contemporary re-examination of his thought*. Cambridge: MIT Press.
- Katz, J. (1999). *How emotions work*. Chicago: The University of Chicago Press. Recuperado de <https://press.uchicago.edu/ucp/books/book/chicago/H/bo3631499.html>
- Kessler, G. (2008). Inseguridad subjetiva: Nuevo campo de investigación y de políticas públicas. En A. Álvarez, J. Bertranou, & D. Fernández Pedemonte (Eds.), *Estado, democracia y seguridad ciudadana. Aportes para el debate* (pp. 107-142). Buenos Aires: PNUD Argentina.

- Kessler, G. (2011). *El sentimiento de inseguridad: Sociología del temor al delito* (1ra ed. 1ra reimp.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Kessler, G., & Bruno, M. (2018). Inseguridad y vulnerabilidad al delito. En J. I. Piovani & A. Salvia (Eds.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual. Encuesta nacional sobre la estructura social* (pp. 329-356). Buenos Aires: Siglo XXI Editores / CLACSO. <https://doi.org/10.2307/j.ctvtwx2b7.13>
- Kessler, G., & Otamendi, A. (2021). Sociology of Fear of Crime in Latin America. En X. Bada & L. Rivera Sánchez (Eds.), *The Oxford Handbook of the Sociology of Latin America* (pp. 677-696). Nueva York: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780190926557.013.44>
- Koselleck, R. (1993). «Espacio de experiencia» y «horizonte de expectativas», dos categorías históricas. En *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (pp. 333-357). Barcelona: Paidós Ibérica.
- Koskela, H. (1999). «Gendered exclusions»: Women's fear of violence and changing relations to space. *Geografiska Annaler, Series B: Human Geography*, 81(2), 111-124. <https://doi.org/10.1111/j.0435-3684.1999.00052.x>
- Lan, D. (2020, noviembre). *Geografía y género: La expresión espacial de los femicidios en Argentina*. Conferencia virtual presentado en 7mo GeoWebinar. Instituto Superior Nuestra Señora del Carmen, Villa Mercedes. Villa Mercedes. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=NUsuxONIW3M&fbclid=IwAR3_t05OxNE9o3hRsEQ16T56phkHM85FrOtgqyFEsn1wDh43wzaAo0a79QQ
- Lan, D., Prado, S., & Vera, S. (2019). *Mapeo de los espacios del miedo de las mujeres en Tandil. 8M 2018* (p. 22). Tandil: Centro de Investigaciones Geográficas - Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Recuperado de Centro de Investigaciones Geográficas - Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires website: <https://igehcs.conicet.gov.ar/slider-2/>
- Lan, D., & Rocha, H. (2020). Metodologías feministas para el mapeo de geografías oprimidas en Argentina. *Geopauta*, 4(4), 46-67. <https://doi.org/10.22481/rg.v4i4.7552>
- Lane, J. (2013). Theoretical explanations for gender differences in fear of crime. Research and prospects. En C. M. Renzetti, S. M. Miller, & A. R. Gover (Eds.), *Routledge International Handbook of Crime and Gender Studies* (pp. 57-70). Abingdon: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203832516.ch3>
- Larrinaga Rodríguez, C., & Pastoriza, E. (2009). Dos balnearios atlánticos entre el fin de siglo y la crisis del treinta, San Sebastián y Mar del Plata. Un ejercicio comparativo. *Historia Contemporánea*, (38), 277-310. <https://doi.org/10.1387/hc.2742>
- Larsson, D. (2009). Fear of crime among the poor in Britain and Sweden. *International Review of Victimology*, 15(3), 223-254. <https://doi.org/10.1177/026975800901500302>
- Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo* (1ra ed.). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

- Le Breton, D. (2015). *Elogio del caminar* (2da ed.). Madrid: Ediciones Siruela.
- Lencek, L., & Bosker, G. (1999). *The Beach. The history of Paradise on Earth* (1ra ed.). Nueva York: Penguin Books.
- Ley, D. (1983). *A social geography of the city*. Nueva York: Harper & Row Publishers.
- Lindón, A. (2006). Geografías de la vida cotidiana. En D. Hiernaux & A. Lindón (Eds.), *Tratado de geografía humana* (pp. 356-400). Madrid: Anthropos Editorial / Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa.
- López Sánchez, O., & Llamas Martínez Garza, A. (2008, octubre 23). *La construcción social de la expresión emocional femenina: Una propuesta metodológica desde el análisis del discurso*. Presentado en Coloquio de estudios de género: a 25 años de la fundación del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, Ciudad de México. Ciudad de México. Recuperado de https://www.academia.edu/37972909/La_construcci%C3%B3n_social_de_la_expresi%C3%B3n_emocional_femenina_una_propuesta_metodol%C3%B3gica_desde_el_an%C3%A1lisis_del_discurso?email_work_card=title
- Lorenc Valcarce, F. (2014). *Seguridad privada. La mercantilización de la vigilancia y la protección en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Lozano Rendón, V., & Zunino Singh, D. (2023). Espera. En D. Zunino Singh, P. Jirón, & G. Giucci (Eds.), *Nuevos términos clave para los estudios de movilidad en América Latina* (pp. 99-112). Buenos Aires: Teseo Press.
- Lutz, C. A. (1986). Emotion, thought, and estrangement: Emotion as a cultural category. *Cultural Anthropology*, 1(3), 287-309. <https://doi.org/10.1525/can.1986.1.3.02a00020>
- Lutz, C. A. (1988). *Unnatural emotions. Everyday sentiments on a Micronesian atoll and their challenge to Western theory*. Chicago: University of Chicago Press.
- Madriz, E. (2001). *A las niñas buenas no les pasa nada malo. El miedo a la delincuencia en la vida de las mujeres*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Malaguti Batista, V. (2016). *El miedo en la ciudad de Río de Janeiro. Dos tiempos de una historia* (1ra. ed. en español). San Martín: UNSAM Edita.
- Marcus, G. E. (1995). Ethnography in/of the World System: The emergence of multi-sited ethnography. *Annual Review of Anthropology*, 24(1), 95-117. <https://doi.org/10.1146/annurev.an.24.100195.000523>
- Marina, J. A. (2009). *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*. Barcelona: Anagrama.
- Massey, D. (2001). *Space, place and gender*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Mauss, M. (1979a). *Sociología y antropología* (1ra. ed. 1ra. Reimp.). Madrid: Editorial Tecnos.
- Mauss, M. (1979b). Técnicas y movimientos corporales. En *Sociología. Sociología y antropología* (1ra. ed. 1ra. Reimp., pp. 337-358). Madrid: Editorial Tecnos.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Ediciones Cátedra.

- Mehta, A., & Bondi, L. (2010). Embodied Discourse: On gender and fear of violence. *Gender, Place & Culture*, 6, 67-84. <https://doi.org/10.1080/09663699925150>
- Míguez, D., & Isla, A. (2010). *Entre la inseguridad y el temor: Instantáneas de la sociedad actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Mikkelsen, C., Ares, S., & Aveni, S. (2020, agosto 19). Geografía, pandemia y territorio. COVID-19 pandemia global – incidencia local, aportes a su debate en Mar del Plata. Recuperado 22 de agosto de 2020, de OCPE. Observatorio Ciudadano Político Electoral website: <https://www.observatoriopolitico.com.ar/geografia-pandemia-y-territorio-covid-19-pandemia-global-incidencia-local-aportes-a-su-debate-en-mar-del-plata/>
- Ministerio de Economía (Ed.). (2021). *Ensayos sobre economía y género*. Buenos Aires: Manuel Belgrano Ediciones / Ediciones Biblioteca Nacional.
- Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de Argentina / Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de Argentina. (2021). *Programa Registradas*. Buenos Aires. Recuperado de <https://www.argentina.gob.ar/generos/programa-registradas>
- Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual, & Ministerio de Hacienda y Finanzas. (2022). *8M. Situación de las mujeres en la Provincia de Buenos Aires* (p. 27) [Dossier Estadístico]. La Plata: Jefatura de Gabinete de la Provincia de Buenos Aires. Recuperado de Jefatura de Gabinete de la Provincia de Buenos Aires website: <https://www.ec.gba.gov.ar/areas/genero/8M%202022.pdf>
- Ministerio de Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual. (2021). *Análisis sobre los intentos de femicidio identificados en la Línea 144 PBA* (Nº 2do.; p. 79). La Plata: Ministerio de Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual. Recuperado de Ministerio de Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual website: <https://ministeriodelasmujeres.gba.gob.ar/gestor/uploads/INFORME%20FEMICIDIOS%202021.pdf>
- Molina, I. (2013). Sexismo flexible y malabarismos. Sobre las prácticas cotidianas de la clase obrera en tiempos de la transnacionalidad. En P. Soto Villagrán & M. Á. Aguilar Díaz (Eds.), *Cuerpos, espacios y emociones: Aproximaciones desde las ciencias sociales* (pp. 221-247). Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa / Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa.
- Muñoz, M. A. (2020). *Impacto territorial de las políticas de articulación local implementadas en el contexto del COVID19 en barrios populares del Partido de General Pueyrredon: Capacidad de respuesta a las necesidades emergentes y propuestas para su fortalecimiento* (Nº 1; p. 101). Mar del Plata: Facultad de Humanidades - Universidad Nacional de Mar del Plata / Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación. Recuperado de Facultad de Humanidades - Universidad Nacional de Mar del Plata / Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación website: <https://humanidades.mdp.edu.ar/primer-informe-del-proyecto-mincyt-federal-covid-19-desarrollado-en-el-ambito-de-la-facultad-de-humanidades>



- Obras Públicas crea el Programa de Infraestructura del Cuidado. (2021, agosto 11). *Hoy Día*. Recuperado de <https://hoydia.com.ar/economia/85723-obras-publicas-crea-el-programa-de-infraestructura-del-cuidado.html>
- Observatorio de Géneros y Políticas Públicas, & Registro Nacional de Barrios Populares. (2023). *Relevamiento sobre condiciones socioeconómicas y de uso del tiempo de las mujeres y personas travestis-trans en Barrios Populares* (p. 63). Buenos Aires: Observatorio de Géneros y Políticas Públicas / Secretaría de Integración Socio Urbana - Ministerio de Desarrollo Social. Recuperado de Observatorio de Géneros y Políticas Públicas / Secretaría de Integración Socio Urbana - Ministerio de Desarrollo Social website:
https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/condiciones_socioeconomicas_y_uso_del_tiempo_de_las_mujeres_y_personas_travestis-trans_en_bp_04_may_2023.pdf
- Oficina de la Mujer. (2023). *Registro Nacional de Femicidios de la Justicia Argentina, Edición 2022* (p. 376). Buenos Aires: Corte Suprema de Justicia de la Nación. Recuperado de Corte Suprema de Justicia de la Nación website:
<https://www.csjn.gov.ar/omrecopilacion/omfemicidio/mapafemicidioaaaa.htm?idAnio=2022>
- ONU Mujeres. (2020a, abril 6). Violence against women and girls: The shadow pandemic. Recuperado 2 de abril de 2021, de UN Women website:
<https://www.unwomen.org/en/news/stories/2020/4/statement-ed-phumzile-violence-against-women-during-pandemic>
- ONU Mujeres. (2020b, junio). The Shadow Pandemic: Violence against women during COVID-19. Recuperado 2 de abril de 2021, de UN Women website:
<https://www.unwomen.org/en/news/in-focus/in-focus-gender-equality-in-covid-19-response/violence-against-women-during-covid-19>
- OPS. (2010). Vigilancia de la Pandemia de gripe A (H1N1). Recuperado 7 de julio de 2022, de Organización Panamericana de la Salud website:
<https://www.paho.org/es/pandemia-h1n1-2009-preguntas-mas-frecuentes-sobre-pospandemia>
- OPS & OMS. (2010). *Violencia sexual en Latinoamérica y El Caribe*. Recuperado de
https://www.paho.org/hq/dmdocuments/2010/Violencia_Sexual_LAyElCaribe.pdf
- Ortiz Ríos, H. (2016). *Las prácticas ciudadanas de seguridad frente al delito en México* (Tesis de Maestría, FLACSO - Sede México). FLACSO - Sede México, Ciudad de México. Recuperado de
<http://flacso.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1026/112>
- Otamendi, M. A. (2008, diciembre). *Interpretaciones sobre seguridad ciudadana y sobre el rol del Estado de los argentinos (2007)*. Ponencia presentada en V Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata. La Plata. Recuperado de
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6294/ev.6294.pdf
- Otamendi, M. A. (2016). Seguridad objetiva y subjetiva en América Latina: Aclarando la paradoja. *Revista Brasileira de Segurança Pública*, 10(1).



- Recuperado de <http://www.revista.forumseguranca.org.br/index.php/rbsp/article/view/593>
- Özascilar, M. (2013). Predicting fear of crime: A test of the shadow of sexual assault hypothesis. *International Review of Victimology*, 19(3), 269-284. <https://doi.org/10.1177/0269758013492754>
- Pain, R. (2000). Place, social relations and the fear of crime: A review. *Progress in Human Geography*, 24(3), 365-387. <https://doi.org/10.1191/030913200701540474>
- Palomar Vereza, C. (2020, octubre 1). La academia desde casa. Ciencia, género y cuidados en el contexto del confinamiento por COVID19. *Debate Feminista*. Recuperado de <https://debatefeminista.cieg.unam.mx/articulo-academia-casa.php>
- Palumbo, M. (2017). *Las dinámicas de la violencia contra las mujeres y el amor en los jóvenes*. Buenos Aires: Teseo Press. Recuperado de <https://www.teseopress.com/violencia/back-matter/anexo-metodologico/>
- Pastoriza, E. (2020). Consumo y ocio de los trabajadores. Hotelaría sindical en la Argentina (1940-1990). *TST. Revista de transportes, servicios y telecomunicaciones*, 41, 167-188.
- Pastoriza, E., & Cicalese, G. (2004). Una trayectoria poco común. Los socialistas en Mar del Plata. *Todo es Historia*, 439, 24-33.
- Pegoraro, V. (2020). Mar del Plata: El primer boom de la propiedad horizontal, 1948-1960. *Estudios del hábitat*, 18(1), 081-081. <https://doi.org/10.24215/24226483081>
- Peláez González, C. (2019). Navegar entre los saberes del oficio de la pesca: Un acercamiento desde las emociones y el ámbito corpóreo-sensible. En O. Sabido Ramos (Ed.), *Los sentidos del cuerpo: El giro sensorial en la investigación social y los estudios de género* (pp. 113-133). Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género - Universidad Nacional Autónoma de México.
- Peláez González, C. (2021, junio). *Saberes corpóreo-sensible-emotivos: Reflexiones teórico-metodológicas sobre la investigación en entornos urbanos*. Ponencia presentada en 1st. Congress of the International Network of Sociology of Sensibilities, Buenos Aires. Buenos Aires. Recuperado de https://www.facebook.com/watch/live/?ref=watch_permalink&v=203081895029060
- Plassa, W., & Silva da Cunha, M. (2016). Sensação de insegurança pública no Brasil: Análise estrutural das vulnerabilidades e do efeito da vitimização direta. *Economic Analysis of Law Review*, 7(1), 266-290. <https://doi.org/10.31501/ealr.v7i1.6818>
- Poder Legislativo de la Nación Argentina. *Ley de Protección Integral de Mujeres*. Pub. L. No. 26.485 (2009).
- Poder Legislativo de la Nación Argentina. *Ley de Protección Integral de Mujeres*. Pub. L. No. 27533 (2019).
- Pol, M. A., Ledda, V., & Bagini, L. (2022). Estructura ocupacional y calidad del empleo en las regiones urbanas. En A. Salvia, S. Poy, & J. L. Pla (Eds.), *La*



- sociedad argentina en la pospandemia: Radiografía del impacto del covid-19 sobre la estructura social y el mercado de trabajo urbano* (pp. 73-92). Buenos Aires: Siglo XXI Editores / CLACSO.
- Procuración General. (2023). *IPP iniciadas por bien jurídico protegido. Año 2022* (p. 23). La Plata: Ministerio Público Fiscal - Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. Recuperado de Ministerio Público Fiscal - Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires website: <https://www.mpba.gov.ar/estadisticas>
- Ramacciotti, K. I. (2020). Cuidar en tiempos de pandemia. *Descentrada*, 4(2), e126. <https://doi.org/10.24215/25457284e126>
- Reckwitz, A. (2016). Toward a theory of social practices: A development in culturalist theorizing. *European Journal of Social Theory*, 5(2), 243-263. <https://doi.org/10.1177/13684310222225432>
- Reguillo, R. (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos: Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *Alteridades*, 18(36), 63-74.
- Ridgeway, C. L. (2011). *Framed by Gender: How Gender Inequality Persists in the Modern World*. Nueva York: Oxford University Press.
- Ridgeway, C., & Smith-Lovin, L. (2006). Gender and Interaction. En J. Chafetz (Ed.), *Handbook of the Sociology of Gender* (pp. 245-274). Nueva York: Springer. https://doi.org/10.1007/0-387-36218-5_13
- Rocchi, F. (2003). La americanización del consumo: Las batallas por el mercado argentino, 1920-1945. En M. I. Barber & A. M. Regalsky (Eds.), *Americanización. Estados Unidos y América Latina en el siglo XX. Transferencias económicas, tecnológicas y culturales* (pp. 131-190). Buenos Aires: EDUNTREF.
- Rodó de Zárate, M. (2013, octubre). *Metodologías feministas visuales para el análisis de la experiencia del espacio desde una perspectiva interseccional*. Ponencia presentada en XXIII Congreso de Geógrafos Españoles, Palma de Mallorca. Palma de Mallorca. Recuperado de <http://www.uibcongres.org/congresos/ponencia.es.html?cc=279&mes=13&ordpon=122>
- Rodríguez Alzueta, E. (2011). Los vecinos de Las Rosas y sus estrategias securitarias. En O. Salanueva & M. González (Eds.), *Los pobres y el acceso a la justicia* (pp. 113-144). La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Rodríguez Alzueta, E. (2014). *Temor y control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*. Buenos Aires: Futuro Anterior Ediciones.
- Sabido Ramos, O. (2007). El sentir de los sentidos y las emociones en la sociología de Georg Simmel. En O. Sabido Ramos (Ed.), *Georg Simmel. Una revisión contemporánea* (pp. 211-230). Barcelona: Anthropos Editorial / Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Azcapotzalco.
- Sabido Ramos, O. (2010). El «orden de la interacción» y el «orden de las disposiciones». Dos niveles analíticos para el abordaje del ámbito corpóreo-afectivo. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 3(2), 6-17.

- Sabido Ramos, O. (2011). El cuerpo y la afectividad como objetos de estudio en América Latina: Intereses temáticos y proceso de institucionalización reciente. *Sociológica*, 26(74), 33-78.
- Sabido Ramos, O. (2013). Los retos del cuerpo en la investigación sociológica. Una reflexión teórico-metodológica. En P. Soto Villagrán & M. Á. Aguilar Díaz (Eds.), *Cuerpos, espacios y emociones: Aproximaciones desde las ciencias sociales* (pp. 19-54). Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa / Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa.
- Sabido Ramos, O. (2015). Fragmentos amorosos en el pensamiento de Georg Simmel. En G. Díaz Aldana (Ed.), *Una actitud del espíritu. Interpretaciones en torno a Georg Simmel* (pp. 205-235). Bogotá / Medellín: Universidad Nacional de Colombia / Universidad de Antioquia.
- Sabido Ramos, O. (2019a). El análisis sociológico de la vergüenza en Georg Simmel. Una propuesta para pensar el carácter performativo y relacional de las emociones. *Digithum*, 23, 1-15. <https://doi.org/10.7238/d.v0i23.3148>
- Sabido Ramos, O. (2019b). Introducción: El sentido de los sentidos del cuerpo. En *Los sentidos del cuerpo: El giro sensorial en la investigación social y los estudios de género* (pp. 17-44). Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género - Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sabido Ramos, O. (2020). La proximidad sensible y el género en las grandes urbes: Una perspectiva sensorial. *Estudios Sociológicos*, 38(112), 201-232. <https://doi.org/10.24201/es.2020v37n112.1763>
- Sabsay, L. (2011). *Fronteras sexuales: Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- Salvia, A., Poy, S., & Pla, J. L. (Eds.). (2022). Introducción. En *La sociedad argentina en la pospandemia: Radiografía del impacto del covid-19 sobre la estructura social y el mercado de trabajo urbano* (pp. 193-200). Buenos Aires: Siglo XXI Editores / CLACSO.
- Sánchez de Madariaga, I. (2009). Vivienda, movilidad y urbanismo para la igualdad en la diversidad: Ciudades, género y dependencia. *Ciudad y Territorio Estudios Territoriales (CyTET)*, 41(161-162), 581-597.
- Sánchez de Madariaga, I. (2013). Mobility of care: Introducing new concepts in urban transport. En M. Roberts & I. Sánchez de Madariaga (Eds.), *Fair shared cities: The impact of gender planning in Europe* (1ra ed., pp. 49-69). Burlington: Ashgate. Recuperado de <http://site.ebrary.com/id/10740174>
- Sánchez de Madariaga, I. (2020, junio). *Movilidad del cuidado en tiempos de COVID-19*. Conferencia virtual presentado en Mujeres en Movimiento / Transformative Urban Mobility Initiative, Madrid. Madrid. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=eG2rpFih_Z0
- Sánchez de Madariaga, I., & Zucchini, E. (2020). «Movilidad del cuidado» en Madrid: Nuevos criterios para las políticas de transporte. *Ciudad y Territorio Estudios Territoriales (CyTET)*, 52(203), 89-102. <https://doi.org/10.37230/CyTET.2020.203.08>
- Scheff, T. J. (1990). *Microsociology. Discourse, Emotion, and Social Structure*. Chicago: University of Chicago Press.



- Seamon, D. (1979). *A Geography of the Lifeworld. Movement, rest, and encounter*. Londres / Nueva York: Croom Helm / St. Martin's Press.
- Sheller, M. (2014). Sociology after the mobilities turn. En P. Adey, D. Bissel, K. Hannam, P. Merriman, & M. Sheller (Eds.), *The Routledge Handbook of Mobilities* (pp. 45-54). Abingdon / Nueva York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315857572>
- Silva, B. F. A., & Beato Filho, C. C. (2013). Ecología social del miedo: Evaluando la asociación entre el contexto de barrio y el miedo al crimen. *Revista Brasileira de Estudos de População*, 30, S155-S170. <https://doi.org/10.1590/S0102-30982013000400010>
- Simmel, G. (1977). *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Simmel, G. (1986). *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península.
- Simmel, G. (2018). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización* (Vol. 2). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Soto Villagrán, P. (2012). El miedo de las mujeres a la violencia en la Ciudad de México: Una cuestión de justicia espacial. *Revista INVI*, 27(75), 145-169. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582012000200005>
- Soto Villagrán, P. (2013). Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia. Discursos y prácticas en la corporalidad y las emociones. En P. Soto Villagrán & M. Á. Aguilar Díaz (Eds.), *Cuerpos, espacios y emociones: Aproximaciones desde las ciencias sociales* (pp. 197-219). Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa / Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa.
- Soto Villagrán, P. (2019). *Análisis de la movilidad, accesibilidad y seguridad de las mujeres en tres Centros de Transferencia Modal (CETRAM) de la Ciudad de México* (Nota Técnica N° IDB-TN-1780; p. 107). Banco Interamericano de Desarrollo.
- Soto Villagrán, P. (2020a, agosto). *Movilidad y género*. Conferencia virtual presentado en Movilidad con perspectiva de género en la nueva normalidad, Ciudad de México. Ciudad de México. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=pRnoS2Cn8eY>
- Soto Villagrán, P. (2020b, agosto). *Una mirada de género a la movilidad, accesibilidad y seguridad en la Ciudad de México*. Conferencia virtual presentado en Seminario Ciudad habitable para todos y todas. Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad - Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México. Ciudad de México. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=GWyfJ3o5Mfo>
- Sozzo, M. (2008). *Inseguridad, prevención y policía*. Quito: FLACSO - Sede Ecuador/Municipio Metropolitano de Quito.
- Suárez de Garay, M. E., & Arteaga Botello, N. (Eds.). (2016). *Violencia, inseguridad y sociedad en México*. Ciudad de México: Comecso / Foro Consultivo Científico y Tecnológico, AC.
- Sutton, R. M., & Farrall, S. D. (2005). Gender, socially desirable responding and the fear of crime: Are women really more anxious about crime? *The British Journal of Criminology*, 45(2), 212-224. <https://doi.org/10.1093/bjc/azh084>

- Thien, D. (2005). After or beyond feeling? A consideration of affect and emotion in Geography. *Area*, 37(4), 450-454.
- Thoits, P. A. (1989). The Sociology of Emotions. *Annual Review of Sociology*, 15(1), 317-342. <https://doi.org/10.1146/annurev.so.15.080189.001533>
- Torre, J. C., & Pastoriza, E. (2019). *Mar del Plata. Un sueño de los argentinos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Turner, B. S. (1989). *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- UNODC. (2019). *Global study on homicide 2019* (Nº 3). Viena: Oficina de las Naciones Unidas contra las Drogas y el Delito - Naciones Unidas. Recuperado de Oficina de las Naciones Unidas contra las Drogas y el Delito - Naciones Unidas website: <https://www.unodc.org/unodc/en/data-and-analysis/global-study-on-homicide.html>
- Urry, J. (2000). *Sociology beyond societies. Mobilities for the twenty-first century*. Nueva York: Routledge.
- Urry, J., & Larsen, J. (2011). *The tourist gaze 3.0* (3ra ed.). Londres: SAGE Publications.
- Valentine, G. (1989). The geography of women's fear. *Area*, 21(4), 385-390.
- Varela, C. (2005). ¿Qué significa estar seguro? De delitos, miedos e inseguridades entre los adultos mayores. *Cuadernos de Antropología Social*, (22), 153-171.
- Varela, C. (2009). *Modalidades de apropiación de los espacios públicos y el problema de la «(in)seguridad»: Adultas mayores en la Ciudad de Buenos Aires (2004-2008)* (Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1289>
- Vilalta, C. (2016). Does the Mexican War on Organized Crime Mediate the Impact of Fear of Crime on Daily Routines? *Crime & Delinquency*, 62(11), 1448-1464. <https://doi.org/10.1177/0011128714541208>
- Vilalta, C. (2020). Violence in Latin America. An overview of research and issues. *Annual Review of Sociology*, 46(1), 693-706. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-073018-022657>
- Warr, M. (1985). Fear of rape among urban women. *Social Problems*, 32(3), 238-250. <https://doi.org/10.2307/800684>
- Werner, O., & Schoepfle, G. M. (1987). *Systematic fieldwork. Foundations of ethnography and interviewing* (Vol. 1). Newbury Park: SAGE Publications.
- Zulaica, L., Canestraro, M. L., & Mujica, C. (2023). La expansión urbana de Mar del Plata. Análisis de algunos datos recientes sobre dinámicas socioterritoriales y demográficas. *Cuadernos del ISTE C*, (2), 1-15.
- Zunino Singh, D., Pérez, V., Hernández, C., & Velázquez, M. (2020). Movilidad pública, activa y segura. Reflexiones sobre la movilidad urbana en tiempos de COVID-19. *Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, 1(25), 67-84.

VIII. ANEXOS

Anexo I. Guion de entrevista cara a cara

Presentación/Introducción: Me llamo Gimena, soy estudiante y estoy haciendo un Doctorado y para titularme tengo que hacer un trabajo final. ... No hay respuestas correctas ni incorrectas, ni buenas ni malas para las preguntas que te voy a hacer; solo quisiera saber tu experiencia y punto de vista sobre las cosas que te preguntaré.

Aclarar que la información será anónima y confidencial; que las entrevistas serán utilizadas con fines de investigación para una tesis doctoral; que los testimonios no serán mostrados a nivel individual con sus nombres y que se trabajará sobre significados y experiencias y resultados comunes con otras. Me interesan sobre todo las experiencias en espacios interiores y exteriores, los usos de estos, la movilidad, sus emociones y sentires. Que su opinión es muy valiosa para mí. Agradecimiento por el tiempo.

Durará aproximadamente una hora, depende más bien de lo que vayamos charlando. Está siempre en tus manos pausar, reprogramar o finalizar la entrevista.

Datos de la entrevista

- Fecha de entrevista:
- Lugar de la entrevista:
- Cómo se concretó la entrevista:
- Duración de la entrevista:
- Hora de comienzo de la entrevista:
- Hora de finalización de la entrevista:
- Número telefónico o dirección:
- Consideraciones y observaciones:

Guion de entrevista	
Preguntas preparatorias sobre vida cotidiana	<p>¿Cómo fue tu día de ayer? Pedirle una descripción detallada</p> <p>¿Cómo dirías que era un día típico tuyo antes de la cuarentena? ¿Me lo podés describir?</p> <p>¿Cómo se distribuyen las tareas y responsabilidades en la casa? ¿Te parece que está bien así? ¿Qué cambiarías? ¿Por qué?</p>
Pregunta de control	<p>¿De cuáles actividades cotidianas te ocupás? Llevar niños a la escuela, realizar compras, realizar trámites, llevar</p>



**Emociones /
Cuerpo / Espacio**

Pregunta de control	<p>a hijos u otro familiar al médico, cuidar a un familiar, cuidar niños</p> <p>De estas actividades que hacés diariamente, ¿hay alguna que disfrutes o te resulte placentera? ¿Por qué?</p> <p>De estas actividades que hacés diariamente, ¿hay alguna que te pese o te disguste hacer? ¿Por qué?</p> <p>En términos generales, ¿cómo caracterizarías los momentos en que te movés por la calle y en el transporte público? [limpio/sucio, lindo/feo, tensión/tranquilidad, segura/insegura, placentera/desagradable, expectante/confiada]</p> <p>¿Qué cosas o personas son las que creés que te hacen sentir así?</p>
Pregunta de control	<p>Además de para trasladarte, ¿en qué otros momentos dirías que usás la calle, la vereda (banqueta)...?</p> <p>¿Tenés algún resguardo antes de salir? ¿Cuál/es? ¿Y durante el viaje? ¿Y al regreso? Descripción detallada</p> <p>¿Me podrías decir que cómo cambio tu día a día cuando hubo cuarentena más estricta por el coronavirus? (No escuela, no trabajo, más trabajo de cuidado sobre otros, alguien nuevo en la casa, menos ingresos, poca movilidad)</p>
Interior	<p>Y dentro de esos cambios, ¿para qué cosas tuviste que salir obligatoriamente o no te quedó alternativa?</p> <p>¿Te gusta estar en tu casa? Por qué sí/no</p> <p>¿Preferís estar sola o acompañada? Con quiénes sí/no</p> <p>Específicamente ¿en qué lugar de la casa es te gusta/disgusta estar? Y con quién o sola</p> <p>¿Te gusta ir a la casa de familiares y amigxs? Por qué sí/no; a la de quiénes sí/no</p> <p>Si te pregunto por un lindo recuerdo en tu casa o en la de otra persona, ¿cuál es</p>



Exterior

la situación que viene a tu mente? ¿Me la podrás describir? [emociones, con quién/es, cuándo, lugar, duración]
Si te pregunto por una mala experiencia en tu casa o en la de otra persona, ¿cuál es la situación que viene a tu mente?
¿Me la podrás describir? [emociones, con quién/es, cuándo, lugar]
¿Cuándo sentís que “salís”? Incluso cuando estás en el patio/delante de tu casa / Cuando salís a hacer las compras / Cuando andás por el barrio / Cuando te movés fuera del barrio
¿Cuáles de todas las actividades que me contaste que hacés de manera cotidiana son aquí en el barrio? ¿Dónde vas/te movés dentro del barrio?
¿Cuáles de todas las actividades que me contaste que hacés diariamente requieren que te traslades fuera del barrio?
¿Cómo lo hacés? Caminar, bicicleta, moto, automóvil, colectivo (autobús), multimodal
De las actividades que has realizado por el barrio y la ciudad en la última semana, ¿me podrías describir alguno que creas importante/significativo? Por repetición o excepcionalidad
Y ¿cómo dirías que es tu experiencia...? (caminando, como ciclista, usando el transporte público o el particular)
¿Cómo te hace sentir andar por la calle?
¿Te parece que tenés sensaciones distintas si es por el barrio o por otro lugar de la ciudad?
¿Y cómo se siente tu cuerpo? Pedir una escena ejemplificadora y detallada
Si te pregunto por un lindo recuerdo en el barrio o la ciudad, ¿cuál es la situación que viene a tu mente? ¿Me la podrás describir? [emociones, con quién/es, cuándo, lugar, duración]
Si te pregunto por una mala experiencia en el barrio o la ciudad, ¿cuál es la



situación que viene a tu mente? ¿Me la podrás describir? [emociones, con quién/es, cuándo, lugar]

¿Considerás que la hora del día o de la noche condiciona las actividades que hacés fuera? ¿En qué sentido?

¿Considerás que la hora del día o de la noche condiciona el medio de transporte que usás? ¿En qué sentido?

Y si pensamos en invierno/verano o clima frío/caluroso ¿tus actividades cambian? ¿En qué sentido o de qué modo? ¿Cambia la forma en que te movés?

¿Usas la plaza/parque del barrio? ¿Cuán lejos te queda? ¿Vas sola?

¿Acompañada, con quiénes? Si te gusta o disgusta ir, ¿por qué dirías que te gusta/disgusta?

¿Y el Polideportivo Municipal [o alguna de las villas deportivas de los clubes Urquiza, Talleres, Al Ver Verás, Kimberley, Provincia, Biguá, Unión del Sur]? ¿Con quiénes vas? Si te gusta o disgusta ir, ¿por qué dirías que te gusta/disgusta?

Me contaron que hacen partidos de futbol en el barrio, de mujeres y de varones, ¿vos vas? ¿Como espectadora o jugadora? ¿Por qué vas/por qué no vas? Te gusta, qué pasa ahí

¿Hay alguna (u otra) actividad o reunión de la que suelas participar en el barrio? [social/comunitaria, política, religiosa, deportiva]

¿Cómo dirías que vivís el día a día en el barrio? ¿Me lo podrías describir? [Sale poco/lo necesario/ocio en la calle]

¿Qué situaciones o cosas te generan inconvenientes o te desalientan cuando querés usar un espacio público?

Si tuvieras que describir la relación que tenés con tus vecinxs, ¿qué me dirías?

¿Te generan confianza? Si necesitaras algo, ¿podrías acudir a ellxs? ¿Qué

**Perfil
sociodemográfico**

implica para vos encontrártelos en la calle? ¿Por qué?
¿Considerás que la hora del día o la noche limita las cosas que podés hacer o no en el barrio? ¿En qué sentido?
Por ejemplo la plaza/la esquina:
¿quiénes usan este espacio a las 3 de la tarde? ¿Y a las 9 de la noche? ¿Quiénes o qué grupos no la usan? ¿Por qué?
Cuando hace calor o hay sol, ¿usás la playa?
¿Cómo llegás hasta la costa?
¿Con quiénes vas?
Si te gusta o disgusta ir, ¿por qué dirías que te gusta/disgusta?
¿Cuándo fue la última vez que fuiste a la playa? ¿Con quién?
¿Cuál es el lugar que más te gusta de la ciudad? Aun cuando no lo visites o lo visites poco ¿Por qué?
De todo esto que charlamos, ¿te gustaría que cambie algo de lo que estuvimos hablando? [tu ocupación, la casa, el barrio, la ciudad, la plaza, los colectivos, las veredas, tus tareas diarias, pareja, los hijos...]
Edad
Lugar de nacimiento
Ocupación principal (trabajo doméstico, trabajo en relación de dependencia, estudiante, independiente/autónoma)
Pareja
Hijos
Convivientes
¿Cuándo y cómo llegaste a vivir acá?

Ahora, antes de terminar, quisiera pedirte que me ayudes a marcar en estos mapas los lugares o trayectos donde creés que te sentís mejor, más tranquila, más segura, más contenta o donde te divertís; y también los lugares y trayectos que menos te gustan, donde te sentís insegura, donde has sentido violencia, dolor, rabia, etc.; lugares placenteros/desagradables, tensión/tranquilidad. Puede ser



una calle, un trayecto, una parte de tu casa, la casa de otra persona, un lugar lejano de tu casa o uno cercano

→ Mapa de su barrio y alrededores

→ Mapa Mar del Plata

Anexo II. Guion de entrevista epistolar

Primer y segundo contacto

Establecer contacto y presentación; manifestar el objetivo de la entrevista y su duración; explicar cómo sería el intercambio de mensajes o correos; asentar compromiso de confidencialidad y anonimato. Mediación: WhatsApp, Telegram, Facebook Messenger o correo electrónico, según prefiera la entrevistada.

Tercer contacto: primer bloque de preguntas

Estimada xxx:

Te envío en este mensaje el primer bloque de preguntas para que puedas responderlas a lo largo de esta semana.

Tus respuestas pueden ser de la extensión que te parezca necesaria. Podés escribirlas o enviarme un audio, lo que te resulte más cómodo. También podés mandarme fotos de algún lugar de tu casa o del barrio, de alguna actividad mientras la estés haciendo. Lo importante es que te sientas libre para responderlas desde el lugar o momento del día que prefieras.

Si tenés alguna duda o comentario, estaré atenta de la información que necesites.

1. ¿Cómo dirías que era un día típico tuyo antes de la cuarentena? ¿Me lo podés describir detalladamente?
2. ¿De cuáles actividades cotidianas de ocupás? Llevar niña/os a la escuela, realizar compras, realizar trámites, llevar a hijas/os u otro familiar al médico, cuidado (hijas/os, madre/padre, pareja, conocido, otros)
3. ¿Cómo te has movido por el barrio y la ciudad en la última semana? ¿Qué hacías antes y qué haces ahora?

Cuarto contacto: segundo bloque

4. En términos generales, ¿cómo caracterizarías los momentos en que te movés por la calle y en el transporte público?
5. Además de para trasladarte, ¿en qué otros momentos dirías que usás la calle?
6. ¿En qué momentos dirías que usás las plazas del barrio o de la ciudad? ¿Y la playa?

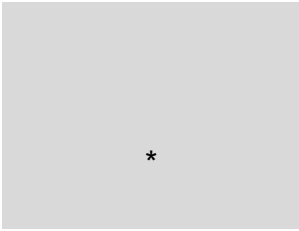
Quinto contacto: tercer bloque

7. De todos los ratos que pasás en la calle, la plaza o playa, ¿cuáles te gustan o disfrutas estar fuera? ¿Cuáles no te gustan? ¿Por qué?
8. ¿Qué cosas o personas son las que crees que te hacen sentir así?
9. Al usar esos espacios, y en cada caso, ¿preferís estar sola/con familiares/con amigos? ¿Por qué dirías que preferís estar sola/con familiares/con amigos?

Anexo III. Guion de observación

Tabla 2. Observación en el espacio público barrial

Interacciones en el espacio exterior, lugares		Niñxs
		Jóvenes
		Mujeres
		Varones
		Adultxs mayores
	Espacios de ocio y encuentro	Banquetas, patios, esquinas, parque, Polideportivo Municipal, exterior de bares y abarrotes
		Lugares de la sociedad civil
		Lugares de culto
	Cuerpo	Sedes o locales políticos y partidarios
		Expresividad, gestos, disposiciones y movimientos corporales
		Olores, sonidos
		Principales flujos/recorridos
Espacios físicos e infraestructura		Paradas de autobuses, frecuencia de autobuses
		Iluminación pública y asfalto
		Pintadas, murales, graffitis
		Esquinas y banquetas
		Abarrotes
		Escuela/s y centros de salud
		Plazas/parques, descampados, Polideportivo Municipal
		Bares
		Lugares de encuentro sociedad civil
		Lugares de culto
		Lugares de encuentro política



Espacio
interior/Vivienda

Tipos de construcción

Acceso a servicios

Habitaciones

Observar si la toponimia dice algo del
barrio

Anexo IV. Las sujetas interlocutoras

Tabla 3. Breve perfil sociodemográfico de las mujeres entrevistadas

		Entrevistada ⁵⁸	Edad	Zona	Pareja	Hijxs	Ocupación principal
1	Marzo 2020	Andrea	X	Suroeste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
2	Marzo 2020 / Febrero 2021	Azucena	56	Suroeste	Sí	Sí	Trabajadora formal
3	Marzo 2020	Romina	25	Noreste	No	Sí	Trabajadora formal
4	Diciembre 2020	Susana	47	Noreste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
5	Diciembre de 2020	Cristina	40	Noreste	Sí	Sí	Desocupada/Trabajo doméstico no remunerado
6	Diciembre 2020	Yolanda	65	Noreste	No	Sí	Trabajo doméstico no remunerado/Militancia política
7	Diciembre 2020	Ana	34	Noreste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
8	Diciembre 2020	Nadia	34	Noreste	No	Sí	Trabajadora informal
9	Diciembre 2020– Enero 2020	Gimena	42	Noreste	Sí	Sí	Trabajadora informal
10	Diciembre 2020 – Febrero 2021	Graciela	59	Sudoeste	No	Sí	Trabajadora informal/Militancia política
11	Enero 2021	Kina	27	Sudoeste	Sí	No	Trabajadora informal/Militancia política

⁵⁸ Los nombres que se alistan son seudónimos. Desde el inicio de cada uno de los encuentros con las mujeres, se acordó su anonimato.



12	Enero 2021	Yanina	30	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajadora informal
13	Enero 2021	Cristina	43	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajadora formal
14	Enero 2021	Camila	37	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajadora informal/Militancia política
15	Enero 2021	Fabiana	43	Sudoeste	No	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
16	Enero 2021	Marta	50	Sudoeste	No	Sí	Trabajadora informal
17	Enero 2021	Candelaria	31	Noreste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
18	Enero 2021	Milagros y Morena	14	Sudoeste	No	No	Estudiante
19	Enero 2021		13	Sudoeste	No	No	Estudiante
20	Enero 2021	Carmela	47	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
21	Enero 2021	Alicia	42	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajadora informal/Militancia política
22	Enero 2021	Anaía	20	Sudoeste	No	No	Estudiante
23	Enero 2021	Micaela	22	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajadora informal/Militancia política
24	Enero 2021	Julieta	26	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajadora informal/Militancia política
25	Enero 2021	Margarita	21	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
26	Enero 2021	Luchi	27	Sudoeste	No	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
27		Micaela	24	Sudoeste	No	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
28	Enero 2021	Agostina	24	Sudoeste	Sí	No	Trabajadora informal
29	Enero 2021	Samanta	19	Sudoeste	Sí	No	Trabajadora informal
30	Enero 2021	Marisa	31	Noreste	Sí	No	Trabajadora formal

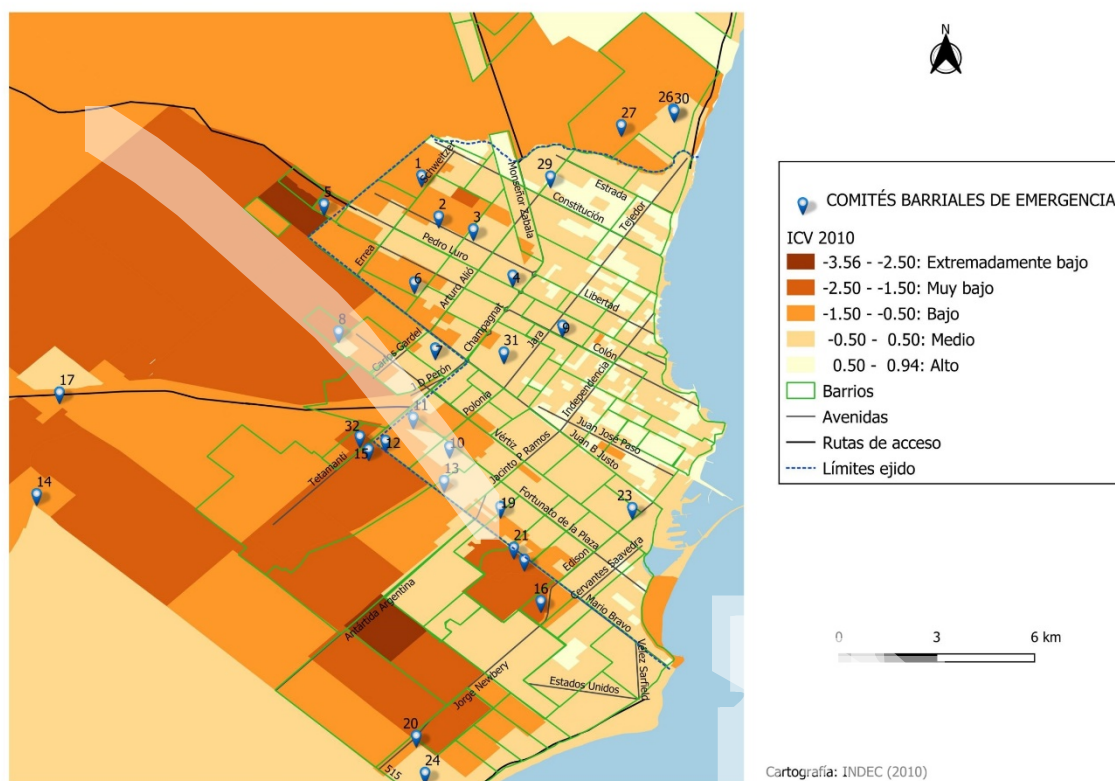


31	Enero y febrero 2021	Stella	67	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
32	Enero 2021	Maricel	22	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
33	Febrero 2021	Camila	34	Noreste	No	No	Trabajadora formal
34	Febrero 2021	Marta	23	Noreste/ Martillo	Sí	No	Trabajadora informal
35	Febrero 2021	Susana	43	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajadora informal/Militancia política
36	Febrero 2021	Ludmila	43	Sudoeste	No	Sí	Trabajadora formal
37	Febrero 2021	Griselda	40	Sudoeste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
38	Febrero 2021	Fabiana	21	Noreste	No	No	Estudiante
39	Marzo 2021	Carmen	45	Noreste	No	Sí	Trabajadora informal
40	Marzo 2021	Celeste	26	Noreste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
41	Marzo 2021	Fernanda	25	Noreste	Sí	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
42	Marzo 2021	Malena	18	Noreste	No	No	Estudiante
43	Marzo 2021	Miriam	70	Noreste	No	Sí	Trabajo doméstico no remunerado
44	Marzo 2021	Clarisa	55	Noreste	Sí	Sí	Militancia política

Fuente: elaboración propia con base en trabajo de campo

Anexo V. Ilustraciones

Ilustración 5. Índice de Calidad de Vida en Mar del Plata (2010) y ubicación de los Comités Barriales de Emergencia (2020–2021)



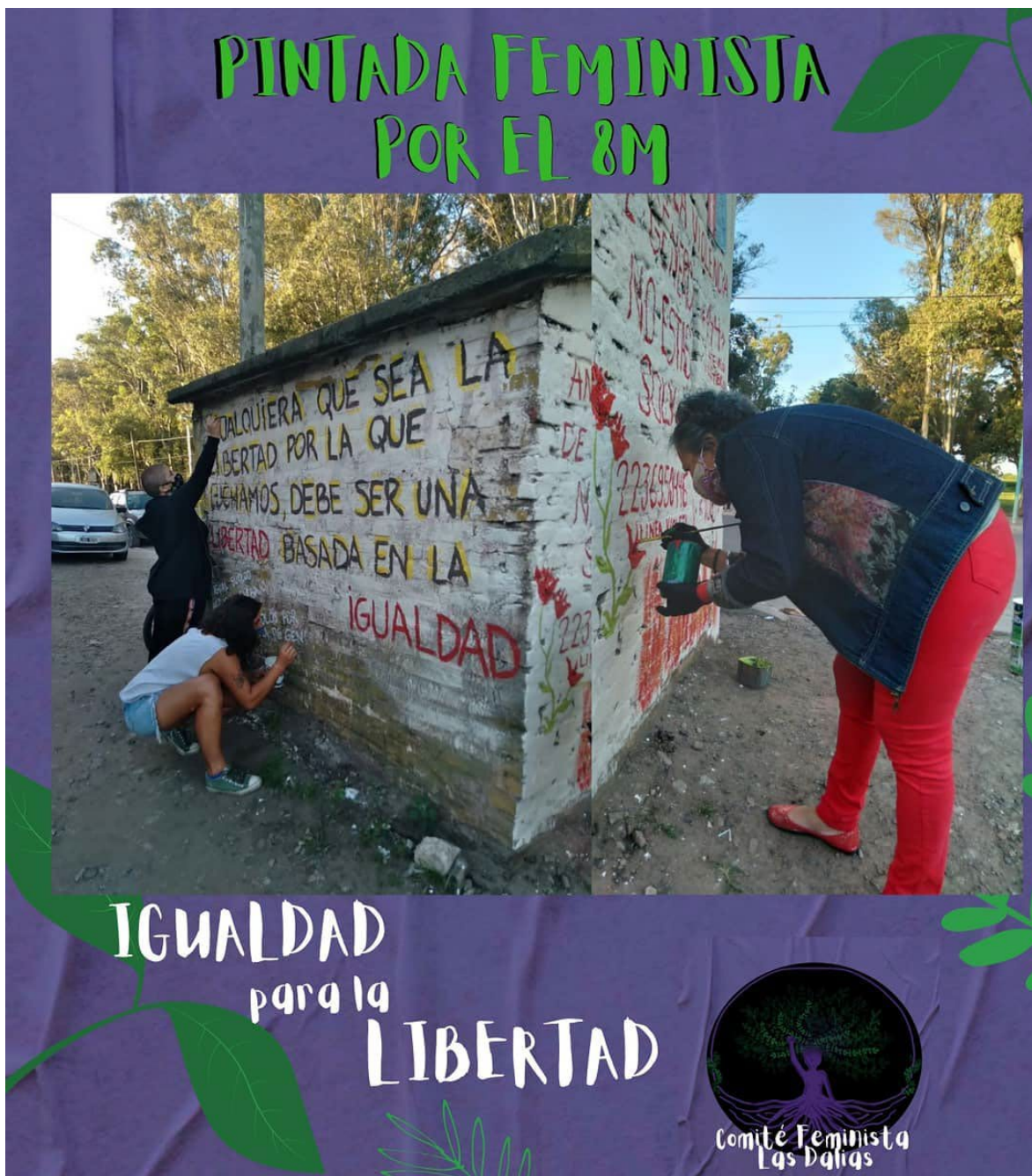
Fuente: Mikkelsen et al. (2020)

Ilustración 6. Cartel de difusión del mural-intervención en un refugio de colectivos del barrio Las Dalias, año 2021.



Fuente: Facebook del Comité Feminista del barrio Las Dalias. El rostro de una de las mujeres que participa ha sido difuminado para preservar su privacidad. Disponible en <https://www.facebook.com/Comit%C3%A9-Feminista-Las-Dalias-109311260891584/>

Ilustración 7. Cartel de difusión del mural–intervención en un refugio de colectivos del barrio Las Dalias, año 2021 (2).



Fuente: Facebook del Comité Feminista del barrio Las Dalias. Disponible en <https://www.facebook.com/Comit%C3%A9-Feminista-Las-Dalias-109311260891584/>

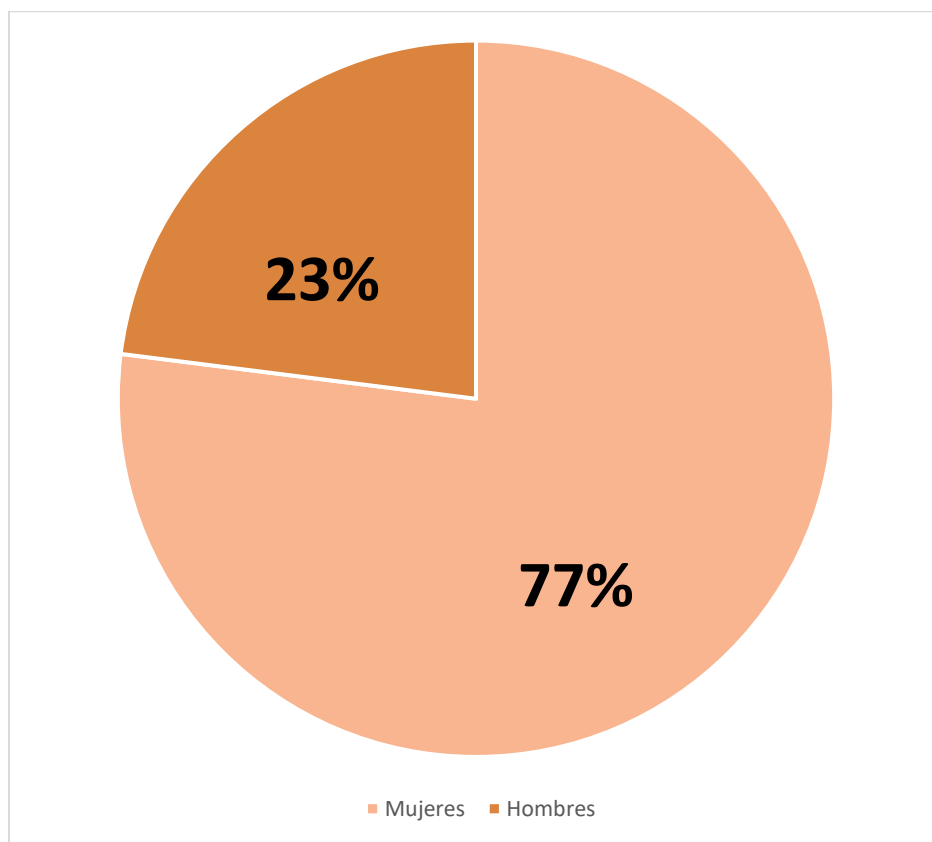
Ilustración 8. Espacialidad de victimizaciones por inseguridad ciudadana y violencia de género a través de diagrama de Sankey.



Fuente: elaboración propia con base en trabajo de campo y a través de *Atlas.ti*.

Anexo VI. Gráficos

Gráfico 1. Uso del tiempo dedicado al trabajo no remunerado. Distribución por sexo para la Provincia de Buenos Aires (2013).

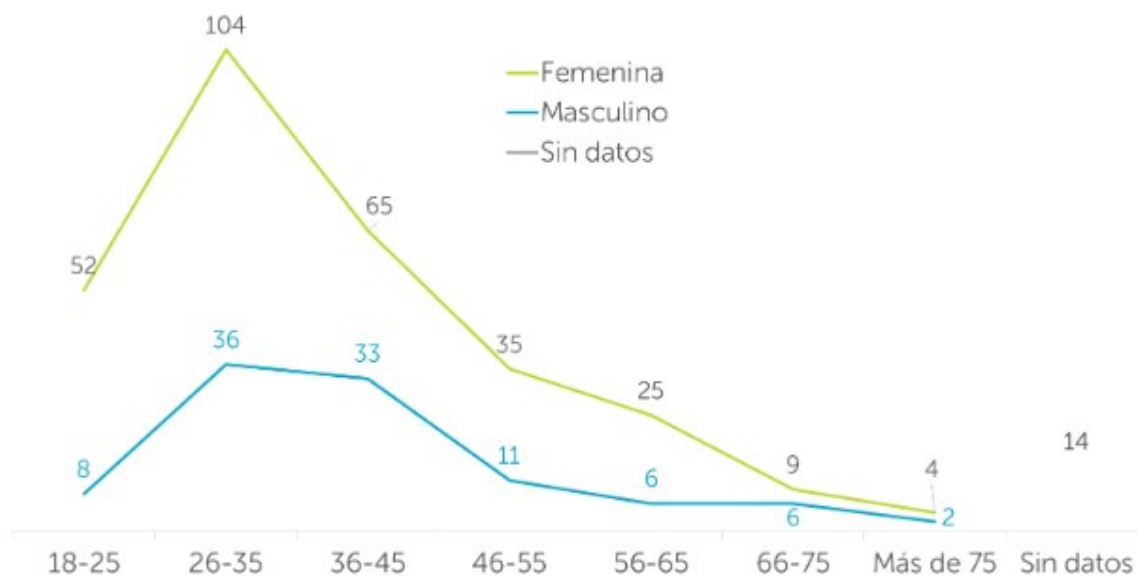


Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo y Trabajo No Remunerado (INDEC, 2014)⁵⁹.

⁵⁹ El origen de esta información de 2014, surge de un módulo anexo a la Encuesta Permanente de Hogares (EPH). Actualmente, el Instituto Nacional se encuentra reformulando el Sistema de Estadísticas Sociales y, entre otras cosas, complejizará la perspectiva de género en la recolección de la información. Asimismo, entre los meses de octubre y diciembre de 2021 se aplicaron los formularios para una nueva Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo y Trabajo No Remunerado; sus resultados serán informados en el transcurso del año 2022.



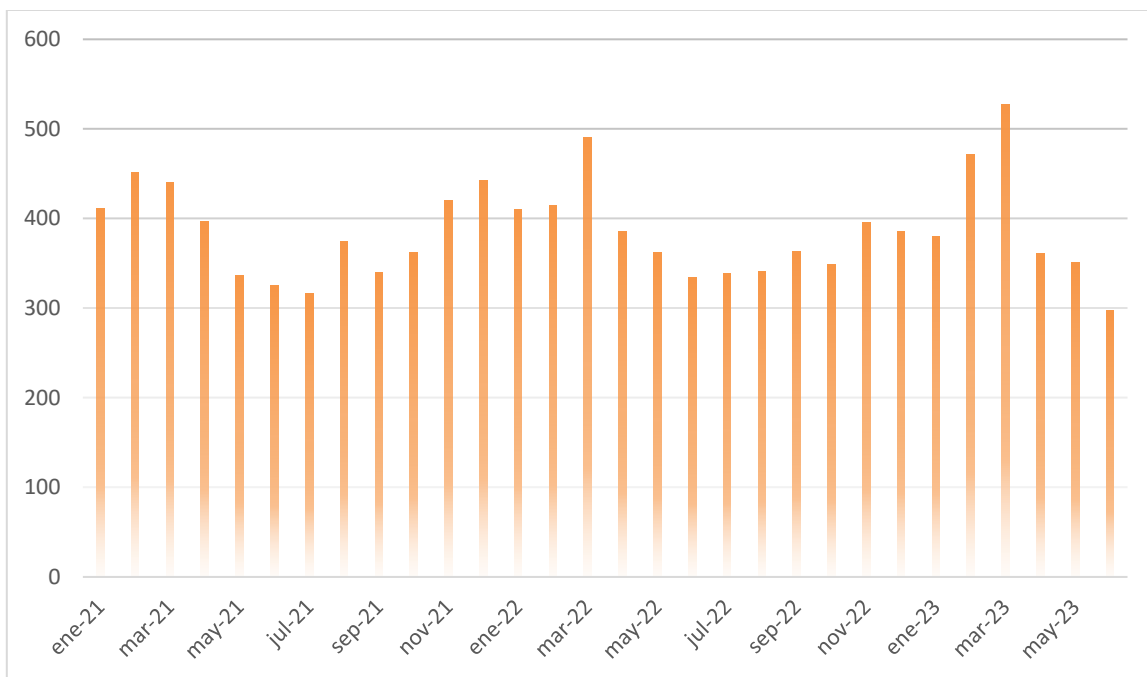
Gráfico 2. Distribución por sexo y edad de las/os denunciantes por motivos de violencia intrafamiliar, atendidas/os en las Comisarías de la Mujer y Familia, y Oficina de Atención a la Víctimas del Municipio de General Pueyrredon durante junio de 2023.



Fuente: *Reporte de seguridad: junio de 2023* (CeMAED, 2023).

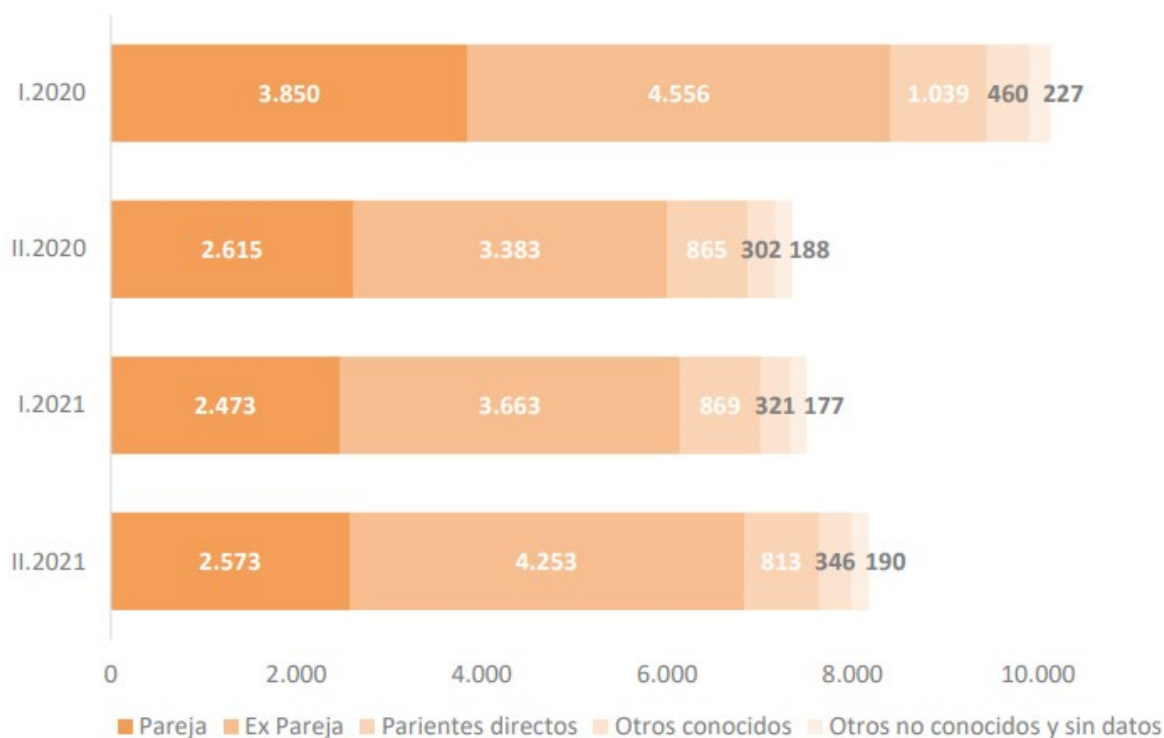


Gráfico 3. Evolución anual de las denuncias recibidas por violencia familiar en sedes de Comisaría de la Mujer y Familia, y Oficina de Atención a la Víctimas del Municipio de General Pueyrredon (enero 2021 – junio 2023).



Fuente: elaboración propia con base en datos del *Reporte de seguridad: junio de 2023* (CeMAED, 2023).

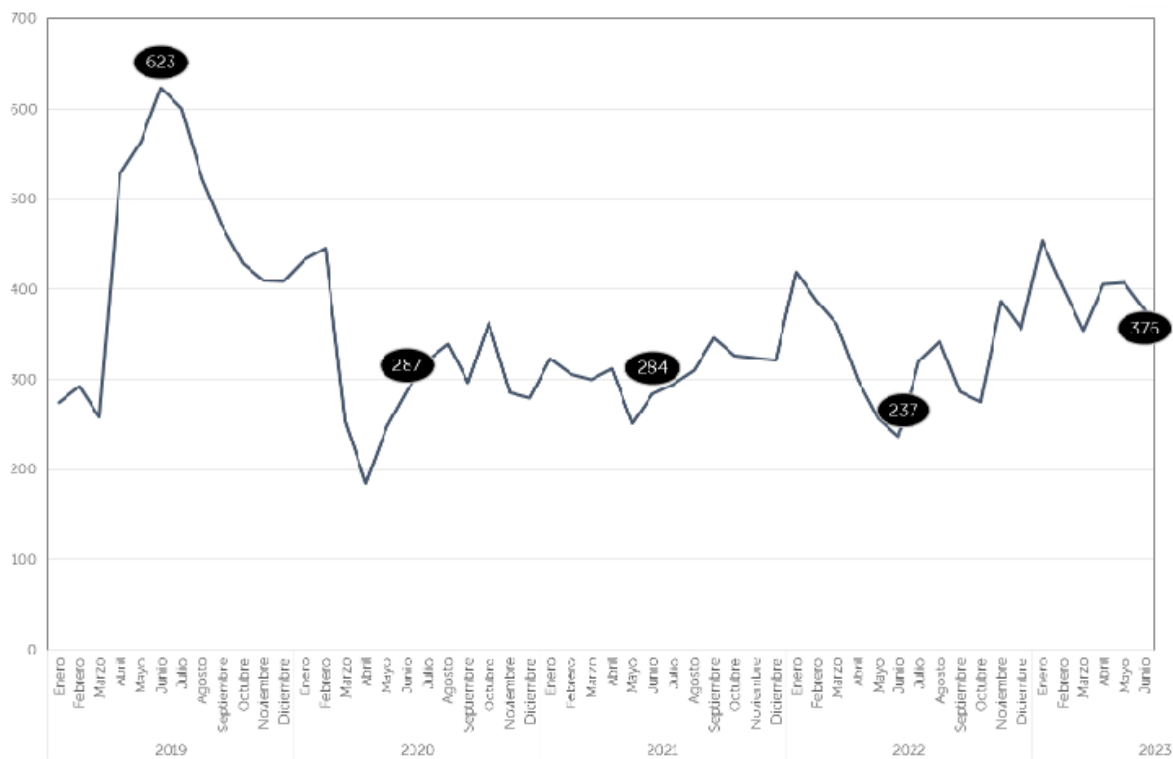
Gráfico 4. Llamadas recibidas en la Línea 144 según la relación con la persona que agrede para la Provincia de Buenos Aires (2020–2021)



Fuente: Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual & Ministerio de Hacienda y Finanzas (2022: 23).

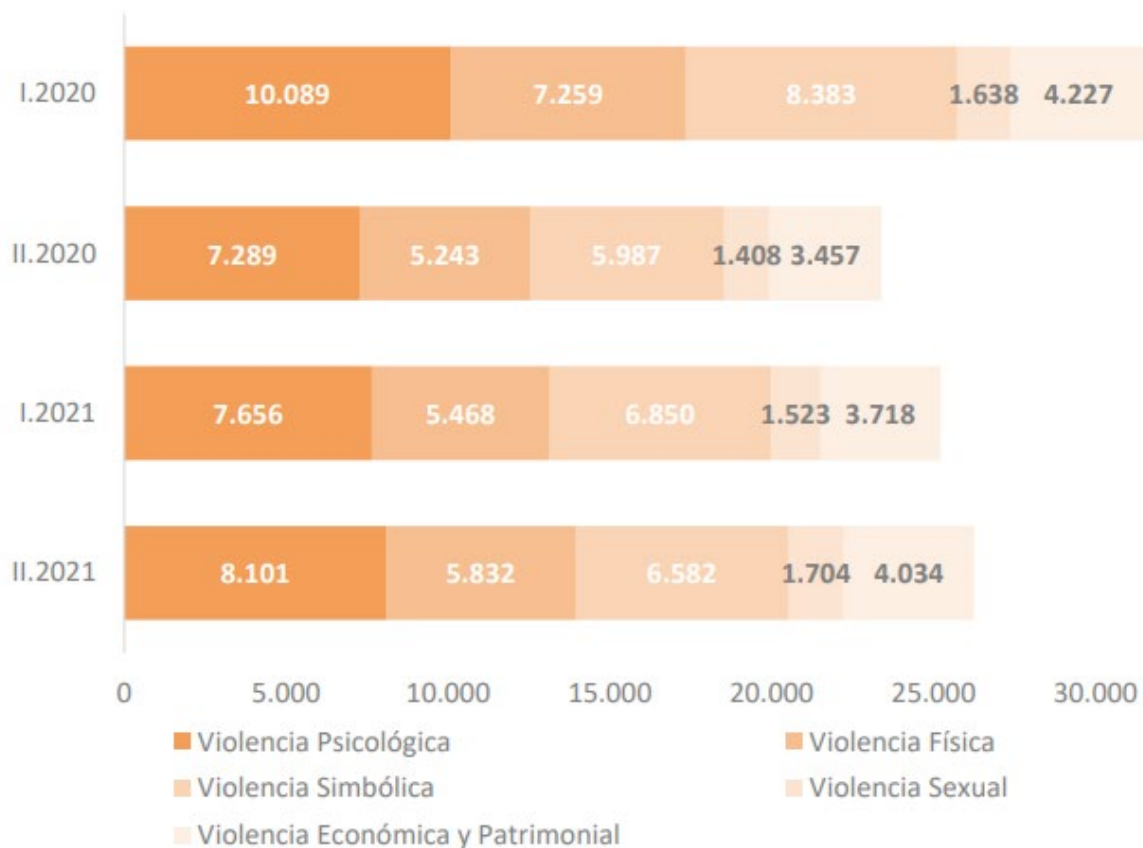


Gráfico 5. Robos y hurtos en el Municipio de General Pueyrredon (2019-2023)



Fuente: Reporte mensual de seguridad – MGP. Junio de 2023 (CeMAED, 2023).

Gráfico 6. Llamadas recibidas en la Línea 144 según tipos de violencia para la Provincia de Buenos Aires (2020–2021).



Fuente: Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual & Ministerio de Hacienda y Finanzas (2022: 22). El continuo del gráfico muestra la co-ocurrencia de violencias en una misma situación que motiva el llamado.